

LA
HISTORIA
DE
PAULA

ROBERTO GARCÍA ZEA

LA HISTORIA DE PAULA

© 2026 Roberto E. García Zea
Todos los derechos reservados.

Concepto y dirección creativa de la portada, contraportada
e imágenes en el texto: Roberto García Zea. Imágenes
desarrolladas con asistencia de ChatGPT (OpenAI).

ISBN: 978-980-18-9181-9

Depósito legal: MI2026000332

Impreso en Groppe Libros
Río Alamo 2571, Col. El Rosario
44890 Guadalajara, Jalisco
Tel. (33) 3615 9271
www.groppelibros.com.mx

Impreso en México

Prohibida la reproducción parcial o total
por cualquier medio sin autorización
por escrito del autor.

LA HISTORIA DE PAULA

Roberto García Zea

Dedicatoria

A las víctimas de los terremotos del 24 de junio de 2026 en Venezuela. A los que resurgieron entre los escombros, a los que sobrevivieron pero perdieron a los suyos y sus hogares. Les comparto un diálogo entre dos personajes de esta novela: Crispina Pérez y Mwimpe.

«Mantén la calma, Mwimpe, y piensa en lo que te dije: ¡Sobrevivir! ¡sobrevivir! Mwimpe, eso es lo que cuenta». Mwimpe la miró atónita y, de pronto, comenzó a repetir: «¡Sobrevivir!... ¡Sobrevivir!»

Índice

El río que se traga a los demás ríos.....	1
Los nueve jefes de Mboma.....	6
El lugar de donde no se regresa.....	11
El viaje.....	17
La Guaira.....	22
El encuentro.....	28
El Seminario.....	55
El Faro de Hércules.....	60
La Dikenga.....	72
El Hato.....	88
Sol Luvemba.....	95
El conflicto.....	98
El beso.....	105
Moisés.....	109
Las siete potencias.....	112
La propuesta.....	118
Orisha Ossain.....	128
Mercedes.....	134
Miranda.....	147
La iniciación.....	157
Nuestro Simbi.....	162
Un nuevo día.....	182
El daño.....	186
El plan.....	200
El dilema.....	209
La invitación.....	213
La celada.....	218
Decisiones.....	230

La libertad.....	234
Las consecuencias.....	239
La venganza.....	244
Los Tellería.....	252
Don Basilio.....	258
Rosa Cornelia.....	265
La alianza.....	271
Oddí.....	276
La boda.....	286
Semana Santa.....	294
La resucitada.....	299
La inquisición.....	306
Matrimonios.....	312
La batalla de Coro.....	317
La nueva generación.....	322
La confiscación.....	328
Kunuku house.....	335
El mensajero.....	343
De vuelta a la vida.....	350
El dueño.....	356
La casa del sol.....	365
Volver.....	373
Clara Josefa.....	381
Mangiacapre.....	402
Pedro Alfonso.....	410
Agradecimientos.....	420
Acerca del autor.....	420

La esclavitud en todas sus variantes ha sido una permanente mancha a lo largo de la historia de la civilización. A las Américas llegaron millones de africanos, arrancados por la fuerza de sus hogares, quienes, tras cruzar el Atlántico en condiciones inhumanas, fueron vendidos como animales. Esta es la historia de Paula. Ella llegó desde África en el vientre de su madre, quien era esposa del Soba de una poderosa tribu africana del Reino del Congo. Su madre sobrevivió al infame y cruel cruce del Atlántico. Los miembros de su tribu, capturados con ella, la acompañaron en su infortunio, la cuidaron y, en algunos casos, dieron sus vidas por ella.

Su madre, con Paula en el vientre, fue vendida en el puerto de La Guaira como «una sola pieza» a una noble familia de la ciudad de Coro; Allí Paula creció y padeció. En esta nueva casa encontró al amor de su vida y también a sus fieros enemigos. Los amantes pertenecían a dos mundos distintos, a estamentos sociales irreconciliables para la sociedad de esa época. Descubramos si el amor puede romper las barreras infranqueables entre esos dos mundos.



El río que se traga a los demás ríos

¡Estamos juntos!—saludó Siad Canga.

— ¡Estamos juntos! —respondieron los presentes—
Bienvenido a mi casa, una vez más —respondió Ayose Bemba, Soba de Mbanza Nsoyo.

— Aquí estoy para decirles lo que estamos viviendo en mi casa —interrumpió visiblemente molesto Siad Canga—. Los venidos del mar, los llamados portugueses, se han llevado a muchos miembros de mi casa y de otros pueblos vecinos —continuó Siad Canga— y dicen, los que han logrado escapar de ellos, que han escuchado tu nombre, Ayose Bemba, en las palabras de los portugueses.

— Te pregunto, aquí delante de todos, Ayose Bemba, ¿Estás con los portugueses?

— Tenemos buenas nuevas para ti y tu gente, Siad Canga —respondió Ayose Bemba sonriendo—. Nos han traído al Dios verdadero los misioneros portugueses. Todas las personas que están ahora en sus manos están salvando sus almas y aprendiendo el evangelio de la Santa Iglesia Romana. Haciendo un gesto enérgico, Ayose Bemba invita a pasar a los misioneros.

Los tres misioneros entraron a la reunión con crucifijos en las manos ante el asombro de Siad Canga

y sus acompañantes.

— Ayose Bemba, ¿has abandonado la veneración por nuestros antepasados? ¿Abandonas a nuestros ancestros por el dios de estos desconocidos? ¿Sabes las consecuencias de romper nuestro vínculo místico con nuestros difuntos? —preguntó Siad Canga, asombrado y visiblemente molesto.

— Son nuevos tiempos, ellos han salvado nuestras almas —respondió Ayose Bemba— y, además del Dios verdadero, nos han traído armas para vencer a nuestros enemigos. Haciendo otro gesto enérgico, Ayose Bemba invitó a pasar a los «Pombeiros» portugueses. Veinte hombres bien armados entran a la reunión y se alinearon detrás de Ayose Bemba, blandiendo sus armas y estandartes, ante la mirada atónita de los visitantes.



Un gran silencio recorrió el ambiente, hasta que fue roto por la enérgica voz de Siad Canga: —¿Es cierto?

¡Eres un traidor, Ayose Bemba! ¡Vámonos de aquí!
¡No hay nada más que hablar! —exclamó Siad Canga dirigiéndose a su gente.

— ¡Estos son nuevos tiempos, Siad! ¡Nuevos tiempos!
— gritó Ayose Bemba—, y una sonrisa irónica se dejó ver en su rostro.

— Está hecho. Son tuyos, don Álvaro Fernández —dijo Ayose Bemba colocando su mano en el hombro de don Álvaro—. Ya puedes decir a los pombeiros que los sigan a Mboma por el río; mis guerreros los ayudarán, conocen Mboma muy bien y les dirán cómo, dónde y a quién atacar. Pueden llevarse a toda la gente del Soba Siad Canga para evangelizarlos y salvar sus almas. Ahora yo quiero mis mosquetes, los plomos y la pólvora que prometiste.

Mboma era un próspero poblado ubicado en la confluencia del río Nzere y el río Kalamú. Río Nezere, en la lengua de su tribu significa «el río que se traga a los demás ríos». Esa posición geográfica estratégica le daba una gran ventaja para el comercio y para controlar la navegación por esos ríos. Por ello, los portugueses, belgas y holandeses querían apoderarse de Mboma y eso lo sabía bien Siad. La presencia de barcos portugueses, holandeses y belgas, navegando por el río Nzere y deteniéndose en esa aldea con el pretexto de comprar provisiones, lo había alertado y sabía que así escondían su verdadero fin: conocer en detalle la geografía del pueblo y sus alrededores, preparaban el ataque y destrucción de Mioma.

El regreso por el río, desde Mbanza Nsoyo hasta Mboma estuvo lleno de silencio y preocupación. Las canoas se desplazaban suavemente al compás de los remeros; el río estaba pintado de rojo por el reflejo del cielo del atardecer. El agua parecía sangre, es Sol Tukula, el sol de la advertencia —pensó Siad—. Esto es un mal presagio.

Esta corta y terrible reunión con Ayose Bemba le confirmó lo peor. Siad intuía lo que venía y debía actuar rápido para proteger a su gente. Al llegar a Mboma, Siad dio órdenes y llamó a reunión a los nueve jefes de las familias de Mboma, para advertirles que debían tomar acciones rápidas para prepararse para lo que venía.

Al llegar a su casa, su hija Mwimpe lo abrazó con fuerza. Siad respondió con un cariñoso beso.

— ¿Dónde está tu madre?

— Está en reunión con las matronas de las familias, preparando la celebración de la llegada de la primavera —respondió Mwimpe.

— Ve allá rápido y dile que venga, es muy importante.

— Te esperaba para darte una buena noticia —dijo Mwimpe—. Estoy esperando un hijo. La familia crece.

Siad se sintió conmovido con la noticia y un sentimiento de angustia y de urgencia se apoderó de él y abrazó a su hija nuevamente.

— Querida Mwimpe, mi corazón se llena de alegría

con esta buena nueva. Ahora más que nunca debemos proteger a los que amamos y a los que están por llegar. Después de avisar a tu madre, dile a tu compañero, el gran guerrero Ngo, que venga.

Mwimpe se quedó inmóvil por un minuto mirando el rostro de su amado padre y comprendió que estaban en peligro. Mwimpe comenzó a retroceder y siguió mirando a su padre por breves momentos antes de comenzar a correr para cumplir con su misión.

Mwimpe llegó a la reunión de su madre en medio de las risas provocadas por un pícaro comentario de su madre Rowana. Mwimpe entró bruscamente, sin anunciarse, lo que provocó un silencio en el grupo.

— Estás interrumpiendo una importante reunión hija. Entras de esta manera sin anunciarte; ese no es el comportamiento que se espera de la hija del Soba de Mboma y madre de nuestro futuro Soba —exclamó con firmeza Rowana—, mientras todas las miradas de asombro y desaprobación de las matronas caían como rayos en Mwimpe.

— ¡Algo grave pasa! —exclamó jadeante Mwimpe—. Papá quiere verte de inmediato; su mirada me dijo que el peligro viene. Ahora debo ir a buscar a Ngo; papá quiere verlo de inmediato.

— ¡Ayose Bemba nos ha traicionado, se lo dije a Siad, que no se podía confiar en él! —exclamó con amargura Rowana— mientras disolvía la reunión con un gesto enérgico de su brazo.

Los nueve jefes de Mboma

Esa noche se reunieron los nueve jefes en el lugar ceremonial de la aldea. Tres de ellos ya conocían la situación, ya que acompañaron al Soba Siad Canga en su visita a Mbanza Nsoyo. Cada uno de los nueve jefes de las familias tenía una virtud particular, un propósito; juntos conformaban un cónclave de alto nivel espiritual cuyo fin último era proteger a la comunidad; son los Simbi.

El adivino es Mambelé; es el portador de la Salabanda o manto mágico. Él representa a la familia de Siad, los Canga. Mambelé es la persona más importante del poder mágico; es el puente con los antepasados. También estaba Ngo, el leopardo, de la familia Mbengue, el legendario guerrero, quien había combatido con éxito a otras tribus que habían intentado apoderarse de las riquezas de Mboma. Los Malangume, quienes entonaban los cánticos y proveían los alimentos y bebidas durante los rituales. La familia Ngangu, los buenos y prudentes consejeros. Los Nzola, siempre caritativos, ayudando a los menos favorecidos. Los Luniaza, conocidos como los espíritus guardianes. Los Mpeve, que siempre llamaban a la armonía y la paz, y los Kifuiti, encargados de las ceremonias de entierro de los difuntos de todas las familias.

La reunión comenzó en medio de un ambiente tenso.

Las malas noticias viajan rápido. El Soba, Siad Canga, entró a la reunión y todos guardaron silencio reverencial.

— Estamos juntos —saludó Siad Canga, Soba de Mboma.

— ¡Estamos juntos! —respondieron los presentes.

— Como ya deben saber, la reunión de hoy con Ayose Bemba, Soba de Mbanza Nsoyo, ha llenado de tristeza y angustia mi corazón —expresó conmovido Siad—. Hemos sido traicionados por un hombre que ha abandonado nuestras tradiciones de veneración y respeto por los antepasados, cambiándolas por el dios de los portugueses. Sin estos principios espirituales, el Soba de Mbanza Nsoyo es capaz de todo y yo presiento lo peor: creo que nos ha vendido a los portugueses. Nuestras familias están en peligro de ser capturadas por los pombeiros. Vengo a esta reunión a pedir el consejo de los jefes de las familias de Mboma. Los escucho respetuosamente.

Entretanto, muy sigilosamente llegaban los guerreros de Ayose Bemba, luego de seguir a Siad Canga por el río. Llegaron a una playa cerca de Mboma. Los pombeiros esperaron a que les dieran la señal para desembarcar. Lo primero que hicieron los guerreros de Ayose Bemba fue matar a todos los ibis sagrados, que en grupo hurgaban en el pantano del río con sus largos picos. Ellos sabían del vínculo mental del adivino Mambelé con los ibis sagrados y debían eliminarlos para no perder el factor sorpresa. Solo

uno escapó. Avisaron a los pombeiros y estos desembarcaron. Juntos comenzaron a avanzar sigilosamente hacia Mboma. La noche comenzó a llegar; el río poco a poco comenzó a perder el color rojo que el Sol Takula le confería.

— Los antepasados están muy inquietos y me han advertido del peligro inminente —dijo Mambelé, el adivino—. Dicen que debemos enviar a nuestras familias a las montañas de Mayombe ahora; allí estarán protegidos. Súbitamente, quedó paralizado. Visualizó, por medio del ibis sagrado sobreviviente a los pombeiros y guerreros de Ayose Bemba avanzar hacia el poblado. Todos los presentes quedaron en silencio y expectantes; de seguido gritó: ¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Los veo! ¡El ibis sagrado me los ha mostrado! ¡Llegaron! Se desató la confusión y el caos. Siad trató de controlar la situación, pero sus palabras fueron interrumpidas por los disparos y gritos de la gente del pueblo.

Los pombeiros portugueses habían llegado al pueblo con los guerreros de Ayose Bemba. Ngo, el leopardo, tomó su lanza y salió a combatir a los portugueses. No llegó muy lejos, un certero disparo lo mató al salir del sitio de la reunión. Los portugueses habían hecho bien su trabajo; sabían dónde, cómo y a quién atacar. Incendiaron la choza de la reunión con todos los Simbis dentro; no pudieron escapar. La gente de Mboma se quedó sin guías, sin líderes, a merced de los invasores. El caos era total. Mwimpe y su madre

Rowana trataban de escapar a las montañas de Mayombe; eran acompañadas por miembros de su familia y servidumbre, quienes las rodeaban para protegerlas.

— Tenemos que cuidar de ti y tu hijo, Mwimpe, eres la esperanza de nuestra familia, tienes a nuestro futuro Soba de Mboma en tu vientre —gritaba Rowana mientras corrían por las calles del pueblo tratando de escapar.

— ¡Madre, esto no puede estar pasando!, mi amado Ngo, el leopardo fue asesinado, mi padre está desaparecido —exclamaba entre sollozos Mwimpe.

No pudieron llegar muy lejos; los pombeiros estaban esperándolos. Rowana y otros dos miembros de su familia sacaron sus cuchillos y se abalanzaron sobre los pombeiros, quienes no dudaron en disparar sus mosquetes y matarlos. Mwimpe quedó paralizada por la horrible escena y luego cayó al suelo inconsciente. Mwimpe despertó encadenada junto a otros miembros de su familia en un barco que esperaba el amanecer para bajar por el río hacia Mbanza Nsoyo, territorio del traidor Ayose Bemba.

— Mwimpe, mi niña —dijo su tía Niekese en voz baja, mientras acariciaba su rostro—. Nos tenías muy preocupados; estamos aquí contigo para protegerte, tú eres la hija de nuestro Soba y debemos cuidarte.

— ¿Dónde está mi padre?

— No sobrevivió —respondió llorosa Niekese—; no tenemos quien nos guíe, todos los Simbis están muertos y no sabemos qué hacer.

— ¡Silencio! —gritó uno de los pombeiros que custodiaban a los prisioneros—. Luego se acercó amenazante a Niekese y la golpeó en la espalda con un palo de madera. Todos guardaron silencio.

Llegó el amanecer y regresaron los pombeiros y los guerreros de Ayose Bemba con más prisioneros que arrojaron en el barco mientras los golpeaban sin piedad.

Llegó don Álvaro Fernández y dio la orden de zarpar para Mbanza Nsoyo.

— Nogueira, revisa y dime cuántas piezas tenemos.

Nogueira comenzó a moverse entre los prisioneros, golpeándolos en la cabeza mientras contaba.

— Ciento cuarenta y nueve piezas, don Álvaro —gritó Nogueira— setenta y dos varones, cincuenta y cinco mujeres y veintidós niños.

— Muy bien, Nogueira, lástima que tuviéramos que matar a tantos, pero con estos tendremos buenas ganancias.

En Mbanza Nsoyo los transferiremos al barco San Antonio, de Melchor Gómez; él nos pagará bien por estas piezas y se las llevarán a la Ilha de Goreia, a la Casa de los Esclavos; desde allí los llevarán para las Indias.

El lugar de donde no se regresa

Los quince días de navegación entre Mbanza Nsoyo y la Ilha de Goreia en Senegal fueron el preludio de la pesadilla que les esperaba a los súbditos del difunto Soba de Mboma. Una vez embarcados en el San Antonio, los encadenaron en parejas y les agregaron pesadas bolas de metal, llamadas bilboes para limitar aún más sus movimientos.

El cirujano del barco los revisaba minuciosamente, buscando malformaciones, debilidades físicas o mentales que disminuyeran su valor de venta. Los desafortunados eran arrojados al mar sin contemplaciones. Los clientes querían negros saludables, aptos para trabajar, y mujeres aptas para parir más esclavos.

Los metieron en la cubierta inferior o entrepuente; allí apiñados, casi no podían moverse sin tropezar con los que estaban encadenados a su lado. El techo era muy bajo y no podían levantarse sin golpear el techo con sus cabezas, por lo que debían moverse encorvados.

Los hombres y las mujeres estaban separados y los niños permanecían sin cadenas en la cubierta superior. En el sitio donde colocaban a cada uno de los cautivos, permanecerían durante todo el viaje. En ese lugar comían, vomitaban y defecaban, el olor era

nauseabundo, insoportable. Los alimentaban solo una vez al día. Muchos morían por enfermedades, por hambre o suicidio.

Si había buen tiempo, una vez al día subían a la cubierta para ser lavados con agua de mar y para que la tripulación pudiera hacer a los cautivos limpiar los excrementos, fregar la cubierta y retirar los cadáveres de los que morían para luego arrojarlos al mar.

Niekese, después de muchos esfuerzos, logró acercarse a Mwimpe.

— Mi querida Mwimpe —susurró Niekese—, esto que estamos viviendo es insoportable; todas las mujeres encadenadas conmigo acordamos reunirnos con nuestros antepasados. La próxima vez que subamos a cubierta, vamos a saltar al mar. Vine a despedirme.

Se abrazaron tiernamente.

— Diles a mis padres y a mi compañero Ngo que los amo y los llevo siempre en mi memoria y nunca los olvidaré —respondió Mwimpe entre lágrimas.

Al día siguiente, tal como se lo había anunciado, Niekese y sus compañeras de infortunio se acercaron poco a poco a la borda. En un descuido de los guardias, saltaron al mar. Debido al peso de los grilletes y la bola metálica, se hundieron rápidamente. Melchor Gómez, capitán del San Antonio, enfureció por este suceso y castigó a los guardias responsables del descuido.

Mwimpe estaba muy débil y vomitaba continuamente. El embarazo, las condiciones del viaje y el suicidio de su tía Niekese la hacían sentir muy mal y deprimida; su salud se deterioraba. Llegaron a la Ilha de Goreia.

Los llevaron a la infame Casa de los Esclavos; allí tenían un salón para hombres, otro para mujeres adultas, otro para mujeres jóvenes, otro para niños. También había otro para que las piezas deterioradas recuperaran peso y salud. La estancia de los niños estaba alejada del de las mujeres para evitar que las madres escucharan el llanto de sus hijos y así evitar que se inquietaran.

Durante la revisión de los esclavos, Mwimpe fue enviada al salón para recuperar salud; su estado era deplorable y apenas se notaba su embarazo. Para la casa de los esclavos, las mujeres tenían un valor mayor de venta que los hombres, siendo el factor determinante para su precio la salud, el tamaño del busto y la dentadura.

En el salón de recuperación, Mwimpe ocupaba una esquina rodeada por los miembros de su familia que habían sido capturados con ella. Ellos la protegían y la cuidaban. Después de varios días en recuperación, Mwimpe mejoró, cambió su semblante y recibió una visita inesperada. Crispina Pérez, una mujer negra de mucho poder que negociaba con esclavos, entró al salón de recuperación y le pidió que saliera del salón al patio. Luego se dirigió a Mwimpe en su lengua.

— Me dicen que eres de Mboma, que eres la hija de Siad Canga, ¿es cierto?

— Sí, así es, mi padre era Siad Canga, Soba de Mboma —respondió Mwimpe sorprendida.

— Soba de Mboma... Interesante. Mi madre también era de Mboma, de la familia Mabengue. Fui capturada junto con ella y vendida por los Mbangala a los portugueses a cambio de armas, ron, telas y los mágicos caracoles caurí. ¿Cuál es tu nombre?

— Mwimpe, es mi nombre —respondió.

— Mwimpe, te voy a ayudar, pero no puedo evitar que seas vendida, pero puedo hacer tu travesía a las Indias menos dolorosa.

— ¿Me van a vender? —preguntó Mwimpe.

— Sí, y quizás te van a marcar en el brazo con el hierro candente del comprador.

Mwimpe quedó en silencio, mirando a Crispina con los ojos llenos de lágrimas.

— Debes sobrevivir, Mwimpe. ¡Lucha! ¡Lucha! No te rindas jamás; mírame a mí —exclamó Crispina—. Mi nombre era Muswamba, de la familia Mabengue, y ahora soy Crispina Pérez. Soy respetada, temida y tengo mucho dinero. Un portugués, Christiano Pérez, vino un día a revisar la mercancía que había llegado. Me vio, le gusté. Me sacó del salón de mujeres de la Casa de Esclavos y me llevó a su cama obligada. Nunca más pudo sacarme de allí; se enamoró

locamente de mí, me convirtió en su mujer y ahora manejo sus negocios de venta y compra de esclavos.

Los esclavistas portugueses, españoles e ingleses no nos ven como personas; somos iguales a una cabra, a una vaca, a un mueble. Creen que no tenemos alma según su religión; yo vencí todo eso y aquí me ves. Los negreros dicen que, bajo la influencia apacible de la ley y del santo evangelio, los negros avanzarán gradualmente hacia la felicidad de encontrar al Dios verdadero, ¡pero no en libertad!

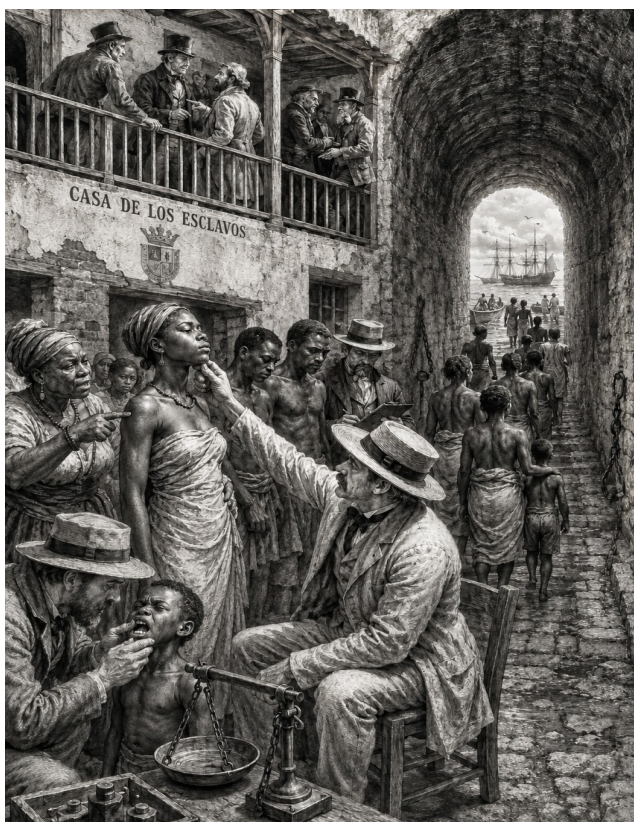
— ¡Esto no es justo! —gritó Mwimpe.

— Mantén la calma, Mwimpe, y piensa en lo que te dije: ¡Sobrevivir! ¡sobrevivir! Mwimpe, eso es lo que cuenta. Mwimpe la miró atónita, y de pronto comenzó a repetir: ¡Sobrevivir!... ¡Sobrevivir!

Dos días después llegaron los compradores y comenzaron a sacar los esclavos de los salones de la Casa de los Esclavos para ubicarlos en las escaleras y comenzó la revisión de los compradores. Revisaban el peso, los dientes, el busto y las caderas de las mujeres, los dientes de los niños. Desde el balcón se discutía entre compradores y vendedores el precio de cada pieza. Mwimpe fue comprada por Pedro Gómez Reinel, quien tenía negocios de esclavos en Cartagena de Indias. Crispina Pérez se acercó a Gómez Reinel y conversó con él, señalando a Mwimpe. Gómez Reinel observó con detenimiento a Mwimpe.

Luego de separarlos por grupos según el comprador,

comenzaron a mover a los esclavos alineados uno detrás del otro hacia un estrecho y oscuro túnel que conducía a un pequeño muelle de piedra donde los esperaban botes para llevarlos a los barcos; al túnel lo llamaban «el lugar de donde no se regresa». Allí verían por última vez a sus familiares, a sus amigos y a sus compañeros de cautiverio. Seguramente, cada uno sería llevado a un barco distinto, pero todos tendrían un destino común: América, también conocida como las Indias.



El viaje

El grupo de Mwimpe fue llevado al navío San Juan, uno de los barcos de Antonio López y López, el acaudalado marqués de Puntillas. Este barco tenía como destino Cartagena de Indias y, cuando llegaron Mwimpe y su grupo, ya el barco estaba abarrotado de esclavos. —¡Llegó la «demasia»! —gritó el primer alférez—. Ya estamos completos para partir a Cartagena de Indias.

La «demasia» era la manera que tenían los negreros de llevar más esclavos que los permitidos en su licencia, la cual era otorgada por la Casa de Contratación de Sevilla, y así, poder aumentar sus ganancias. Cuando llegaban a América, no llegaban directamente al puerto de destino; llegaban a otros diferentes, alegando una avería o alguna otra circunstancia que ameritara llegar a ese puerto de manera urgente. Allí aprovechaban y negociaban con las autoridades locales la venta de los esclavos que tenían de más y así, al llegar a su puerto oficial de destino, tenían un número igual o inferior a lo permitido por la licencia otorgada.

El cirujano del barco comenzó a revisar a cada pieza. Cuando le tocó el turno a Mwimpe, la revisó y notó un bulto en el vientre. Trató de colocar la mano en el vientre y ella instintivamente colocó primero las de ella, como intentando proteger al hijo que venía en

camino. El cirujano le habló en español y Mwimpe no entendió nada. El cirujano dibujó una amplia curva imaginaria sobre su vientre y Mwimpe comprendió, asintiendo con la cabeza mientras sonreía. El cirujano sonrió también.

— Don Pedro, esta pieza espera un hijo —comentó el cirujano—. Debe tener unos tres o cuatro meses. ¿Qué hacemos?

— Esta es la mujer que me encomendó doña Crispina Pérez. Quédate con ella, Jacinto, úsala como tu ayudante. Si la metemos en la cubierta inferior, no sobrevivirá al viaje, y así preñada nos darán un buen pago.

— Como ordene don Pedro —respondió Jacinto—, yo me encargo.

Luego de cargar agua y provisiones, el San Juan levantó anclas y comenzó su travesía hacia América con trescientos ochenta piezas, cincuenta más que lo autorizado por la licencia otorgada.

Jacinto Reyes, el cirujano del San Juan, era un veterano de guerra con Portugal; allí había adquirido de manera práctica los conocimientos que le permitieron obtener el rango de cirujano en el ejército de su majestad. Con estas credenciales pudo alistarse en el San Juan como cirujano; allí llevaba cuatro años.

Luego del ajetreo por los preparativos para el zarpe del San Juan, donde resultaron heridos dos marinos que requirieron su atención.

Finalizada la cura de los heridos. Jacinto se paró frente a Mwimpe.

— Vamos a ver cómo nos entendemos.

— Veamos, comencemos por los nombres —dijo Jacinto, colocando una mano sobre el pecho—. Jacinto.

Luego señaló a Mwimpe y ella respondió:

— ¡Mwimpe!

— ¡Vaya que eres lista! —comentó Jacinto.

Así comenzó el proceso de enseñanza del español de Mwimpe; lo aprendería muy rápido. También aprendió cómo curar heridas y tratar algunas enfermedades. Estos conocimientos adquiridos serían determinantes para su futuro en América.

La travesía era acompañada, de cuando en cuando, por cantos de los capturados, a veces melancólicos, a veces violentos. Los cautivos descubrieron la sonoridad que les daba a sus voces la cavidad de la cubierta inferior del barco y la utilizaban como caja de resonancia. También usaban el piso y sus cuerpos como instrumentos de acompañamiento. El canto tenía estructura: se iniciaba con una entrada de percusión golpeando la madera del piso y paredes; un solista cantaba un verso y todos los cautivos respondían en coro; luego otra vez el solista y el coro, así sucesivamente, hasta que miembros de la tripulación bajaban amenazantes para silenciarlos. Al

capitán no le gustaban estos cantos; ya sabía por experiencia que muchas veces estos cantos precedían a un motín o intento de tomar el barco por la fuerza. Era un medio de comunicación y de unión que no podían permitir.

Jacinto le preguntó a Mwimpe qué decían en sus cantos. Mwimpe le traducía lo que podía con su limitado vocabulario de español.

— El solista canta —explicó Mwimpe—:

*Nos robaron del gran río,
el río que se traga a los otros ríos.*

Nos trajeron al mar.

No queremos estar aquí.

*Queremos regresar a
nuestra tierra,*

la tierra de nuestros ancestros.

—El coro dice —continuó Mwimpe:

*Las cuatro puntas de la Dikenga
seguiremos y llegaremos a Vunda,
y con la Ngutka regresaremos.*

La rueda girará.

— ¡Qué triste esa canción! Por su tono encierra un gran dolor —comentó Jacinto—. Gracias por explicarme, Mwimpe. Ahora veo diferente a los

negros; son personas como yo, que sufren, aman y añoran su tierra.

— ¿Qué son las puntas de la Dikenga? —preguntó Jacinto.

— Es un símbolo mágico circular con cuatro puntas alineadas en forma de cruz; cada punta tiene un significado. Es el círculo de la vida —explicó—. Cada punta es una etapa de la vida. La primera punta se llama Ngutuka; es el nacimiento. La segunda punta se llama Kindende y es la niñez. La tercera se llama Nvuta; es el hombre pleno, es el adulto. La cuarta punta se llama Vunda; es la muerte o el descanso. Las puntas giran como la vida misma.

Entretanto, el embarazo de Mwimpe progresaba; su vientre crecía, y Jacinto la cuidaba como a una hija.

— ¿Jacinto tiene hijos? —preguntó Mwimpe una noche que estaban en la cubierta.

— Sí, una hija, murió por la peste negra —respondió Jacinto con tristeza.

— ¿Cuál nombre era? —preguntó Mwimpe.

— Paula se llamaba, mi niña Paula, la extraño mucho —respondió mientras su mirada se perdía en el mar.

— Yo doy nombre de Paula a mi hija —dijo Mwimpe colocando sus manos en su abultado vientre.

Jacinto volteó a mirarla y sonrió.

La Guaira

Dos meses habían pasado desde su partida desde África. El San Juan se acercaba al puerto donde tenía planeado vender la demasía. El capitán ya había hecho negocios iguales con anterioridad y conocía a los funcionarios del puerto. Ya se veían a lo lejos las enormes y verdes montañas; a sus pies estaba el puerto de La Guaira, que sirve a la ciudad de Caracas. La cordillera detrás del puerto era impresionante; detrás de ella, en un inmenso y fértil valle, estaba la ciudad de Santiago de León de Caracas, capital de la provincia de Venezuela. Esas montañas magníficas le servían de resguardo contra el ataque de piratas; creaban una barrera difícil, pero no imposible de sortear, como lo había demostrado el pirata Amyas Preston, que en 1595 saqueó y quemó a la naciente Santiago de León de Caracas.

— Mwimpe, estamos llegando a La Guaira —explicó Jacinto—. Aquí van a vender algunos de los esclavos y, en tu estado, lo mejor es que desembarques aquí; pronto va a llegar tu hijo y no es conveniente que nazca en el barco. Voy a pedirle a don Pedro que te deje en La Guaira.

— Jacinto, no quiero Guaira —respondió Mwimpe con tono de angustia y en mal español—. ¿Qué va pasar mí?

— Es lo mejor para ti y tu hijo —respondió Jacinto con dejo de tristeza—. Yo te tengo gran cariño, hemos compartido muchas cosas y me duele dejarte aquí, pero es lo mejor.

Mwimpe comenzó a llorar; súbitamente cesó el llanto y recordó las palabras de Crispina Pérez y las comenzó a repetir: —¡Sobrevivir!... ¡Sobrevivir!

El San Juan echó las anclas frente al puerto y comenzaron a bajar los botes auxiliares para ir al puerto. Jacinto habló con don Pedro antes de que bajara a tierra, y este estuvo de acuerdo en dejar a Mwimpe en La Guaira. Su plan era declarar una avería gruesa y, por lo tanto, dejar parte de su carga de esclavos en este puerto para así salvar al resto de la carga destinada a Cartagena de Indias.

Sus negocios eran con el Procurador General y Primer Regidor Perpetuo de la ciudad de Caracas, don Simón de Bolívar y Hernández, a quien llamaban «El Mozo». Bolívar tenía una licencia para traer tres mil esclavos a esta provincia. Al llegar al puerto, a don Pedro lo esperaban el representante de Bolívar y los funcionarios reales encargados de atender la «inesperada» presencia del navío San Juan en La Guaira.

— Don Pedro Gómez Reiné, bienvenido, ¿Cómo le fue en su travesía por el mar océano? —preguntó Galíndez, representante de Bolívar «El Mozo» en el puerto.

— Gracias, Galíndez, llegamos con bien, pero tuvimos una avería que nos ha obligado a recalar aquí antes de nuestro destino final en Cartagena de Indias. Necesitamos agua y comida para la tripulación y para los negros que traemos. Ya perdimos catorce piezas y no quiero perder más.

— No se preocupe, casualmente tenemos un almacén lleno con provisiones y agua que podemos facilitarle —respondió Galíndez.

— Ahora el pago es un asunto que debemos resolver, don Galíndez. Veamos cómo puede ayudarme «El Mozo» —continuó con picardía don Pedro.

— Voy a dar órdenes para que el San Juan sea arrimado al puerto para que le provean lo que necesite —respondió Galíndez—.

Ustedes dos —dirigiéndose a los funcionarios— arreglen la documentación con el segundo del San Juan; nosotros vamos a ver a don Simón Bolívar en el pueblo.

San Pedro de la Guaira estaba ubicado cerca del puerto. Allí estaba «El Mozo» esperando a don Pedro Gómez Reinel en la casa de los Soubllette y Piar, una familia de origen francés dedicada al comercio marítimo y con familia también en la isla de Curazao.

— ¡Don Pedro! —exclamó Bolívar—. Qué bueno verlo nuevamente. Conozca a don Antonio Soubllette y Piar, mi amigo y quien gentilmente nos ha recibido en su casa; por favor, pase y siéntese.

— Gracias, don Bolívar. Un placer conocerle, don Antonio, y agradecido por su hospitalidad.

— Bien, sentémonos —dijo don Antonio—. ¿Qué quieren tomar? Tengo un vino francés muy bueno que me llegó hace una semana.

Todos estuvieron de acuerdo.

— Juana, traednos vino, ¡del francés! —ordenó don Antonio a su esclava.

La conversación estuvo muy animada; don Pedro contó episodios de su travesía y llegaron al asunto de la demasía.

— Don Pedro, ¿de cuántas piezas estamos hablando? —preguntó Bolívar.

— Estamos hablando de cincuenta y seis piezas y una especial. Treinta y ocho hombres en buen estado, dieciocho mujeres, siete de ellas con niños no mayores de siete años, por lo que son una pieza con su madre.

— Excelente, don Pedro. ¿Y cuál es esa pieza especial?

— Es una pieza que me encomendó la vendedora en la isla de Goreia; está embarazada y pronto parirá, por eso no la puedo llevar a Cartagena de Indias. Según me dijo Crispina Pérez, la vendedora, esta pieza es hija del jefe de su tribu y tiene buen carácter, es dócil. Durante la travesía fue aprendiz del cirujano del San Juan y aprendió también algo de español.

— Sí que es especial —comentó don Bolívar—. Creo que sé a quién le puede interesar esta pieza especial. Doña Josefa García de Quevedo y Aldama, quien pronto va para Coro, me pidió que le consiguiera una esclava así para que atienda a sus hijos.

La conversación continuó muy animada y se acordaron los precios de todas las piezas, incluyendo el de Mwimpe. Don Pedro se retiró al San Juan para proceder al desembarco de las piezas, según lo acordado, y «El Mozo» envió a Galíndez a Caracas por el oro y el dinero para pagar por los esclavos.

— Ha sido un buen día, Antonio —comentó Bolívar—. Con la reventa de estas piezas vamos a tener buenas ganancias; brindemos por eso, mi buen amigo.

Al día siguiente, cerca del mediodía, Mwimpe y Jacinto se fueron caminando desde el puerto hasta el pueblo de La Guaira. Mwimpe estaba visiblemente preocupada.

— ¿Y si no le gustó a doña? —preguntó Mwimpe angustiada a Jacinto en mal español.

— Si le vas a gustar, Mwimpe, yo le hablaré bien de ti, no te preocupes.

Al llegar, Juana, la esclava de los Soublette, abrió la puerta y avisó a don Bolívar de su llegada.

— Avísale a doña Josefa, cuando regrese, que la esclava que le ofrecí está aquí —ordenó don Bolívar a

Juana— y se dirigió al encuentro de los recién llegados.

— Buenos días, bienvenidos; así que esta es la pieza especial —comentó don Bolívar mientras observaba a Mwimpe.

— Así es, don Bolívar. Yo soy Jacinto Reyes, cirujano del San Juan; la he traído personalmente porque le he tomado cariño y me gustaría que quedara en buenas manos. Es buen entendimiento, habla español un poco rudimentario, pero lo comprende bien y sabe de curar heridas y algunas enfermedades.

— Gracias, Jacinto, agradezco haberla traído y sus explicaciones —comentó don Bolívar—. Esperen sentados aquí a que llegue doña Josefa García de Quevedo y Aldama; ella se va a llevar a la esclava, si es de su agrado, por supuesto; ella pronto partirá para la ciudad de Coro.



El encuentro

Al rato se escuchó la llegada de un carruaje con caballos a la casa de los Soublette; luego la esclava Juana abrió la puerta lentamente y apareció la figura de una mujer hermosa, muy bien vestida, en sus treinta años, a la cual la seguía un niño de unos cuatro años. Eran doña Josefa, su hijo Manuel Antonio y su aya, la esclava Lorenza. Rápidamente se levantaron Jacinto y Mwimpe, y Juana, la esclava, se adelantó y le habló a doña Josefa.

— Doña Josefa, con su permiso, mi amo don Bolívar le manda a decir que esta es la esclava que le ofreció.

— Buenos días tenga usted, doña Josefa —dijo Jacinto inclinándose en señal de saludo—. Soy Jacinto Reyes, el cirujano del San Juan, y ella es Mwimpe, la esclava que le mencionó don Bolívar; sabe hablar en español y tiene algunas habilidades para curar heridas y enfermedades que le he enseñado en los meses que duró la travesía. Ella es muy lista y aprende rápido y...

— ¿Es tu hijo al que lleva en su vientre? —interrumpió doña Josefa.

— No, doña Josefa —respondió Jacinto sonriendo nervioso—. Así la compró don Pedro Gómez Reinel en la isla de Goreia. Quien se la vendió le pidió a don Pedro que la cuidase y la vendiera a un buen amo.

- ¿Y cuándo va a parir? —preguntó doña Josefa.
- Entre dos y tres meses, creo, doña Josefa
- Tiene las caderas anchas, va a parir sin problemas —comentó doña Josefa.
- Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó doña Josefa, dirigiéndose a Mwimpe.
- Mwimpe —respondió con voz temblorosa.
- En ese estado, no me vas a servir de mucho por un buen tiempo —comentó doña Josefa—, creo que no me la voy a quedar.

De pronto, el hijo de doña Josefa, en un descuido de la esclava que lo cuidaba, se montó en una silla para agarrar una campanita que estaba en una mesa pequeña. Cayó al piso junto con la mesa y la campana, sufriendo un raspón en la mano al intentar amortiguar la caída al piso empedrado. El llanto no se hizo esperar.

— ¡Lorenza, te he dicho que le pongas atención a Manuel Antonio! —gritó doña Josefa—. Te descuidaste por estar escuchando conversaciones ajenas y por eso te voy a mandar a dar varios azotes.

Jacinto vio la oportunidad de mostrar lo aprendido por Mwimpe en el San Juan.

— Mwimpe, atiende al niño rápido —dijo Jacinto—. Tú sabes qué hacer.

Mwimpe se acercó al niño, lo calmó y tomó la mano herida, pidió agua para limpiarla y sacó de la bolsa que llevaba una botella con vinagre diluido para aplicarlo en la herida.

— Tu hombre valiente —dijo Mwimpe al niño— va a arder un poco, pasará rápido.

Aplicó el vinagre diluido y lo dejó secar naturalmente.

— Necesito tela limpia para tapar herida —dijo Mwimpe dirigiéndose a Juana, la esclava de los Soubllette.

Mientras, doña Josefa observaba con interés las habilidades de Mwimpe. Jacinto veía con orgullo las acciones de ésta

— Cambié de opinión —dijo doña Josefa, dirigiéndose a Jacinto—. Me llevo a «uimpe» o como se llame conmigo; me va a ser muy útil con el cuidado de los niños.

Jacinto vio a Mwimpe y sonrió; luego se dirigió a donde ella estaba.

— Me voy Mwimpe, ya está hecho —dijo Jacinto con tristeza—. Debo regresar al San Juan. Adiós, hija, espero verte algún día otra vez; has sido mi mejor aprendiz.

— Jacinto, tengo miedo, pero sé que debo continuar. Te llevo en mi memoria para siempre, Jacinto, no olvidarte jamás, y si tengo una hija se llamará Paula, como la tuya.

Jacinto, conmovido, dio media vuelta y salió sin mirar atrás. En el camino pasó su mano por el rostro para quitar una lágrima que resbaló lentamente por su mejilla.

— ¿Cómo es tu nombre otra vez? —preguntó doña Josefa.

— Mwimpe —respondió.

— Mwimpe —dijo doña Josefa—, tú cuidarás a Manuel Antonio de ahora en adelante.

— ¡Manuel Antonio, venga acá! —gritó doña Josefa—. De ahora en adelante, ella cuidará de ti; pórtate bien, si no, tu padre se encargará de ti cuando lleguemos a Coro.

— Voy a ver a don Simón Bolívar y a don Antonio Soublette para despedirme; salimos para La Vela en un rato —comentó doña Josefa—. Esperen aquí, ya regreso. Y tú, Lorenza, ven conmigo, tengo cosas que llevar y tú las cargarás todas. ¡Camina!

Lorenza siguió a doña Josefa, no sin antes detenerse para dar una rencorosa mirada a Manuel Antonio y a Mwimpe.

Mwimpe se quedó al lado de Manuel Antonio; luego ambos se miraron y comenzaron a reír. Este fue el primer episodio de una larga amistad.

En la tarde, ya estaban rumbo a La Vela, en la balandra «María Isabel». Mwimpe atendía a Manuel Antonio y a su madre doña Josefa, quienes no

cesaban de vomitar por el mareo que les producía la navegación.

Después de varios días navegando, llegaron al puerto de La Vela de Coro; allí los esperaba su esposo don Diego Antonio García de Quevedo y Valdés con sus esclavos.

— Josefa, mujer, estás pálida y perdiste peso —dijo don Diego—, y Manuel Antonio también; creo que ya está bueno de ir a Caracas a comprar. Los holandeses nos traen productos de calidad y a muy buen precio. Además, traes una esclava nueva y, según puedo ver, está embarazada...

— Está bien, Diego, hablamos más tarde ¿sí?, estoy agotada por el viaje —dijo doña Josefa recostando la cabeza en el hombro de don Diego—. La nueva esclava se llama «güimpe» o algo así, habla español, lo cual ha sido muy útil. Ahora vámonos, necesito acostarme, aún estoy mareada.

— Vamos a casa de don Basilio López, aquí en La Vela. Nos dará alojamiento hasta que te sientas mejor y podamos ir a casa.

En el camino a la casa de don Basilio, Mwimpe se hacía cargo de Manuel Antonio y don Diego la observaba de tanto en tanto. Al llegar a casa de don Basilio, doña Josefa fue a recostarse. Mwimpe acostó a Manuel Antonio y luego se fue a dormir al cuarto de esclavos; allí se encontró con Lorenza.

— ¿De dónde vienes, negra? —preguntó Lorenza

con tono amenazante.

— Vengo de Mboma en el río Nzere, mi nombre es Mwimpe, de la familia Canga.

Lorenza se sentó en silencio y lágrimas afloraron de sus ojos. Luego de unos minutos en silencio, le habló a Mwimpe otra vez, pero en su lengua común.

— Mi familia era de Matadi —dijo Lorenza con un dejo de tristeza—, en el río Nzere, cerca de Mboma, y fuimos capturados por los portugueses, quienes nos vendieron. Nunca más vi a mis hermanos ni a mi padre. Yo era una niña y me vendieron con mi madre, tal y como dicen los amos, como una sola pieza. Mi madre murió de tristeza al poco tiempo de llegar a Coro.

De pronto, desde una oscura esquina, se escuchó el ruido de cadenas arrastrándose. Surgió la figura de un hombre negro, muy alto y fuerte; su enorme estampa fue paulatinamente iluminada por la luz de las velas y se dirigió con voz profunda y carrasposa a las dos mujeres.

— Yo no tengo amo, soy libre como el viento y ustedes no deben obedecerlos, deben escapar cuando puedan.

— Es el negro Miguel —dijo Lorenza en voz baja—. Su amo, don Pedro del Barrio, lo vendió a los dueños de las minas de oro de Buria; se lo van a llevar pronto. Dicen que ve cosas, que es un adivino; es un negro mandinga.

— Me van a llevar a Buria —dijo el negro Miguel—. Allí será mi reino y el de mis hermanos; nada ni nadie podrá detenerme y allá me uniré a la corte de la protectora de la selva; ella me está esperando.

Así como apareció el negro Miguel, se retiró a las sombras. Mwimpe y Lorenza quedaron en silencio, agarradas de las manos, mirando hacia el lugar donde había aparecido y desaparecido este enigmático personaje.

— Vamos a dormir, Mwimpe, mañana será un día difícil; el viaje a Coro es caluroso y polvoriento.



Coro

Santa Ana de Coro es una de las primeras ciudades en Venezuela y en el continente; fue fundada el 26 de julio de 1527. Coro fue, también, la sede de la primera diócesis de Venezuela y del continente, decretada por bula papal de Clemente VII el 21 de julio de 1531.

Tres de los apellidos más antiguos y poderosos de la ciudad de Santa Ana de Coro eran García, Quevedo y Aldama. Entre los tres apellidos poseían casi todas las tierras de la península de Paraguaná, eran ricos y formaban parte del gobierno. Mwimpe había llegado a la familia que reunía los tres apellidos y su hermosa casa era la muestra de su poder.

Las casas de Coro forjaron una identidad única. Fusionaban la tradición española del patio andaluz con el uso de materiales indígenas: adobe, tapia y bahareque eran los protagonistas. Este material, donde predominaba el barro o la tierra, era susceptible a los efectos de las precipitaciones; por ello estaba revestido con una capa de cal de gran grosor que lo protegía, lo que daba pie a la entrada de la inconfundible paleta de colores caribeños y antillanos, en la que predominaban los colores vivos y pasteles: ocres, amarillos, rosas, azules y verdes, creando un paisaje urbano alegre y luminoso. En la fachada, era típico un gran portón de madera que daba acceso a un pasillo cubierto, llamado el zaguán,

el cual conduce directamente al patio interior. El patio era un espacio abierto rodeado de corredores techados con arcos de medio punto, que creaban un microclima fresco y ventilado. Este patio era el eje de la vida social de la familia y, al mismo tiempo, separaba el área común de las áreas privadas o utilitarias.

La familia García de Quevedo y Aldama estaba formada por don Diego Antonio García de Quevedo y Valdés, el padre. Doña Josefa de Aldama y García de Quevedo, la madre. Ellos eran primos lejanos y para su matrimonio se otorgó la dispensa luego de cumplir con los requisitos del derecho canónico. Tenían dos niños y dos niñas. Manuel Antonio, el mayor; le seguía Josefa María; luego Rosa Mercedes y, el menor, Pedro Alfonso.

Don Diego Antonio era hijo de don Diego Antonio García de Quevedo Rodríguez, nacido en Extremadura, España, y de doña María de la Paz Valdés y Quevedo Villegas, nacida en Coro e hija de los primeros españoles que poblaron la península. Su familia tenía la posesión de una extensa propiedad, llamada El Vínculo, que abarcaba una parte importante de las tierras de la península de Paraguaná.

Por su parte, Josefa era hija de don Manuel Antonio de Aldama y Vildosola, nacido en Zeberio, Vizcaya, y bautizado en la Iglesia de Santo Tomás de Olabarrieta. Fue alcalde ordinario de Coro y miembro

de la Santa Hermandad, y su madre fue doña Rosa Josefa García de Quevedo y Valdés, nacida en Coro. Josefa era una persona de carácter fuerte, organizada y le gustaba estar al día con la moda en España, por eso le gustaba tanto ir a Caracas para ponerse al día con sus amistades mantuanas.

Sus hijos eran su foco de atención; cada uno de ellos tenía su aya.

La servidumbre de la casa estaba formada por doce esclavos, ocho mujeres y cuatro hombres. En la cocina trabajaban tres mujeres, cuatro se dedicaban a cuidar a los niños y una ayudaba a vestir a doña Josefa y se ocupaba de la limpieza de la casa. Los hombres ayudaban en la cocina, otros a la limpieza de la casa y los otros dos cuidaban los carruajes, los caballos, burros, compraban los bastimentos para la casa y llevaban a don Diego a cumplir con sus actividades diarias. Mwimpe se había quedado con la responsabilidad del cuidado de Manuel Antonio, el hijo mayor. Lorenza se ocupó de explicarle a Mwimpe las atenciones que debía dar al señorito Manuel Antonio.

El camino hasta Coro fue agotador para Mwimpe; el calor y su gravidez no la ayudaban a transitar este camino polvoriento, lleno de grietas y huecos. Se impresionó mucho con las calles de Coro, la belleza de sus casas de colores vivos que nunca había visto en Mboma. «Parecen flores gigantes», pensó. Llegaron a la casa; los carruajes entraron por el portón al patio

interno de la casa; los esclavos acudieron presurosos para ayudar a sus amos. Lorenza ayudó a Mwimpe con el señorito Manuel Antonio, quien llegó dormido y tuvo que ser cargado hasta su cuarto. Todos los esclavos que recibieron a la familia miraban con curiosidad a Mwimpe y preguntaban quién era ella a Lorenza.

— Deja de preguntar, negro Julio —dijo Lorenza—. Ya sabrás esta noche en la cena; tú le preguntas a ella. Ahora muévete, baja los baúles de doña Josefa.

— Joaquina, necesito darme un baño —dijo doña Josefa—. Trae agua y llena la tina. Y tú, Lorenza, ven para que me ayudes. Y tú, María, dime, ¿cómo están mis hijos?

— Están bien, doña Josefa, las señoritas traviesas como siempre, y el señorito Pedro Alfonso, comiendo bien y tranquilito; es un angelito.

— Muy bien. Lorenza, vamos al cuarto.

Entretanto, don Diego Antonio se ocupaba de dirigir a los esclavos con el manejo de los baúles y cajas que trajeron del viaje y que les dieran a los animales agua y comida.

— Felipe, dime, ¿ya mi caballo está bien de la pata? ¿Le aplicaste el remedio que le preparé? —preguntó don Diego.

— Sí, amo don Diego, está bien, le puse el remedio como me dijo. Ayer lo saqué a caminar alrededor de la

casa y ya no cojea.

— ¡Qué buena noticia, Felipe! —respondió alegre don Diego—. Sigue aplicando el remedio y, cuando pueda, voy a examinarlo.

Don Diego tenía una gran afición por los caballos. Desde muy niño preguntaba todo sobre ellos y ayudaba con sus cuidados. Moisés encargado de cuidar los caballos en la casa de sus padres le enseñó todo lo que sabía e hicieron una buena amistad.

Don Diego siempre recordaba los cuentos que su esclavo le contaba, en especial aquel relato lleno de magia y misterio en el que este aseguraba: «Yo puedo entrar en la mente de los caballos y ver lo que ellos ven».

Los esclavos se reunieron afuera de los dormitorios luego de terminar sus labores y cenar; estaban a la espera de Mwimpe para saber todo sobre ella. Lorenza llegó sola.

— ¿Dónde está la nueva? —preguntó Ubencio.

— Se llama Mwimpe, se quedó durmiendo en la puerta del cuarto del señorito Manuel Antonio —respondió Lorenza—; ahora yo atiendo a doña Josefa.

— Humm, ¿y tú qué sabes? —preguntó Ubencio.

— Es de Mboma, cerca de mi aldea, y va a parir pronto —respondió con tono indiferente Lorenza.

— Humm... parece que es kikongo, enemigo de los

kitube; mi familia era kitube —comentó Ubencio.

— Ubencio, eso se acabó, ahora eres un esclavo, así que deja atrás esos odios —respondió Lorenza.

Ubencio entró al cuarto donde dormían los esclavos varones y se quedó en silencio, con la mirada perdida, y comenzó a cantar en su lengua nativa con un dejo de tristeza. El resto de los esclavos quedó en silencio, encerrados en sus recuerdos. Poco a poco se comenzaron a apagar las velas, los recuerdos se convirtieron en sollozos y lágrimas; también, como las velas, los sollozos y las lágrimas se apagaron poco a poco.

Los esclavos hablaron con Mwimpe; ella les contó su historia y ellos también le contaron sus historias. El hecho de estar embarazada generaba en ellos un sentimiento de solidaridad y hasta de ternura. Le dispensaban cuidados y le dejaban a ella las mejores comidas.

Pasaron pocos meses y llegó el día. Luego de bañar al señorito Manuel Antonio, Mwimpe sintió una fuerte contracción en su abdomen y entendió que llegaba el momento. Dejó en su cama al señorito Manuel Antonio y salió para llamar a Lorenza.

— ¡Lorenza, llegó la hora, viene mi hijo! —gritó Mwimpe.

Lorenza estaba en el cuarto de su ama, doña Josefa, cuando escuchó el llamado de Mwimpe.

— Ama doña Josefa... —dijo Lorenza mirando a doña Josefa.

— Ve, Lorenza, ayúdale y dile a María que venga a ayudarme, me cuentas luego.

— Voy, mi ama doña Josefa —respondió Lorenza mientras se retiraba presurosa.

Mwimpe, acompañada por Lorenza, llegó a duras penas al cuarto de esclavas. También llegó Joaquina, alertada por el grito de Mwimpe.

— Busca agua y trapos y una cobija —pidió Lorenza a Joaquina.

— Voy a pedir permiso a doña Josefa para ir a buscar a la partera Hipólita en la casa de los Arcaya —dijo Lorenza antes de salir presurosa en la búsqueda del permiso.

Tras horas de trabajo de parto, llegó una hermosa niña: Paula.

— A ver, Lorenza, ¿qué pasó anoche? ¿Nació la hija de Mwimpe? —preguntó doña Josefa.

— Sí, mi ama doña Josefa, una niña muy hermosa, sus ojos son del color de la miel de abeja, va a ser una niña muy dulce —respondió Lorenza—; le puso por nombre Paula.

— Dile a Julio que saque del almacén la cuna de Pedro Alfonso y se la dé a Mwimpe para su hija —ordenó doña Josefa— y búscale unas sábanas viejas también.

Ahora me voy a desayunar y avisa para que lleven a los niños para que tomemos el desayuno juntos.

— ¿Don Diego ya se fue? —preguntó doña Josefa.

— Sí, doña Josefa, salió muy temprano para Pueblo Nuevo.

Paula resultó ser una niña muy tranquila y risueña; solo perdía su dulce carácter cuando tenía hambre. Las esclavas se turnaban para cuidar a Paula. Algunas veces Mwimpe la llevaba con ella cuando cuidaba al señorito Manuel Antonio. Para ello colocaba a Paula en su espalda asegurada con una larga pieza de tela, que entrecruzaba en su pecho. Esa era la manera tradicional africana. Esta manera de cargar a los hijos les daba libertad de movimiento y así el bebé estaba en contacto permanente con su madre, creando un fuerte vínculo.

Manuel Antonio la miraba con curiosidad, le tocaba los pies y sonreía. Muchas veces las niñas también se reunían para ir a ver a Paula en la cuna. Jugaban con ella como si fuera una muñeca y corrían fuera de la habitación entre risas y tapándose la nariz cuando Paula hacía lo que el señorito Manuel Antonio llamaba «un regalito».

— Mwimpe, hay que bautizar a Paula; ya tiene cuatro meses y es necesario hacerlo, debe iniciar su vida de buena cristiana —dijo doña Josefa—. Ya hablé con el presbítero don Mariano de Talavera y Garcés para hacer los arreglos. Será el próximo domingo en la

catedral, su nombre será Paula, tal como lo deseas, y su apellido será García, que es el primer apellido de la casa de tus amos. Su padrino será el señorito Manuel Antonio; él le tiene cariño —finalizó doña Josefa.

— Gracias, doña Josefa.

— ¿Y tú estás bautizada, Mwimpe? —preguntó de pronto doña Josefa.

— No, mi ama doña Josefa, no sé qué es eso del bautismo —respondió Mwimpe.

— ¡Así que tengo una hereje en mi casa!, ¡Lo que me faltaba! Esto lo solucionamos el domingo; también serás bautizada el domingo con tu hija. Le enviaré un mensaje al presbítero Talavera y Garcés.

Mwimpe recordó los principios de su familia, de su religión y estuvo a punto de negarse, pero recordó las palabras de Crispina: ¡Sobrevivir!... ¡Sobrevivir! Mwimpe, eso es lo que cuenta.

— Sí, mi ama doña Josefa —respondió resignada Mwimpe.

— Ahora bien, tu nombre, Mwimpe, no es cristiano. tengo que encontrarte uno apropiado para tu bautismo. Debe ser parecido —dijo doña Josefa—. ¡Magdalena! Ese será tu nombre cristiano, Magdalena, como María Magdalena.

El domingo, tal como estaba pautado, fueron anotadas Paula y Magdalena en el libro de bautismo

de los esclavos de la catedral de Coro y fray Gonzalo les derramó el agua a madre e hija.

La niñez de Paula transcurrió relativamente feliz, aun con las limitaciones que sufrían los esclavos que ella, por su edad, no entendía. Su madre Mwimpe, ahora Magdalena, hablaba mucho con ella, intentando transmitirle la historia de su familia, el uso de plantas medicinales, su religión y su lengua. Por otra parte, la convivencia con los niños era muy alegre; la inocencia de los niños no reconocía las barreras que habían levantado los adultos. Jugaron mucho, fueron cómplices y también recibieron reprimendas juntos por sus travesuras; fue una buena época y se crearon fuertes nexos de cariño entre todos ellos que perdurarían en el tiempo.

Pasaron siete años y la familia García de Quevedo y Aldama se preparaba para un gran cambio en sus vidas. Don Diego debía viajar a España para hacer gestiones en las cortes y lograr favores de su majestad el Rey para la ciudad de Coro. Los preparativos se habían concluido y tocaba hablar con el señorito Manuel Antonio, quien viajaría con su padre a España.

— Entra, Manuel Antonio —dijo don Diego—. Como ya sabes, voy a emprender un viaje a España.

— Sí, padre, vi a los esclavos cargando los baúles en el carruaje y hablaban de su viaje a España —respondió Manuel Antonio.

— Tú vendrás conmigo y te vamos a dejar con la familia de tu madre, los Aldama y Vildosola en Bilbao, para que estudies y te relaciones —continuó don Diego.

Manuel Antonio quedó inmóvil ante la noticia.

— Pero, padre —balbuceó—, lejos de mi madre y mis hermanos —exclamó sollozando Manuel Antonio—, estaré solo y no conozco a nadie allá.

— Comportarte como un hombre, Manuel Antonio, eres un García de Quevedo y Aldama, inunca lo olvides!

Manuel Antonio salió devastado del cuarto de su padre y corrió hacia su cuarto. Allí estaba Paula, quien buscaba a su madre. Al salir, se encontró con Manuel Antonio, quien la abrazó llorando y repetía: ¡No me quiero ir!, ¡no me quiero ir! Paula, a pesar de su corta edad, lo miró fijamente con sus ojos color de miel y pasó su mano por su rostro para quitar sus lágrimas y le dijo con suavidad: —Estaré aquí esperándote a tu regreso; no te olvidaré. Yo estaré aquí.

Manuel Antonio la abrazó con fuerza y dijo:

— Yo tampoco te olvidaré, Paula.

Llegado el día, toda la familia y todos los esclavos se reunieron para despedir al señorito Manuel Antonio. Sus hermanas y su hermano no entendían bien lo que ocurría, solo cuando su madre, doña Josefa, comenzó

a llorar, entendieron que algo malo estaba ocurriendo y todos comenzaron a llorar.

Manuel Antonio abrazó a cada uno de los hermanos, a su madre y se despidió de los esclavos.

— Vamos, Manuel Antonio, debemos irnos —dijo don Diego—, debemos llegar a La Vela temprano, nos están esperando.

El carruaje salió del patio interno de la casa y comenzó su travesía. Manuel Antonio miraba con intensidad a la casa de la familia desde el carruaje; quería llevarse el recuerdo de la imagen de su casa, de las calles, de los rostros de su familia y de Paula, quien corrió detrás del carruaje por un buen trecho, hasta que no pudo más y luego su madre se la llevó de regreso a casa, no sin antes darle unos azotes.

Don Diego y su hijo Manuel Antonio viajaron desde La Vela en la balandra «San Fernando» hasta La Guaira. Luego de unos días de descanso, abordaron el navío San Ignacio de Loyola, uno de los navíos de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, que venía a La Guaira a buscar cacao y que se dirigía a Pasaia en el golfo de Vizcaya. Desde allí irían por tierra hasta Bilbao, donde se encontraba la familia de doña Josefa, los Aldama y Vildosola.

Bilbao

La riqueza de Bilbao descansaba en dos pilares. El más importante era el comercio, vinculado a Flandes, Andalucía y Francia. Este pilar era dominado por la familia Echevarri. El otro pilar, el de los armadores y capitanes de navíos asociados a la guerra, era dominado por las familias Recalde, Bertendona, Mujica y Zuazo.

Una de las empresas fundamentales que tuvo Bilbao fue la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas; fue la mayor empresa monopolista comercial de España y estuvo dirigida por empresarios vascos desde 1730 hasta 1785, teniendo gran influencia en el desarrollo económico, cultural, científico, social y político de la Capitanía General de Venezuela. A este ambiente social y económico llegó Manuel Antonio, con tan solo doce años.

El viaje duró setenta y seis días; el San Ignacio de Loyola viajaba sobrecargado de cacao, lo cual hizo el viaje mas lento de lo normal. Finalmente llegaron a Pasaia y avisaron de su llegada a los Aldama y Vildosola.

El carruaje que los busco en el puerto, se detuvo frente a una casa de piedra gris en el corazón de Bilbao. Era la casa de los Aldama y Vildosola; allí vivía su tío Miguel Alexandro de Aldama y Vildosola. Manuel Antonio bajó, aún mareado por los setenta y

seis días de navegación. Aún olían a pescado salado y a hierro.

Su padre lo tomó del hombro.

— Esta ciudad —dijo don Diego— basa su riqueza en dos cosas: el comercio y la guerra. Pero la joya de la corona es la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Tus tíos son accionistas.

Manuel Antonio asintió, sin entender del todo. Solo quería bañarse, una comida decente y poder dormir en una cama.

— Bienvenido a Bilbao, Diego. ¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó don Miguel mientras entraban a la casa.

— El viaje fue más largo de lo esperado, una pesadilla. Creímos que moriríamos. Pero al menos tuvimos buen tiempo y viento favorable; luego te cuento con detalles.

— ¿Y cómo está mi hermana Josefa?

— Doña Josefa está bien, cuidando a tus sobrinos con mucha dedicación.

— ¿Cuántos son los sobrinos que tengo?

— Tienes cuatro: dos niños y dos niñas. Manuel Antonio, el mayor, aquí presente; le siguen Josefa María; luego Rosa Mercedes y el menor, Pedro Alfonso.

— ¡Así que tú eres Manuel Antonio! ¡Bienvenido!

Dijo don Miguel mientras lo miraba atentamente.

— Pero deben estar cansados; los criados los van a llevar a sus habitaciones.

— Gracias, cuñado, aún no nos acostumbramos a estar en tierra firme, después de más de dos meses en el mar. Sentimos aún el movimiento del barco en nuestras cabezas y el olor, ese olor a podredumbre, no se me quita de la nariz. Manuel Antonio fue muy valiente, como te dije, lo que vivimos fue horrible.

Manuel Antonio fue conducido a su habitación por un sirviente llamado José Domingo.

— ¿Señorito, le preparo un baño caliente? —dijo José Domingo.

— Se lo agradezco, no huelo muy bien, es difícil tomar un buen baño en un navío; el agua salada no ayuda con el jabón.

— También me ocuparé de que laven su ropa, no huele bien —respondió José Domingo con una sonrisa.

— Creo que mejor las queman; ese olor no lo quiero sentir jamás, me trae muy malos recuerdos. Aquí compraré nueva ropa —respondió Manuel Antonio.

Luego del baño, regresó José Domingo con ropa nueva.

— Mi señor don Miguel me ordenó que le trajera ropa del señorito Oswaldo Lorenzo; él es de su tamaño;

espero que le quede bien. Las que trajo el señorito no están en buenas condiciones y, tal como pidió, las vamos a quemar —dijo José Domingo sonriendo—. Espero que le guste.

En la noche se reunieron en el comedor de la inmensa casa de los Aldama y Vildosola para la cena de bienvenida. Allí estaba toda la familia esperando conocer a los parientes de ultramar. La esposa de don Miguel, doña Teresa, sus hijas María de los Ángeles, Gladys Antonia y su hijo Oswaldo Lorenzo, reían haciendo bromas sobre los familiares recién llegados.

Don Diego y su hijo Manuel Antonio entraron al comedor y toda la familia se alineó al lado de don Miguel para saludar a los visitantes. Don Miguel hacía las presentaciones correspondientes. Una vez finalizadas las presentaciones, los jóvenes rodearon llenos de curiosidad al señorito Manuel Antonio ante la mirada complacida de los mayores.

— Primo Manuel, cuéntanos, ¿cómo es la vida allá en las Indias? —preguntó Oswaldo Lorenzo.

María de los Ángeles lo interrumpió, manos en las caderas.

— ¿Y los salvajes? ¿Es verdad que comen gente?

— La vida allá no es fácil, es una tierra muy seca y caliente, no hay el verdor que he visto aquí y que me tiene tan maravillado —respondió Manuel Antonio—. Los indios caquetíos son personas trabajadoras y son

hombres libres por orden de Su Majestad el Rey, que Dios guarde. Y no, prima, no comen gente.

— ¡Qué aburrido! —exclamó ella, y todos rieron.

— ¿Tienen esclavos negros? —preguntó María de los Ángeles.

— Sí, tenemos muchos en la casa y las haciendas.

— Nunca he visto un negro en mi vida —replicó María de los Ángeles—. Aquí en Bilbao hay varios, me dicen, pero nunca he visto uno. ¡Ay, no! —exclamó—. Deben ser horribles, todos negritos, con dientes blanquillos. Todos rieron a carcajadas del comentario de María de los Ángeles.

— La cena está servida, don Miguel —anunció el ama de llaves.

— Vamos, jóvenes, la cena está servida; seguirán la conversación luego de la cena —indicó don Miguel—. Vamos, doña Teresa, cuñado, por favor, haga los honores.

Disfrutaron de una exquisita cena, con bacalao como plato fuerte. Luego de la cena, don Diego y don Miguel se sentaron a conversar, disfrutando de una copa del licor patxaran mientras observaban a sus hijos y a doña Teresa conversando animadamente.

— Como te comenté anteriormente, cuñado, el navío venía sobrecargado de cacao y, por eso, su navegación fue muy lenta. Al principio la comida no era mala; había carne, verduras, legumbres y frutas, pero se

acabaron pronto. Luego vino la sempiterna dieta de tasajo, miel, queso y aceitunas. La marinería comía casi exclusivamente tasajo, y al mes, mes y medio, casi toda la comida se había fermentado o estaba podrida, por lo que teníamos muy poco que comer. El agua de tomar se volvió putrefacta; había que taparse la nariz para poder tomarla, por eso nos enfermamos. Dormir era muy difícil; las ratas no nos dejaban dormir, se movían por todos lados. Estos viajes son un infierno. El olor de los vómitos de la gente por el mareo, olor de comida podrida y fermentada, aún lo tengo en la nariz. Pero hablemos de otra cosa.

— ¿Cómo va lo del seminario?

— Cuñado, ya lo del Real Seminario de Bergara está arreglado —comentó don Miguel—. Podemos llevar a Manuel Antonio la próxima semana; va a ser ingresado como recomendado del conde de Peñaflorida; ese es el mejor lugar para que tenga una excelente formación académica y espiritual. ¿Trajiste los documentos que te pedí: la fe de bautismo y el certificado de buena conducta?

— Sí, los tengo —respondió don Diego—. Te agradecemos mucho tus gestiones. Manuel Antonio es el mayor y en algún momento deberá encargarse de la familia; ya tenemos acordado su matrimonio con la familia Irausquín Chirino, una familia poderosa y acaudalada de Coro. Tienen una hija; Mercedes de Jesús se llama; cuando Manuel Antonio regrese a Coro, se casará con ella.

— Excelente, cuñado, es importante asegurar el futuro de la familia con buenas alianzas matrimoniales.

Entretanto, los jóvenes reían con las ocurrencias de María de los Ángeles, a quien le encantaban las historias de aparecidos y fantasmas. Las contaba con un dramatismo extraordinario, como si ella hubiese estado en el lugar de las apariciones. Su hermana Gladys Antonia reía con sonoras carcajadas las ocurrencias de María de los Ángeles. Su historia favorita era la de la gata Zapaquilda; ya sus hermanos la habían escuchado muchas veces, pero pidieron en coro a María de los Ángeles para que la contara una vez más para su primo Manuel Antonio.

— Uno debe tener cuidado con lo que pide a las Hadas de los Imposibles —así inició su relato María de los Ángeles, mientras pasaba frente a todos los jóvenes presentes, mirándolos a los ojos y apuntando a sus rostros con el dedo índice; luego de un histriónico silencio, comenzó a contar su historia.

Érase un príncipe muy admirado en su reino. Todas las jóvenes casaderas deseaban tenerle por esposo. Pero él no se fijaba en ninguna y pasaba su tiempo jugando con Zapaquilda, una preciosa gatita, junto a las llamas del hogar. Un día, dijo en voz alta: «Eres tan cariñosa y adorable, Zapaquilda, que, si fueras mujer, me casaría contigo». En el mismo instante apareció en la estancia el Hada de los Imposibles, que dijo: «Príncipe, tus deseos serán cumplidos». El joven, deslumbrado, descubrió junto a él a

Zapaquilda, convertida en una bellísima muchacha. Al día siguiente se celebraban las bodas y todos los nobles y pobres del reino que acudieron al banquete se extasiaron ante la hermosa y dulce novia.

— Pero, de pronto... —María de los Ángeles guardaba un silencio histriónico; luego caminaba frente al público, mirando a cada uno a los ojos. De repente, extendía los brazos y decía—: todos vieron horrorizados a la joven lanzarse sobre un ratoncillo que zigzagueaba por el salón y zampárselo al instante —mientras María de los Ángeles representaba la escena con gestos: perseguía al ratón, lo atrapaba y fingía devorarlo sosteniéndolo por la colita.

El príncipe, horrorizado, empezó a llamar al Hada de los Imposibles para que convirtiera a su esposa en la gatita que había sido. Pero el Hada no acudió y tuvo que pasarse la vida contemplando cómo su esposa Zapaquilda daba cuenta de todos los ratones de palacio.

Así que, cuidado con lo que piden a las Hadas de los Imposibles —decía muy seria, mientras pasaba frente a todos los jóvenes presentes, mirándolos a los ojos y apuntándolos a sus rostros con el índice para luego inclinarse en señal de haber terminado su historia.

Todos aplaudieron emocionados el relato de María de los Ángeles.

El Seminario

El Real Seminario Patriótico Vascongado de Bergara fue la gran obra de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, institución creada por Xabier María de Munibe e Idiáquez, conde de Peñaflorida, director perpetuo de la Sociedad, y que pasó a residir en Bergara para dedicarse al Seminario. Esta institución se dedicaba a dar enseñanza de las letras y bellas artes, de las lenguas nacionales como son el vascuence y el castellano, y siguiendo el latín, imprescindible para los que habrían de seguir la carrera del sacerdocio. Los estudios contemplaban asimismo dos asignaturas novedosas: historia y geografía nacional.

Allí pasaría los próximos cinco años Manuel Antonio, adquiriendo una sólida formación que le sería de gran utilidad a su regreso a Coro.

Llegado el día y luego de haber completado todo el ajuar requerido, padre e hijo se trasladaron al Seminario y recorrieron juntos el edificio. Al llegar el momento de la despedida, don Diego posó sus manos sobre los hombros de Manuel Antonio.

— Hijo querido —dijo don Diego, emocionado—, te dejo en buenas manos; aprovecha tu estancia en este seminario; en tus días libres podrás quedarte con tus tíos y tus primos. Cuando cumplas los diecisiete años,

tu tío te enviará a Coro, donde te recibiremos en tu casa con todo el amor del mundo. Aprovecha tu estancia aquí; vienen tiempos difíciles y debes estar preparado.

— Gracias, padre, así lo haré —respondió Manuel Antonio—. Ahora deme su bendición.

Se fundieron en un fuerte abrazo y luego don Diego y don Miguel se retiraron; mientras caminaban en direcciones opuestas, por los rostros de padre e hijo corrieron lágrimas.

La vida en el seminario era bastante estricta. Manuel Antonio se dedicó con fuerza a los estudios y logró cultivar buenas amistades. Entre ellos estaban los primos León Ignacio Múgica y Aguirrebengoa y José Francisco Michelena y Aguirrebengoa. Con ellos pasaba horas estudiando, debatiendo temas de interés y compartiendo su añoranza por su tierra natal y por la familia.

Manuel Antonio se destacó en latín, y algunos profesores empezaron a insinuar que debía considerar el sacerdocio. A él le inquietaba la idea, no solo porque no se sentía llamado, sino porque en Coro lo esperaba un matrimonio pactado con Mercedes Irausquín. Una noche, en el dormitorio, León Ignacio le preguntó en voz baja:

— ¿Y tú qué quieres, Manuel? ¿Dios o los negocios?

Manuel Antonio no supo responder.

Su mayor reto fue la lengua euskera. Su estructura gramatical tan diferente y la ausencia de raíces latinas le hacía muy difícil entenderla. Todo esto cambió cuando comenzó a estudiar historia y geografía. Su visión del mundo se transformó; entender lo extenso y variado del mundo y la historia de la madre patria le abrió los ojos y comenzó a ver la vida de manera diferente; existía un mundo más allá de Coro. Comenzó a entender la importancia del Rey como factor unificador y fundamental del Imperio Español, imperio del cual decían «en el que no se pone el sol».

Ya en el quinto y último año de su estancia, fue llamado a la presencia del conde de Peñaflorida, director del seminario. Esa mañana alguien tocó a la puerta del dormitorio de Manuel Antonio; este se levantó de su escritorio y abrió la puerta.

— Don Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama, buenas tardes —dijo el profesor Juan José Elhuyar.

— Buenas tardes, profesor —replicó Manuel Antonio, sorprendido.

— El director quiere verlo en su despacho; don Manuel Antonio, acompáñeme, por favor.

Manuel Antonio se quedó inmóvil y con cara de preocupación.

— ¡Venga, hombre! No se preocupe, el director quiere mostrarle un documento —comentó el profesor Elhuyar ante el susto que reflejaba el rostro de Manuel Antonio.

El camino hasta el despacho del director pareció infinito; llegaron y el profesor Elhuyar abrió la puerta del despacho y Manuel Antonio entró.

— ¡Don Manuel Antonio! Bienvenido, por favor, siéntese por aquí—exclamó con alegría el conde de Peñaflorida, mientras le mostraba la silla.

— Gracias, director —contestó Manuel Antonio.

— He escuchado cosas buenas de usted, don Manuel Antonio; va muy bien en sus estudios y es muy apreciado por sus compañeros, eso me enorgullece, especialmente para un alumno que viene de ultramar, donde los recursos para su formación inicial son limitados —precisó el conde de Peñaflorida—. Ahora vamos al asunto.

Se dirigió nuevamente a su escritorio y tomó un documento en sus manos.

— Este documento fue escrito por don Pedro Joseph de Olavarriaga —comentó el conde de Peñaflorida mientras mostraba el legajo a Manuel Antonio—. Él fue el propulsor de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y preparó este documento llamado «Instrucción General y Particular del estado presente de Venezuela entre los años de 1720-1721», donde describe muy detalladamente la provincia de Venezuela y el futuro posible de esa provincia. Creo firmemente que usted debe leerlo, pues allá vive su familia y usted regresará a la provincia de Venezuela en un futuro muy cercano.

Manuel Antonio pasó el resto del día leyendo el documento. Contenía una descripción exhaustiva de la provincia de Venezuela: lugares, gentes, riqueza del suelo, costas, panoramas, agricultura, cría, valles, haciendas, tipos de vegetación, minas, comercio, industrias, fortificación de costas, puertos. Al final de la tarde regresó el conde a su despacho.

— Bien, don Manuel Antonio, ¿qué opina del documento de Olavarriaga? —preguntó el conde Peñaflorida con una sonrisa.

— Este es un documento muy importante; ahora entiendo por qué su majestad el Rey entregó la provincia de Venezuela a la Compañía Guipuzcoana de Caracas —respondió Manuel Antonio—. Fue una decisión acertada de su Majestad; la apoyo plenamente; ahora conozco mejor a la provincia y sé que tiene mucho que ofrecer al reino.

— Me alegra escuchar su comentario —respondió el conde de Peñaflorida.

— Señor director, quiero agradecerle la oportunidad que me ha brindado de leer este valioso documento —comentó Manuel Antonio—. Me lo llevo en la memoria y en el corazón.

El Faro de Hércules

Durante las vacaciones de verano y estando con sus primos conversando en el jardín, sorpresivamente llegó a la casa de los Aldama y Vildosola el padre de Manuel Antonio. Don Diego regresó para llevarlo de regreso a Coro.

— ¡Padre! —exclamó Manuel Antonio mientras corría hacia él para abrazarlo.

— ¡Cómo has crecido, hijo!, ¡esa voz de hombre! Estás más alto que yo, estás hecho todo un hombre Manuel —exclamó don Diego luego de un efusivo abrazo.

Todos los sobrinos rodearon tanto al padre como al hijo y aplaudieron el emotivo momento. Manuel Antonio preguntó por su madre, sus hermanas, por su hermano, por Mwimpe y Paula.

— Tu madre sufrió con algunos achaques —respondió don Diego—, pero ya está con buena salud; tus hermanas Josefa María y Rosa Mercedes son un dolor de cabeza, tu madre las tiene castigadas casi todo el tiempo ¡tienen pretendientes!; tu madre las descubrió usando sus ayas para enviar y recibir mensajes de los señoritos Chirino, Irausquín y Arcaya. Tu hermano Pedro Alfonso quiere seguir tus pasos y venir a Bilbao a estudiar también; le prometí que, después de que regreses, me ocuparía de traerlo. Entretanto, le dije,

debía ayudarme con los negocios de la familia. prepárate, porque te va a volver loco a preguntas.

— Mwimpe y Paula, ¿cómo están?—insistió Manuel Antonio—. Aún recuerdo a Paula llorando y corriendo detrás del carruaje cuando partí.

— Mwimpe, o Magdalena, como le gusta a tu madre llamarla, enfermó de una fiebre a la que llaman «el Mal» y quedó muy débil. No se ha podido recuperar aún —respondió don Diego—. Apenas puede trabajar; ella pone mucho empeño, pero a duras penas puede caminar. Paula te recuerda siempre; ahora ayuda a tu madre y también se ocupa de Magdalena. Paula es muy trabajadora y, además... —Don Diego guardó silencio.

— ¿Además, qué?

— Lo verás cuando lleguemos —replicó don Diego.

— Padre, ¿de qué estás hablando? —preguntó Manuel Antonio, intrigado.

— Tú lo verás, tú lo verás, no digo nada más.

Transcurrieron los días y semanas conversando, visitando a los amigos y familiares en Bilbao y sus alrededores. En esencia, padre e hijo conociéndose nuevamente luego de varios años de ausencia. Manuel Antonio había crecido muchísimo en lo físico y en lo cultural; las conversaciones eran intensas, los temas diversos, algunas coincidencias y los desacuerdos fueron muchos. Su padre estaba sorprendido del hijo

que tenía ahora; don Diego se preguntaba: ¿Dónde quedó el niño que lloró tanto cuando dejó Coro? ¿Qué dirá doña Josefa cuando converse con él? Que Dios me ayude.

Llegaron noticias para el regreso a Coro; debían abordar una carraca en La Coruña que los llevaría a La Guaira y desde allí irían hasta La Vela en una balandra. De inmediato comenzaron los preparativos.

— Estos encargos de telas de doña Josefa ya me ocupan dos baúles, itodo color negro!, itodo color negro! Esta moda de las cortes me va a llevar a la ruina —comentó don Diego algo molesto—. Gracias a Dios que conseguí, por medio de tu tía doña Teresa, casi todo lo que me pidió —dijo don Diego a su hijo—. Ahora espero que todo cumpla con sus expectativas.

Dos carruajes, uno de carga con los baúles y otro para los pasajeros, estaban listos para partir. Fue una emotiva despedida entre los primos; tenían la certeza de que no se verían nunca más. La sensación no fue de un «hasta luego», fue más bien de un «adiós» definitivo. Salieron de la casa de los Aldama y Vildosola don Diego y el señorito Manuel Antonio rumbo a La Coruña; allí los esperaba una carraca mercante llamada El Águila. Su cuñado, don Miguel, hizo los arreglos con el capitán de El Águila, don Toribio Velandria, para que les diera un buen lugar a bordo y también solicitó las autorizaciones de la Casa de Contratación de Sevilla para que pudieran viajar a Las Indias.

— ¿Sabes cómo funcionaba la Carrera de Indias? — preguntó don Diego.

— Sí, me lo contaron en Bilbao —respondió Manuel Antonio.

— Grandes flotas navegaban juntas para protegerse de los piratas y corsarios. Las ciudades de reunión eran, en principio, Sevilla y posteriormente se incorporó Cádiz; por el lado de Las Indias, eran Cartagena y Veracruz. Este monopolio de Sevilla, Cádiz, Cartagena y Veracruz terminó y comenzó la época de los Registros Suelos, también llamados barcos suelos: eran embarcaciones individuales que obtenían un permiso específico para viajar y comerciar con las colonias de España en América.

El viaje en carruaje hasta La Coruña duró doce días. El camino contaba con once postas, estratégicamente distribuidas, donde se cambiaban las bestias de tiro y los viajeros podían comer y descansar.

La Coruña era el punto de reunión de la flota que zarparía hacia las Indias. A su llegada, don Diego y Manuel Antonio se alojaron en una posada cercana a la Plazuela de los Ángeles, muy próxima al puerto. Durante su estancia, aprovecharon el tiempo para conocer la ciudad.

— Hijo mío, hoy vamos a visitar la famosa Torre de Hércules o Faro de Hércules —dijo don Diego—. Es un monumento importante que data de la época del Imperio Romano. Ya pronto llegará el carruaje, así

que vamos a comer algo antes de irnos.

Luego del desayuno, se acercó uno de los sirvientes de la posada y les entregó una cesta con provisiones para que almorzaran en el faro y les avisó que el carruaje les esperaba

— Padre, qué grata sorpresa, ¿cuándo organizaste todo esto?

— Más sabe el diablo por viejo; hijo mío, más sabe el diablo por viejo —respondió don Diego levantando el índice de su mano derecha. Ahora te voy a contar la historia de este antiguo faro. Los ancianos cuentan que hubo un gigante llamado Gerión, Rey de Brigantium, que obligaba a sus súbditos a entregarle la mitad de sus bienes, incluyendo a sus hijos. Un día los súbditos decidieron pedir ayuda a Hércules, y este retó a Gerión a una pelea. Hércules derrotó a Gerión, enterró allí la cabeza del gigante, y levantó un túmulo que coronó con una gran antorcha, y cerca de este túmulo fundó una ciudad. Ahora, ¿de dónde viene el nombre de la ciudad y la provincia? ¡La Coruña y Galicia! Dice la gente de esta ciudad que ellos vinieron de Galatia, en Anatolia, y que por eso fue llamada Galizia. Como la primera persona que llegó fue una mujer llamada Cruña o Crunia, por ella bautizaron a esta ciudad con ese nombre: La Coruña.

— ¡Qué bonita historia!, padre —respondió Manuel Antonio—. ¿Cómo sabes todo eso?

— Bueno, he investigado mucho durante años este

tema... —respondió, y comenzó a reír a carcajadas; hasta que pudo parar ante la mirada atónita de Manuel Antonio—. Todo eso me lo contó el padre del posadero anoche mientras dormías; hablé con él para acordar los preparativos de hoy y me contó toda esta historia.

— Padre, eres genial. Por un momento, te creí la historia de la investigación.

El carruaje se desplazaba por la costa hacia el Faro de Hércules, pasaron por la playa de San Amaro y comenzaron a subir rumbo al faro. Al llegar, caminaron alrededor del faro conversando, disfrutando de la brisa y la hermosa vista. Luego decidieron subir hasta el tope, recorrieron los doscientos treinta y nueve escalones, haciendo varias paradas para que don Diego recobrara el aliento. Al fin, llegaron al tope de la torre.

— Esta vista es muy hermosa, padre —comentó Manuel Antonio—. Te agradezco el haber organizado este paseo.

Disfrutaron de las hermosas vistas desde el tope del faro por un buen rato y comenzaron el descenso para descansar y almorzar. Se sentaron a la sombra del faro y tomaron la cesta con las comidas y bebidas que les preparó el posadero. Conversaban animadamente, cuando, de pronto, observaron un carruaje acercarse al faro; quedaron en silencio, siguiendo con curiosidad la aproximación del mismo. Se detuvo y de él descendió un joven apuesto, vestido de manera

impecable, que se detuvo a observar con admiración el Faro de Hércules. Don Diego y Manuel Antonio siguieron con curiosidad al personaje. De pronto, don Diego se levantó y saludó efusivamente al recién llegado.

— ¡Don Esteban Palacios y Blanco! —exclamó don Diego, visiblemente emocionado—. ¡Qué alegría verlo!

Don Esteban caminó intrigado hacia ellos, observando a don Diego.

— ¡Don Diego Antonio García de Quevedo y Valdés! —exclamó don Esteban—. ¡No lo puedo creer, hombre! — y se dieron un efusivo abrazo—. Qué grato encontrarte aquí, ¿Y quién es este joven que te acompaña? ¡Ya sé! ¿No me digas que este es tu hijo mayor, Manuel Antonio?

— Así es, Esteban.

— Estás hecho un hombre, muchacho —respondió mientras posaba sus manos en los hombros de Manuel Antonio—. Te conocí cuando eras apenas un mocoso al lado de tu madre, doña Josefa, en Caracas —continuó—. La esclava que te cuidaba la pasaba difícil; eras muy travieso.

— Un placer conocerlo, don Esteban. Mi padre me contó sobre la amistad que tienen desde hace años —respondió Manuel Antonio—. Cuento con mi amistad; estoy a su disposición para lo que le guste mandar.

— Gracias, Manuel Antonio, agradezco tus palabras y

cuenta con mi amistad también —respondió.

— Pero ven siéntate con nosotros, Esteban. Estamos abriendo la vianda que nos preparó el posadero para este viaje; podemos compartir el almuerzo contigo. ¿Qué dices? —propuso don Diego.

— Con gusto, Diego, pero con una condición: al final compartiremos una bebida tradicional de estas tierras que se llama «queimada». Tengo todo lo necesario en el carruaje que me trajo hasta aquí; es todo un ritual tradicional la preparación de la «queimada» y, con el frío que se avecina, nos caerá bien.

Compartieron muy animadamente el almuerzo y conversaron sobre el origen del Faro de Hércules. Manuel Antonio contó el episodio con su padre. Cuando le contó la historia del faro durante el viaje, todos rieron de la ocurrencia de don Diego.

— ¿Qué te trae a La Coruña, Esteban? —preguntó don Diego.

— Estaba en Madrid, haciendo una diligencia para mi hermana María de la Concepción —respondió don Esteban— para hacer valer la adquisición del título de marqués de San Luis que realizó un antepasado de su esposo llamado don Juan de Bolívar y Martínez de Villegas. Don Juan pagó en su oportunidad veintidós mil ducados al Rey por este título nobiliario. Mi hermana quiere que gestione la confirmación del título de marqués de San Luis para su hijo Juan Vicente y el título de conde de Casa Palacios para su

hijo menor Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Hacer estas gestiones ha sido complicado. Las Reales Cortes son un pantano lleno de gente elegante y malintencionada, prestos a tomar todo el dinero que puedan de los habitantes de las Indias; nos llaman despectivamente los «criollos», ¡pero cómo les gusta nuestro oro!

— He oído rumores de que la Corona planea aumentar los impuestos a los criollos. Y no solo eso: quieren limitar el número de diputados americanos en las Cortes.

— Don Diego frunció el ceño. —Eso va traer problemas, están circulando ciertas ideas peligrosas.

— Más de los que imaginas —respondió Esteban, y miró hacia el mar con nostalgia.

— La persona que te puede ayudar es don Manuel Godoy, duque de Alcúdia, el favorito de su Majestad la reina María Luisa —comentó don Diego—, y además dicen que es su amante.

— Sí, he tratado de llegar a él —respondió—. He consultado a muchos miembros de la corte, pero todos mienten, dicen que están vinculados y luego resulta que no es cierto. Tuve que venir a La Coruña a buscar los ducados que me envió mi hermana en el galeón «El Águila» para continuar con estas gestiones.

— Nosotros, casualmente, estamos aquí esperando su

llegada para embarcar y regresar a Venezuela en ese mismo galeón —atajó don Diego levantando su copa de vino—. Brindemos por todas las casualidades que han permitido este encuentro.

— ¡Salud!

Todos levantaron su copa y tomaron un buen trago de vino y exclamaron al unísono: ¡salud!

— También recibí una carta de mi hermana en la que me pide que sea el tutor de su hijo, Simón José Antonio de la Trinidad —continuó don Esteban—. Ese chaval es un dolor de cabeza: muy inteligente y, al mismo tiempo, muy rebelde. Mi hermana me cuenta que Simoncito no quiso seguir en la escuela pública. Entonces le consiguió como tutor a don Simón Rodríguez, pero, en cuanto Simoncito se enteró de la propuesta, se fugó de su casa y se fue a la residencia de don Pablo de Clemente y Francia, quien tuvo que avisar a la Real Audiencia. Esta tuvo que intervenir. ¡Todo un escándalo! En fin, como ya dije, un verdadero dolor de cabeza.

— Bueno, los estoy abrumando con mis problemas; ya se solucionarán con el favor de Dios. Ahora ha llegado la hora de la «queimada» —continuó don Esteban, sonriendo—. Ya está cayendo la noche; es el momento propicio.

Se levantó y se dirigió al carruaje en el que había llegado para buscar la parafernalia necesaria con la que prepararía la misteriosa bebida.

— Esta bebida, cuentan, es de origen celta —explicó don Esteban—, antiguos habitantes de estas tierras.

Todo el ritual de preparación está dirigido a alejar a los malos espíritus que, según la tradición, acechan a los hombres y mujeres para intentar maldecirles, ya sea por diversión o por venganza por algo que han realizado anteriormente. Se usa este recipiente de barro, el cucharón y los cuencos. Sus ingredientes principales son el aguardiente y el azúcar, a los que se les añade oportunamente la corteza de limón o naranja y unos pocos granos de café enteros. Todo esto se coloca al fuego en el recipiente de barro, se toma el cucharón lleno de «queimada» y se expone al fuego para que se prenda y se deja caer poco a poco en el recipiente principal varias veces; este también se enciende y, cuando las llamas se ponen azules, se sirve en cada uno de los cuencos de los comensales.

Don Esteban encendió el fuego.

— Este es el momento del Conxuro o Esconxuro, que dice así —y comenzó a leer don Esteban:

«Con este cazo

elevanté las llamas de este fuego

similar al del infierno

y las brujas quedarán purificadas

de todas sus maldades.

Algunas huirán

*a caballo de sus escobas
para irse a sumergir
en el mar de Finisterre.
¡Escuchad! ¡Escuchad estos rugidos...!
Son las brujas que se están purificando
en estas llamas espirituales...
Y cuando este delicioso brebaje
baje por nuestras gargantas,
también todos nosotros quedaremos libres
de los males de nuestra alma
y de todo maleficio.
¡Fuerzas del aire, tierra, mar y fuego!,
a vosotros hago esta llamada:
si es verdad que tenéis más poder
que los humanos,
limpiad de maldades nuestra tierra
y haced que aquí y ahora
los espíritus de los amigos ausentes
compartan con nosotros esta queimada.»
— ¡Salud! —exclamaron al unísono, levantando sus
cuencos flameantes.*

La Dikenga

Emprendieron, padre e hijo, el viaje a Cartagena de Indias el 15 de junio y llegaron el 12 de julio, después de veintisiete días de travesía. Luego viajaron hasta La Guaira y pasaron cuatro días en dicho puerto. Se alojaron en la casa del teniente de Justicia Mayor de Macuto, don José María España Rodríguez del Villar y Sáenz, al cual los unía una antigua amistad familiar.

Luego de su llegada a la residencia de don José María, ubicada en el pueblo de La Guaira, cerca de la antigua sede de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, conversaron sobre el viaje a España, la estadía en el Seminario de Manuel Antonio y del providencial encuentro con don Esteban Palacios y Blanco en La Coruña, al pie del Faro de Hércules.

— Tengo una preocupación que quisiera compartirles —dijo don José María—. Llegaron a este puerto un grupo de prisioneros políticos españoles, implicados en la célebre Conspiración de San Blas, dirigida por Juan Bautista Picornell y Gomilla. Como le comenté a mi amigo Pedro Gual, quien por cierto quizás venga en unos días desde su hacienda Santa Lucía a deleitarnos con su violín, como decía, esto es un intento de mostrar el poder de la corona, de enviar un mensaje a una provincia donde ya hemos tenido varios movimientos en contra del Rey, generados como consecuencia de sus pésimas decisiones y de la

falta de reconocimiento a los funcionarios reales que han dedicado su vida a servirle.

— El Imperio Español es muy grande, don José María —respondió Manuel Antonio—. Son muchas las decisiones que debe tomar Su Majestad, por lo que es comprensible que Su Majestad cometa errores, pero es nuestro deber, como leales súbditos, hacerle llegar información que le ayude a reconsiderar sus malas decisiones, ¿no le parece, don José María?

Don Diego quedó sorprendido con la respuesta de Manuel Antonio. Su hijo era ya un hombre en todos los sentidos; ni él mismo hubiese dado una mejor respuesta.

— Veo que tenemos a un leal súbdito de Su Majestad —respondió sonriendo don José María—, y sabes, tienes razón; el problema es que Su Majestad está rodeado de una corte de aduladores que filtran toda la información. Allí tienes al tal Godoy, duque de Alcúdia; es imposible llegar a Su Majestad sin pasar por esa alcabala.

— Yo viví de primera mano la insurrección de los esclavos organizada por el zambo José Leonardo Chirinos en la Sierra de Coro —comentó enérgicamente don Diego—. Mi padre formó parte del grupo que se reunió para derrotarlos y capturarlos. Esas rebeliones no las podemos permitir; debemos mantener la unidad del Imperio español.

— Muy interesante la conversación —respondió don

José María—. Podemos retomarla más adelante. Ahora los invito a una caminata por la playa; esta es la mejor hora, ya el sol se va metiendo y los atardeceres son hermosos.

Don José María entendió la posición de don Diego y su hijo Manuel Antonio; eran leales al Rey, no podía seguir tratando este tema con ellos, corría el riesgo de delatar sus ideas y sus planes para instaurar una república en la provincia de Venezuela; debía advertir a su amigo Pedro Gual sobre esta situación para evitar sospechas.

Pasaron los días entre amenas conversaciones y caminatas. Don José María no tocó nuevamente el asunto de las críticas al Rey. Al fin, llegó el día de viajar a casa; tomaron una balandra hasta el Real Puerto de La Vela. Tras varios días de navegación, llegaron a La Vela. Manuel Antonio sentía que se le salía el corazón del pecho; su padre lo observaba y sonreía. Sabía lo que sentía su hijo: volver a casa es un extraño sentimiento entremezclado de alegría y miedo. Miedo de no encontrar otra vez a la gente que quieres o ver destruidos los lugares que has amado.

Cuando bajaron del bote que los arrimó al puerto, encontró las primeras caras conocidas: Julio y Felipe. Dos de los esclavos de la familia saludaron con timidez a Manuel Antonio; temían que no los reconociera.

— Bienvenido, señorito Manuel Antonio —dijeron

casi al unísono, en voz baja, e inclinaron sus cabezas en señal de respeto.

— ¡Felipe! ¡Julio! Qué alegría verlos y ¿cómo están?

— Estamos bien con el favor de Dios —respondió Julio sonriendo.

— Qué bueno que nos recuerde, señorito amo Manuel Antonio, pensábamos que no nos recordaría después de tantos años; yo era un niño cuando usted se marchó para España —dijo Felipe con cierta emoción.

— ¡Pues ya ven! Los recuerdo perfectamente a los dos —exclamó Manuel Antonio.

— Felipe y Julio, ayuden a bajar los baúles de doña Josefa —ordenó don Diego—, ya está bueno de saludos.

Los esclavos se acercaron a los botes que traían los baúles y empezaron a bajarlos al muelle y luego los llevaron a las carretas que los llevarían a Coro al día siguiente. Entretanto, Manuel Antonio y su padre caminaron a la casa de don Basilio López; allí pasarían la noche y al día siguiente partirían a Coro.

Luego de la cena y una animada conversación con don Basilio sobre los acontecimientos ocurridos en la sierra, especialmente sobre las consecuencias del levantamiento de los esclavos liderado por el zambo José Leonardo Chirinos.

— Con su permiso, padre, y de usted, don Basilio, me retiro a descansar.

— Está bien, anda a descansar, hijo —respondió don Diego.

— Anda a descansar, lamento que llegaras en estos momentos tan delicados —respondió don Basilio.

Manuel no pudo dormir bien, entre las emociones de su regreso y las preocupaciones por los comentarios de don Basilio sobre los movimientos independentistas que, según él, se gestaban a consecuencia de los sucesos en España.

A la mañana siguiente, muy temprano, Manuel Antonio estaba ya listo para partir. Inquieto y ansioso, caminaba de un lado a otro mientras esperaba a su padre. Los pensamientos se amontonaban en su cabeza. ¿Qué dirá mi madre cuando me vea? ¿Cómo estarán mis hermanitas y mi hermano? ¿Y Paula? ¿Qué quiso decir mi padre cuando le pregunté por ella?

— ¡Buenos días, Manuel Antonio! —dijo don Diego alegremente, interrumpiendo los pensamientos de su hijo—. Veo que madrugaste.

— Buen día, padre, me levanté muy temprano, no dormí bien.

— Me desayuno y nos vamos; tu madre debe de estar impaciente por ver a su niño —respondió don Diego, riéndose.

Ensillaron los caballos en el patio de la casa de don Basilio, se despidieron y salieron rumbo a Coro. Por el

camino, Manuel Antonio contemplaba el paisaje tan familiar. Pasaron el puente sobre el río Coro y al rato comenzaron a verse las calles y casas conocidas, así como otras nuevas. Vio la residencia de la familia, aceleró el paso del caballo, entró al patio interior y desmontó apresuradamente. Comenzó a escuchar las voces de sus hermanas y sus pasos acelerados, corriendo por el corredor de la casa y acercándose al patio donde estaba Manuel Antonio, parado inmóvil, esperando.—¡Hermanito! ¡Hermanito! — gritaban Josefa María y Rosa Mercedes—; cuando llegaron, se quedaron mirándolo por unos segundos, luego corrieron hacia él y lo abrazaron.

— Estás muy alto, Manuel —dijo Josefa María—, pero tu carita es la misma.

— Tienes que contarnos todo —dijo Rosa Mercedes—. ¿Cómo es Bilbao? ¡Adónde más fuiste, todo lo que viste, los primos, nos tienes que contar todo!

— Claro que sí —respondió Manuel Antonio mientras las abrazaba—. Ustedes también tienen mucho que contarme; ya me dijo papá de sus travesuras y sus romances.

Las hermanas comenzaron a reírse por el comentario de Manuel Antonio, hasta que doña Josefa apareció, caminando despacio, usando un bastón y con ayuda de Lorenza. Manuel Antonio se dirigió al encuentro de su madre, la abrazó y comenzó a llorar de la alegría. Doña Josefa soltó el bastón y abrazó fuertemente a su primogénito.

— Estás hecho un hombre muy guapo, Manuel Antonio —exclamó doña Josefa mientras secaba las lágrimas del rostro de su hijo—. ¿Dónde está el niño que lloraba porque no se quería ir?

— Bienvenido a casa, hijo mío. No sabes cómo me alegra que estés nuevamente con nosotros; he rezado tanto para que llegaras con bien junto a tu padre.

— Lo sé, madre —respondió Manuel Antonio—, yo no he dormido bien los últimos días imaginando este momento. A medida que me acercaba a Coro, me sentía más ansioso, deseando llegar para abrazarte.

— Pero déjame verte, hijo —respondió doña Josefa, mientras pasaba su mano por el rostro de Manuel Antonio.

— Ahora tienes un gran parecido con tu abuelo Manuel Antonio, que en paz descanse. Cómo creciste en estos años, hijo.

En ese momento entró al patio don Diego y, más atrás, la carreta con los baúles de doña Josefa. Las niñas comenzaron a saludar efusivamente a su padre y lo abrazaron apenas se bajó del caballo. —¿Dónde está Pedro Alfonso? —preguntó Manuel Antonio.

— Fue hasta El Hato—respondió doña Josefa—, fue a ver cómo marchan las cosas allá.

— Mi padre me mencionó que Pedro Alfonso lo ha ayudado mucho con el manejo de nuestros negocios —respondió Manuel Antonio—. Ahora me encargaré

de esa tarea para que él pueda irse a Bilbao.

— Sigues siendo un alma generosa, hijo. Tu cuerpo cambió, pero allí está dentro de ti, el niño amoroso y generoso que conocí.

— Madre, ¿cómo está tu salud? Veo que tienes dificultades para caminar —preguntó Manuel Antonio, preocupado—. Papá me dijo que estabas mejor. ¿Qué te ocurre?

— Es una larga historia, hijo. Por momentos pensé que moriría; me sentía muy mal: tenía náuseas, vómitos, sarpullido; sentía que los ojos se me reventarían y sufría un intenso dolor en las carnes y los huesos. Ya casi todo esto pasó, pero me queda aún el dolor de huesos y coyunturas. El médico Juan Bautista Oberto no pudo ayudarme en nada. Solo Magdalena pudo ayudarme; me dio de tomar unos preparados de hierbas que me mejoraron mucho. Las sacó de las plantas de su jardín; allá en esa esquina está su jardín; los esclavos lo cuidan mucho.

— ¿Cómo están Magdalena y Paula? —preguntó Manuel Antonio—. Pensé que vendrían a recibirme.

— Magdalena no está bien, casi no puede caminar. El médico don Juan Bautista Oberto dice que tiene una masa en uno de sus senos que no se puede curar. Ya la pobre casi no se levanta de la cama y está muy flaca.

— ¿Y dónde está Paula?

— Luego hablamos de ella —respondió doña Josefa y

su rostro cambió—. Déjame abrazar a tu padre y darle la bienvenida.

Manuel Antonio se quedó pensativo mientras veía a su madre caminar para abrazar a don Diego. Sus pensamientos fueron interrumpidos por sus hermanas, que lo agarraron cada una por un brazo y se lo llevaron a la sala mientras le hacían muchas preguntas sin darle oportunidad de responder.

— Ya me dijo papá que ustedes andan de novios secretos con los Chirino, los Iraquí y los Falcón; qué papelitos van y vienen —comentó Manuel Antonio sonriendo.

— No es nada, Manuel —respondió Josefa María—; es pura diversión, ¿verdad, Rosa?

— Bueno —respondió Rosa, riendo con picardía—. A Josefa le gusta Francisco Xavier Irausquín, pero él no le hace caso.

— Sí le gusto —respondió Josefa—; el otro día en la misa me estuvo mirando, me saludó y...

— Señoritas, su mamá las llama —dijo la esclava Lorenza—, que van a abrir los baúles y quiere que la ayuden a revisar y guardar lo que trajo su padre de España.

— Luego seguimos, hermanito, queremos ver qué trajo papá —dijo Rosa.

Las jóvenes salieron corriendo y pasaron al lado de Lorenza sin darle tiempo a moverse y casi la tumban.

— ¿Estás bien? —preguntó Manuel Antonio.

— Sí, señorito Manuel Antonio, estoy bien. No he tenido oportunidad de decirle que me alegra verlo de regreso.

— Gracias, Lorenza, yo también estoy contento de verlos otra vez. Lorenza, ¿dónde está Magdalena? —preguntó Manuel Antonio—. Quiero ir a verla.

— Está en nuestro cuarto —respondió Lorenza—, le cuesta mucho levantarse.

Manuel Antonio se dirigió al cuarto de las esclavas, pasó por delante del cuarto de sus padres y sonrió al ver a sus hermanas elogiando la belleza de las telas y vestidos que trajo su padre de España, bajo la mirada de felicidad de su madre.

Llegó al cuarto de esclavas y allí, en un rincón, estaba Magdalena postrada en una estera de palma. Magdalena estaba dormida. Manuel Antonio se acercó y la tomó de la mano. Magdalena despertó, miró el rostro de Manuel Antonio por unos segundos y luego una gran sonrisa iluminó su rostro.

— Manuel Antonio, estás aquí —dijo con voz débil Magdalena—. ¡Qué alegría verte! Cada día pedía a mis antepasados que me ayudaran a vivir un día más, hasta que regresaras. No quería irme sin verte, sin despedirme de ti.

— ¿Qué dices? —respondió Manuel Antonio—. Estarás mas tiempo con nosotros, Magdalena.

— Llámame Mwimpe —respondió—. Ese es mi verdadero nombre, el que me dieron mis padres, así me conociste y así quiero que me recuerdes.

Levantó su mano temblorosa para enjugar la lágrima que corría por el rostro de Manuel Antonio.

— ¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que nos vimos?

— Sí —respondió Manuel Antonio—, me dijiste: tu hombre valiente.

— Ahora necesito que otra vez seas hombre valiente y me escuches —respondió Mwimpe.

— Pronto estaré con mis antepasados; según contaban en mi pueblo, nuestras vidas están regidas por la Dikenga, que es un símbolo mágico circular con cuatro puntas en forma de cruz. Cada punta tiene un significado, es el círculo de la vida. Aquí te dejo una Dikenga que preparé para ti; guárdala.

Cada punta es una etapa de la vida. La primera punta se llama Ngutuka; es el nacimiento; la segunda punta se llama Kindende y es la niñez; la tercera, Nvuta, es el hombre; y la cuarta punta se llama Vunda, es la muerte o el descanso. Las puntas giran como la vida misma; ahora es mi Vunda, mi momento de descansar. Quiero pedirte que cuides a mi hija Paula; ella no ha hecho mal alguno, la he criado bien, conoce todas las tradiciones de mi pueblo y las tradiciones de los cristianos. Cuídala mucho, por favor; ella nunca te ha olvidado. Dale este mensaje: ¡Sobrevivir!...

¡Sobrevivir!, eso es lo que cuenta; ella entenderá. Ahora es mi momento de descansar, pero quiero que escuches y recuerdes una frase que decía nuestro adivino Mambelé: Somos las hojas del árbol de la humanidad.

Mwimpe sonrió y miró a los ojos de Manuel Antonio, luego cerró sus ojos y expiró. Manuel Antonio permaneció inmóvil, sin soltar su mano. No supo cuánto tiempo pasó, hasta que sintió pasos detrás de él. Luego, unas sombras. Los esclavos se habían reunido en la puerta del cuarto, en silencio. Nadie dijo nada. Alguien, no supo quién, empezó a cantar muy suavemente en una lengua que él no entendía, pero que se sentía como una triste canción de despedida.

Terminado el canto, Manuel Antonio se retiró para informar a la familia la muerte de Mwimpe. Cuando llegó al cuarto de sus padres, sus hermanas, doña Josefa y don Diego, estaban visiblemente tristes, ya el canto les había advertido del acontecimiento.

— Murió en paz, la tenía tomada de la mano. Estaba esperando mi llegada para partir; me tenía un regalo —y les mostró la Dikenga—. No hubo tiempo para avisar al cura para que viniera a darle los santos óleos.

— Ya voy a mandar a avisar al padre Calatayud —dijo doña Josefa— para que quede anotada la defunción de Magdalena y abran la fosa para enterrarla; ella fue bautizada y es lo que corresponde hacer.

La conversación fue interrumpida por los pasos de un

caballo en el patio de la casa.

— Es Pedro Alfonso —dijo don Diego—, ya regresó de El Hato.

Don Diego y Manuel Antonio se apresuraron a recibir a Pedro Alfonso, mientras doña Josefa ordenaba al esclavo Felipe que fuera a la iglesia a informar la muerte de Magdalena.

— Felipe, dile al padre Calatayud que murió esta mañana Magdalena —ordenó doña Josefa—, no Mwimpe. ¿Quedó claro? No hubo tiempo de avisarle, ya que murió de repente. Que la anote en el libro de los esclavos y prepare la fosa, que coloque el nombre de don Diego como notificador, que yo le haré llegar el aporte para la fábrica con uno de mis hijos.

— Sí, ama doña Josefa. Murió Magdalena; voy enseguida.

— La bendición, padre —dijo Pedro Alfonso mientras inclinaba su cabeza.

— Que Dios te bendiga, hijo. ¿Cómo estuvo el viaje?

— Bien padre, como siempre polvoriento y caliente; cruzar los médanos fue complicado como siempre; el camino aparece y desaparece en minutos.

— ¡Hermano! ¡Bienvenido! —dijo en tono festivo Pedro Alfonso, dándole un fuerte abrazo—. ¡Cuánto te extrañamos! Qué bueno que estés en casa otra vez. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Qué pasa? ¿Por qué esas caras?

— Mwimpe falleció hace unos momentos —respondió Manuel Antonio.

— ¡No!, ¡qué triste, que en paz descanse! —respondió Pedro Alfonso mientras se persignaba haciendo la señal de la cruz—, y yo hablé de ella con Paula esta mañana.

— Estoy impresionado —dijo Manuel Antonio—. Me estaba esperando para irse y así pasó. La tenía tomada de la mano cuando falleció. Ahora hay que avisarle a Paula



— Mañana saldré para El Hato a buscar a Paula —dijo Pedro Alfonso—. Si salgo ahora, me agarra la noche en el camino y es peligroso.

— Mañana voy contigo —dijo Manuel Antonio—. Debo decírselo yo. ¿Les parece?

— Es lo apropiado, hijo —respondió don Diego.

— ¡Claro, hermano!, vamos juntos. Felipe, por favor, encárgate de mi caballo, que esté listo para mañana, y prepara también al rucio moro para Manuel Antonio.

— Sí, amo, señorito Pedro Alfonso.

Caminaron a la casa juntos y llegaron a la habitación de doña Josefa, quien los esperaba de pie, ayudada por su bastón.

— Hay que avisarle a Paula; seguramente ya hablaron de esto, ¿no? —dijo en tono severo doña Josefa—. Quiero que algo quede muy claro: una vez terminado el entierro de Magdalena, Paula deberá regresar a El Hato, no se quedará aquí. ¿Quedó claro? Ahora vayan a descansar. Yo me ocupo con los esclavos de los asuntos del entierro de Magdalena.

Los hijos e hijas se retiraron y don Diego se quedó en la habitación con intención de hablar con su esposa.

— Josefa, ¿no crees que estás exagerando con lo de Paula? —preguntó don Diego.

— Esa mujer no puede seguir en esta casa ¡ella es un problema! Hasta tú no podías dejar de prestarle atención, ¡todos los hombres son iguales!

— ¡Lorenza! ayúdame, quiero cambiarme para irme a dormir. Este día ha sido agotador.

Luego de tomar un baño y cenar, los hermanos conversaron sobre varios temas: Bilbao, el seminario, el encuentro en el Faro de Hércules. Manuel Antonio hizo la pregunta que tenía atravesada en la garganta.

— Pedro Alfonso, ¿qué pasa con Paula? —preguntó Manuel Antonio—. ¿Por qué mi madre no quiere a Paula aquí?

— Paula no ha hecho nada malo. El problema es que creció y se convirtió en una mujer extremadamente bella. Se ha convertido en el objeto del deseo de los hombres de Coro. Varios señores de Coro han venido con la intención de comprarla para hacerla su barragana, y mi madre se ha negado porque Magdalena se lo ha pedido. No sé si sabes que Magdalena fue la única que pudo ayudar a mamá con la extraña enfermedad que tuvo. Mamá dice que gracias a ella es que aún está viva, por eso su agradecimiento y respeto hacia Magdalena. Mi madre quiere mantenerla alejada de mi padre y de nosotros; en el fondo siente celos, ha visto a papá mirando a Paula y eso no le ha gustado para nada. Por eso decidió enviarla para El Hato.

— La verdad, me has dejado sin palabras. ¿Es tan bella Paula?

— Ya la verás mañana y entenderás de qué estoy hablando. Ahora vamos a dormir; nos espera un largo viaje mañana.

El Hato

Antes del amanecer partieron los hermanos rumbo a El Hato. Les tomó cerca de cuatro horas llegar. Fueron por el camino de la costa hasta Adícora y desde allí hasta su casa en El Hato. En esta propiedad se criaban reses, cabras, chivos y principalmente caballos, burros y mulas. Rebaños que eran conducidos desde Adícora por mar hacia las Antillas, lo que producía buenos ingresos para la familia. También el contrabando era otra fuente importante de ingresos; para ello tenían varios ranchos escondidos en donde depositaban los productos contrabandeados hasta su venta. El capataz de la hacienda era Marc Pol Vinyoli, un apuesto joven, llegado de la madre patria. Su familia era de Cataluña y él se había venido al Nuevo Mundo en busca de fortuna, luego de que su familia quedara en la ruina por los malos negocios que hizo su padre.

Los esclavos que trabajaban en El Hato llegaron al puerto de Adícora desde las Antillas, fueron comprados a los holandeses por don Diego y siete de ellos eran de la tribu de Mwimpe, por lo que Paula era para ellos la nieta de Siad Canga, Soba de Mboma e hija del legendario guerrero Ngo, El Leopardo. Por eso, cuando ella llegó con Pedro Alfonso y supieron quién era y que su madre Mwimpe estaba viva en Coro, se alegraron mucho. Para ellos, Mwimpe era la

única heredera del Soba y el único nexo con su familia y con su tierra.

Paula ocupaba una habitación en la casa de los amos; los esclavos no aceptaron que viviera en las condiciones que ellos tenían en la casita anexa. Ella tomó la responsabilidad de cuidar a las cabras y chivos; los sacaba en la mañana del corral y los llevaba a pastar en diferentes sitios de la propiedad. En las tardes, después de traerlos al corral, se dirigía a la playa. Le gustaba caminar por la arena y tomar un refrescante baño en el mar. Cuando los hermanos llegaron a la casa principal en El Hato, ya Paula había traído las cabras, cabritos y chivos al corral y se había ido a la playa. Luego de comer, tomar agua y refrescarse, Pedro Alfonso ordenó a los esclavos ocuparse de los caballos y preparar una yegua para su hermano.

— Voy a buscarla a la playa —dijo Manuel Antonio.

— Anda, es lo mejor —respondió Pedro Alfonso—. Va a ser un momento difícil para Paula y para ti también; dar esa noticia es muy duro. Carmelo te preparó una yegua para que vayas a la playa.

Manuel Antonio se dirigió a buscar a Paula. Los esclavos le explicaron cómo llegar a la playa que frecuentaba. Al llegar a la hermosa playa de Adícora, amarró las riendas de la yegua a un árbol de dividivi y comenzó a caminar en busca de Paula.

Mientras caminaba por la orilla de la playa, Paula

recordaba la última vez que había visto a Manuel Antonio. Corría detrás de un carruaje, llorando, hasta que su madre la había tomado de la mano y la había llevado de vuelta a casa. Era una niña entonces, y no entendía por qué el corazón le dolía tanto. Se preguntaba si alguna vez regresaría.

Manuel Antonio comenzó a caminar por la orilla de la playa; caminó varios minutos y de pronto observó a lo lejos una figura de alguien que venía hacia él. A medida que se acercaba, comenzó a distinguir a una mujer, alta, esbelta y de caminar armonioso, que se detenía de tanto en tanto para recoger piedras y conchas que había traído el mar hasta la orilla y lanzarlas de regreso. Paula se dio cuenta de la presencia de alguien que venía hacia ella. Comenzó a mirar también con curiosidad al hombre que se acercaba caminando por la playa, colocando su mano sobre sus ojos para tapar el resplandor del sol y así tratar de descifrar su rostro. A medida que avanzaba, el corazón de Paula comenzaba a latir con más fuerza. Presentía quién era, pero no lo podía creer. No es posible, se decía a sí misma. A pocos metros de distancia, su presentimiento se convirtió en certeza. Las lágrimas comenzaron a nublar su vista, volteó su rostro hacia el mar intentando buscar la calma perdida y colocó sus manos sobre sus ojos para detener sus lágrimas. Volteó a mirarlo y no podía creerlo, no podía hablar.

Manuel Antonio reconoció en el rostro de esta bella

mujer a la niña que recordaba, con sus hermosos ojos color de miel, llenos de lágrimas y corriendo detrás del carruaje que lo llevaba lejos de ella y de su familia. Estaba impresionado por la belleza de la mujer que era ahora Paula. Esperó que Paula se sintiera más calmada, aunque en realidad buscaba valor para acercarse a ella. No se podía mover y no le salían las palabras. Paula volteó repentinamente y lo miró a los ojos.

— ¿Realmente eres tú o estoy soñando? —preguntó Paula en un tono algo áspero.

— Sí, soy yo, llegué ayer —respondió Manuel Antonio abriendo los brazos.

Paula corrió y lo abrazó con fuerza. Manuel Antonio sintió cómo los senos de Paula se hundían en su pecho, sentía su aroma y una extraña emoción, nunca antes sentida, se apoderó de él. Rieron un buen rato, recostados en la arena como dos niños, riéndose de sus travesuras. De pronto, Paula vio colgado en el pecho de Manuel Antonio la Dikenga que le regaló Mwimpe en su lecho de muerte. Paula lo tomó con su mano y miró a Manuel Antonio sorprendida. Las risas desaparecieron y entonces el tiempo se detuvo por un momento.

— Tiempo de Vunda —dijo Paula con tristeza—. Ya se fue al encuentro de nuestros ancestros. ¿Estuviste con ella cuando su espíritu dejó su cuerpo?

— Si, la tenía tomada de la mano cuando falleció y así

me quedé con ella por un buen rato. Antes de fallecer hablamos un rato y me dio un mensaje para ti, me dijo: «Dile a Paula: '¡Sobrevivir! ¡Sobrevivir! Eso es lo que cuenta. Ella entenderá», y me dijo otra frase que aún me da vueltas en la mente: «Somos las hojas del árbol de la humanidad».

Paula se sentó en la arena, viendo al mar.

— Eso lo decía el adivino Mambelé. Él era portador de la Salabanda o manto mágico, representaba a la familia de mi abuelo Siad, los Canga. Mambelé era la persona más importante del poder mágico; era el vínculo espiritual con los antepasados.

Se sentaron en silencio, tomados de la mano; Paula apoyaba su cabeza en el hombro de Manuel Antonio. Ambos contemplaban el atardecer, con un cielo lleno de nubes blancas y grises que apenas dejaban ver el sol; mientras tanto, las lágrimas recorrían el rostro de Paula. Súbitamente, Paula dijo con voz suave:

— Hay que regresar a la casa, Manuel Antonio; debemos partir temprano mañana para Coro y además debes estar cansado del viaje.

Luego colocó sus dedos en el rostro de Manuel Antonio y lo recorrió poco a poco, con ternura, como tratando de confirmar que era él; se detuvo en sus labios. Le dio un beso a su dedo índice y lo colocó en los labios de Manuel Antonio, quien sentía su corazón muy acelerado por un sentimiento desconocido hasta ahora por él. No sabía qué hacer o decir. Se

levantaron y caminaron en busca de la yegua para regresar. Paula se montó detrás de Manuel Antonio, lo abrazó con fuerza y comenzaron su regreso a la casa en El Hato.

Llegaron y Paula pidió estar sola; necesitaba reflexionar sobre la partida de su madre. En los días previos a su partida para El Hato, Mwimpe le había contado todo una vez más: los nombres de sus antepasados, el significado de la Dikenga, la promesa de que la sangre de los Canga nunca se extinguiría. Ahora entendía que su madre sabía que nunca más se verían. Le resultó muy duro saber que la voz que la había guiado ya no estaría más con ella.

— ¿Cómo lo tomó? —preguntó Pedro Alfonso mientras veía a Paula retirarse a su cuarto.

— Lloró mucho —respondió Manuel Antonio.

— Yo la quiero mucho —comentó Pedro Alfonso—. Somos muy buenos amigos; hasta le enseñé a leer, sin el permiso de mis padres, por supuesto, y eso aún es un secreto. Le di varios libros y se los leyó muy rápido. Luego me volvía loco con las preguntas; es muy inteligente.

— Y muy bella —atajó Manuel Antonio—. ¿Te gusta Paula? Si te gusta y sientes algo por Paula, me apartaré y te dejaré el camino libre.

Pedro Alfonso se quedó en silencio sin mirar a su hermano; luego respondió:

— Hermano, te voy a dar mi respuesta. No sé cómo lo vas a tomar; espero que de la mejor manera. Yo no he tenido tus oportunidades. Tú has estado en España, has visto mundo. Yo solo he leído de lo que hay allá... y sé que en Francia e Italia hay más tolerancia para gente como yo.

Luego volteó y caminó hacia su hermano, se detuvo frente a él y le espetó:

— No me atraen las mujeres.

Manuel Antonio se quedó inmóvil, no sabía qué decir sorprendido por la revelación de su hermano.

— Nadie más sabe de esto, Manuel —dijo Pedro Alfonso—. Sé que es muy fuerte lo que te he compartido, hermano. En Coro, esto es algo que no es aceptado; me destruirían a mí y a nuestra familia si esto se sabe.

— Entiendo tu situación y te agradezco tu confianza, hermano. Sabes que te quiero y cuentas conmigo; nuestro secreto así permanecerá, secreto —respondió Manuel Antonio—, y tienes toda la razón, esta sociedad te destruiría y también a nuestra familia. Ahora vamos a descansar; mañana será un día muy intenso.

A Manuel Antonio le llevó tiempo poder dormir; el torbellino de acontecimientos ocurridos luego de su ansioso regreso lo tenía abrumado y los pensamientos daban vueltas de manera incesante en su cabeza.

Sol Luvemba

Paula se levantó muy temprano, aún era de noche y preparó el desayuno. Los hermanos sintieron el olor de la comida cocinándose, se levantaron y compartieron el desayuno en silencio.

— Hoy hay luna llena —dijo Paula—. Podemos partir ahora para Coro; la luz de la luna nos alumbrará el camino y, además, ayer tuvimos un Sol Luvemba, sol blanco. Ese sol significa cambios; es buen augurio. Podemos partir cuando quieran; ya están ensillados nuestros caballos.

A media mañana llegaron a la casa de los García de Quevedo y Aldama en Coro; todos estaban preparados para el entierro de Mwimpe —o de Magdalena, como le gustaba llamarla a doña Josefa—; solo esperaban la llegada de Paula y los hermanos.

Al llegar, Paula recibió las condolencias de doña Josefa y don Diego, así como del resto de la familia y los esclavos; luego se dirigió a la habitación de las esclavas; allí estaba el cadáver de su madre. Se arrodilló ante ella, las lágrimas afloraron, acarició con ternura su rostro y arregló su cabello.

— Madre amada —murmuró Paula—, la rueda de la Dikenga giró y ya estás con nuestros antepasados. Dile a mi padre, al que nunca conocí, al legendario guerrero Ngo, a quien llamaban «El Leopardo», que

está vivo dentro de mí. Te doy las gracias por todo lo que me contaste, sobre nuestra familia, sobre nuestros ancestros; siempre serán recordados y honrados.

En la puerta de la habitación estaban las esclavas contemplando con tristeza la escena; tenían lista la mortaja blanca para envolver a Mwimpe y unas cuerdas amarillas para amarrar la mortaja. A una señal de Paula entraron y comenzaron a cantar muy suavemente en su lengua, deseándole un buen viaje. Las esclavas sabían que no podían dejar escuchar su canto a plena voz, debido al peligro de ser acusadas de herejía ante el Tribunal de la Inquisición de Coro y padecer severos castigos. Una vez amortajado el cuerpo de Mwimpe, lo cargaron para llevarlo hasta el patio de la casa, donde esperaba la carreta que lo llevaría hasta el cementerio. La familia y los esclavos observaban desde la casa la partida del cuerpo de Mwimpe. Julio conducía la carreta. Paula se sentó al lado del cadáver de su madre, mientras Manuel Antonio se sentó al lado de Julio. Al partir el carruaje, la familia comenzó a rezar un rosario para pedir por el alma de Magdalena.

Al llegar al cementerio, el encargado y su ayudante ya habían terminado la fosa. Al divisar la carreta, el ayudante fue a avisarle al padre Calatayud para que se preparara para realizar la ceremonia de sepultura para Magdalena. Julio y Manuel Antonio se bajaron de la carreta mientras Paula permaneció al lado de su

madre. Al llegar el padre Calatayud, Julio, Manuel Antonio y los zambos sepultureros bajaron el cadáver y lo colocaron al lado de la tumba.

— Paula, hija, lamento mucho la muerte de tu madre —dijo el padre Calatayud y le dio un abrazo—. Y tú estás hecho un hombre, chaval —dijo el padre dirigiéndose a Manuel Antonio—. Ya me enteré de que regresaste luego de completar tus estudios en España. Qué bueno verte; tu familia está muy orgullosa de ti.

— Gracias, Padre, me alegra verlo con buena salud. Está igual que como lo recuerdo, algunas canas más quizá, pero se ve muy bien. Aquí está el aporte para la fábrica que le envía mi mamá.

— Gracias, Manuel Antonio, ahora recemos por el descanso eterno del alma de Magdalena.

Una vez concluidos los rezos, los sepultureros enterraron el cuerpo de Magdalena. Paula se quedó después de que todo terminó. Contemplaba la tumba en silencio. Manuel Antonio la dejó sola y se fue a esperarla junto al esclavo Julio, al lado de la carreta. Repentinamente, Paula comenzó a gesticular como si conversara con alguien que ellos no podían ver. Julio comenzó a inquietarse por los gestos que ella hacía. Manuel Antonio observó la inquietud de Julio, pero no le preguntó sobre la razón de su inquietud. Paula regresó a la carreta y todos emprendieron en silencio el camino de regreso a la casa de los García de Quevedo y Aldama.

El conflicto

Buenas tardes, madre, su bendición —dijo Manuel Antonio—. El padre Calatayud le envía sus saludos, le entregué los pesos para la fábrica y se cumplió con la sepultura de Mwimpe.

— Magdalena era su nombre —respondió doña Josefa en tono severo—. ¡Magdalena!, que en paz descanse.

— Es cierto, fue la costumbre; con ese nombre la conocí.

— Ahora hay que llevar a Paula de regreso hasta El Hato —respondió doña Josefa—. Como les advertí, no la quiero aquí; ya estuve conversando con tu padre y estamos pensando venderla.

— Madre —atajó Manuel Antonio—, con todo respeto, no estoy de acuerdo. Paula creció con nosotros, fue parte de nuestra niñez, es como una hermana para nosotros. Le puedo adelantar que Pedro Alfonso también estará en desacuerdo y seguramente mis hermanas también.

— ¡Se lo dije a tu padre! —respondió visiblemente molesta doña Josefa—. Esa mujer va a traer discordia a esta familia y ¡aquí estás, Manuel Antonio!, ¡desafiando a tu madre!, pues no me equivoqué. Aquí en esta casa se hace lo que tu padre y yo decidimos, ¡que les quede eso claro a todos!

En ese momento entró a la habitación don Diego.

— Pero ¿qué ocurre, Josefa? —exclamó don Diego—. ¿Por qué estás tan alterada? Sabes que eso no te hace bien. Recuerda a Magdalena, que en paz descanse; bastante te lo advirtió. Así que siéntate. Voy a ordenar que te preparen un brebaje de malojillo para que te calmes.

— ¡Lorenza!, ¡Lorenza!, ven —exclamó don Diego—, anda a prepararle una infusión de malojillo a doña Josefa; busca el malojillo en el jardín de Magdalena.

— Madre, cálmese, por favor. Lamento esta discusión, pero no podía dejar de decir lo que pienso.

Entretanto, Lorenza se fue corriendo a buscar las hojas de malojillo y en el camino de regreso se detuvo para avisarle a Paula de la discusión entre madre e hijo.

— Paula, están discutiendo por ti —dijo Lorenza, entusiasmada, en su lengua nativa—. La doña Josefa y el señorito Manuel Antonio se gritaron; la doña dijo que quiere venderte y el señorito dijo que no. Don Diego me mandó a preparar una bebida con malojillo.

Paula se quedó en silencio.

— Paula, ¿te vas a quedar así? ¿No vas a decir nada? —preguntó Lorenza, indignada.

— Pronto sabré todo lo que va a pasar —dijo Paula con voz tranquila y en su lengua nativa—. Recibí la Salabanda, el manto mágico que pertenecía a la

familia de mi abuelo Siad, los Canga. En el cementerio, hablé con Mambelé, quien era la persona más importante del poder mágico en nuestro pueblo. Recibí la Salabanda cuando estaba frente a la tumba de mi madre; ella estuvo a mi lado con Mambelé. Ahora yo tengo la Salabanda, ya sabes lo que eso significa.

Lorenza se quedó paralizada, recordó todas las cosas inexplicables que vio cuando era niña, allá en su aldea; sabía de los poderes de la Salabanda y los adivinos. Luego comenzó a temblar. Casi dejaba caer la bebida de malojillo que había preparado para doña Josefa. Ella sabía la trascendencia de lo que acababa de escuchar.

— Lorenza —dijo Paula con voz firme—, anda a llevarle el malojillo a doña Josefa, te están esperando.

— Sí, Simbi Paula —dijo con voz temblorosa.

— No me llames así, Lorenza —replicó con firmeza Paula—. Llámame solo Paula.

Lorenza llegó a la habitación de doña Josefa y le entregó el brebaje con malojillo. Doña Josefa tomó el vaso con el brebaje de malojillo y notó el temblor en las manos de Lorenza.

— No te preocupes, Lorenza —dijo doña Josefa—. Voy a estar bien; ya me está pasando el mal rato.

— Sí, ama doña Josefa. ¿Se le ofrece algo más, mi ama?

— No, Lorenza, te puedes retirar.

— ¿Te sientes mejor, Josefa? —preguntó preocupado don Diego—. ¿Necesitas algo más?

— Sí, estoy mejor, gracias a Dios. Quiero recostarme un rato; ayúdame a ir a la cama, Diego.

Manuel Antonio observó en silencio todos los acontecimientos en la habitación de sus padres. Optó por retirarse, se acercó a la cama de sus padres y le dio un beso en la frente a su madre.

— La bendición y hasta mañana, que descanses y perdona mis palabras.

— Que Dios te bendiga, hijo —respondió doña Josefa tomando de la mano a su hijo—. Yo fui muy dura también. Anda a descansar, fue un día largo y triste para todos. Hasta mañana.

Manuel Antonio se despidió también de su padre y salió de la habitación. Afuera lo esperaba Pedro Alfonso.

— ¿Cómo está nuestra madre?

— Está más calmada; con el guarapo de malojillo se va a sentir mejor.

— Ven, Manuel, vamos a caminar, pero fuera de la casa. No quiero que nos escuchen, es importante lo que tengo que decirte.

La puerta por donde entraban las carretas al patio de la casa aún continuaba abierta y por allí salieron los

hermanos. Caminaron a lo largo de las calles que rodeaban la casa.

— Como te dije cuando estuvimos en El Hato, tengo una buena amistad con Paula —dijo Pedro Alfonso—. Podría decir que somos confidentes. Debido a tu evidente interés por Paula, quiero explicarte quién es ella. Así no te llevarás sorpresas.

— Ella es nieta del jefe de su tribu en África —dijo Pedro Alfonso.

— Manuel Antonio se detuvo —¿Nieta de un jefe?

— Así es. Su familia, los Canga, eran los portadores de algo que llaman la Salabanda, un manto mágico.

— ¿Mágico? —Manuel Antonio esbozó una sonrisa incrédula.

— Ya verás —respondió Pedro Alfonso—. No te rías hasta que la veas hacer cosas que no puedes explicar. Ellos creen que ese manto mágico les da poderes para comunicarse con sus antepasados y tener visiones de lo que está por venir. El que tiene la Salabanda es el adivino. Solo un miembro de la familia posee esos poderes. El último, si mal no recuerdo lo que me contó Paula, fue alguien llamado Mambelé. Él fue asesinado junto con el padre y el marido de Mwimpe. Todo eso ocurrió cuando los portugueses capturaron a casi toda la tribu para venderla como esclavos, incluyendo a Mwimpe. Así fue como llegó Mwimpe hasta nosotros, y con ella Paula.

— ¿Paula es una princesa africana? —preguntó Manuel Antonio, asombrado.

— Así es, hermano, esa es una manera de ver quién es ella. Pero la realidad es que ella es una esclava a merced de lo que decidan nuestros padres, sus dueños. Ahora, debes entender que, si bien mi situación es complicada, la tuya también lo será. Nuestra madre se opondrá a tu relación con Paula; por ende, nuestro padre también se opondrá. En cuanto a nuestras hermanas, ellas los adoran, tanto a ti como a Paula. No se opondrán a tu relación con Paula, pero no desafiarán a nuestros padres. Esa será tu situación, así lo veo. Ahora bien, yo no soy Mambelé, ni tengo el manto mágico, pero sé lo que va a pasar. Mi madre va a vender a Paula, de eso no te quepa la menor duda. La pregunta es: ¿Qué vamos a hacer?

Entretanto, Paula trataba de descansar acostada en una estera de palma en el cuarto de las esclavas. Fue un día agotador, lleno de emociones muy fuertes. El entierro de su madre, lo ocurrido en el cementerio, cuando recibió la responsabilidad de la Salabanda de las manos del espíritu de Mambelé, la presencia de su madre y la intención manifiesta de doña Josefa de venderla. Mientras cavilaba sobre esto, entraron todos los esclavos a la habitación y la rodearon.

— Paula, ya Lorenza nos dijo que eres portadora de la Salabanda —comentó Julio—. Tú eres ahora nuestro

Simbi. Eres nuestra esperanza, nuestro guía. Tienes nuestro respeto y obediencia.

Paula se sentó y quedó en silencio contemplando a sus compañeros de infortunio.

— La verdad es que les agradezco mucho sus palabras —exclamó Paula en su lengua nativa—, pero no sé qué hacer con todo esto; yo no pedí tener esta responsabilidad. Necesito ayuda para saber qué hacer. ¿Alguno de ustedes sabe algo o de alguien?

— Yo creo que sé lo que puedes hacer —respondió Ubencio desde el fondo de la habitación.

Todos voltearon a mirarlo con asombro. Ubencio caminó y se abrió paso entre el grupo; se acercó a Paula, quien lo miraba también con asombro.

— Moisés, él es el único que puede ayudarte —dijo Ubencio—. Es un esclavo anciano que vive cerca de El Hato. Moisés fue uno de los primeros esclavos que compraron los padres del amo don Diego. Él le enseñó a don Diego a cuidar, curar y montar caballos, por eso le tiene mucho cariño. Como ya es muy viejo para trabajar, el amo don Diego lo dejó pasar sus últimos días en un conuco que le regaló. Dicen que Moisés puede hablar con caballos y otros animales; él conoce, él sabe.

El beso

Tal como lo ordenó doña Josefa, los hermanos llevaron de regreso a Paula hasta El Hato. Salieron muy temprano; se detuvieron varias veces durante el camino para descansar a los caballos. Durante estas paradas, Paula y los hermanos conversaron mucho. Manuel Antonio les contó de su vida en España y los viajes que realizó, de sus estudios, de sus primos y del encuentro con don Esteban Palacios y Blanco en el Faro de Hércules, entre muchas otras cosas más. Paula y Pedro Alfonso lo abrumaban con preguntas y luego terminaban riéndose de Manuel Antonio porque no podía contestarlas todas. Llegaron. Marc Pol los recibió, luego ordenó a los esclavos atender a los caballos y preparar de comer para los amos y Paula.

Antes del almuerzo, Paula invitó a los hermanos a refrescarse en la playa. Manuel Antonio aceptó, pero Pedro Alfonso prefirió quedarse y, por las miradas entre él y Marc Pol, Paula entendió lo que ocurría entre ellos dos. Manuel Antonio no se dio cuenta del cruce de miradas.

Paula y Manuel Antonio se fueron juntos a la playa de Adícora. Al llegar a la orilla, Paula retó a Manuel a una carrera, como cuando eran niños. Paula, con sus largas y hermosas piernas, ganó la carrera muy

fácilmente. Se recostaron juntos en la arena, agotados luego de la carrera.

— Paula, eres muy veloz. Cuando éramos niños, yo te ganaba, pero ahora es imposible. Estoy muy feliz de estar aquí contigo; a tu lado me siento tan bien, siento mi corazón palpar fuerte, tan solo con mirarte.

— Yo también siento lo mismo, —respondió Paula—. Pero ya no somos esos niños traviesos que corrían por la casa de tu familia.

— Sí. Somos los mismos y al mismo tiempo somos diferentes —respondió Manuel Antonio.

— Nuestros mundos son muy diferentes —continuó Paula—. Estar juntos es imposible; tu pueblo nunca aceptará que estemos juntos y tu familia tampoco. Tu madre tiene miedo, presiente lo que va a pasar si me quedo en tu casa. Por eso quiere venderme.

— ¿Cómo sabes eso? —preguntó preocupado Manuel Antonio.

— Los esclavos somos invisibles para sus amos; por eso nadie sabe mejor qué pasa y qué no pasa en una casa que nosotros, los esclavos. Uno de ellos me contó de tu discusión con tu madre, cuando te dijo que quería venderme. Sentí que te quería aún más por el valor de enfrentarte a tus padres.

— No podía ser de otra manera, Paula —respondió Manuel Antonio—. Eres muy importante para todos nosotros, para Pedro Alfonso y mis hermanas; no

podía aceptar esa idea. Después de la discusión con mi madre, Pedro Alfonso y yo salimos a conversar fuera de la casa y me contó algunas cosas de tu vida que no conocía. Me contó algunas cosas de tus padres, de tu familia y lo que le pasó a tu pueblo esclavizado por los portugueses.

— Sí, Pedro y yo hemos conversado mucho todos estos años de tu ausencia —explicó Paula—. ¿Sabías que él me enseñó a leer?

— Sí, me lo contó Pedro Alfonso —respondió Manuel con una sonrisa en su rostro— y me alegra; eso te ofrece muchas oportunidades de aprender y conocer el mundo por medio de los libros.

— Ahora debo decirte algo importante —dijo Paula—, que ocurrió durante el entierro de mi madre. Mi familia, los Canga, somos los portadores de la Salabanda o manto mágico; por medio de ella uno se puede comunicar con los antepasados difuntos y también predecir algunas cosas que pueden ocurrir en el futuro. Pues bien, esa responsabilidad me fue entregada frente a la tumba de mi madre por el espíritu de Mambelé, apoyado por mi madre. Yo no quería esa responsabilidad, pero no pude evitarlo. Ahora tengo la Salabanda y no sé qué hacer con ella. Esto me tiene muy preocupada; pedí ayuda a mis hermanos esclavos y me dijeron que hay un esclavo al que liberó tu padre, llamado Moisés. Él me puede ayudar. Él vive en un conuco que le dio tu padre, aquí en El Hato. Tengo que encontrarlo.

— Gracias por tu confianza, Paula y por contarme tu historia. Para mí es importante conocer quién eres. Yo respeto tus creencias, Paula, pero eso de los poderes de la Salabanda es difícil de creer; sin embargo, te ayudaré a buscar a Moisés.

— Gracias, Manuel —respondió Paula—. Sabía que podía contar contigo. Ahora, ¡atrápame si puedes!

Corrieron por la playa nuevamente y Paula de pronto entró al mar. Más atrás la seguía Manuel Antonio, quien logró alcanzarla, la abrazó y cayeron juntos al agua y una ola los sumergió. Al salir del agua, Manuel la abrazó y le dio un beso. Paula se entregó y lo abrazó, besándolo también.



Moisés

Regresaron a la casa en El Hato, y durante el almuerzo conversaron sobre dónde encontrar a Moisés. Marc Pol explicó que él tenía más de dos años en este lugar y no había escuchado hablar de Moisés. Pero dijo que les preguntaría a los esclavos que tenían más tiempo en la hacienda. Luego del almuerzo fueron a la casa de los esclavos para hablar con ellos de Moisés.

— ¿Alguno de ustedes conoce a Moisés? —preguntó Marc Pol.

Los esclavos se quedaron en silencio, mirándose los unos a los otros; manifestaban cierto temor en sus miradas.

— A ver —dijo Pedro Alfonso—, sé que tienen algo de temor, pero no buscamos a Moisés por algo malo. Solo queremos encontrarlo para que ayude a Paula con la Salabanda, que se supone que ella tiene ahora.

Ante la mención de la Salabanda, los esclavos comenzaron a hablar entre sí en su lengua nativa, con cierta agitación. Uno de ellos, llamado Bernabé, habló.

— Conocemos a Moisés —dijo Bernabé—, hemos hablado con él. Cuando trabajamos en el campo, se aparece y le damos algo para que coma y

conversamos. No sabemos con seguridad dónde vive, pero él menciona mucho un sitio llamado Montecano. Pensamos que vive por esos lados.

— ¡Montecano! Ese sitio está por donde llaman Cocodite —exclamó Marc Pol—; por allí tenemos un escondite para la mercancía que nos traen los holandeses. Podemos ir allí ahora; está más o menos a una hora a caballo.

— ¡Pues vamos! —exclamó Manuel Antonio.

— Bernabé, prepara los caballos —ordenó Marc Pol—. Vamos a buscar a Moisés.

Los esclavos salieron para preparar los caballos; súbitamente, uno de ellos se encabritó y escapó. Los esclavos trataron de atajarlo, pero no fue posible detenerlo y se internó en la sabana. Ante la algarabía que se formó por el escape del castaño, todos salieron a ver qué ocurría en el corral.

— Amo, don Marc Pol —dijo Bernabé, preocupado—. Se escapó el castaño, no sé qué pasó, ese caballo es muy dócil.

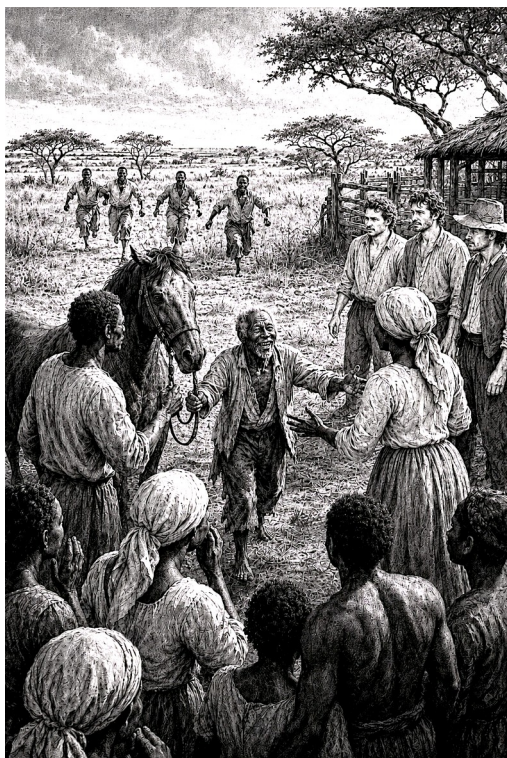
— ¿Cómo pasó esto, Bernabé? —dijo Marc Pol—. ¡Salgan a buscarlo inmediatamente!

De pronto, en medio de la sabana, se divisó la figura del caballo castaño que regresaba, acompañado de un hombre muy pequeño, que lo llevaba suavemente agarrado por las riendas de regreso. Todos voltearon a mirar la escena; estaban sorprendidos.

— ¡Ese es Moisés! —gritó Ubencio—. ¡Es él, y trae al castaño!.

Todos los esclavos corrieron a su encuentro y comenzaron a regresar junto a él hasta el corral; allí los esperaban Paula, Manuel Antonio, Pedro Alfonso y Marc Pol. Llegaron los esclavos, el castaño y el anciano. El anciano entregó las riendas del caballo a Ubencio, y se dirigió a donde estaba Paula.

— ¡Estamos juntos! —exclamó mientras se dibujaba una gran sonrisa en su rostro—. Creo que me buscabas: Soy Moisés.



Las siete potencias

Los esclavos llevaron al caballo castaño al corral y Marc Pol ordenó a los esclavos desensillar y atender a todos los caballos. Paula y los hermanos invitaron a Moisés al patio de la casa grande para hablar.

Moisés era un hombre muy pequeño, casi un enano, muy fornido y tenía el poco cabello que le quedaba completamente blanco. Tenía muchas cicatrices en su espalda y brazos; eran recuerdos de los castigos de sus amos pasados. Pero su vida cambió cuando llegó a la casa de los García de Quevedo y Valdés en Coro. Allí conoció al señorito Diego y su afición por los caballos. Se hicieron buenos amigos y, al heredar a Moisés tras la muerte de sus padres, decidió darle la libertad y le dio permiso para construir una casita y cultivar un conuco en sus tierras.

— Gracias por venir, Moisés —dijo Paula—. ¿Pero cómo supo que lo estaba buscando?

— Una voz en mi interior me dijo anoche que me buscabas —contestó Moisés—. Por eso me vine caminando; ya estando cerca, te vi por medio de los ojos del caballo castaño; él me sintió, por eso se asustó, se encabritó y escapó. Por sus caras veo que dudan de lo que digo, pero es un don que me fue dado. Ahora bien —dijo apuntando a Paula con el dedo índice—, ¡la Salabanda, eso sí es poder!

— Moisés —dijo Manuel Antonio—, la verdad, debo decirle con todo respeto, que no creo en nada de lo que dice. Pero si puede ayudar a Paula, lo agradezco.

— Ustedes dos son los hijos del señorito don Diego. ¿Cierto? —preguntó Moisés—. Tienen su misma mirada y muchos de sus gestos.

— Sí —respondió Pedro Alfonso—, somos sus hijos varones y tenemos dos hermanas allá en Coro.

— Me alegra mucho conocerlos; trataré de ayudarles en lo que pueda. A ti, Paula, solo puedo decirte que prometo enseñarte todo lo que sé. Aquí en estas tierras, las tradiciones de nuestros pueblos se han mezclado. Yo aprendí de los bakongo, de los yoruba y de los vudú. Tienes una responsabilidad muy grande; debemos trabajar mucho.

— Gracias, Moisés —dijo Paula, tomándolo de las manos—. He tenido mucha angustia; tu presencia y tu promesa me tranquilizan.

— Ahora —dijo Moisés metiendo su mano en el mapire que tenía colgado en un costado—, quiero darte esto; es un collar de siete potencias que comencé a preparar hace un tiempo, sin saber para quién era. Ahora entendí que era para ti. Este collar tiene siete cuentas distintas, cada una representa un poderoso orisha de la santería: Eleguá, Oggún, Obatalá, Yemayá, Changó, Oshun y Oyá. Cada cuenta irradia su energía; es un amuleto de equilibrio espiritual, protección y fuerza personal. Debes usarla

siempre para activar sus poderes y permitir que su energía fluya hacia todo tu ser.

— Muchas gracias, Moisés —dijo Paula—. Lo llevaré conmigo siempre.

— Solo recuerda —respondió Moisés— que, si se rompe o se desata, significa que te ha protegido de la energía negativa, del odio, del deseo de hacerte mal y que ya ha llegado al límite de su capacidad para protegerte. Pero no te angusties porque es una buena señal; quiere decir que este amuleto ha funcionado perfectamente y ha cumplido con su cometido. Ahora debo volver a mi casa; debo preparar algunas cosas para poder recibirte en ella. En dos días vendré a buscarte. Me despido de ustedes; que descansen.

Todos se quedaron en silencio, observando como la figura de Moisés desaparecía poco a poco en la sabana.

— Qué hombre tan extraño —comentó Marc Pol—; a pesar de todas las cosas raras que dijo, me parece una buena persona. No sé, es la sensación que me da.

— Sí, yo también pienso lo mismo —respondió Pedro Alfonso mirando a los ojos a Marc Pol—. Ahora vamos a cenar; la noche está llegando.

— Estoy totalmente de acuerdo, hermano —respondió Manuel Antonio.

Paula no había dicho una palabra luego de la partida de Moisés. Todos voltearon a verla, extrañados por su

silencio. Paula tenía la mirada perdida en la sabana; de pronto sintió que la observaban. Volteó y se dibujó una hermosa sonrisa en su rostro.

— Hoy ha sido un gran día —dijo Paula—, de muchas emociones y descubrimientos. Así que vamos a preparar la cena; la noche apenas comienza.

Todos se retiraron a la casa grande, y mientras caminaban hacia ella hacían bromas sobre lo que ellos llamaban «el cuento de Moisés y el caballo castaño». Prepararon una cena sencilla: chivo en coco y plátanos asados. Luego de la cena, Marc Pol los sorprendió preparando algo llamado café. Gracias a los granos que les compró a los mercaderes que lo traían en sacos cargados en mula desde la Sierra de Coro hasta Adícora, allí lo vendían a los negociantes holandeses. Este nuevo cultivo, que venía de la sierra de Coro, era muy buscado por los holandeses, quienes lo compraban a buen precio. Los mercaderes de la sierra preferían venderlo de contrabando en Adícora, porque en La Vela tenían que pagar impuesto a la corona. Uno de los holandeses le explicó a Marc Pol cómo preparar la bebida del café.

— Hay que poner los granos, previamente secados al sol, en un fogón y tostarlos lentamente en una sartén de hierro sobre brasas de cují, removiéndolos sin cesar con una paleta de madera —explicó Marc Pol—. Luego se muelen en un mortero de piedra hasta obtener un polvo fino. Finalmente, el polvo resultante se coloca en una manga de tela y se le agrega agua

caliente. El líquido que sale es el café. ¡Disfruten de su aroma! —dijo mientras vertía el agua caliente sobre el café de la manga—. Pueden agregarle un poco de papelón para endulzarlo.

El aroma del café emergió suavemente de la manga. Marc Pol comenzó a servirlo en unas totumas y todos disfrutaron de su agradable sabor.

— Esta bebida es una maravilla —comentó Manuel Antonio—. Escuché sobre el café en España, pero nunca llegué a probarlo. Es muy agradable, te despierta y crea un ambiente propicio para la conversación. Voy a comentarle a mi padre; me parece que el café es un negocio que tiene futuro.

Se quedaron conversando por un buen rato, algunos disfrutaron de una segunda totuma de café, y poco a poco se fueron retirando a sus habitaciones.

Manuel Antonio y Paula se quedaron juntos, sentados en los escalones que dan acceso a la casa grande de El Hato. Paula tenía a Manuel tomado de la mano y su cabeza estaba recostada en su hombro.

— Me pregunto en cuál estrella estarán mi madre y mi padre —dijo Paula mientras observaba el hermoso cielo de Paraguaná—. Quisiera ver a mi padre, nunca lo conocí.

Manuel Antonio colocó su mano en la barbilla de Paula y le dio un tierno beso; luego miró al cielo, como buscando una respuesta al deseo de Paula.

— Creo que ellos nos están viendo y están felices, porque saben que te amo, que te quiero y deseo compartir mi vida contigo.

— Esta es la primera vez que me dices que me amas. Es muy hermoso escucharlo. Yo siento lo mismo por ti, Manuel. Te amo con locura y no sé de dónde nació este sentimiento que brota de mi pecho. Deseo abrazarte muy fuerte y besarte hasta que me sangren los labios.

Manuel Antonio la cargó en sus brazos y se llevó a Paula a la habitación principal; solo las estrellas curiosas que se asomaban por la ventana vieron el estallido de amor que ocurrió.



La propuesta

Los hermanos regresaron a Coro, dejando a Paula en El Hato. Durante el camino conversaron sobre Moisés y la Salabanda. También acordaron una manera de proteger a Paula. Pedro Alfonso tuvo una idea de cómo resolver lo de la venta de Paula; era una jugada audaz, sin duda. Solo había que esperar el momento adecuado.

A su llegada a Coro, les esperaban nuevos eventos en desarrollo. Tenían que ver con el acuerdo entre familias para una alianza matrimonial. La familia García de Quevedo y Aldama había sido invitada a un almuerzo en la casa de los Irausquín Chirino. La finalidad era que Manuel Antonio y Mercedes se reencontraran y las familias acordaran la fecha del matrimonio.

Manuel Antonio y Mercedes eran primos lejanos, se conocieron cuando eran niños y no se habían visto más. El vínculo familiar venía por parte de doña Josefa, la madre de Manuel Antonio. Su padre era don Manuel Antonio de Aldama y Vildosola y, por parte de Mercedes, el vínculo venía por la familia de su padre, Sebastián del Carmen Irausquín Aldama. Esta alianza matrimonial representaba un importante negocio para ambas familias, ya que unirían dos grandes patrimonios y así pasarían a ser una de las familias más ricas y poderosas de Coro.

— Bienvenidos, hijos, pero no me abracen —dijo doña Josefa mientras levantaba su mano para detenerlos—. Huelen a sudor de caballo y están polvorientos. Vayan para que se bañen y se cambien de ropa. Luego hablaremos, tengo buenas noticias para los dos.

— Claro, mamá —respondió Manuel Antonio con una gran sonrisa.

— Hablamos luego —dijo Pedro Alfonso sonriendo.

— Vamos, hermanito —exclamó Manuel Antonio soltando una carcajada—, nuestra madre nos está llamando mugrosos.

— Sí, imugrosos!, ¡a bañarse! —respondió doña Josefa, sonriendo—. Así les decía cuando eran pequeños.

Doña Josefa se quedó viendo cómo sus hijos caminaban juntos, riendo de las órdenes que les dio. La nostalgia la invadió; veía cómo esos dos hombres, que antes eran sus niños traviesos, tenían sus personalidades bien formadas. Se preguntaba hasta dónde podía llegar su influencia sobre ellos. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de su esposo Diego, quien venía de conversar con Sebastián Irausquín sobre el matrimonio de sus hijos.

— ¿Cómo te fue, Diego? —preguntó doña Josefa—. ¿Qué dice el bueno para nada de mi primo Sebastián?

— Bien, Josefa, bien —respondió Diego—. Están muy entusiasmados; quedamos para almorzar el próximo

domingo, después de la misa. Angustias y Sebastián te envían sus saludos y deseos de que tu salud mejore. Me preocupa Mercedes; no dijo una palabra. Creo que no está feliz con la idea del matrimonio.

— Esa niña siempre ha sido caprichosa —respondió Josefa—. Aún recuerdo todas sus malcriadeces de pequeña. Espero que haya madurado y entienda la importancia de este matrimonio.

— Hoy hablaré con Manuel Antonio sobre este asunto —dijo Diego—. Quiero que entienda la importancia de la unión de las dos familias y contar con su disposición para realizar el matrimonio con Mercedes. Ya comencé los arreglos para el viaje de Pedro Alfonso a España. Envié la carta que escribiste a tu primo por medio de un oficial de la corona que va para España; lo conocí por medio del comandante don José Manuel de Salas. Por cierto, me comentó que hay un rumor de una posible invasión de independentistas a nuestra Capitanía. Aún están tratando de confirmarlo, pero sí saben que a la cabeza estaría un caraqueño, don Francisco de Miranda, quien tiene mucha experiencia militar; eso es preocupante. Pero aún no hay nada seguro, hay que esperar.

— ¡Dios! —exclamó Josefa levantando sus brazos al cielo—. Ya pasamos por la rebelión de los negros esclavos de la sierra, por el alzamiento del tal Juan Francisco de León, y la conspiración donde participó nuestro entrañable amigo José María España y que lo llevó a su horrible muerte. Ahora una invasión de

independentistas. ¡Eso es lo que nos faltaba!

— Cálmate, mujer —dijo Diego—, hasta ahora son rumores, pero el comandante me dijo que están tomando medidas para estar preparados.

— Ya los hijos llegaron —dijo Josefa, ya más calmada —y dejaron a Paula en El Hato. Espero no verla más en esta casa; ya Magdalena se murió y ya no hay más compromiso. Creo que ya podemos venderla.

Pasado un buen rato, doña Josefa estaba sentada en el patio de la casa, tomaba una infusión de malojillo que le preparó la esclava Lorenza. Esa infusión se la recomendó Magdalena, la madre de Paula, para ayudarla con sus achaques de salud y le había resultado bastante bien.

— Lorenza, anda a buscar a Manuel Antonio y Pedro Alfonso —ordenó doña Josefa—. Necesito conversar con ellos.

— Sí, ama doña Josefa. Voy a buscar a los señoritos.

Los hermanos estaban conversando animadamente, afinando su plan para salvar a Paula; y llegó la esclava Lorenza.

— Con permiso, amos, señoritos. Su mamá quiere que vayan a hablar con ella; los está esperando en el patio de la casa.

— Gracias, Lorenza, puedes retirarte, ya vamos para allá —respondió Pedro Alfonso.

— ¡Veamos quién llega primero! —gritó Manuel Antonio, comenzando a correr rumbo al patio donde estaba esperándolos su madre.

Pedro Alfonso comenzó a correr también y alcanzó a su hermano frente a la puerta de la habitación de sus hermanas. Josefa María y Rosa Mercedes saltaron de sus camas al escuchar el alboroto de la carrera y se asomaron a la puerta de su habitación.

— Estos hermanos míos no maduran —exclamó Josefa María.

— ¡Manuel, cuidado con el jarrón nuevo en la esquina! —gritó Rosa Mercedes—. ¡Mamá te va a matar si lo rompes!

Al doblar la esquina, Manuel trastabilló, pero pudo esquivar a duras penas el jarrón que le advirtió Rosa que estaba en su camino. Eso lo hizo perder la delantera y Pedro Alfonso se adelantó unos pasos. Llegaron como una tromba al patio y doña Josefa se levantó de su silla al escuchar el sonido de los pasos apresurados de la carrera en el corredor, las risas y gritos de sus hijos. Pedro Alfonso llegó primero al lugar donde estaba su madre esperándolos.

— Me pudiste ganar por el bendito jarrón en mi camino —dijo Manuel Antonio, jadeante.

— Pero ¿es que ustedes no piensan crecer? —preguntó doña Josefa, colocando las manos en la cintura.

Luego de unos segundos de incómodo silencio, los

hermanos se vieron a los ojos y no pudieron contener las carcajadas por el comentario de su madre. Doña Josefa tampoco pudo contener la risa y luego abrazó cariñosamente a sus hijos.

— Es bueno ver que algunas cosas no cambian en ustedes —comentó doña Josefa mientras se sentaba nuevamente—. Me parece que fue ayer que andaban dos mocosos corriendo por esta casa.

— No estoy de acuerdo —respondió Pedro Alfonso con una expresión seria en su rostro—. Algunas cosas sí cambian, esta vez... ¡Yo gané! —exclamó levantando sus brazos.

— Por el bendito jarrón en mi camino —respondió Manuel Antonio—, la próxima te ganaré.

— Ahora acerquen unas sillas —dijo doña Josefa—. Tenemos que conversar de cosas importantes que están por acontecer. Vamos a esperar a su padre un momento; acaba de llegar de visitar a los Irausquín Chirino. Acércale una silla también a tu padre, Pedro Alfonso, por favor.

— ¿Qué fue todo ese jaleo en el pasillo? —preguntó don Diego sonriendo—. Parecía una carrera de caballos. A ver, ¿quién ganó?

— Yo gané —respondió Pedro Alfonso levantándose de la silla.

— Estás perdiendo condiciones, Manuel —dijo don Diego sonriendo.

— La próxima carrera la gano yo —dijo Manuel Antonio sonriendo—. Se los aseguro.

— Vamos a los asuntos familiares —dijo don Diego—. Hoy estuve en la casa de los Irausquín Chirino, hablando sobre el matrimonio que tenemos acordado entre Manuel Antonio y Mercedes. Esta unión es muy importante, pues nos coloca en una mejor posición económica al consolidar nuestros dos patrimonios. También, desde el punto de vista político, tendremos más influencia en el gobierno. Acordé con Sebastián y Angustias ir el próximo domingo a formalizar el pedido de la mano y establecer la fecha del matrimonio. Luego tendremos un almuerzo.

— Sí, entiendo muy bien lo de las ventajas económicas y políticas —respondió Manuel Antonio—, pero ¿qué hay de nuestra opinión y nuestros deseos? Al decir «nuestra», me refiero a Mercedes y a mí.

— Hijo, este es un acuerdo que hicimos hace tiempo las dos familias y debemos honrarlo; no podemos hacerle este desaire a Mercedes y a los Irausquín Chirino. Con el tiempo, tú y Mercedes se conocerán mejor y terminarán queriéndose. Luego, con los hijos, se consolidará la unión.

— Entiendo, pero primero quiero conocer a Mercedes y escuchar su opinión. El domingo hablaré con Mercedes. Si me manifiesta que está de acuerdo, podremos hacer los arreglos necesarios para realizar el matrimonio.

— Sebastián ya conversó con ella —afirmó enfáticamente don Diego— y Mercedes aceptó realizar el matrimonio. Creo que no hay mucho que agregar en esto; es un acuerdo.

— En cuanto a ti, hijo —comenzó a explicar don Diego mirando a Pedro Alfonso—, ya estamos con los arreglos para tu viaje a Bilbao. Le envié una carta que escribió tu madre a su primo Miguel Aldama y Vildosola, anunciando tu llegada a Bilbao y para que haga las diligencias pertinentes para tu registro en el seminario donde estudió Manuel Antonio. Hace unas semanas envié una carta a mi amigo don Antonio Soublotte y Piar en La Guaira, para pedirle que te reciba en su casa mientras esperas la llegada del galeón que desde La Guaira parte para Cuba y desde allí a Pasaia. Aún no he recibido su respuesta, pero debe llegar en los próximos días.

— Les agradezco a los dos por todo lo que hacen por mí —dijo Pedro Alfonso—. El ir a Bilbao a estudiar es uno de mis sueños. Aprovecharé también para ir a Madrid, París y Roma.

— Ustedes son muy buenos hijos —respondió doña Josefa, mientras tomaba de la mano a sus hijos—; son estudiosos, trabajadores y responsables. Esos valores no son comunes en estos días. Se merecen todo nuestro apoyo.

— Quisiera aprovechar la oportunidad de estar reunidos —dijo Pedro Alfonso— para que hablemos del destino de Paula. Ella para nosotros es como una

hermana. Sabemos de la decisión que han tomado de venderla y no nos oponemos. Lo que queremos es que sea comprada por alguien que la trate bien.

— Mientras no sea regresar a esta casa —atajó doña Josefa, algo molesta—, ¿Qué proponen ustedes?

— Marc Pol, el administrador de El Hato, está interesado en comprar a Paula. Durante el tiempo que ha estado Paula allá trabajando para él, se ha llevado bien con ella y piensa que podría ser su compañera. Él tiene una cierta cantidad de pesos ahorrados para pagar por ella. Solo quiere saber cuánto piden por Paula.

Doña Josefa y don Diego se miraron sorprendidos por la propuesta. Era algo que no esperaban y no estaban preparados para dar una respuesta.

— Bueno—respondió don Diego, algo nervioso—, esto no lo esperábamos. Me parece una buena propuesta y, en principio, me atrevo a decir que estamos de acuerdo. Faltaría acordar el precio, considerando que se trata de la hija de Magdalena y, por otro lado, que Marc Pol es un buen capataz y su trabajo ha sido excelente en El Hato. Creo que doscientos pesos sería una cantidad apropiada por Paula. ¿Te parece, Josefa?

Doña Josefa quedó en silencio pensando en la propuesta, sentía que había algo detrás de ella, pero no sabía qué. Todas las miradas cayeron en ella y, ante tal presión, no tuvo más remedio que responder.

— Creo que estoy de acuerdo en vender a Paula a Marc Pol —respondió doña Josefa—. Mi única condición es que no pise más esta casa. En cuanto al precio, me parece adecuado, Diego. Así que puedes preparar el documento de venta e incluye la condición que pongo en el documento. Paula no puede venir más a esta casa; que se quede en El Hato.

— Excelente —respondió don Diego—, las cosas se están encaminando bien, muy bien. Propongo que brindemos. ¡Lorenza! —dijo alegre don Diego—, anda y busca unas copas para hacer un brindis con una botella del vino francés que compramos a los holandeses en Adícora.

— Sí, amo don Diego —respondió Lorenza—. Voy a buscar las copas y el vino. Le diré a Julio que la destape; eso no lo sé hacer bien.

— Lorenza —dijo doña Josefa—, que sean las copas de cristal que trajo don Diego en su último viaje. Están en el ceibó del comedor.

— Sí, ama doña Josefa —respondió Lorenza.

Llegadas las copas y servido el vino, todos alzaron sus copas y brindaron felices por la buena velada que tuvieron. Pedro Alfonso y Manuel Antonio cruzaron sus miradas y Pedro Alfonso guiñó un ojo a Manuel Antonio, quien sonrió contento por el éxito de la propuesta ideada por su hermano.

Orisha Ossain

Moisés fue a la casa en El Hato para buscar a Paula, tal como acordaron. Paula estaba esperándolo muy ansiosa. Deseaba saber todo sobre la Salabanda y sus poderes. Estuvo soñando con Moisés y en el sueño le hacía muchas preguntas y Moisés sonreía.

Paula estaba sentada en el portal de la casa grande, acompañada de Marc Pol, quien recién había regresado de ordenar las tareas del día y de dar a otro esclavo la responsabilidad del cuidado de las cabras y chivos. Paula contemplaba el horizonte buscando a Moisés. De pronto, Paula volteó a mirar a Marc Pol y le lanzó una pregunta que lo dejó sorprendido.

— Quieres mucho a Pedro Alfonso, ¿no es cierto?

— Sí, es muy buen amigo —respondió algo confuso.

— Eso lo sé —respondió Paula—. Me refiero al amor que hay entre ustedes dos. Los he visto cómo se miran, hasta los he visto besarse.

Marc Pol quedó en silencio, mirando a Paula. La angustia se dibujó en su rostro.

— Sí, estamos enamorados —respondió Marc Pol colocando sus manos en su rostro—. Nunca pensé que algo así me pasaría. Es incontrolable; cada vez lo quiero más. Por favor, no le digas a nadie de esto, podrían destruir a Pedro Alfonso y a su familia. A mí

no me importa mucho lo que me pueda pasar. Pero no soportaría ver sufrir a Pedro Alfonso; él me importa mucho.

— No te preocupes, Marc, yo entiendo bien la situación. Manuel Antonio y yo estamos enamorados también. Como bien sabes, una relación entre esclava y amo no es aceptada tampoco.

— Gracias por tu confianza, Paula. Yo no lo noté, la verdad. Sí, es una situación difícil, aunque más aceptada. Aquí los amos se acuestan con sus esclavas y procrean hijos sin que a nadie le importe. Procrean mestizos que siguen siendo esclavos de sus amos y, lo peor, ison su sangre y no les dan la libertad!

— Sí, lo he visto mucho en Coro —comentó Paula—, es muy triste todo esto. Luego seguiremos esta conversación, Marc Pol. Te aseguro que tu secreto está a salvo conmigo, ni a Manuel Antonio le comentaré; ese es un asunto que debe ser resuelto entre hermanos. Allá viene Moisés, tal como lo prometió.

— Estamos juntos —dijo Moisés—. Como te prometí, aquí estoy. ¿Vamos? ¿Estás preparada?

— Estamos juntos, Moisés, estoy lista —respondió Paula—, vamos, tengo mucho que preguntarte.

Caminaron en silencio por un buen trecho entre la agreste vegetación. Subieron un pequeño cerro y descendieron por una ladera protegida del viento. A medida que avanzaban, la vegetación comenzó a

cambiar. Los árboles eran más altos; era un bosque con agradable temperatura. Se internaron en él y Paula comenzó a observar una especie de hermosas cabelleras grises colgando de los árboles, que le daban un ambiente mágico. Eran las llamadas barbas de palo, que formaban un túnel vegetal sin igual.

— Por eso los blancos llamaron a este bosque Montecano —dijo Moisés al observar a Paula maravillada por las barbas de palo que colgaban de los árboles—. Esas barbas de palo parecen cabellos canosos. Aquí hay muchos árboles frutales y medicinales también. Allá abajo hay un riachuelo, que espero tenga agua, porque a veces se seca, allí podrás refrescarte. Los blancos creen que este bosque está encantado; las barbas de palo los atemorizan, por eso no vienen; aquí estamos seguros.



Esta es mi casa —dijo Moisés, señalando una hermosa choza circular, hecha de barro, con techo de paja—. Comencé a pintar sobre las paredes, tratando de recordar cómo era la casa de mis padres, pero no he podido terminarlas. La nostalgia me invade y dejo de hacerlo.

— Este sitio es precioso —comentó Paula—, es un remanso de paz. Elegiste un buen lugar para hacer tu casa.

— Esto no fue casualidad —respondió Moisés—, fui guiado hasta aquí por los Nkisi; ellos son espíritus bondadosos. Ellos también me avisaron sobre ti, lo que debía hacer, y aquí estamos. Entremos a mi casa para que descansemos de esta jornada.

La casa de Moisés era muy modesta, pero muy ingeniosa. Moisés era un maestro del manejo del bahareque, que es un entramado de varas, bambú, carrizo y madera, cubierto por una mezcla de tierra arcillosa y fibra. También le dio muy buen uso a la madera y los materiales que ofrecía este bosque.

— Esta es tu cama —dijo Moisés— y aquí puedes guardar tus cosas. El fogón está afuera; se llega por esta otra puerta.

— Tu casa es muy hermosa —comentó Paula—; se ve que la construiste con mucho amor. Ahora voy a bajar hasta el río que me mostraste; estoy muy acalorada y polvorienta, necesito un baño.

— Sí, está bien, Paula. Voy a preparar algo para comer y luego bajo yo a refrescarme.

Paula bajó al río, tomó un refrescante baño y aprovechó para lavar su ropa. Mientras lavaba, se sobresaltó al ver un lagartijo azul posado en la rama de un arbusto, que la observaba inmóvil. Paula se maravilló por el hermoso color azul del lagartijo y se acercó para verlo con más detalle. El lagartijo se quedó inmóvil y de pronto comenzó a levantar y a bajar su cabeza, como saludando. Paula sonrió al ver el simpático gesto del hermoso lagartijo azul y regresó a la casa de Moisés. Cuando llegó, ya Moisés tenía preparada la comida y esperaba a Paula para comer.

— Esto huele muy bien, Moisés. ¿Qué preparaste?

— Tenemos cachicamo guisado con auyama y jugo de jobo.

— Eres sorprendente, Moisés —respondió Paula.

— ¡Comamos!

— Sabes, Moisés —dijo Paula, emocionada mientras comían—, mi madre trató de prepararme para este momento. Todos esos días y noches contándome cosas y situaciones que yo aún no entiendo bien. Por eso te necesito. ¿Quién es Olorun? Mi madre siempre lo mencionaba.

— Es el dios de nuestro pueblo —respondió Moisés—, es nuestro sol. Olorun es todopoderoso y lo sabe todo. No ha sido creado por nadie; él siempre ha sido.

Olorun es la maravilla de las maravillas, es bondadoso; él se ocupa de proteger al pobre, al necesitado. Él tiene poderosos orishas; ellos son Eleguá, Oggún, Obatalá, Yemayá, Changó, Oshun y Oyá. Ellos, aquí en Montecano, toman diferentes formas animales, se aparecen ante ti y te miran. Tú tienes que mirarlos fijamente, sin temor, y dejar que te den su mensaje. Que fluya la energía. Escucharás y entenderás el mensaje dentro de tu cabeza.

Paula quedó en silencio pensando y recordó al lagartijo azul.

— Hace rato vi a un lagartijo azul; estaba en la rama de un árbol cerca del río.

— Ese es el mensajero de Yemayá —dijo Moisés—, te estaba dando la bienvenida.

— Yemayá es considerada la madre de todas las cosas vivientes y la dueña de todas las aguas. Sus colores son el azul y el blanco, que representan el agua. También está la araña azul; es grande, asusta, pero no te hará daño. Es el mensajero de Obatalá. Él es el Orisha mayor, creador de la tierra y escultor del ser humano. Es la deidad pura por excelencia, dueño de la cabeza, de los pensamientos, de los sueños y de todo lo bueno para todos. Pero debes tener cuidado con el ciempiés gigante; son muy venenosos y son enviados del mal. Como ves, tengo mucho que contarte. Mi misión es recibarte y orientar tu iniciación en la religión yoruba y el conocimiento de las hierbas medicinales; yo soy tu Orisha Ossain.

Mercedes

El domingo, después de la misa en la iglesia de Santa Ana, tal como estaba acordado, caminaron los García de Quevedo y Aldama con su séquito de esclavos hasta la casa de los Irausquín Chirino. El rumor de la reunión de las familias y su propósito se había esparcido. Los esclavos de ambas familias se habían ocupado de regar la información. Por ello, había muchos curiosos apostados en las calles para ver los ropajes de los García de Quevedo y Aldama. Una mezcla de curiosidad y envidia llenaba la mente de estos curiosos. ¿Qué ropaje lucirá doña Josefa? ¿Las niñas Josefa María y Rosa Mercedes, qué vestidos usarán? ¿Cómo vestirá el hijo recién llegado de España? Mientras caminaban, don Diego y doña Josefa saludaban a los conocidos. Entre saludo y saludo, doña Josefa realizaba ácidos comentarios sobre alguno de los curiosos apostados en la calle.

— Allí están los Tellería. Doña Mariana debería ponerle la cabuya corta a su marido. Fue dos veces a nuestra casa tratando de comprar a Paula. ¡Qué descarado!

— Allí está Cariñosa Aldama, una de las lenguas más ponzoñosas de Coro, una enemiga gratuita que tengo. Ya veremos qué dice de mi vestido nuevo; la envidia la debe estar carcomiendo.

— Tiene la mirada pesada —respondió don Diego—; no me gusta esa mirada.

Un hecho que pasó inadvertido durante la caminata fue el cruce de miradas entre Emiliana, esclava de doña Josefa, y Cariñosa Aldama. Emiliana sonrió y asintió con un movimiento de cabeza y Cariñosa respondió con un gesto de satisfacción.

Llegaron a la casa de los Irausquín Chirino; un esclavo los esperaba en la puerta y los hizo pasar. Doña Angustias y don Sebastián les dieron una efusiva bienvenida; su hija Mercedes de Jesús estaba situada a su lado y les dio la bienvenida también, aunque algo menos efusiva. Luego pasaron las hijas Josefa María y Rosa Mercedes. Cuando llegó el turno de saludar a Manuel Antonio, Mercedes se sorprendió al ver lo apuesto de su futuro esposo. Comenzó a sentir algo que nunca había sentido antes por un hombre; era como un temblor, como un sofoco.

— Saludos, Mercedes. No te veía desde que éramos niños, ¡qué agradable verte de nuevo!

— Gracias, Manuel Antonio, aún recuerdo cuando me tirabas del cabello y salías corriendo. Pedro Alfonso, bienvenido. Ya escuché que te vas para Bilbao; aprovéchalo, allá conocerás nuevas ideas de los grandes pensadores de nuestro tiempo. Aquí en esta capitanía nos tienen en el oscurantismo.

— Claro, Mercedes —respondió Pedro Alfonso—, no veo el momento de llegar a España.

Pedro Alfonso miró a su hermano y sonrió, como queriéndole decir: ¡te lo dije!

Unas horas antes, mientras ambos se vestían para ir al almuerzo, Manuel Antonio le preguntó a Pedro Alfonso por Mercedes. Quería saber por anticipado a quién tendría como anfitriona a su llegada a la casa de los Irausquín Chirino.

— ¿Qué sabes de Mercedes? —preguntó Manuel Antonio—. ¿Has tenido trato con ella?

— Esa niña es de armas tomar, Manuel. Hablé con ella hace unos meses en el matrimonio de Elvira del Carmen, nuestra prima. Te puedo asegurar que es una persona con una actitud retadora, no tiene el menor sentido de la prudencia al hablar, se opone a la esclavitud y tiene ideas independentistas. No sé quién le informa de las conspiraciones en contra del Rey, pero sabe mucho del tema y con detalles. Menudo lío en el que te han metido, hermanito.

— ¿Te dijo algo del matrimonio?

— Ella está en desacuerdo con ese arreglo; ella no te conoce, ni tú a ella. Que de eso no puede salir algo bueno. Ella obedecerá a sus padres porque no tiene alternativa. Entiende la importancia de la unión de las dos familias. Pero eso no hará que ame a tu hermano —así me dijo.

— Ya somos dos —respondió Manuel—. Yo también me opongo a ese matrimonio. Yo amo a Paula y es ella

a quien quiero como mi mujer.

— Queridos invitados, pasemos al patio —dijo don Sebastián muy alegre—; allá está más fresco y tenemos preparadas unas bebidas. Acompañenme, por favor.

Todos se dirigieron despacio hacia el patio, donde estaban dispuestas sillas, mesas y bebidas. Los esclavos estaban allí esperando las órdenes de sus amos para atender a los invitados. Todos comentaron lo bien arreglado que estaba el patio y tomaron asiento. Don Sebastián golpeó repetidas veces su copa con una cuchara, todos guardaron silencio y tomó la palabra.

— ¡Sean bienvenidos todos! Quiero darle una especial bienvenida a la familia García de Quevedo y Aldama y, en particular, a mi querida prima Josefa. Todos sabemos el motivo de esta reunión: vamos a formalizar y anunciar el matrimonio de nuestra hija Mercedes de Jesús y de Manuel Antonio.

— Por favor, acérquense para acá, Manuel Antonio y Mercedes de Jesus.

Mientras se acercaban los futuros contrayentes a donde estaba situado don Sebastián, todos los presentes se levantaron de sus sillas.

— Saturnino, por favor, vino para todos —ordenó don Sebastián a uno de sus esclavos—; ahora don Diego hará la petición de matrimonio.

— Apreciados don Sebastián y doña Angustias —dijo don Diego con aire ceremonial, inclinando la cabeza después de pronunciar cada nombre—. Vengo a solicitar de vuestras excelencias la venia para que mi hijo, Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama, contraiga matrimonio con vuestra hija, Mercedes de Jesús Irausquín Chirino.



Aprobada, como ha sido, la autorización de la Santa Iglesia, gestionada por nuestro presbítero Mariano Talavera y Garcés, quien nos honra hoy con su presencia —dijo don Sebastián, inclinando su cabeza en dirección al presbítero.

— Demostrándose, como ha sido, la no existencia de

parentesco por afinidad y consanguinidad entre los contrayentes, según lo requerido por el Concilio de Trento. Es con mucho gusto que acepto su petición, don Diego —respondió don Sebastián—. Como padre de la novia y como marca la tradición, me encargaré de todos los arreglos. Este matrimonio va a marcar un antes y un después en la sociedad de Coro. La fecha que acordamos para el evento es el domingo tres de agosto, ¡brindemos por eso!

Todos alzaron sus copas; Mercedes y Manuel Antonio intercambiaron miradas. La cara de Mercedes estaba sonrojada, le temblaban las manos. Mientras, Manuel Antonio sonreía nerviosamente mirando a las familias e invitados. Luego de los aplausos de los invitados, don Sebastián observó al presbítero Talavera y Garcés, quien le indicaba con una seña que quería decir unas palabras. Don Sebastián levantó sus brazos pidiendo silencio a los invitados.

— Amigos, amigos. Silencio, por favor. Creo que el presbítero quiere decirnos unas palabras; por favor, escuchemos qué tiene que decirnos. Adelante, su excelencia, le escuchamos.

— Lo primero que debo decirles es lo importante que es la alianza indisoluble del matrimonio para la iglesia. La unión de importantes familias es fundamental para la consolidación del reino en estas nuevas tierras. Como una demostración del compromiso de la Santa Iglesia con nuestra feligresía, debo informarles que el obispo de Mérida, don

Santiago Hernández Milanés, estará de visita pastoral en Coro. Me ha pedido que les manifieste su especial deseo de officiar la ceremonia matrimonial de Manuel Antonio y Mercedes de Jesús en la Iglesia Catedral de Santa Ana de Coro.

Al escuchar esta declaración, todos los asistentes estallaron en aplausos y vítores. Los padres de los novios se abrazaron emocionados. Mientras Manuel y Mercedes se quedaron en silencio, entendían que el peso de esta noticia prácticamente eliminaba cualquier posibilidad de deshacer el compromiso.

— ¡Esto es maravilloso! —gritó don Sebastián mientras abrazaba a su esposa Angustias—. Este matrimonio será tal como lo planeamos, Angustias. ¡Inolvidable!, ¡inolvidable!

Don Diego y doña Josefa se acercaron a los emocionados padres de Mercedes, los abrazaron y felicitaron por esta magnífica noticia.

Una vez que terminaron los aplausos de los invitados, Mercedes y Manuel Antonio se sentaron juntos en un lugar especial preparado para la ocasión. Ambos en silencio, contemplando cómo celebraban su desgraciado futuro.

— No nos merecemos esto, Manuel Antonio —dijo Mercedes en tono severo—. Esta es mi vida; no quiero que alguien más decida qué debo hacer con ella, ni mi familia, ni la iglesia.

— ¿Qué piensas, Manuel Antonio?

Manuel Antonio observaba a los invitados. Veía sus rostros, cómo tomaban vino, cómo reían, cómo hablaban. Era como si él no estuviese presente, como si fuera invisible; era como si flotara por el patio alrededor de los invitados, mirándolos muy de cerca a sus rostros. Nuevamente escuchó la pregunta de Mercedes, pero esta vez con más fuerza.

— ¿Qué piensas, Manuel Antonio?

— Todo esto es una pesadilla. Tenemos que pensar juntos cómo evitar este matrimonio; yo tampoco quiero casarme contigo.

Esta intensa conversación fue interrumpida por la llegada de la mejor amiga de Mercedes. Era Josefa Venancia de la Encarnación Camejo Talavera y Garcés, su compañera de estudio en la escuela de las hermanas Salcedas en la ciudad de Coro. Era hija de Miguel Camejo y Sebastiana Talavera y Garcés, hermana del presbítero Mariano Talavera y Garcés. Sus padres eran dueños del fundo llamado Aguaque, ubicado cerca de Curaidebo, en la península de Paraguaná, donde tenían numerosos esclavos trabajando.

— ¿Me presentas a tu futuro esposo, Mercedes? —dijo Josefa Camejo mientras se dibujaba una sonrisa sarcástica en su rostro.

— Josefa, no sabía que estabas aquí. Disculpa, pero no te vi con todo este jaleo. —Tomó el brazo de Manuel Antonio y dijo—: Es con gusto que te presento a

Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama. Lo del futuro esposo está por verse.

— Manuel Antonio, ella es Josefa Venancia de la Encarnación Camejo Talavera y Garcés, mi mejor amiga y confidente. Compartimos los estudios en el colegio de las hermanas Salcedas, estudiamos juntas Gramática, Latinidad y luego Arte y Moral.

— Un gusto conocerte, Josefa. Me alegra que una buena amiga de Mercedes nos acompañe en esta reunión. Me parece excelente que efectuasen esos estudios —respondió Manuel entusiasmado—. El reino necesita mujeres con sólida formación intelectual, moral y religiosa; así podrán educar bien a sus hijos y engrandecer al reino. Yo estudié latín, historia y geografía nacional en España, en el Real Seminario Patriótico Vascongado de Bergara, cerca de Bilbao.

— ¡Qué sorprendente es tu prometido, Mercedes! Está bien formado intelectualmente, pero creo que no está bien informado. Ese tambaleante y decadente reino del que habla tiene como único interés el recaudar los impuestos y riquezas de las provincias de ultramar. No le interesa nuestro bienestar, nuestra educación, ni nuestra opinión. Solo aprovecharse de nuestras riquezas.

Manuel Antonio recordó las palabras de su hermano Pedro Alfonso: «No sé quién le informa de las conspiraciones en contra del Rey, pero sabe mucho del tema y con detalles». Entendió de inmediato

quién era la fuente de esa información. Era, sin duda, Josefa Camejo.

— Entiendo su posición, Josefa Camejo —respondió Manuel Antonio—, y sí he leído algunos de los libros de Voltaire, el gran representante de la llamada Ilustración. «Lettres philosophiques» y la novela satírica «Candide». Conozco, también, los principios de la Revolución francesa: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los leí a escondidas en el seminario, como sabes esos libros están prohibidos. Así que no estoy tan desinformado como piensas. En mi opinión, el Rey está mal aconsejado; el imperio es muy grande y...

Las palabras de Manuel Antonio fueron interrumpida por la llegada del presbítero Talavera y Garcés, quien venía en dirección a su sobrina, Josefa Camejo.

— ¡Querida sobrina! —exclamó el presbítero mientras la abrazaba.

— La bendición, tío —respondió Josefa Camejo.

— ¡Dios te bendiga! Qué oportuno encontrarte con los futuros esposos —exclamó el presbítero.

— Así es, tío —respondió Josefa Camejo—. No conocía a Manuel Antonio y vine para ser presentada por Mercedes.

— ¡Excelente!, ¡Excelente! ¿Qué les pareció la noticia que les di sobre la bendición de su matrimonio por el obispo? ¿No es una maravillosa coincidencia? Me

enteré apenas ayer por una carta que me envió el obispo anunciando su llegada. ¡Los caminos del Señor son misteriosos!

— Señor presbítero —respondió Manuel Antonio—, os agradezco tan grata noticia y aguardamos con alegría la fecha del matrimonio.

— Así será —respondió Mercedes, sin dejar traslucir emoción alguna.

El presbítero Talavera y Garcés la miró sorprendido. La brevedad de sus palabras y la ausencia de emoción habían llamado su atención.

— ¡Brindemos por los novios! —interrumpió Josefa Camejo, tratando de desviar la atención del frío comportamiento de su amiga Mercedes—. Por favor, ¡más vino para nuestras copas!

Manuel Antonio comprendió, al igual que Josefa Camejo, que Mercedes era un barril de pólvora a punto de estallar. Tenían que buscar la manera de calmarla y evitar que dijera algo que creara una situación incómoda y que les causara un disgusto a sus padres. Luego de disfrutar del brindis propuesto por Josefa Camejo, Manuel tomó a Mercedes por el brazo y le dijo:

— Mercedes, vamos a caminar un poco, lejos de este jaleo. Necesitamos conocernos mejor; conversemos un poco. ¿Qué te parece?

— Sí, caminemos. Conversemos un poco, lo necesito.

Caminaron hacia una pequeña capilla que mandó a construir su abuela años atrás y que su madre conservaba muy bien.

— Cuando era niña —dijo Mercedes con melancolía—, aquí me escondía de mis padres luego de mis travesuras. Esta capilla siempre me dio una sensación de seguridad. Ese era mi escondite favorito —dijo sonriendo y señalando un espacio debajo del altar—. Desde que mis padres me dijeron lo de nuestro matrimonio, he venido muchas veces aquí buscando consuelo y no lo he encontrado.

Mi padre tuvo que obtener copias de varios documentos para pedir la autorización del matrimonio a la iglesia. Entre ellos está mi partida de bautismo. La leí por curiosidad y hay una parte que me indignó. Además de indicar que mi madre es Angustias Chirino, dice de ella en la partida: «dedicada a las labores propias de su sexo».

Según la Iglesia y esta sociedad, tenemos unas labores propias e inevitables. ¿Cuál es mi destino? ¿Ser la esposa del señor de la casa? ¿Tener muchos hijos y cuidarlos? ¿Mandar a los pobres esclavos? Yo no soy una cosa, Manuel; no pueden disponer de mí así. Yo tengo otras ideas para mi vida: quiero participar en política, quiero que mis opiniones sean escuchadas.

Manuel Antonio se mantuvo en silencio, escuchando los argumentos de Mercedes. Comenzó a comprender su punto de vista sobre el papel de la mujer en la sociedad española y que existían muchas cosas que

debían cambiar. Él mismo y su amada Paula eran víctimas de la institución de la esclavitud, que definía a los esclavos como cosas y que podían ser vendidos a la discreción y capricho de sus dueños. Que sus hijos inevitablemente serían esclavos. Todo debido al color de su piel.

— Te agradezco que compartas conmigo tus ideas. Concuerdo en que hay muchas cosas que deben cambiar. Será difícil y el cambio no ocurrirá de un día para otro. Yo mismo estoy en una situación terrible, que algún día te contaré. Ahora debemos pensar cómo podemos evitar el matrimonio y, en caso de no poder evitarlo, cómo lo podríamos usar para lograr lo que queremos.

— Me está gustando el modo de pensar de tu prometido —dijo Josefa Camejo, quien había escuchado la conversación desde la puerta de la capilla—. Estoy de acuerdo con tu planteamiento, Manuel Antonio. Veamos juntos qué podemos hacer.

Miranda

Pasaron los días; Manuel Antonio visitaba a Mercedes en su casa y comenzaron a conocerse mejor. Conversaron mucho, y Manuel Antonio estaba asombrado de las ideas que rondaban la cabeza de Mercedes. Era inteligente, valiente y firme en sus ideas. En esa época, el ideal de una familia decente era tener hijas sumisas y obedientes, que acataran la decisión paterna de meterlas en un convento o casarlas con el pretendiente elegido por el padre, sin contar para nada con los sentimientos y aspiraciones de la hija.

Mercedes pensaba todo lo opuesto. Le confesó a Manuel Antonio que ella comentaba a sus jóvenes compañeras y amigas del colegio de las hermanas Salcedas las bondades de las ideas de libertad e igualdad. En estas conversaciones la acompañaba su entrañable amiga Josefa Camejo. Por ello fueron calificadas de revoltosas en el colegio.

— Si este matrimonio se efectúa —dijo Mercedes con tono severo—, como me temo que pasará, no pienses ni por un minuto que voy a irme a la cama contigo, Manuel. Mantendremos las apariencias durante un tiempo y, llegado el momento, nos divorciaremos.

— Ahora que te conozco mejor —respondió Manuel Antonio— y tengo plena confianza en ti, voy a contarte

por qué no quiero este matrimonio. Yo estoy enamorado de Paula y quiero que sea mi esposa.

— ¿Paula? ¿La esclava de tu familia? —respondió asombrada Mercedes.

— Sí. Ella es el amor de mi vida.

— ¡Manuel Antonio! Jamás pude imaginar esto —dijo Mercedes asombrada—. Tú, el primogénito de los García de Quevedo y Aldama, enamorado de una esclava. A tu madre le va a dar un soponcio, Manuel; me han comentado que la mandó a sacar de su casa para El Hato. Paula es una mujer muy bella; la he visto varias veces y tiene de cabeza a varios señorones de Coro. Creo que ahora entiendes de primera mano los principios de libertad e igualdad que tanto defiendes. —Mercedes notó la cara de preocupación de Manuel Antonio—. Disculpa mis palabras, Manuel, he sido un poco desconsiderada contigo. Tú has confiado en mí, eso es algo que valoro mucho y cuentas con mi apoyo. Presiento que estamos forjando una gran amistad.

— Gracias, Mercedes —respondió Manuel Antonio—. Yo también pienso lo mismo; vamos a ser buenos amigos. Ya estamos cerca de conseguir la libertad de Paula; el plan está en marcha. Pronto estaremos juntos.

La pareja continuó conversando y caminando alrededor del patio de la casa, bajo la mirada de una esclava de doña Angustias.

Entretanto, los preparativos del matrimonio se materializaban de acuerdo con el plan. Las invitaciones hechas, el vino de contrabando ya en casa, los ingredientes para la comida comenzaron a llegar, los trajes listos y ya el obispo de Mérida, don Santiago Hernández Milanés, estaba en Coro cumpliendo con su visita pastoral y se alojó en la casa del presbítero Talavera y Garcés.

Pero otros planes también se concretaban, avanzaban y estaban a punto de crear un caos. En la víspera del matrimonio de Mercedes y Manuel Antonio, llegó la terrible noticia. Francisco de Miranda estaba frente a la costa de La Vela de Coro con su expedición.

El comandante político-militar don José Manuel de Salas ordenó a los pobladores de Coro abandonar la ciudad y salió huyendo de Coro con las tropas que tenía, luego de fallar en su intento de defender el camino desde La Vela hasta Coro. Esto creó gran pánico en la población, y la mayoría de las familias importantes de Coro escaparon hacia sus haciendas en la península de Paraguaná o la sierra de Coro.

Esta huida incluyó a los Irausquín Chirino y a los García de Quevedo y Aldama. El obispo Hernández Milanés huyó aterrorizado hacia Barquisimeto, dejando atrás sus baúles y otras pertenencias, que posteriormente fueron rescatadas por el presbítero Talavera y Garcés. El matrimonio de Mercedes y Manuel Antonio, como era de esperarse, no se efectuó.

En la casa de los Irausquín Chirino, en la mañana del domingo tres de agosto, ocurrió un hecho terrible. Mercedes se negó a irse de Coro y se escapó de su familia para unirse a la expedición de Miranda. En la casa de los García de Quevedo y Aldama, se escucharon fuertes golpes en la puerta de la casa. Don Diego y Manuel Antonio terminaban de cargar su carruaje y de preparar sus caballos para partir hacia El Hato con toda la familia y la mayoría de los esclavos.

El esclavo Julio llegó corriendo al patio para avisarles de los golpes en la puerta. Don Diego y Manuel acudieron armados a la puerta para saber qué ocurría. Al escuchar la voz de don Sebastián, abrieron la puerta. Allí estaba don Sebastián fuera de sí, desesperado.

— Manuel Antonio, hijo, ayúdame, por favor —suplicó don Sebastián—. Mercedes, tu prometida, se escapó de casa para unirse a esos bandidos invasores comandados por Miranda. Búscala, por favor, y tráela de regreso. Mi mujer, Angustias, es un mar de llanto. No sabemos qué hacer. ¡Te lo suplico! Búscala, hazla entrar en razón y tráela de vuelta.

Don Diego y Manuel Antonio se miraron, atónitos, por la noticia.

— Pasa, Sebastián —dijo don Diego, tomándolo por un brazo—; vamos a la sala. Julio, anda y búscale un té de malojillo, o mejor no, tráele una copa de brandy.

— Primo, ¿Qué pasó? —preguntó preocupada doña Josefa, quien entraba en ese momento al salón, ayudada por su hijo Pedro Alfonso.

— Mercedes, madre —respondió Manuel Antonio—, se fugó de la casa y se fue para unirse a la expedición de Miranda. Don Sebastián vino a pedirme ayuda para buscarla, hacerla entrar en razón y traerla a su casa.—¡Dios mío! ¡Pero qué locura!, ¡no puede ser! ¿De dónde sacó esa niña esas ideas? Qué día tan funesto: primero la invasión de esos desalmados, se canceló el matrimonio porque el obispo huyó a Barquisimeto y ahora Mercedes se escapa. ¡Apiádate de nosotros, Señor!

— Voy a salir a buscar a Mercedes —dijo Manuel Antonio—, pero ustedes deben partir de inmediato. Yo los alcanzaré luego de que la encuentre.

— Hijo, ten mucho cuidado —suplicó doña Josefa—, ya tenemos suficientes desgracias.

— No te preocupes, madre —dijo Manuel Antonio—, creo que sé dónde encontrarla.

Sin mediar palabra, Manuel Antonio salió rumbo a la casa del presbítero Talavera y Garcés. Allí vivía Josefa Camejo cuando venía a Coro desde la casa de su familia en Aguaque, fundo agrícola y de ganado caprino, situado en la península de Paraguaná. Al llegar al portón, llamó a la puerta y un esclavo abrió una pequeña ventana en la puerta para mirar quién tocaba.

— Buenos días. Quisiera ver a la señorita Josefa Camejo —dijo Manuel Antonio.

— ¿Quién busca a la señorita?

— Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama, soy su amigo.

— Espere aquí, don —dijo el esclavo.

Unos minutos más tarde se abrió la puerta y el esclavo le hizo señas para que entrara. El esclavo lo guió por la casa hasta la habitación de Josefa, quien allí lo estaba esperando. Manuel entró a la habitación y se la encontró vestida con pantalones y camisa de hombre; tenía un sable ceñido a la cintura y una pistola en la mesa que estaba a su lado.



— Bienvenido, Manuel Antonio —dijo Josefa—. Ven, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

— Un placer saludarte, Josefa; no, gracias, no quiero nada. Me imagino que sabes a qué vine. ¿Sabes dónde está Mercedes?

— ¡Aquí estoy! —respondió Mercedes desde la puerta de la habitación—. Es un placer saludarte, Manuel Antonio. Sabía que vendrías a buscarme.

Manuel volteó y quedó sorprendido de ver a Mercedes vestida con un atuendo similar al de Josefa Camejo, pero con el sable colgado a un costado y la pistola en el cinto.

— Estoy sorprendido con sus ropajes y armamento. Sé bien de sus convicciones, pero no me imaginé tal grado de preparación y compromiso.

— ¿Qué piensan hacer?

— Esperamos que el general Francisco de Miranda y su ejército lleguen a Coro —respondió Mercedes— y hablaremos con él para unirnos a su ejército. Sabemos que ya viene en camino.

— ¿Sabes del estado de desesperación de tu familia, Mercedes? Tu padre vino a mi casa consternado por tu partida y me suplicó que viniese a buscarte. Tu madre, doña Angustias, está hecha un mar de llanto. Deberías regresar conmigo, Mercedes, por el bien de tu familia.

— No voy a regresar contigo, Manuel —dijo Mercedes

en tono firme—. Esta decisión la tomé consciente de lo que acarrearía a mi familia. La patria me necesita. Es la hora de luchar por nuestra independencia, de poder decidir nuestro destino como nación y no depender de un reino decadente. Las mujeres tenemos una responsabilidad en esta lucha y las mujeres vamos a cumplir.

— Ya estamos cansadas de ser marginadas —apuntó Josefa Camejo—. Estamos cansadas de ser relegadas a solamente a tener y criar hijos, a que nuestra opinión no sea escuchada y valorada.

— Comprendo y simpatizo con muchas de las cosas que dicen —respondió Manuel—, pero ¿qué le digo a tu familia, Mercedes?

— Diles la verdad, tal como te lo he dicho. Hoy no lo entenderán, pero un día, cuando vean estas ideas hechas realidad, cuando seamos una nación libre y exista igualdad entre hombres y mujeres, entenderán.

El ruido de una descarga de rifles interrumpió la conversación. Josefa y Mercedes se miraron y sonrieron. Era una descarga de júbilo de la primera división al mando de Miranda, que celebraba la fácil toma de Coro. Manuel las miró y entendió lo que ocurriría a continuación. No se puede detener a un río crecido; hay que dejarlo que llegue al mar.

— Pueden irse —les dijo Manuel, extendiendo su mano hacia la puerta—. Parece que Miranda llegó a Coro.

— Gracias, Manuel Antonio —dijo Mercedes, mientras lo abrazaba y le daba un largo beso en la boca—. Algún día nos volveremos a encontrar.

Manuel se quedó paralizado, sin saber qué decir; nunca esperó ese beso.

— Que Dios las proteja —fue lo único que atinó a decir Manuel, mientras las veía correr para salir de la casa rumbo a la plaza mayor.

Manuel regresó presuroso a su casa. Cuando llegó, ya su familia había partido para El Hato; solo quedaban algunos esclavos y don Sebastián postrado en una silla. Al escuchar la llegada de Manuel Antonio, se levantó y se le acercó ansioso.

— ¿La encontraste? —preguntó mientras tomaba a Manuel Antonio por el brazo.

— Sí, la encontré y no va a volver; se va a unir a la expedición de Miranda. Lo lamento, don Sebastián.

— ¿Dónde la encontraste? Voy a ir a buscarla...

— La encontré en la casa del presbítero Talavera y Garcés; estaba con su sobrina, Josefa Camejo. Ella también se va a unir al ejército de Miranda.

— ¿Josefa Camejo también? ¿Cómo no me di cuenta de eso? Ella es la mala influencia; le metió esas ideas a mi hija en la cabeza.

Entretanto, a consecuencia de la descarga de júbilo, la segunda división del ejército de Miranda, que entraba

por otra calle hacia la plaza, respondió a la descarga de júbilo pensando que era un ataque de las tropas del Rey. Las consecuencias de esta confusión fueron seis heridos y un muerto. Josefa y Mercedes llegaron a la plaza mayor en medio del trágico evento; las vieron portando armas y pensaron que eran partidarias del Rey y las tomaron prisioneras.

La ciudad estaba desolada; los vecinos habían huido y Miranda, decepcionado, abandonó Coro a los pocos días para retirarse hacia Aruba.

Mercedes y Josefa no pudieron hablar con Miranda, quedaron prisioneras. Fueron liberadas por las tropas del Rey cuando retornaron a Coro. Los oficiales realistas pensaron que eran prisioneras, las soltaron y las llevaron a sus casas. Josefa y Mercedes guardaron silencio y les agradecieron que las liberaran.

Luego de la alegría por su retorno sanas y salvas, las familias comenzaron a preocuparse por la posibilidad de que se descubriera la verdad de lo ocurrido y de las ideas que rondaban en la cabeza de Josefa y Mercedes. Para prevenirlo, utilizaron las influencias del tío de Josefa, el presbítero Talavera y Garcés, y ambas fueron enviadas al convento de monjas Concepcionistas, en Caracas.

Sin saberlo, las estaban ubicando en primera fila para presenciar los eventos gloriosos que culminaron con la Declaración de la Independencia de Venezuela.

La iniciación

Moisés comenzó la iniciación de Paula diciendo:

— Los orishas son seres que representan los diversos poderes de Olorum. Representan fuerzas de la naturaleza, sirven de mediadores entre el ser supremo y los hombres. Actúan como los ángeles de la guarda de los cristianos. Yo soy un Orisha Ossain; tenemos los máximos conocimientos del manejo de las hierbas como medicinas y nuestra misión es el bienestar espiritual y físico de los seguidores de nuestras creencias. Somos los primeros que debemos recibir a los iniciados en la religión yoruba. Por eso estoy aquí contigo; tus ancestros han requerido mi intervención para protegerte y darte los conocimientos necesarios. Los ancestros que han muerto han traspasado la frontera entre este mundo visible y el espiritual, que es invisible. Por eso recordarlos es muy importante; así se mantienen sus espíritus vinculados a sus descendientes en este mundo visible. Yo debo acompañarte para que tu casa, los Canga, continúe y no desaparezca. ¿Recuerdas lo que siempre te dijo tu madre?

— Sí —respondió Paula—. ¡Sobrevivir!... ¡Sobrevivir!, eso es lo que cuenta.

— Eso hizo tu madre —continuó Moisés—, eso has hecho tú y eso deben hacer tus hijos. Sé que ya

encontraste a quien has buscado por tanto tiempo en tus vidas anteriores. Consumar esa unión no será fácil; hay muchas energías negativas en tu camino que tratarán de impedirlo. Esas energías negativas también vienen de vidas anteriores; son viejos rencores. Por eso tu madre te dio la Salabanda; ella te permitirá ver lo que viene y de quién viene. Debes aprender a usarla; vamos a trabajar mucho en eso.

Como poseedora del manto mágico, llamado la Salabanda, el proceso de visualización no era tarea fácil. Pasaron días haciendo ejercicios de respiración y concentración. No lograba conectar su Orí, su mente, con animal alguno.

Una mañana, Paula caminaba por las colinas de Montecano, buscando descansar del entrenamiento. Mientras regresaba, se encontró en medio de la senda, coronada por barbas de palo, a una gran tarántula azul. Se detuvo impresionada por su tamaño; infundía temor. Recordó las palabras de Moisés: «Míralas y abre tu mente, deja que fluya el mensaje, respira». Así lo hizo, se acercó poco a poco a la tarántula, la miró a sus ojos, luego Paula cerró sus ojos, dejando su mente abierta, enfocada en su respiración, tal como le enseñó Moisés. Poco a poco se fue formando una imagen en su mente, borrosa al principio; al fin se comenzó a definir. Era la imagen de ella arrodillada frente a la araña. Paula estaba en la mente de la tarántula y se veía por medio de sus ojos. La tarántula comenzó a moverse mientras Paula se quedaba

inmóvil en un profundo estado de transmutación mental. La tarántula subió a un árbol; veía todos los detalles, el tronco del árbol, sus ramas. De pronto vieron una mariposa posada en una rama; la miraron detenidamente; era muy hermosa, y voló al ver a la tarántula acercarse. Llegaron a la rama donde colgaban las barbas de palo. Allí se detuvo. Las barbas de palo comenzaron a moverse poco a poco, y comenzaron a formar un rostro, luego un torso, brazos, manos, piernas y un formidable guerrero estaba frente a sus ojos.

— ¡Estamos juntos! Querida hija, aquí estoy frente a ti —dijo el guerrero—. Tu deseo de verme se ha cumplido.



— ¡Padre! —dijo Paula en su mente—, el gran guerrero Ngo, el leopardo. Estoy muy emocionada de verte, padre.

— Yo te he seguido desde el mundo invisible —dijo Ngo—. Tú siempre me has recordado y por eso nuestro vínculo ha sobrevivido. Cuando nuestros descendientes nos olvidan, nuestros espíritus dejan de vibrar en alta frecuencia y regresamos a este mundo transformados en personas o animales, para ser recompensados por nuestras buenas acciones o para ser castigados por nuestra maldad. Ahora debo decirte cosas importantes que debes saber. Cada iniciado tiene facilidad para vincularse mentalmente a un animal en particular. Moisés, por ejemplo, se vincula con caballos y mulas. En tu caso, tu mente tiene la facilidad para unirse a tres animales: las arañas, iguanas y los tuqueques. Eso es muy bueno, porque ellos están en las casas de los blancos y se mueven libremente, así que podrás ver más y escuchar más. Las arañas tienen ocho ojos, cuatro a cada lado; tienen una amplia visión. Para escuchar, deben levantar sus patas hacia el lugar donde están los que hablan, ya que no tienen oídos como nosotros. Si aparece un escarabajo o un insecto, vas a tener problemas; la tarántula va a querer saltarle y comérselos. No podrás controlarla. El tuqueque, por su parte, es inquieto, ágil, se mueve por toda la casa, tiene excelentes ojos; su oído no es muy bueno, pero es suficiente para que escuches las conversaciones. Y las iguanas se mueven ágiles en los árboles y son

buenas para observar en campo abierto. Ahora debo irme, no puedo quedarme más. Todo mi amor está contigo, querida hija.

Poco a poco las barbas de palo comenzaron a desenredarse y el guerrero desapareció lentamente. Lo último en desaparecer fue su rostro. Paula abrió los ojos y buscó a la tarántula en el árbol; vio cómo se movía entre las barbas de palo. Entendió que ya estaba lista para manejar los poderes del manto mágico. Moisés se alegró mucho por el avance de Paula. Al ver y hablar con su padre, el gran guerrero Ngo, confirmaba las virtudes de Paula para el manejo de la Salabanda.

— Querida Paula, ya estás preparada para manejar la Salabanda. Ya no tengo nada más que enseñarte sobre la lectura de los caracoles. Mi misión se ha cumplido. —dijo Moisés, luego de escuchar el relato de Paula. Debes regresar, están ocurriendo muchas cosas peligrosas y debes estar al lado de tu amado. Recuerda que la Salabanda y los caracoles te dan el poder de saber lo que va a ocurrir, mas no de controlar lo que pasará. Olorum no quiere controlarlo todo; no desea quitarle al hombre el libre albedrío y, por ende, aquella parte de la gloria y de la tragedia que le corresponde. La diferencia la harán tu inteligencia y tus sabias decisiones.

Yo debo partir; mi hora está cerca. Tu madre hizo un buen trabajo contigo. Te dejo mis caracoles; a donde voy no los necesitaré. Ya estás lista para regresar.

Nuestro Simbi

Se prepararon para regresar y emprendieron el camino hacia El Hato, sin saber que allí se produciría uno de los eventos que marcarían el destino de todos, para bien o para mal. La familia García de Quevedo y Aldama avanzaba lentamente hacia El Hato. Doña Josefa comenzó a sentirse mal. Desde la salida de Coro. El calor y el polvoriento camino no la ayudaban y todo empeoró; sus hijas, Josefa María y Rosa Mercedes, la atendían con la ayuda de los esclavos. Pero no mostraba mejoría alguna. Se detuvieron varias veces para que pudiera dormir un poco. Don Diego estaba muy preocupado y se acercaba a cada rato al carruaje para saber cómo estaba su amada esposa. Pedro Alfonso, por su parte, se había adelantado a la familia al salir de Coro, para avisar y preparar todo en El Hato y así poder recibirlos apropiadamente. Marc Pol no tenía idea de los eventos que ocurrían en Coro ni de la llegada de la familia.

Pedro Alfonso llegó a El Hato y Marc Pol salió a recibirlo sorprendido. Dio órdenes a los esclavos para que atendieran al caballo. Luego caminaron juntos a la casa grande. Una vez dentro de la casa, se abrazaron y se besaron tiernamente.

— ¿Qué ocurre, Pedro Alfonso? No te esperaba de regreso tan pronto.

— Han ocurrido muchas cosas graves. Llegaron los independentistas a invadir La Vela y Coro; los comanda el general Miranda. Tomaron La Vela, y el comandante militar de Coro salió huyendo al saber que las tropas de Miranda se dirigían a Coro y nos dejó sin protección. Ante semejante estado de indefensión, tuvimos que salir a toda carrera de Coro y nos llevamos lo que pudimos, al igual que casi todos nuestros amigos y vecinos. Como entenderás, el matrimonio de Manuel y Mercedes no pudo realizarse.

— Luego seguimos con esta historia, Pedro Alfonso; ahora debemos preparar todo para recibir a tu familia. Déjame mandar a buscar a los esclavos que están en el campo para que regresen y podamos poner todo en orden en la casa grande y recibir a tu familia como se merece.

— Gracias, Marc. Siempre tan atento y sabes bien qué es lo importante; por eso te amo tanto —y lo besó tiernamente.

En la puerta de la casa, observándolos inmóvil y en silencio, estaba Paula, quien había llegado de su iniciación con Moisés. Pedro Alfonso palideció al verla y sentirse descubierto.

— Tranquilo —dijo Marc Pol con suavidad—. Paula ya sabe lo nuestro y está con nosotros.

Paula corrió sonriendo hacia ellos y los abrazó cariñosamente.

— ¡Qué bueno es ver juntos a mis queridos amigos! —exclamó Paula—. Me alegra que hayas regresado, ¡justo a tiempo! —dijo Marc Pol—. Ahora tengo mucho que hacer. Pedro Alfonso te contará lo que está ocurriendo.

Paula y Pedro quedaron frente a frente, luego de mirar a Marc Pol salir con paso apresurado a cumplir con su tarea.

— No te preocupes, Pedro, conmigo el secreto de ustedes dos está seguro —comentó Paula, mientras tomaba del brazo a Pedro Alfonso para que la acompañara a la cocina—. Tú sabes que te quiero como un hermano y sé que tú me consideras como una hermana también. No hay nada más fuerte que ese amor fraternal, que no viene por compartir la sangre, sino que viene del corazón, del compartir la vida a diario con sus tristezas y alegrías.

— Recuerdo bien todas las veces que nos castigaron por nuestras travesuras —dijo Pedro Alfonso sonriendo—. Gracias por tus palabras y tu comprensión, mi querida amiga. Muchas veces pensé en compartirte mis sentimientos y lo de mi amor por Marc Pol. Pero siempre ocurría algo que me hacía posponer esa conversación.

— ¿Cómo te enteraste?

— Los vi una vez hablando —respondió Paula—. Se les notaba el amor a leguas. También los vi besarse. Luego, un día, mientras esperábamos a Moisés, allí

sentados en la entrada de la casa, le pregunté y me lo confirmó. Tengo que decirte que Marc es muy buena persona y te adora, lo cual me alegra mucho.

Conversaron un buen rato y Pedro Alfonso le contó todo lo ocurrido en La Vela, en Coro, y lo del matrimonio que no se dio.

— ¿Dónde está Manuel Antonio? —preguntó Paula.

— Él se quedó en Coro; el padre de Mercedes le pidió desesperado que la fuera a buscar y se la trajera de vuelta. Hasta allí conozco, pues salimos todos de Coro huyendo de los independentistas. Él se quedó allá; dijo que nos alcanzaría pronto aquí en El Hato.

— Voy a consultar a la Salabanda para saber dónde está Manuel y qué pasa con tu familia —respondió Paula—. En un rato volveré a ocuparme de organizar la cocina; tu familia llegará hambrienta después de ese largo y polvoriento viaje. Aparte de Marc Pol, Emiliana y yo, ningún otro esclavo sabe cocinar bien.

Desde ese momento, todo fue actividad en la casa grande. Los esclavos trabajaban sin descanso para limpiar todo, preparando habitaciones y tinas de baño para la familia. Paula ayudaba a Marc Pol y ya tenían preparada la cocina, el fuego encendido y los ingredientes necesarios para preparar la comida de bienvenida para la familia.

En el camino las cosas no iban bien; doña Josefa no mejoraba. Don Diego no sabía qué hacer, si parar o continuar. Las hijas eran un mar de angustias. Don

Diego decidió acelerar el paso; ya faltaba poco para llegar al ansiado destino.

Paula se detuvo en la puerta de la cocina y revisó nuevamente que todo estuviese a punto. Respiró profundamente y se retiró a una habitación para usar la Salabanda y saber qué ocurría con la familia García de Quevedo y Aldama en su tránsito hacia El Hato.

Se sentó en una esquina de la habitación, dobló sus rodillas y apoyó sus brazos en ellas. Comenzó a respirar e invocar a la Salabanda. Se enfocaba en la búsqueda de alguna araña o tuqueque que le pudiese dar la posibilidad de ver a la familia de Manuel.

En una esquina del techo del carruaje donde venía doña Josefa y sus hijas estaba una pequeña araña esperando atrapar en su telaraña a algún insecto. Paula logró enlazar su mente con esta araña y observó lo que ocurría con la salud de doña Josefa y la desesperación de sus hijas. Salió de su trance y entendió que debía actuar rápido para poder salvar a doña Josefa. Se levantó y se dirigió al pequeño huerto donde tenía sembradas las plantas medicinales que su madre y Moises le enseñaron a usar. Regresó cargada de hierbas y se encaminó a la cocina; allí estaban Pedro Alfonso y Marc Pol sentados tomando café.

— ¿Para qué son esas hierbas Paula? —preguntó intrigado Marc Pol—; ya las que necesitamos para la cocina están aquí.

— Es para doña Josefa, que viene mal de salud. El

viaje la afectó mucho y debo preparar algunas cosas para tratar de salvarla.

— ¿Mi madre está mal de salud? ¿Cómo sabes eso, Paula?

— Lo vi —respondió Paula—; tus hermanas están desesperadas atendiéndola, pero nada pueden hacer. Espero que lleguen a tiempo. Usé el poder del manto mágico —dijo mirándolos a los ojos y con voz firme—. Ahora déjenme trabajar, debo preparar varias pociones.

Marc y Pedro se miraron asombrados. No podían creer lo que Paula afirmaba. La dejaron en la cocina, separando hojas, flores y cortezas. Paula no sabía cuál era la dolencia de doña Josefa, pero su madre le había dicho hace tiempo cómo tratar los dolores y fiebre que tenía. Comenzó a preparar las pociones con las hierbas, tal como recordaba.

— Paula está como Moisés —comentó Marc Pol.

— Sabes, Marc, que ya no sé en qué creer, han pasado tantas cosas —dijo Pedro Alfonso—; quizás ella sabe algo que nosotros no. Vamos a dejarla en paz.

Don Diego se adelantó para avisar la inminente llegada de la familia. A su llegada, los esclavos corrieron a recibirlo, al igual que Pedro Alfonso y Marc Pol.

— Padre, ¿cómo estás? ¿Todo bien? ¿Cómo está mi madre? —preguntó angustiado Pedro Alfonso.

— Tu madre está mal; tus hermanas la atienden desesperadas, pero es muy poco lo que pueden hacer.

— Tal como lo dijo Paula —dijo Marc Pol—, ¡increíble!

— Sí, estoy asombrado —respondió Pedro Alfonso—. Pero ¿cómo lo supo?

— ¿De qué hablan? —preguntó don Diego —. ¿Qué dijo Paula?

La conversación fue interrumpida por la llegada de la carreta con doña Josefa y sus hijas.

— ¡Mamá se está muriendo! ¡Necesitamos ayuda aquí! —gritaron Josefa María y Rosa Mercedes mientras saltaban de la carreta con los ojos llenos de lágrimas.

Pedro Alfonso las abrazó y le pidió a Marc Pol que buscara a Paula en la cocina. Marc Pol corrió a buscar a Paula y la encontró rezando sobre las pociones que ya tenía preparadas.

— Llegaron, ¡te necesitan!, ¡es urgente! —dijo Marc Pol desde la puerta de la cocina.

— ¡Vamos! —respondió Paula—. Hay que llevarla a su habitación cuanto antes.

Llegaron a la puerta de la casa grande y ya los esclavos, bajo las órdenes de Pedro Alfonso, la estaban bajando de la carreta para llevarla a la casa. Sus hijas, Josefa María y Rosa Mercedes, no paraban de llorar. Don Diego miraba paralizado la escena y no atinaba qué hacer o decir.

— Que la lleven a su cuarto, voy a buscar las pociones en la cocina —dijo Paula.

Doña Josefa llegó inconsciente a la cama; la acostaron con mucho cuidado. Los hijos y don Diego rodeaban la cama, mientras los esclavos esperaban órdenes afuera del cuarto.

Paula llegó con las pociones, pidió que por favor le trajeran tijeras, agua y toallas y que se quedaran solo las hijas de doña Josefa. Todos los demás salieron en silencio del cuarto.

Paula pidió a Josefa María y Rosa Mercedes que comenzaran a cortar la ropa a doña Josefa, para quitársela y poder aplicar las toallas mojadas para bajar la fiebre. Luego se dirigió a la mesa que estaba en la habitación para revolver las pociones que había traído antes de aplicarlas. Los esclavos llegaron con el agua y las toallas que pidió Paula y las hijas comenzaron su tarea de refrescamiento y aplicación de las pociones para el dolor, como lo indicaba Paula.

Entretanto, Manuel Antonio llegaba a El Hato. Venía polvoriento y sediento. El desvío en el camino que tomó, para evitar un encuentro con las tropas de Miranda, fue largo y complicado. El caballo sufrió mucho y el último tramo hasta El Hato lo hizo desmontado, para evitar que el caballo sufriera más. Al llegar, pidió a los esclavos que atendieran y refrescaran al caballo. Luego entró a la casa y se encontró con su padre y su hermano.

— Gracias a Dios que llegaste, hijo —exclamó don Diego y se acercó a darle un abrazo.

— La bendición, padre. ¿Cómo está mi madre? ¿Qué pasa? ¿Por qué esas caras?

— Dios te bendiga, hijo. Llegamos hace un buen rato; tus hermanas y Paula están atendiendo a Josefa en nuestro cuarto —respondió don Diego—. Tu madre llegó muy mal, pensé que moriría en el camino. Tus hermanas eran un mar de lágrimas, estaban muy angustiadas.

— Espero que Paula logre mejorar la salud de nuestra madre —dijo Pedro Alfonso—. Tengo confianza de que así será; gracias a Dios ella heredó los conocimientos de Magdalena.

— Voy a ver cómo está mamá —dijo Manuel—. Me acercaré al cuarto.

Manuel Antonio caminó hacia el cuarto con paso apresurado, llegó a la puerta y la golpeó. Josefa María abrió la puerta.

— ¡Manuel Antonio! Qué bueno que llegaste, nos muy tenías preocupadas.

— ¿Cómo está nuestra madre?

Paula escuchó la voz de su amado Manuel y volteó a mirar hacia la puerta. Ya había terminado de aplicar la segunda tanda de pociones de hierbas a doña Josefa. Le pidió ayuda a Rosa Mercedes para cubrirla y así permitir que la familia pudiera verla.

— Rosa, avísales que ya pueden pasar a verla —dijo Paula—, ya terminé de aplicar las pociones de hierbas, ahora solo queda esperar.

Josefa María dejó pasar a Manuel y luego se dirigió a buscar al resto de la familia. Manuel se detuvo frente al lecho de su madre. Paula se acercó y le tomó de la mano.

— Gracias a Dios que estás aquí —dijo Manuel Antonio mientras se secaba una lágrima—, sin ti no sé qué hubiese sido de mi madre.

Volteó a mirar a Paula, la abrazó y le dio un tierno beso en la boca.

Rosa Mercedes quedó sorprendida por lo que estaba viendo; nunca se imaginó algo así. Llegó el resto de la familia. Manuel y Paula seguían juntos, tomados de la mano. Josefa María se paró al lado de su hermana y Rosa Mercedes le dijo en voz baja:

— Se besaron.

— ¿Quiénes se besaron? —respondió Josefa María, también en voz baja.

— Paula y Manuel, ¡están enamorados! —respondió Rosa Mercedes.

— Me lo perdí, qué romántico —respondió Josefa María, mientras colocaba sus manos en las mejillas.

— Estás loca. Cuando nuestra madre se entere, no sé qué va a pasar.

— Eso sí, pero en algo estoy de acuerdo contigo: ¡qué romántico!

Don Diego entró desesperado a ver a su esposa; solo tenía ojos para ella. No se fijó en Paula y Manuel Antonio. Pedro Alfonso se paró al lado de su padre.

— Paula, ¿cómo está nuestra madre? —preguntó Pedro Alfonso.

— Está en muy malas condiciones —explicó Paula—. Ese viaje desde Coro le causó mucho daño. Hay que bajarle el calor del cuerpo y darle mucha agua. Ya le coloqué pociones de hierbas en varias partes de su cuerpo para ayudarla con el dolor. Ahora solo queda esperar. Pero no estoy segura si se va a recuperar totalmente.

Don Diego comenzó a llorar al escuchar las palabras de Paula. Todos los hijos se reunieron en torno a él para consolarlo y darle fuerzas.

— Ahora deben salir del cuarto; solo las hijas se deben quedar —dijo Paula—. Debemos quitarle la sábana de encima y aplicarle toallas húmedas.

— Pedro Alfonso, dile a Marc Pol que necesito que traigan agua fresca —dijo Paula— y también toallas limpias.

Padre e hijos se fueron a la cocina y se sentaron en silencio. Marc Pol se acercó y les preguntó si querían comer o tomar algo.

— Quiero darme un baño y cambiarme la ropa, Marc
—respondió Manuel Antonio.

— Ven conmigo, ya tenemos preparado todo.

— Todo esto es culpa del cobarde de José Manuel Salas —dijo don Diego golpeando la mesa—. ¡Nos abandonó!, isalió corriendo de Coro y nos dejó a merced de Miranda! Es imperdonable que el comandante político-militar de Coro haya huido de esa manera. Cuando regresemos, lo voy a hacer pagar por todo esto.

— Sí, padre, esto es imperdonable —comentó Pedro Alfonso—. Ya nos ocuparemos de él cuando regresemos a Coro. Ahora debemos concentrarnos en ver cómo ayudamos a nuestra madre a salir adelante y recupere su salud.

Pasadas algunas horas, terminó la espera. Doña Josefa salió de su letargo. Pidió agua y sus hijas la levantaron un poco para que tomara el agua.

— Gracias, hijas, qué alegría poder verlas otra vez, pensé que moriría en el camino —dijo doña Josefa—. Les agradezco infinitamente sus atenciones y preocupación; sin ustedes no lo hubiese logrado.

Ambas se quedaron en silencio bajaron su mirada y bajaron su mirada y luego voltearon su mirada hacia Paula. Doña Josefa miró en la dirección a donde sus hijas dirigían su mirada y allí estaba Paula de pie, en silencio, observando la escena.

— Paula se encargó de todo —dijo Josefa María—; ella nos dijo qué hacer y te aplicó pociones de hierbas tal como lo hacía Magdalena. Nosotras no sabíamos qué hacer. Gracias a ella estás aún con nosotros.

— Paula... Paula, ven, acércate —dijo doña Josefa—. Toma mi mano, por favor.

Paula se acercó a doña Josefa, la tomó de la mano y sonrió.

— Primero que todo, quiero pedirte perdón por lo mal que te he tratado. Gracias a ti y a tu madre Magdalena, que en paz descansa, he logrado sobrevivir a mis males, ver a mis hijos crecer y atormentar con mi mal genio a mi amado don Diego Josefa María y Rosa Mercedes sonrieron por el comentario de su madre sobre su mal genio y don Diego.

— Para mí era muy difícil aceptar que tú y tu madre se convirtieran en personas muy importantes en nuestras vidas. A medida que creciste y te convertías en la hermosa mujer que ahora eres, tuve el presentimiento de que uno de mis hijos se enamoraría de ti y eso no lo podía aceptar.

Las hijas miraron a Paula y sonrieron. Era una sonrisa cómplice. Paula se dio cuenta de la situación y, nerviosa, trató de disimular su sorpresa por haber sido descubierta por las hermanas.

— Gracias, doña Josefa, por sus palabras —respondió Paula—. Ustedes han sido especiales para nosotros

también. Mi madre siempre me dijo que le tenía un gran respeto y agradecimiento. Vamos a llamar al resto de la familia para que la vean y se tranquilicen un poco. —¿Pueden ir a avisarle a don Diego que ya despertó doña Josefa? —pidió Paula a Josefa María y Rosa Mercedes.

— ¡Claro, Paula! —respondieron al unísono Josefa María y Rosa Mercedes.

De inmediato salieron corriendo para avisar al resto de la familia, no sin antes mirar a Paula y sonreír con picardía. Doña Josefa observó los gestos de sus hijas y quedó intrigada.

Las hermanas llegaron a la cocina y avisaron la buena noticia. Todos sonrieron y se fueron al cuarto a ver a doña Josefa. Se reunieron alrededor de la cama, alegres.

— Qué susto nos diste, Josefa —dijo don Diego mientras sostenía su mano—. Me alegra que te estés recuperando.

— Madre, ahora debes seguir las indicaciones de Paula y descansar —dijo Pedro Alfonso.

— ¿Dónde está Manuel Antonio? —Preguntó.

— ¿Ya regresó de Coro? ¿Encontró a Mercedes?

— Manuel está aquí, se está bañando —respondió don Diego—; vendrá en un rato. Sobre Mercedes no hemos conversado aún.

— Gracias Dios, ahora estoy más tranquila, ya estamos todos aquí —dijo doña Josefa con un tono de alivio.

— Ahora nos debemos ir a descansar —dijo don Diego mirando a sus hijos—. Hoy fue un día muy complicado física y emocionalmente. Creo que todos estamos agotados y necesitamos descansar. Dejemos a Josefa descansar también, para que se recupere pronto. —Luego volvió su mirada a Paula—. A ti te debo un agradecimiento especial, Paula. Por todo lo que has hecho para devolvernos a Josefa, pensé que la perdía. ¡Gracias, Paula! Ahora salgamos, dejemos descansar a Josefa.

— ¿Quiere comer algo, doña Josefa? Hay un caldo de pollo que está muy bueno; lo prepararé yo misma.

— Sí, Paula, dame una taza de caldo, por favor.

Paula se fue a la cocina a buscar el caldo de pollo y cuando regresó al cuarto se encontró con Manuel; estaba esperándola en la puerta del cuarto para entrar y ver a su madre.

— ¿Cómo está mi madre? —preguntó Manuel—. Ya mi padre me dijo que despertó y estuvieron un rato un rato todos con ella.

— Está mejor, Manuel —respondió Paula—. No sé por cuánto tiempo estará con nosotros; ese viaje desde Coro la maltrató mucho. Si lo deseas, puedo preguntar a los caracoles.

Manuel Antonio se quedó en silencio y lágrimas recorrieron su rostro.

— Luego hablamos de eso. Al final, será lo que Dios quiera —respondió Manuel, visiblemente afectado—. Ahora quisiera verla.

Manuel secó sus lágrimas y abrió la puerta a Paula para que entrara con el caldo de pollo; luego entró él. Doña Josefa estaba medio dormida y, al sentir la puerta, abrió los ojos. Una gran alegría se dibujó en su cara al ver a su primogénito y tendió su mano hacia él. Manuel la tomó con suavidad y le dio un beso.

— Me alegra que estés aquí, sano y salvo, hijo mío—. Estaba preocupada por ti y la situación con las tropas del bandido de Miranda.

— Casi me quedo atrapado en Coro —respondió Manuel—. La búsqueda de Mercedes a pedido de don Sebastián me quitó un valioso tiempo.

— ¿La encontraste? —preguntó doña Josefa—. ¿Qué pasó con ella?

— Ella y Josefa Camejo se querían unir a las tropas de Miranda. Ambas estaban vestidas con pantalones y camisas de hombre, estaban armadas, tenían pistolas y sables. No hubo manera de hacerlas entrar en razón; sus convicciones independentistas son sorprendentes y muy firmes. Ante esta situación no tuve más remedio que regresar a nuestra casa para informar a don Sebastián. El pobre quedó abatido al escuchar las novedades.

— Qué triste todo esto, Manuel. Creo que Mercedes no era para ti, nos equivocamos, hijo, lamento haberte puesto en esta situación. Ahora debo tomar el caldo de pollo que me preparó Paula. Ayúdame a levantarme, coloca la almohada en mi espalda y así puedo estar sentada.

Paula se acercó con el caldo. Manuel lo tomó en su mano y comenzó a darle cucharadas de la sopa.

— Gracias, hijo —dijo doña Josefa—. Ahora me voy a mejorar más rápido — y sonrió.

Paula no podía quitar los ojos de Manuel. Doña Josefa; entre cucharada y cucharada, se dio cuenta de esa mirada, recordó las risas pícaras de sus hijas y entendió que algo estaba ocurriendo. Manuel terminó de darle el caldo y doña Josefa le pidió a Paula que se acercara, haciéndole señas con la mano.

— Paula, el caldo estaba muy bueno. Tienes la sazón de tu madre. Eso, más el cariño de Manuel Antonio, completan una comida perfecta.

— Gracias, doña Josefa —respondió Paula—. Me alegra que le haya gustado.

— Este viaje me quitó las pocas energías que me acompañaban —dijo doña Josefa—. Creo que no voy a estar con ustedes mucho tiempo. Sé que he cometido errores con ustedes dos y me gustaría enmendarlos lo antes posible. Voy a preguntarles algo y espero una respuesta honesta: ¿Qué ocurre entre ustedes dos?

Manuel y Paula estaban sorprendidos; se quedaron en silencio y se miraron a los ojos.

— Estamos enamorados, madre —respondió Manuel Antonio, mientras tomaba la mano de Paula—. No sé cómo ocurrió, solo pasó. Es algo que no podemos controlar, nos amamos.

Todos quedaron en silencio; Manuel y Paula miraban ansiosos a doña Josefa. Ella los miraba como tratando de ver en sus corazones. Todo lo que ella trató de evitar, separándolos, tratando de deshacerse de Paula, nada funcionó. Ahora se enfrentaba a la situación que tanto trató de evitar.

— Sabía que esto pasaría —dijo doña Josefa—. ¿Saben los problemas y situaciones que enfrentarán? ¡Una esclava mujer del primogénito de una de las familias más poderosas de Coro! Esto es algo que nuestra sociedad no aceptará. Van a sufrir mucho y nosotros con ustedes.

— No hemos tenido tiempo de pensar en eso, madre. Todo ha ocurrido muy rápido. Quisiera pedirte que escuches la historia de Paula. Antes de eso, quisiera mostrarte algo que servirá para que entiendas quién es ella.

Manuel Antonio salió del cuarto y llamó a Pedro Alfonso, quien vino a su encuentro.

— Dile a Marc Pol que traiga todos los esclavos al cuarto de mi madre, luego te explico.

A los pocos minutos estaban Pedro Alfonso y Marc Pol en la puerta del cuarto de doña Josefa con los esclavos. Pidieron permiso para hacer entrar a los esclavos. Manuel les dio permiso y todos los esclavos entraron. Al ver a Paula, se arrodillaron e inclinaron su cabeza en señal de respeto ante el asombro de doña Josefa, que no podía creer lo que ocurría.

— ¿Qué es esto, Manuel? ¿Por qué se arrodillan ante Paula? —preguntó doña Josefa, asombrada.

— Bernabé —dijo Manuel dirigiéndose al esclavo—. Levántate y dile a tu ama, doña Josefa, quién es Paula.

— Amo, don Manuel, no sé qué decir —respondió vacilante Bernabé.

— Habla, Bernabé, no va a pasarte nada.

Bernabé se armó de valor y respondió:

— Paula es nuestro Simbi, nuestra guía espiritual, es la nieta de Siad Canga, el jefe de las nueve familias de Mboma. Hija del legendario guerrero Ngo, el Leopardo. Ella es la portadora de la Salabanda, el manto mágico.

— Muchas gracias, Bernabé —respondió Manuel. Ya se pueden retirar; les agradezco todos que vinieran.

Doña Josefa no salía de su asombro; lo que había visto era difícil de entender.

— Quisiera que escucharas a Paula —dijo Manuel—. Ella tiene una historia que contarte.

Paula se sentó al lado de doña Josefa y comenzó a contarle la historia de su pueblo, luego la de su madre y la de ella. Manuel las observaba en silencio; de cuando en cuando su madre lo miraba. Al terminar la conversación, doña Josefa llamó a Manuel a su lado.

— ¡Qué grande es nuestra ignorancia, hijo mío! —dijo doña Josefa—. Aceptamos a los esclavos como cosas, como mercancías, sin querer darnos cuenta de que son seres humanos como nosotros. Que tenían padres, madres, hijos, una familia, un reino al que pertenecían, en fin, una vida. Nosotros, españoles, portugueses, ingleses y holandeses, hemos destruido todo eso. Es imperdonable. Esto que he visto hoy, lo que he escuchado de boca de Paula, me ha hecho reflexionar y ver las cosas de manera diferente. Pero ahora debo descansar. Mañana continuaremos esta conversación; el orden de las cosas ha cambiado. Paula, quédate esta noche conmigo, por favor, y tú, hijo, anda a descansar.

Un nuevo día

Paula se quedó toda la noche cuidando a doña Josefa. No fue una tarea fácil. Le subió la fiebre otra vez y estuvo delirando. Paula tuvo que ponerle toallas húmedas y cataplasmas de hierbas para ayudarla con el dolor. Trataba en lo posible de hacerle menos doloroso su inminente tránsito hacia la otra dimensión, en donde están sus antepasados.

Llegó la mañana, y doña Josefa aún no despertaba. Paula fue a la cocina a preparar algo de comer para ella y para doña Josefa. Allí estaba Marc Pol, tomando la bebida que había preparado hace tiempo frente a Paula y Pedro Alfonso. Era café.

— ¿Quieres un poco, Paula? —preguntó Marc Pol.

— Sí, me gustó mucho cuando lo preparaste la vez pasada —respondió Paula—. El aroma es muy agradable. ¿Cómo es que se llama?

— Café, se llama café —respondió Marc Pol—. ¿Lo quieres con papelón?

— Sí, ponle un poco —respondió Paula.

Se sentaron en la mesa, tomando el café, sumidos en sus pensamientos. El día anterior había sido muy complicado y exigente. Estaban agotados.

— No va a durar mucho, ¿verdad?

— Unos días, una semana, tal vez. Este viaje le removió sus males y afloraron con más fuerza. Lo que he hecho es aliviar su dolor, para que no sufra tanto.

— Pedro Alfonso va a sufrir mucho —respondió Marc Pol—. Estaré a su lado dándole mi apoyo.

— También mi Manuel Antonio —respondió Paula colocando sus manos en la cara—. Él es el mayor; adora a su madre. Las niñas y don Diego también van a sufrir mucho. Quisiera hacer algo más, pero no sé qué más hacer.

— Y el poderoso manto mágico del que tanto habló Moisés —preguntó Marc Pol—, ¿será que puede ayudarte?

Paula miró a Marc Pol y entendió que aún había algo que podía hacer. ¡Los caracoles!

Paula se levantó y se fue al cuarto donde estaba doña Josefa y comenzó a buscar entre sus cosas los caracoles que le dio Moisés. Los encontró y se disponía a salir del cuarto, cuando doña Josefa la llamó.

— Buenos días, Paula —dijo doña Josefa con voz muy baja.

— Buen día, ¿cómo está, doña Josefa? —respondió Paula, mientras se acercaba a la cama—. ¿Cómo se siente?

— Un poco mejor, el sueño me sentó bien. Quisiera ir al baño.

Paula ayudó a levantarse a doña Josefa y la llevó caminando poco a poco hasta el baño.

— ¡Esta dolencia que tengo es traicionera! —exclamó doña Josefa mientras se acomodaba en la cama con dificultad—. Me sentía mejor y resulta que casi me desmayo viniendo del baño. ¿Qué estabas buscando cuando desperté?

— Doña Josefa, no le voy a mentir, es muy poco lo que yo puedo hacer más allá de aliviarle sus dolores y malestar. Lo que le voy a pedir ahora, quizás usted no lo entienda, pero es la única manera de saber si hay algo más que podamos hacer. Sé que va en contra de sus creencias cristianas, pero para nosotros representa una importante ceremonia y creo que nos puede ayudar a entender qué le ocurre.

Doña Josefa se quedó mirando a Paula, en silencio, mientras pensaba en lo que le había explicado.

— Es difícil responder a lo que me pides. Una parte de mí dice que sí y otra parte me dice que no. Quiero saberlo y al mismo tiempo me da miedo saber. Son sentimientos en conflicto. ¿De qué estamos hablando?

— De conocer la voluntad de los orishas por medio de los caracoles —respondió Paula.

— ¿Leer los caracoles? Nunca escuché algo parecido. Esas son prácticas herejes. Si nos llega a pillar el Tribunal de la Inquisición, estaremos en la hoguera juntas.

— ¿Eso quiere decir que sí está dispuesta a que le lea los caracoles?

— ¡Qué más da! —dijo doña Josefa—. Ya no tengo más que perder. Sí, veamos qué dicen los dichosos caracoles. Ahora, ¿qué debo hacer?

Paula sacó los caracoles y sacó un pedazo de cuero que tenía dibujada la Dikenga; allí lanzaría los caracoles. Luego colocó a un lado un recipiente con agua y puso los caracoles en las manos de doña Josefa. Le pidió que los acercara a su frente y cerrara sus ojos.

Paula rezó y saludó a los orishas.

— Veamos cuál de los orishas está presente —exclamó Paula—. ¡Y doña Josefa los lanzó!



El daño

Los caracoles caurí, estas pequeñas conchas marinas, representan la conexión entre el mundo físico y el espiritual, sirviendo como mensajeros entre los orishas y los seres humanos.

Esta conexión se maneja por medio del Dilogún, en el cual se utilizan, básicamente, dieciséis conchas de caracoles caurí para interpretar el mensaje de los orishas. Pueden usarse cinco conchas más hasta un total de veintiuno. Las conchas se lanzan y se leen las posiciones en las que caen para recibir orientación espiritual. La posición en que quedan los caracoles al caer define la respuesta de los orishas. Aberturas hacia arriba son favorables o aberturas hacia abajo son desfavorables.

Antes de lanzar los caracoles, hay que preparar el lugar donde van a caer. Ese sitio es la Dikenga, un círculo con sus cuatro puntas. Al unir las cuatro puntas con líneas dentro del círculo, resultan cuatro cuadrantes; dentro de alguno de ellos deben caer los caracoles. El cuadrante superior izquierdo representa a Eleguá, el señor de las encrucijadas, el oro y los viajes. El inferior izquierdo simboliza a Oshún, señor del amor y la familia. El cuadrante superior derecho es regido por Erzulie Cantor y está asociado con emociones negativas, como el odio y los celos. Por último, el cuadrante inferior derecho, representado

por Babalú Ayé, señor de la tierra, las enfermedades, dueño absoluto de la vida en la tierra.

El ciclo de preguntas y respuestas de los caracoles es de cuatro lanzamientos. El primero muestra cuál es el orisha involucrado, el que será el guía espiritual de la interpretación de los caracoles. La segunda lanzada responde a las preguntas cuyas respuestas sean sí, no o tal vez. La tercera es un oráculo para preguntas o problemas más complejos. En el cuarto lanzamiento se pueden usar hasta veintiún caracoles, ya que es una jugada personal, buscando una respuesta específica.

Moisés le enseñó a Paula la tradición y el significado de las deidades de su pueblo en África, los orishas. Esto era fundamental para poder entender los mensajes de los caracoles. Durante estas sesiones, a medida que Moisés le explicaba, Paula comenzó a recordar las enseñanzas de su madre, lo que le contaba y le pedía que repitiera en su lengua natal, una y otra vez.

Todo comenzó a tener sentido. Eyíoco: Flecha entre hermanos. Oggundá: Discusión, tragedia por una cosa. Irosun: Nadie sabe lo que hay en el fondo del mar. Oché: Sangre corre por tus venas, estás vivo. Obbara: Un Rey no dice mentiras. Oddí: Los peces grandes se cogen en el mar con un poco de suerte y buena carnada. Eyeúnle: La cabeza es la que lleva al cuerpo. Osá Oreguaní: Su amigo es su peor enemigo. Ofún: Lugar donde nació la maldición. Los mensajes fueron claros: Eyíoco: Flecha entre hermanos.

Ananagú: A la isla no llegarán las serpientes. Ojuaní: Desconfianza. Eyilá: Fracasado. Metanlá: Donde nace la enfermedad. La sangre está enferma. Merinlá: La familia no se lleva bien. Marunlá: Lo mismo que te mueve te paraliza. Meridilogún: Usted vino a este mundo para ser sabio. Obatacuaní: El pasado regresa a salvarte. Iré-Obiní: Bien por una mujer.

Poco a poco, lanzada tras lanzada, se fue configurando el mensaje de los orishas. En la primera lanzada, la mayoría de los caracoles terminaron cayendo con la abertura hacia arriba, en los cuadrantes derechos, superior e inferior del cuero con el dibujo de la Dikenga. Eso era odio y celos, un daño por enfermedad en la sangre. Quedó claro en la mente de Paula que alguien que odiaba y tenía celos de doña Josefa le había ocasionado un daño en la sangre. Pero, ¿cómo?, ¿quién? Llegó la cuarta lanzada y la respuesta específica fue: el pie torcido.

Paula le explicó a doña Josefa el mensaje de los orishas. Doña Josefa escuchaba atentamente, pero con un gesto en el rostro que revelaba escepticismo. Su rostro cambió a un gesto de horror cuando Paula mencionó el mensaje del pie torcido. Paula se quedó atónita con la reacción de doña Josefa. Era evidente que ya sabía quién era la responsable.

Doña Josefa se recostó en la cama; con sus manos en el rostro se quedó en silencio por un buen rato. Paula guardaba un respetuoso silencio ante la escena que presenciaba.

Finalmente, Doña Josefa miró a Paula y dijo:

— Si es verdad todo lo que me dijiste, solo hay una persona que conozco que tiene un pie torcido, y sí, me tiene envidia. Es una envidia gratuita, pues no le he causado ningún mal, no he comentado nada negativo de ella y es parte de mi familia. Pero siempre anda hablando mal de mí y de mi familia. Todas mentiras inventadas por ella. ¿Tú sabes quién es?

— La verdad, no lo sé —respondió Paula, intrigada.

Ambas quedaron en silencio, pensando en todo lo ocurrido. Súbitamente, una imagen de un lejano recuerdo se comenzó a formar en la mente de Paula. Veía a una mujer caminando en la casa de los García de Quevedo y Aldama. Esa mujer tenía un defecto en un pie, lo que llamó su atención y, niña al fin, su mirada se dirigió curiosa hacia el pie torcido. Recordó cómo la mujer se detenía frente a ella, la miraba y la golpeaba con fuerza en la cabeza mientras le decía: «¿Qué miras, esclava, negra, mugrosa?».

Paula se levantó y miró estupefacta a doña Josefa.

— ¿Ya sabes quién es? —preguntó doña Josefa.

— Sí —respondió Paula—. ¿Cómo pude olvidarla? Esa fue la primera vez que me golpeaban y me decían: esclava, negra, mugrosa. Llegué llorando, casi sin poder respirar, a donde mi madre, quien me sacudió para que respirara otra vez. Luego, más calmada, pero hecha aún un mar de lágrimas, le pregunté a mi madre qué era una negra, mugrosa y esclava. Mi

madre me abrazó y me tranquilizó y me dijo: «Cuando estés mayor, te explicaré qué significa todo eso».

Ya ambas sabían de quién venía el daño. ¡Cariñosa Aldama! La prima de doña Josefa.

— Ahora debemos averiguar quién la ayuda —explicó Paula—. Esa persona debe ser un esclavo practicante del Palo Mayombe. Nosotros, los que creemos en la santería, utilizamos la fuerza de la luz. El Palo Mayombe utiliza las fuerzas de la oscuridad, utiliza a los muertos para hacer daño.

— Paula, aún no puedo creer lo que has descubierto. Estoy muy triste y muy cansada; luego seguimos hablando de esta locura. Ahora debo descansar, quisiera comer algo. ¿Podrías, por favor, pedir que me preparen algo para comer?

— Está bien, doña Josefa, voy a pedir que le preparen algo. Ahora descanse.

Paula se dirigió a la cocina para pedir que le prepararan una comida a doña Josefa. Allí estaban almorzando Pedro Alfonso y Manuel Antonio. Al llegar Paula, ambos hermanos preguntaron por su madre. Paula les explicó que estaba bien, que quería comer y venía a pedir que le prepararan comida.

— ¿Qué estuvieron haciendo ustedes dos toda esta mañana? —preguntó Manuel Antonio.

Paula se quedó en silencio un momento, pensando su respuesta. Pidió a los hermanos que se acercaran.

— Le leí los caracoles a su madre y descubrimos algo importante. Lo que le pasó a doña Josefa fue provocado por una persona que la odia. Ella está usando a alguien que conoce los rituales del Palo Mayombe y le está haciendo un daño.

Ambos hermanos se levantaron y exclamaron indignados, casi al unísono:

— ¿Quién está haciendo un daño a nuestra madre? ¿Quién es esa persona?

— Doña Cariñosa Aldama —respondió Paula con voz firme.

Unos platos cayeron estrepitosamente al suelo en la cocina. La esclava que los llevaba los soltó y se colocó sus manos en la cabeza al escuchar el nombre dicho por Paula. Todos voltearon a ver de dónde venía el estruendo. Allí estaba la esclava Emiliana, la cocinera principal de la casa, temblando.

— ¿Qué te pasa, Emiliana? —preguntó Paula mientras se acercaba a ella.

— Ella me prometió la libertad —gritaba Emiliana—. Dijo que me compraría y me haría libre.

Los hermanos se abalanzaron sobre Emiliana y la sujetaron.

— ¡Habla, Emiliana! ¿Quién te hizo esa promesa de libertad? —gritaban los hermanos.

Paula intervino para calmar la situación.

— Vamos a sentar a Emiliana para interrogarla —dijo Paula.

Los hermanos la llevaron hasta una silla y la sentaron.

— Emiliana, primero que todo, cálmate —dijo Paula con voz suave—. Esta familia siempre te ha tratado bien. No te han maltratado. Ahora cuéntanos esa historia de tu libertad.

— Paula, ella insistió mucho —exclamó Emiliana con tono de angustia—. Yo no quería; me prometió que me compraría, luego quedaría libre y me daría unos pesos para comenzar una nueva vida. ¡Por favor, no me castiguen, amos, señoritos!

— ¿Dime dónde aprendiste a dialogar con el Palo Mayombe? —preguntó Paula.

La expresión de la cara de Emiliana cambió al escuchar la pregunta de Paula. Una expresión sombría y maligna se apoderó de su rostro.

— Ustedes, los santeros, nunca podrán con nosotros, los paleros —exclamó Emiliana con una voz ronca, profunda, y una mueca maligna se dibujó en su cara.

El collar que le había regalado Moisés, el de las Siete Potencias, se rompió y las cuentas rodaron por el suelo. Paula se agachó, las recogió una a una y las guardó con cuidado.

— La protección ha funcionado —murmuró para sí.

Paula no se inmutó ante la respuesta de Emiliana ni por lo sucedido con el collar. Les pidió a Pedro Alfonso y a Manuel Antonio que la soltaran. Quería que Emiliana se relajara para poder entablar una conversación con ella y así obtener información sobre el daño que le había hecho a doña Josefa. Le ofreció agua para que se calmara, y Emiliana la aceptó. Su lenguaje corporal le indicó a Paula que ya estaba más tranquila, así que retomó la conversación.

— Emiliana, ahora dime, ¿cuándo doña Cariñosa te cumpliría su palabra de comprarte y liberarte?

— Nos cumpliría una vez que se muriese doña Josefa.

Manuel Antonio se abalanzó sobre ella para golpearla. Paula y Pedro Alfonso se interpusieron y lo contuvieron. Emiliana se asustó y se aferró al brazo de Paula, buscando protección. Una vez controlada la situación, Paula sacó de la cocina a Manuel Antonio.

— Manuel, amor, cálmate —exclamó Paula tomando de las manos a Manuel Antonio—. Entiendo tus sentimientos, pero debo saber más; ya reveló que no está sola en esto. Debemos saber quiénes más están involucrados. Necesito que esté confiada para que se abra y nos diga más.

— Es verdad, Paula. Tienes razón, perdóname, pero esa respuesta tan horrible de Emiliana me disgustó muchísimo. Perdí el control. Me quedaré aquí afuera de la cocina, no quiero que mi presencia la intimide.

— Gracias, amor —respondió Paula y le dio un beso—. Ahora voy a seguir la conversación con Emiliana.

Paula regresó a la cocina y observó el gesto de alivio de Emiliana al no ver a Manuel Antonio de regreso en la cocina.

— Ahora, Emiliana —dijo Paula en tono calmado—, me decías que, una vez que falleciera doña Josefa, doña Cariñosa haría buena su palabra con ustedes. ¿Es así?

— Sí, así es.

— Pero ahora, ¿qué van a hacer? —preguntó Paula en tono calmado—. Ya están descubiertos y no podrán obtener lo que les prometió doña Cariñosa. Se van a enfrentar a un terrible castigo, a no ser que ayuden a los señoritos amos a salvar a su madre.

Emiliana se quedó en silencio, con la mirada perdida, pensando en lo dicho por Paula.

— Sí, estamos perdidos —respondió Emiliana con tono abatido—. Debo hablar con Telmo; creo que aún podemos salvarnos si confesamos.

— Sí, Emiliana, habla con Telmo; aún pueden salvarse. Te vamos a llevar al cuarto de herramientas para que hables con él a solas y lo puedas convencer.

— Sí, está bien —respondió Emiliana, ansiosa.

Paula dejó a Pedro Alfonso con Emiliana y salió de la cocina. Allí estaba Manuel Antonio esperando.

— Manuel, ya sabemos quién es el otro —dijo Paula—. Es Telmo; busca a Marc Pol para que lo agarre y lo lleve al cuarto de herramientas. Necesito que se encuentre allí con Emiliana, para que se decidan a colaborar. Voy a tirar a la basura esta cena que preparó Emiliana para doña Josefa; creo que Emiliana le agregaba algo malo a la comida y voy a prepararle una nueva cena. Luego voy hasta el cuarto de herramientas a ver si consigo ojos y oídos.

Paula preparó la cena y la envió con otra esclava a doña Josefa. Luego, se fue al cuarto de herramientas. Manuel se fue en la búsqueda de Marc Pol, para capturar al esclavo Telmo y llevarlo al cuarto de herramientas.

Manuel encontró a Marc Pol en la parcela de siembra. Al llegar, le explicó lo ocurrido y Marc Pol llamó al esclavo Telmo para que se acercara.

— Telmo —dijo Marc Pol con voz calmada—, deja esa herramienta y ven, el amo Manuel Antonio necesita que le hagas un trabajo.

Telmo se acercó a paso rápido donde estaban Manuel y Marc Pol y se detuvo delante de Manuel.

— ¿Para qué soy bueno, amo, señorito Manuel?

— Emiliana te está esperando —respondió Manuel Antonio—. Ya descubrimos todo y doña Cariñosa no vendrá a salvarlos.

Telmo trató de escapar, y Marc Pol y Manuel lo

sujetaron con firmeza. Mientras tanto, los esclavos observaban con atención lo que ocurría y hacían comentarios entre ellos. Marc Pol y Manuel Antonio se llevaron a Telmo en dirección al cuarto de herramientas.

Entretanto, Paula ya había revisado el cuarto de herramientas y encontró una araña con la cual se vinculó mentalmente, para así poder escuchar la conversación entre Emiliana y Telmo. Una vez juntos, Telmo y Emiliana quedaron solos en el cuarto de herramientas. Quedaron en silencio, observándose el uno al otro.

— Te dije que la Simbi Paula y su Salabanda nos crearían problemas —dijo Emiliana rompiendo el silencio—. Ella tiene una magia poderosa.

— Pero todo nuestro trabajo estaba dando los resultados. La poción con polvo de la semilla del mosekoko que le estuve poniendo a doña Josefa en su comida ya la estaba secando, y el trabajo que tú le metiste bajo su cama para que odiara a Paula también resultó bueno. Pero con el apuro de la partida de Coro, no pudimos traernos nada —explicó Telmo—. Ya le tengo listo otro trabajo contra Paula; lo tengo escondido, enterrado detrás del rancho donde dormimos. ¿Tú conseguiste más mosekoko para la poción?

— Telmo, ya nos descubrieron —respondió Emiliana— y no hay manera de avisar a doña Cariñosa para que nos ayude. Estamos perdidos, nos van a matar.

— ¡No!, ¡A mí no me mata! ¡Nadie! —respondió Telmo iracundo.

Los orishas nos protegerán, escaparemos esta noche, voy a invocarlos para que nos ayuden y nos marquen el camino a Coro. Allí hablaremos con Serafina, la esclava de doña Cariñosa, para que ella nos cumpla su promesa.

Paula escuchó toda la conversación por medio de la araña; esta vinculación mental la agotó, pues se requería mucha energía para sostenerla. Se fue a la casa de la hacienda y entró a la cocina donde estaban los dos hermanos y don Diego esperándola. Todos se levantaron al ver a Paula entrar.

— Paula, no sé cómo agradecerte lo que has hecho. Mis hijos me contaron todo. Hemos sido muy injustos contigo.

— Gracias, don Diego —respondió Paula mientras se sentaba, evidentemente cansada—. Ahora, lo que vi: el daño a doña Josefa lo hacía Emiliana por medio de la comida; le agregaba una poción con polvo de semillas de mosekoko. Telmo hizo un trabajo para que doña Josefa me odiara. El trabajo está bajo su cama en Coro. Telmo hizo uno nuevo que enterró detrás de la casa de esclavos, esperando la oportunidad para colocarlo bajo la cama. Hay que buscarlo y quemarlo. Ellos van a tratar de escapar esta noche e irse a Coro para buscar ayuda con Serafina, una esclava de doña Cariñosa.

— Así que hay que tomar medidas para evitarlo. Yo me ocuparé de eso con Marc Pol —dijo Pedro Alfonso.

— Al no recibir más comida envenenada, doña Josefa va a mejorar —dijo Paula—, así que pueden estar tranquilos. Voy a prepararle la cena a doña Josefa. Luego voy a descansar, estoy agotada.

— No te preocupes, Paula. Yo me encargo de la cena con Pedro Alfonso —dijo Marc Pol—. Ahora anda a descansar.

Manuel Antonio tomó a Paula por la cintura. Ambos caminaron al cuarto de Manuel para descansar. Don Diego observó el gesto amoroso de su hijo hacia Paula y quedó intrigado.

— ¿Qué ocurre aquí, Pedro Alfonso?

Ese gesto de Manuel Antonio hacia Paula es algo mas que agradecimiento, ¿están enamorados Manuel y Paula? ¡Tu madre se va a morir cuando se entere!

— Ya lo sabe —respondió Pedro Alfonso sonriendo—. Mientras dormías esta mañana, doña Josefa descubrió todo. ¡A nuestra madre no se le escapa nada! Por increíble que parezca, querido padre, aceptó la situación. Luego te contaré más detalles. Ahora debo ayudar a Marc Pol con la cena de mamá y luego nos encargaremos de asegurar a Emiliana y Telmo. No quiero que escapen.

Don Diego se quedó en la cocina, pensando en lo ocurrido mientras dormía. Sus pensamientos fueron

interrumpidos por la llegada de sus hijas. Entraron a la cocina y abrazaron y besaron a su padre, quien reía por la demostración de afecto de sus hijas.

— ¿Cómo estás, padre? —preguntó Josefa María.

— ¿Descansaste? —preguntó Rosa Mercedes.

— Estoy bien, hijas, dormí bastante y me perdí muchas cosas, según parece —respondió sonriendo.

Las hijas se sentaron a conversar con don Diego y comenzaron a contarle todo lo ocurrido. Luego de una pausa, Rosa Mercedes dijo:

— Y se besaron.

— ¿Quiénes se besaron? —preguntó don Diego.

Josefa María y Rosa Mercedes se miraron, sonrieron y dijeron al unísono: ¡Manuel Antonio y Paula!

— ¡Dios nos ayude! —exclamó don Diego.



El plan

Al día siguiente, la familia se reunió a la hora del desayuno con Paula y Marc Pol. Emiliana y Telmo pasaron la noche en el cuarto de herramientas y no pudieron escapar como querían.

— Mamá aún duerme, me asomé hace un rato —dijo Rosa Mercedes.

— Ya sabemos quiénes son los responsables y cómo lo hicieron —dijo Pedro Alfonso—. Ahora, ¿qué medidas vamos a tomar contra Emiliana y Telmo? Y los más importantes, ¿qué haremos con doña Cariñosa Aldama?

— Creo que debemos aprovechar el desconocimiento de doña Cariñosa Aldama de lo que ya sabemos y usarlo en su contra —dijo Josefa María.

Todos voltearon a mirar a Josefa María, asombrados por su acertado comentario.

— ¡Muy buena idea, hija! —exclamó don Diego.

— Debemos mantener aislados a Emiliana y Telmo —propuso Manuel Antonio—. Si se comunican con la esclava de doña Cariñosa, ésta le informará lo ocurrido y perderemos nuestra ventaja. También deberíamos enviar de regreso a algunos esclavos, para que difundan el rumor de la agonía de doña Josefa y que está a punto de morir.

— Sí, es muy buena idea, y cuando mamá esté bien, regresaremos a Coro —dijo Josefa María— e invitaremos a doña Cariñosa Aldama a la casa, le diremos que mamá quiere verla antes de morir. Mamá la recibirá de pie en la sala; eso la dejará desconcertada, todos nosotros entraremos y la rodearemos.

— Llevaremos a Emiliana y Telmo amarrados y los arrojaremos a sus pies. Debemos asegurarnos de que la esclava Serafina esté con ella —dijo Paula—; ella fue la intermediaria con Emiliana y Telmo.

— Yo hablaré con el Santo Oficio, para que se los lleven —dijo don Diego—. Todos ellos, incluyendo a Cariñosa Aldama, deben pagar ante la justicia de Dios. ¡Todos! Ahora debo hablar con doña Josefa. Cuando despierte, le voy a explicar lo que estamos preparando.

— Muy bien, padre, eso te lo dejamos a ti —dijo Manuel Antonio sonriendo—. Esa conversación va a ser muy interesante; mamá se va a poner furiosa cuando se entere de los detalles.

— No te preocupes, hijo, cuando le explique lo que pensamos hacer, tu madre se calmará —respondió don Diego—. Voy a nuestra habitación a esperar que despierte Josefa.

— Lo acompaño —dijo Paula—; quiero ver cómo amaneció.

Esperaron un largo rato, en silencio, por el despertar de doña Josefa. Al fin despertó.

— Hola, Diego, ¿cómo estás amor?

— Doña Josefa, estoy bien, gracias a Dios, ¿y tú, cómo estás?

— Me siento mejor, el descanso me hace bien, aunque tengo hambre —dijo doña Josefa con una sonrisa—. ¡Paula! ¿Cómo estás? Qué bueno que estás aquí; ven, ayúdame a levantarme; los hombres son unos inútiles para estas cosas.

Paula ayudó a doña Josefa a levantarse, y se fueron al baño. Paula salió al rato para pedir agua caliente para que doña Josefa tomara un baño. Doña Josefa salió renovada, de buen ánimo, y se sentó a tomar el desayuno. Don Diego comenzó a contarle todo lo que habían descubierto y quiénes eran los ejecutores del intento de envenenarla. Doña Josefa no podía creer que Emiliana y Telmo estuviesen involucrados. Emiliana era muy estimada por doña Josefa.

— Diego, Emiliana preparó nuestros alimentos por años —dijo doña Josefa con una mezcla de tristeza e indignación—. ¡Desde que la heredé de mi madre!... ¿Cómo es posible? Ahora entiendo por qué me he sentido tan mal por años; esto tiene tiempo andando.

— La libertad es lo más deseado por todos los esclavos —interrumpió Paula—. Siempre anda rondando en nuestros pensamientos. Aunque no sepamos qué hacer con ella una vez que la tenemos. La persona que

nos ofrezca esa posibilidad nos deja inquietud, dudas y esperanza en nuestros corazones. Los esclavos no tienen nada que perder y, una vez que ven una oportunidad cierta, pueden hacer lo que se les pida por lograr la libertad. Como escribió Rousseau: «Renunciar a su libertad significa renunciar a su calidad humana, a los derechos humanos e incluso a sus deberes. Para el que renuncia a todo, no hay compensación posible. Semejante renuncia es incompatible con la naturaleza del hombre».

Don Diego y doña Josefa se quedaron sorprendidos y sin palabras por el comentario de Paula.

— ¿Tú sabes leer, Paula? —preguntó don Diego, quien aún no salía de su asombro.

— ¿Quién te enseñó? —preguntó doña Josefa.

— Sí, sé leer y me enseñó Pedro Alfonso. Él me dio alguno de sus libros, entre ellos «El Contrato Social de Rousseau»; ese libro es asombroso. Lo que les dije antes, lo leí en ese libro maravilloso y me quedó grabado en mi mente.

— ¡Es un libro prohibido por su Majestad el Rey!— exclamó don Diego—. La Inquisición persigue a los que tengan ese libro, por sus ideas en contra de la corona. ¿Dónde encontró Pedro Alfonso ese libro? ¡Dios mío!, ¡Pedro Alfonso, en qué estabas pensando!

— Cálmate, Diego, ya resolveremos eso más tarde — dijo doña Josefa—, ahora tenemos una situación aquí que debemos resolver.

— Es verdad, Josefa. Hoy en la mañana nos reunimos y lo hablamos después del desayuno. Voy a contarte lo que pensamos hacer.

Don Diego pasó un buen rato explicándole a doña Josefa lo que hablaron él y sus hijos en la mañana, antes del desayuno.

— ¿De veras que nuestra Josefa María dijo todo eso? —preguntó sonriendo doña Josefa—. Es brillante mi niña, es muy buena idea. Estoy de acuerdo con ella, así que hagámoslo. Quiero ver la cara de doña Cariñosa cuando me vea de pie en mi cuarto. Es más, me gustaría que comiera algo antes de verme; luego le preguntaré si le gustó la comida que le preparó Emiliana. Claro, esa comida no tendrá el veneno que me dieron a mí, pero ella no lo sabrá, y el terror la consumirá.

— Así lo haremos, Josefa, así lo haremos.

— Ahora llama a nuestros hijos y a Paula también, por favor.

Minutos más tarde, se reunieron todos en la habitación, como lo solicitó doña Josefa.

— Qué bueno ver de nuevo a nuestra madre mejor de salud —dijo Josefa María.

Todos los demás expresaron su apoyo a las palabras de Josefa María.

— Diego, por favor, ven y siéntate a mi lado —pidió doña Josefa.

— Queridos hijos, vuestro padre y yo tenemos muchas cosas que decirles. Lo primero, mi salud; me he sentido bastante bien desde que dejé de comer la comida envenenada de Emiliana. En este punto, debo expresar mi profundo agradecimiento a Paula. Sin ella, yo estaría hoy dos metros bajo tierra.

— Como todos saben, mi querido hijo Manuel Antonio y Paula están enamorados. No fue muy difícil darme cuenta de la situación; se les nota el amor a leguas. Yo hice todo lo posible por evitar que esto ocurriera, debo confesar. Además de mi intuición de madre, mi comportamiento fue influenciado por algo que preparó Telmo y está bajo mi cama en nuestra casa en Coro. Ahora, dicho esto, vienen situaciones que pondrán a prueba la fortaleza y unión de nuestra familia. Manuel Antonio quiere que Paula sea su esposa; esta relación será duramente criticada por la sociedad coriana, por razones que todos conocemos. Por ello les pido que demos nuestro total apoyo a Manuel y Paula.

Paula y Manuel Antonio lloraban de alegría, luego de escuchar las palabras de doña Josefa. Todos los hermanos aplaudieron las palabras de su madre y felicitaron a su hermano y a Paula. Don Diego, por su parte, no salía de su asombro por las palabras dichas por su amada Josefa.

— Cuando regresemos a Coro, nos ocuparemos de hacer todo lo necesario para que esta unión sea

bendecida por Dios. Ahora, Diego tiene algo importante que decirles.

— Hemos sabido, Pedro Alfonso, que le enseñaste a Paula a leer.

— Sí, padre, lo reconozco, pero...

— En realidad, no se trata de eso —interrumpió don Diego—. No desapruuebo que le hayas enseñado a leer. El asunto son los libros que tienes y que le diste a leer a Paula. Esos son libros prohibidos por la Corona y perseguidos por la Santa Inquisición. ¿Sabes qué nos puede pasar si los atrapan con ellos? Cuando regresemos a Coro, los vas a quemar todos.

— Sí, padre, tienes razón, así lo haré.

— Ahora hablemos del regreso a Coro —continuó doña Josefa—. Me contó tu padre de tu propuesta, Josefa María. Estoy sorprendida de tu propuesta, muy bien pensada.

— Gracias, madre.

— ¡Eso será lo que haremos! —exclamó doña Josefa.

Antes de su partida para Coro, Paula y Pedro Alfonso conversaron sobre el «amarre» que Telmo colocó bajo la cama de doña Josefa. Paula le explicó la manera de acabar con ese amarre.

— Seguramente está en un saquito debajo del lado de la cama de tu madre. Dentro del saquito deben haber metido algo de mí, quizá cabellos, alguna prenda

personal o algo que aprecio —explicó Paula—. También tiene otras cosas agregadas por el palero Telmo, para lograr su propósito. Todo eso debe ser destruido; la mejor manera de hacerlo es por medio del fuego purificador. Debes encender una fogata y arrojar el saquito en ella. ¡No lo abras! Una vez que lo arrojes al fuego, aléjate y trata de no mirar; si lo haces, verás cosas tenebrosas y malignas salir escapando del fuego purificador.

Pedro Alfonso quedó impresionado con la explicación de Paula y prometió seguir su recomendación.

Con el paso de los días, doña Josefa recuperó su salud y ya estaba lista para regresar a su casa. Pedro Alfonso se fue a Coro para saber lo acontecido con Miranda y si se podía regresar sin peligro. Paula y las hermanas de Manuel Antonio se volvieron inseparables; querían saber todo de la familia de Paula en África y cómo había llegado Mwimpe desde África hasta Coro. El mundo tomó una nueva dimensión en la mente de las hermanas, al saber de otra civilización con lenguaje, creencias y religión diferentes, y conocer los horrores de la esclavitud las había hecho crecer y madurar.

Paula también les enseñó las propiedades y el uso de las hierbas medicinales; sabía que esto les sería muy útil durante sus vidas. Don Diego se dedicó, con Marc Pol, a revisar las actividades en El Hato. Don Diego estaba muy satisfecho con el manejo que hacía Marc Pol de la siembra, los chivos, de los esclavos y del contrabando.

Tal como lo acordaron, enviaron a dos esclavos a Coro con Pedro Alfonso, para que esparcieran el rumor de la inminente muerte de doña Josefa.

Emiliana y Telmo quedaron prisioneros un tiempo en el cuarto de herramientas y luego los esclavos construyeron una celda para mantenerlos con las mínimas comodidades y con mayor seguridad.

Pedro Alfonso regresó de Coro con buenas noticias. Miranda se había retirado a la isla de Aruba; la invasión había fracasado y podían regresar a Coro. Los esclavos comenzaron a difundir el rumor del estado agónico de doña Josefa, tal como pensaron que ocurriría. El plan comenzó a ejecutarse. Se reunió toda la familia en el cuarto principal, esto con la finalidad de evitar que algún esclavo accidentalmente escuchara la conversación.

— ¿Todo está preparado? —preguntó doña Josefa.

— Sí, mi querida Josefa —respondió don Diego—, ya los esclavos difunden el rumor en Coro, Miranda fracasó y estamos preparados para regresar a nuestra casa en Coro. Saldremos de aquí a la hora apropiada para llegar en horas de la noche a Coro. Así no podrán verte y entrarás protegida por la noche a nuestra habitación. Pedro Alfonso dejó preparado un calabozo para Emiliana y Telmo, con doble puerta para evitar que puedan comunicarse con los otros esclavos. Salimos en dos días, comencemos con los preparativos —exclamó doña Josefa con una gran sonrisa en su rostro.

El dilema

Queridos hijos, los he convocado a esta reunión para que evaluemos una situación a la que me voy a enfrentar en Coro —explicó don Diego—. No invité a Paula porque debemos resolver algo que la involucra a ella. Como saben, quiero presentar el caso de doña Cariñosa Aldama a la Santa Inquisición por uso de brujería y prácticas herejes para asesinar a doña Josefa. Tenemos los testigos, sabemos lo que les ofreció y lo que éstos hicieron. Con estos elementos en nuestro poder, no hay duda de que doña Cariñosa será condenada. Hasta ahora todo bien, ¿verdad?

— ¡Claro, padre! —respondieron casi al unísono los hijos.

— Ahora, este es el asunto. Le diremos a la Santa Inquisición que Paula le leyó los caracoles a vuestra madre, que escuchó por medio de una araña a los dos criminales hablando de cómo hicieron las cosas, qué veneno usaron y las prácticas herejes que realizaron. ¿Eso le diremos?

— ¡Claro que no! —respondió Manuel Antonio—. La Santa Inquisición se llevaría a Paula también.

— Esto es un verdadero dilema —comentó Pedro Alfonso—. Paula no debe regresar con nosotros a Coro; estaría en peligro. ¡Paula debe quedarse aquí en El Hato! Cuando tengamos a doña Cariñosa en la casa

frente a nuestra madre, meteremos a Emiliana y Telmo maniatados y con la boca tapada, para que no puedan hablar. Así los entregaremos a la Santa Inquisición junto a doña Cariñosa y su esclava Serafina.

— Creo que eso es lo que debemos hacer. Pero Emiliana y Telmo serán interrogados después por la Santa Inquisición y hablarán de Paula —explicó don Diego—. Tenemos que encontrar la manera de silenciarlos.

Todos se quedaron en silencio pensando sobre el asunto. Luego de unos minutos, Pedro Alfonso exclamó:

— Paula, hablemos con Paula, ella puede tener una solución.

Manuel Antonio salió de la habitación a buscar a Paula; luego de unos minutos regresó con ella. Al llegar, don Diego le explicó la situación y la razón por la que no la había invitado a la reunión. Paula se quedó pensativa y en silencio.

— Hay una hierba que nos puede ayudar, se llama ololiuqui —explicó—. Esta hierba produce una especie de estado de locura que dura unos días; será suficiente para que los inquisidores consideren a Emiliana y Telmo como locos y no tomen en cuenta lo que digan. Pero esa hierba no la hay aquí; debo ir a Montecano para buscarla.

A la mañana siguiente, muy temprano, salieron Paula

Paula y Manuel Antonio hacia Montecano. Manuel Antonio nunca lo había visitado y estaba asombrado con el aspecto del bosque; realmente producía temor. Esos túneles vegetales donde colgaban las barbas de palo, que parecían hermosas cabelleras grises, creaban un ambiente mágico.

Llegaron a la casa de Moisés; estaba abandonada. Paula se detuvo frente a la puerta y extendió sus manos hacia la cabaña y comenzó a decir unas frases en el idioma de sus ancestros. Manuel Antonio se quedó con los caballos; observaba respetuosamente lo que estaba ocurriendo a la entrada de la cabaña. Paula invocaba a la Salabanda para saber dónde encontrar la planta del ololiuqui. La Salabanda le mostró a Paula el riachuelo que estaba cerca de la cabaña de Moisés. Allí estaba la planta que buscaba. Luego apareció Moisés en medio de la puerta.

— ¡Estamos juntos! Qué bueno encontrarte de nuevo, Paula —dijo alegre Moisés.

— ¡Moisés! No esperaba verte; siempre recuerdo tus consejos, me ayudaste con los caracoles que me diste, te lo agradezco mucho.

— Por eso sigo presente en tu vida; siempre me recuerdas. —Tengo un mensaje para ti. Quédate en El Hato, en Coro vas a correr peligro, los paleros tratarán de destruirte, hay muchos y no los puedes ver ahora, pero están al acecho. Cuídate de los que no te miren a los ojos al hablarte y, en especial, de la mujer del pie torcido. La guerra viene, es inevitable, será

larga, ustedes tendrán que huir, pero regresarán. Adiós, Paula, eres la mejor aprendiz que he tenido.

Moisés desapareció tal como llegó.

Paula caminó a donde estaba Manuel Antonio con los caballos.

— Ya sé dónde está la planta que necesitamos; llevemos los caballos al arroyo con nosotros para que tomen agua y puedan descansar.

Llegaron al arroyo; debido a una reciente lluvia, tenía mucha agua. Paula encontró la planta de ololiuqui y la guardó en su mapire. Decidieron tomar un baño para refrescarse, se desnudaron y se metieron en el arroyo. Luego de un rato de conversación disfrutando de las refrescantes aguas, ocurrió lo inevitable: el deseo se apoderó de ellos y se amaron apasionadamente.



La invitación

En Coro, los pobladores que habían huido cuando llegó Miranda regresaban poco a poco. Doña Cariñosa Aldama fue de las primeras en regresar; sus propiedades fuera de Coro estaban muy cercanas.

— Ama, doña Cariñosa, itengo novedades! —exclamó Serafina—. Me enteré de que doña Josefa está en agonía y su familia la trae a Coro. Uno de los esclavos de la familia me lo comentó en la venta de carne de don Cleo.

— ¡Llegó la hora de mi venganza! Ella me robó al amor de mi vida. ¡Diego era para mí! Mis padres ya casi habían acordado nuestro compromiso; y se interpusieron sus padres ¡me robaron a Diego! Ahora quedará libre y tendré mi oportunidad. ¡Serafina! Dile a Martín que vigile la casa de los García de Quevedo. Quiero saber cuándo llegan. Si llegó muerta o viva, quiero saber los detalles de la llegada. ¿Me entendiste?

— Sí, ama doña Cariñosa —respondió temerosa Serafina y salió corriendo a cumplir con lo solicitado.

Martín pasó varios días y noches en vela cerca de la casa de los García de Quevedo. Hasta que, un viernes entrada la noche, aparecieron a caballo los hijos de doña Josefa, para avisar que abrieran el portón del patio y así pudiese entrar la carreta con doña Josefa y

sus hijas. Al poco tiempo llegó la carreta. Martín vio cómo lentamente entró al patio de la casa, pero no pudo ver bien cómo llevaban a doña Josefa a su casa, ya que no encendieron antorchas para alumbrar el traslado a su habitación. Martín se fue corriendo a la casa de su ama, doña Cariñosa, para informar la novedad.

— ¡Serafina! ¡Serafina!, llegaron —exclamó Martín—. Los vi llegar hace poco, pero no pude ver cómo bajaban a la vieja; estaba oscuro y esos desgraciados no prendieron las antorchas para alumbrar. Avísale a doña Cariñosa.

Serafina se dirigió rápidamente a la habitación de doña Cariñosa, tocó la puerta despacio, esperando la respuesta de su ama.

— ¡Adelante, pasa Serafina!

— Novedades, mi ama, llegaron!

Tal como lo planearon, la familia García de Quevedo llegó a su casa en Coro de manera sigilosa, en la noche, sin alumbrar el patio, para no permitir que doña Josefa fuera observada. Al día siguiente, la novedad de la llegada nocturna de los García de Quevedo estaba en boca de toda la ciudad. La gente se preguntaba qué había ocurrido para que llegaran de esta manera. ¿Qué ocultaban? Los esclavos de la familia eran acosados cuando salían a comprar o para hacer alguna diligencia. La gente buscaba obtener

información de lo que había ocurrido. ¿Estaba viva doña Josefa?, ¿falleció o estaba en agonía?

La angustia de no saber qué ocurría con el objeto de su odio tenía a doña Cariñosa en un fuerte estado de ansiedad. Presionaba a sus esclavos para que salieran a buscar información y así saber qué ocurría. Buscaban afanosamente a Emiliana y a Telmo, y el no poder conseguirlos la tenía de muy mal humor.

Don Diego salió de su casa en medio de la noche y se dirigió a la casa del obispo de Coro, don Rafael Lasso de la Vega. Tocó la puerta varias veces, hasta que uno de los sirvientes del obispo acudió a la puerta.

— Buenas noches, ¿qué desea? Es muy tarde —dijo el sirviente del obispo—; el obispo ya está descansando.

— Buenas noches, dígame al obispo que don Diego García de Quevedo necesita hablar con él, es urgente, por favor.

— Pase, don Diego —respondió el sirviente y lo llevó a la sala de la casa—. Espere, voy a llamar al obispo.

A los pocos minutos llegó el obispo, apresurado y aún en camisón de dormir.

— Diego, buenas noches, hijo, ¿qué ocurre?

— Disculpe la hora, señor obispo, ha ocurrido algo muy grave que requiere su intervención.

— Me asustas, Diego, ¿tan grave es este asunto? Pero ven. Vamos a sentarnos para que me cuentes.

Don Diego pasó un buen tiempo explicándole al obispo lo ocurrido con doña Josefa, los esclavos y doña Cariñosa Aldama.

— Diego, esto es una herejía mayor; tendré que avisar al Santo Oficio, hablaré con el comisario de la Santa Inquisición, el doctor Gregorio Loaiza, para que te asista y vaya con el alguacil Barrientos para que capturen en tu casa a estos herejes que quisieron asesinar a doña Josefa. Para su juicio y condena deberán ser trasladados a Cartagena de Indias; allá está el Tribunal del Santo Oficio. Don Diego, acuerde con el doctor Loaiza los detalles del plan que tienen; doña Cariñosa Aldama y los esclavos deben pagar. Pero te confieso que aún no lo entiendo. Doña Cariñosa Aldama, una devota de Nuestra Señora del Carmen. ¿Hereje?, ¿asesina?

Pasaron dos días de hermético silencio; uno de los esclavos de los García de Quevedo llegó a la casa de doña Cariñosa para entregar una carta. Era la carta donde la familia García de Quevedo la invitaba para que acudiese a despedirse de su prima doña Josefa.

— ¡Ama!, ¡ama!, llegó a la puerta un esclavo de los García de Quevedo con este papel para usted.

Doña Cariñosa le arrebató el papel de la mano a la esclava Serafina. Lo leyó ávidamente, con manos temblorosas.

— ¡Al fin! —gritó doña Cariñosa—. Está agonizando la maldita Josefa y me piden que vaya a verla. ¡Que ella

lo pidió! —exclamó riendo a carcajadas—. Claro que iré, voy a disfrutar cada minuto. Prepara mi traje de luto. Serafina, mañana temprano estaremos allá; espero que no se muera antes de que llegue a verla.



La celada

La actividad en casa de los García de Quevedo comenzó muy temprano; doña Josefa ya estaba vestida con sus mejores galas. Las hijas con trajes de luto, para recibir a doña Cariñosa, al igual que los hijos y don Diego. El desayuno estaba preparado y la mesa lista para recibir a la invitada especial. El comisario del Santo Oficio, el doctor Gregorio Loaiza, y el alguacil Barrientos y cuatro oficiales llegaron muy temprano y estaban ocultos en un cuarto, a la espera de la señal para capturar a los herejes.

Temprano en la madrugada, Josefa María se encargó de suministrar el ololiuqui en el desayuno de Emiliana y Telmo, siguiendo las indicaciones de Paula. Ya en la mañana sus efectos comenzaron a manifestarse en los esclavos; hablaban incoherencias. Emiliana temblaba y decía a una imaginaria doña Cariñosa que le diera su libertad y sus pesos, que ella había cumplido envenenando a doña Josefa con el mosekoko, que ella era palera y tenía que respetarla. Por su parte, Telmo gritaba envalentonado, invocando a los orishas para que lo protegieran y lo ayudaran a escapar. Ya cerca de la hora del desayuno de la familia con doña Cariñosa, le dieron otra dosis con un guarapo y así mantenerlos fuera de sus cabales.

Doña Cariñosa ya estaba vestida con su ajuar de luto, apropiado para la ocasión.

— ¡Vamos, Serafina! Acompáñame, ya es hora.

— Sí, ama doña Cariñosa, vamos, ¿quiere que Martín nos acompañe también?

— No, no hace falta, estamos cerca de la casa de los García de Quevedo y tengo el puñal en el bolso; desde lo de Miranda no lo dejo por nada. Este será un día inolvidable, vamos, Serafina.

Tres sólidos golpes se echaron en la puerta de la casa de los García de Quevedo. La celada estaba lista y la invitada especial había llegado. Uno de los esclavos de la casa abrió la puerta e invitó a entrar a doña Cariñosa y a su esclava Serafina. Las condujo al comedor; allí la esperaban los hijos de doña Josefa, todos con cara de tristeza. Doña Cariñosa los saludó uno por uno.

Serafina fue llevada a desayunar aparte, en la cocina; allí le tenían lista la comida. Le extrañó no ver a Emiliana en la cocina. Preguntó por ella y le respondieron que había salido a comprar carne.

— ¿Dónde está Diego? —preguntó doña Cariñosa mirando nerviosa a su alrededor.

— Ya viene, está con nuestra madre, creo que ella ya se despertó —respondió Josefa María—. Pero, por favor, tome asiento, doña Cariñosa, comencemos a desayunar, mi padre llegará en unos momentos.

Todos tomaron asiento y comenzaron a desayunar. Ya casi terminaban el desayuno cuando llegó don Diego y

saludó a doña Cariñosa, besando su mano.

— ¿Cómo está Josefa? —preguntó doña Cariñosa.

— Ya está despierta; hoy amaneció más animada.

Espero que te guste el desayuno; lo preparó Emiliana. Como tú bien sabes, ella cocina muy bien —respondió don Diego, observándola con atención.

Doña Cariñosa dejó de comer por un instante y dirigió una mirada de curiosidad a Diego.

— Al terminar el desayuno, te llevaré a verla —afirmó don Diego mientras esbozaba una tímida sonrisa.

Ante el incómodo silencio, Manuel Antonio aludió a la fallida invasión del general Miranda y calificó de vergonzosa la actuación de las tropas del Rey, que abandonaron a su suerte a los pobladores de Coro. Doña Cariñosa asintió y agregó que los hombres de Miranda habían entrado a su casa, se habían llevado toda la comida y algunas joyas, y los tildó de piratas y ladrones. En ese momento, tras el desayuno en la cocina, llegó la esclava Serafina y se colocó junto a su ama.

Terminado el desayuno, don Diego invitó a doña Cariñosa a ver a Josefa. Todos se levantaron de la mesa y se dirigieron a la habitación de doña Josefa. Manuel Antonio y Pedro Alfonso se separaron del grupo y se dirigieron a buscar a Emiliana y Telmo, tal como lo acordaron. En la habitación de doña Josefa, las ventanas estaban abiertas de par en par y la luz del

sol entraba con fuerza, lo que dificultaba la visión al que entraba al cuarto desde la penumbra del corredor. Esto era parte de la celada; querían que doña Cariñosa poco a poco se encontrara con la figura erguida y bien vestida de doña Josefa, para así maximizar la sorpresa.

Don Diego dejó, cortésmente, entrar a Cariñosa al cuarto. Ella entró y colocó su mano derecha sobre sus ojos para protegerse de la luz del sol. Poco a poco divisó la figura de doña Josefa, esperándola, de pie, en medio de la habitación.

— ¿Cómo estás, Cariñosa? —exclamó doña Josefa con voz firme y una sonrisa en su rostro.

La confusión y la sorpresa reinaban en la cabeza de doña Cariñosa. Ver al objeto de su odio de pie ante ella y no en estado agónico, postrada en una cama, la dejó sin palabras. Volteó y vio a Serafina con el rostro desencajado por ver a doña Josefa bien.

— ¿Desayunaron bien tú y Serafina? —preguntó doña Josefa—. Espero que así haya sido; la comida que les preparó Emiliana tiene el mismo condimento que ella me daba a mí para matarme y por el cual le ofreciste su libertad.

— ¡No sé de qué hablas, querida prima! ¿Cuál veneno? —respondió con voz temblorosa doña Cariñosa mientras colocaba su mano en la garganta.

La esclava Serafina, al escuchar las palabras de doña Josefa, cayó de rodillas y comenzó desesperadamente

a tratar de vomitar la comida, introduciendo sus dedos en lo profundo de su boca, mientras balbuceaba repetidamente que no quería morir.

En ese momento, los hijos de doña Josefa entraron con Emiliana y Telmo amarrados y les quitaron las cintas de tela que les tapaban sus bocas. Ambos se arrodillaron ante doña Cariñosa, pidiéndole que los ayudara, que cumpliera su promesa de darles la libertad.

— ¡Ella sabe! Ella nos convenció de envenenar a doña Josefa —gritaba Emiliana mientras se acercaba desesperada a Serafina—. ¡Dile! ¡Dile!

Entretanto, Telmo no atinaba a decir algo coherente, invocaba a los orishas y gritaba maldiciones. Doña Cariñosa comenzó a temblar y a decir que ella no tenía nada que ver con eso.

— ¡Ya basta, Cariñosa Aldama! —gritó doña Josefa—. Sabemos todo, cada detalle que tu retorcida mente organizó para asesinarme.

— ¡Prima, perdóname! —suplicó Cariñosa—. Ellos entendieron mal lo que yo quería; yo no quería envenenarte, quería curarte de tus males. Serafina entendió mal; ella es la culpable, ella debe pagar por esto.

— ¡No, señora! ¡Yo entendí muy bien lo que usted me dijo! —gritó Serafina desde el suelo—, que la quería ver muerta a ella, por haberle quitado a don Diego.

— Quién es culpable y quién no, lo decidirá el Tribunal del Santo Oficio en Cartagena de Indias — dijo don Diego mientras invitaba a pasar a los miembros del Santo Oficio—. Doctor Loaiza y alguacil Barrientos, estos asesinos y herejes son todos suyos.

De repente, ocurrió lo inesperado: doña Cariñosa sacó el puñal de su bolso y lo clavó en el pecho de don Diego, mientras le gritaba a doña Josefa, fuera de sí:

— ¡Ya que no será mío, tampoco será tuyo!

Todo ocurrió demasiado rápido. Nadie pudo hacer nada para evitarlo. Don Diego cayó de rodillas con el puñal aún clavado en el pecho y luego se desplomó en el suelo. El alguacil y sus ayudantes se abalanzaron sobre doña Cariñosa y la sujetaron, mientras ella gritaba: ¡Ya no me importa nada! ¡Pronto voy a morir por el veneno de Emiliana!

Manuel Antonio y Pedro Alfonso levantaron del piso a su padre herido y lo acomodaron en la cama, mientras pedían a sus hermanas que trajeran tela para contener la hemorragia y mandaran a buscar al médico don Juan Bautista Oberto a su casa. Doña Josefa estaba paralizada por lo ocurrido y solo miraba, con los ojos llenos de lágrimas, a los presentes moviéndose desesperados en el cuarto. La celada se había convertido en un desastre. En la vida nada es tan cotidiano como las sorpresas; son eventos que dan al traste con todo lo planeado y surgen las consecuencias inesperadas.

— Don Diego se va a recuperar ¡gracias Dios! —dijo el doctor Oberto—, pero será una recuperación larga. Tiene un pulmón dañado y debe guardar reposo absoluto; cualquier movimiento brusco puede ocasionar que la herida sangre nuevamente. Tuvo suerte; un poco más a la izquierda, y doña Cariñosa le hubiese destrozado el corazón.

— Gracias, doctor Oberto —respondió doña Josefa.

— Aún no puedo creer todo lo que hizo doña Cariñosa —dijo el doctor Oberto—. ¡Asesina y hereje! Yo la atendí varias veces, por el dolor recurrente de su pie. Era una persona de un trato agradable, piadosa y era una buena cristiana. Ahora que la llevarán a Cartagena de Indias, seguramente irá a la hoguera o la ahorcarán junto a esos pobres esclavos. ¡Que Dios se apiade de sus almas!

— Creo que el odio por mi madre la hizo perder la razón —comentó triste Manuel Antonio—. Es increíble cómo la locura y el amor se parecen tanto.

En el convento franciscano, doña Cariñosa Aldama se encontraba sentada, encerrada en una de las celdas de reclusión de los franciscanos. Le habían llevado comida, pero no la había tocado. Repetía, una y otra vez:

— Diego era para mí... Para mí, esa maldita me lo quitó; ahora yo se lo quité. Me encontraré con él en el cielo. Pronto voy a morir por el veneno de Emiliana.

Uno de los frailes franciscanos se acercó a la reja y la escuchó susurrar.

— Doña Cariñosa, ¡debe comer! —exclamó el fraile franciscano—. La comida que le dieron en casa de los García de Quevedo no estaba envenenada, así que no va a morir.

— ¡Cómo que no fui envenenada! —gritó doña Cariñosa, arrojándose furiosa contra los barrotes de la celda—. ¡Josefa me dijo que estaba envenenada! Me engañó y yo maté a Diego, pensando que así nos encontraríamos en el cielo. ¡Qué hice! ¡Qué hice! ¡Dios mío! —gritó mientras caía llorando de rodillas, agarrada de los barrotes.

Los esclavos tuvieron que ser separados, pues intentaron agredirse entre sí. Serafina, la esclava de doña Cariñosa, llevó la peor parte. Emiliana y Telmo la golpearon sin piedad; le gritaban que era una traidora y los había engañado. Entretanto, el doctor Loaiza ya estaba organizando el traslado de los prisioneros a Cartagena de Indias, para que el tribunal del Santo Oficio los interrogara y dictara sentencia. Al efecto, contrató una goleta en La Vela para hacer el traslado lo antes posible.

Doña Josefa logró que el doctor Loaiza le diera permiso para ver a su prima, pero debía ir acompañada por uno de los frailes franciscanos en todo momento.

— ¡Buenos días! —dijo doña Josefa a la entrada de la celda de Cariñosa Aldama—.

Doña Cariñosa estaba cabizbaja, abatida, desgredada, sentada en la cama de la celda. Volteó a mirar a Josefa, pero no dijo una palabra.

— Me enteré de que pronto te llevarán a Cartagena de Indias y espero que Dios se apiade de ti —dijo doña Josefa con algo de tristeza—. Esta será la última vez que nos veamos; he venido a despedirme de ti. Te confieso que aún no puedo entender de dónde salió tanto odio hacia mí. ¿Qué te hice?

Doña Cariñosa volteó nuevamente; se levantó de la cama y caminó hasta la reja de la celda y, agarrándose fuertemente de los barrotes, miró a los ojos a doña Josefa.

— Yo nací con este maldito pie torcido. ¡Todos se han burlado de mí! Me llaman la cojita Aldama a mis espaldas. ¿Sabes lo que es vivir con esas burlas auestas? ¿Tienes idea de cuántas noches he llorado? En medio de toda esa amargura, lo único que me llenó de esperanzas surgió cuando conocí a Diego. Mi madre me dijo que haría arreglos para nuestro matrimonio. Soñaba con él; cada vez que lo veía, mi corazón latía con fuerza. Tu familia se atravesó y él se casó contigo. ¡No te imaginas cuánto te odio! Esperaba tu muerte para poder tenerlo para mí. ¡Sí, tu muerte debía ser lenta y dolorosa para que pagaras por todo lo que me has hecho! Ahora me encontraré con Diego en el más allá, estaremos juntos y ya no

podrás hacer nada. Por eso espero pronto terminar con esta vida y poder estar junto a él. Tu sufrimiento continuará, Josefa; llevas sobre tus hombros la culpa de la muerte de Diego. Deseo que sufras mucho por eso.

Doña Josefa la miró y se acercó a la reja y le dijo directamente en su cara:

— ¡Diego está vivo!

El rostro de doña Cariñosa se deformó por la mueca, producto de la ira que sentía. Sacó su brazo a través de los barrotes y logró agarrar fuertemente a doña Josefa por un brazo. Trató de acercarla a la reja, para poder colocar sus manos en el cuello y ahorcarla. La rápida intervención del fraile franciscano que la acompañaba evitó la tragedia. Doña Cariñosa solo logró romper el vestido de doña Josefa, y se quedó con parte de la tela de la manga del vestido en su mano. Lo que ninguno de los dos pudo evitar fue la retahíla de maldiciones e insultos que doña Cariñosa le gritó a doña Josefa, mientras ésta, asustada, se retiraba del lugar.

El fraile franciscano ayudó a caminar a doña Josefa, estaba muy alterada y llorando. La ayudó a sentarse en un banco del jardín del convento y le buscó un poco de agua. Una vez que estuvo más tranquila, el fraile le dijo:

— Quisiera compartir con usted lo que San Francisco de Asís decía y que viene muy a propósito de lo que

vivimos hoy con doña Cariñosa: «Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que allá donde hay odio, yo ponga el amor. Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón. Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión».



Doña Josefa suspiró, mirando la estatua de San Francisco de Asís, que estaba en el medio del jardín.

— Quizás más adelante pueda perdonar; en este momento no puedo. Su maldad le ha ocasionado a mi familia mucho sufrimiento, mucho dolor, y no he visto un ápice de arrepentimiento en Cariñosa. Estoy muy agradecida por su compañía y su ayuda, fray Domingo. Ahora debo regresar a mi casa para cuidar a

mi querido Diego y a mis hijos. Me llevo en el corazón las palabras de San Francisco.

Una semana después, todos los criminales y herejes fueron llevados a La Vela para abordar la goleta que los llevaría a Cartagena de Indias para ser juzgados y castigados. El paso de las carretas donde llevaban a doña Cariñosa Aldama y a los esclavos por las calles de Coro, rumbo al puerto de La Vela, puso una especie de cierre, de final, al chismorreó. Los pobladores de Coro vieron pasar a las carretas en silencio y también en silencio se retiraron a sus casas.

Otras situaciones estaban comenzando a desarrollarse en la provincia de Venezuela, y había muchas ideas y discusiones sobre eventos recientes. Los bandos se estaban comenzando a formar y el choque era inevitable. Solo faltaba un motivo para que todo se desencadenara. Tal como Moisés le advirtió a Paula, la guerra estaba en ciernes.

Decisiones

Don Diego mejoró con el reposo; su herida estaba cicatrizando bien. Doña Josefa dedicaba gran parte de su tiempo al cuidado de su esposo y pidió a Manuel Antonio que buscara a Paula en El Hato para que la ayudara con los cuidados de don Diego.

Una mañana llegó una carta para don Diego enviada por su cuñado don Miguel Alexandro de Aldama y Vildosola. La carta le informaba que los arreglos para el viaje de Pedro Alfonso a Bilbao y su ingreso al Real Seminario de Nobles de Bergara estaban hechos, y Pedro Alfonso debía estar en La Guaira en dos meses para abordar el galeón San Juan Bautista, que lo llevaría hasta el puerto de Pasaia, muy cercano a Bilbao. Don Diego llamó a reunión de la familia para hacer el anuncio de la buena nueva. Todos acudieron a su cuarto y rodearon la cama donde estaba convaleciente.

Doña Josefa se sentó a su lado en la cama.

— Hijos, tengo una buena noticia —explicó—. Recibí carta de su tío don Miguel desde Bilbao y me anuncia que ya está todo arreglado para el viaje de Pedro Alfonso a España. Debe estar en La Guaira en dos meses, para viajar en el galeón San Juan Bautista. Ahora, solo debemos contratar su pasaje desde La Vela a La Guaira.

— ¡Padre, qué buena noticia!.

Por fin una alegría, luego de las vicisitudes que hemos atravesado.

Manuel Antonio lo abrazó y lo felicitó; igualmente hicieron sus hermanas.

— Se va mi maestro, el que me enseñó a leer y me abrió un nuevo mundo de conocimientos —dijo Paula emocionada—. Te deseo mucho éxito en tus estudios, mi querido amigo.

— Hermano, no te preocupes, que yo me encargo de El Hato; junto a Marc Pol lo mantendremos produciendo como hasta ahora.

Paula y Pedro Alfonso cruzaron miradas cuando surgió el nombre de Marc Pol en la conversación.

— Manuel, voy a pedirte que hagas los arreglos en La Vela con don Basilio para que Pedro Alfonso viaje a La Guaira —dijo don Diego—. Voy a escribir una carta a mi amigo don Antonio Soublatte y Piar, para que reciba a Pedro Alfonso en su casa mientras espera para abordar el galeón San Juan. No puedo evitar, en este momento, recordar a mi entrañable amigo José María España —que descanse en paz—. Él nos dio alojamiento en su casa cuando, junto a Manuel Antonio, viajé a España.

— Sí, lo recuerdo muy bien, padre. Hicimos largas caminatas juntos y sostuvimos buenas conversaciones con él; era un hombre íntegro y con altos ideales.

— Te daré la carta para cuando vayas a La Vela a ocuparte de los arreglos para Pedro Alfonso. Don Basilio te ayudará a encontrar una balandra que vaya a La Guaira y que le lleve la carta a don Antonio Soublette.

— Claro, padre, así lo haré.

— Celebremos este acontecimiento, Josefa. ¿Podemos abrir una botella de vino para brindar? —dijo don Diego en tono suplicante.

— ¡Claro, Diego!, pero una copa solamente, nada más.

Todos rieron por la respuesta de doña Josefa y la cara de don Diego.

Pasados unos días, luego del brindis y la alegría de la noticia del viaje de Pedro Alfonso, aún quedaba un asunto por resolver. Difíciles decisiones debían ser tomadas para allanar el camino a la felicidad de Manuel Antonio y Paula.

— Josefa, postrado en esta cama como estoy, me he dedicado a pensar en cómo resolver la unión de Manuel y Paula —explicó don Diego, mientras tomaba la mano de doña Josefa.

— El primer asunto que debemos resolver es la libertad de Paula, para que, siendo mujer libre, se pueda casar con Manuel Antonio. Ahora bien, nuestra opinión de la esclavitud ha cambiado, debido a la historia de Paula. Quizás podría afirmar que hasta nuestro entendimiento de lo que es nuestro mundo ha

cambiado. Por ello pienso que la libertad de Paula no puede, ni debe, ser un hecho aislado. Por ello, debemos liberar a todos nuestros esclavos. Estoy consciente del impacto que puede tener en nuestro , bienestar económico, querida Josefa. ¿Que opinas ?

— Yo también he pensado mucho en eso —respondió doña Josefa—. Estoy de acuerdo en liberarlos; sé que nos afectará en nuestros ingresos; al verse libres, quizás muchos de ellos nos abandonen. También sé que muchos de nuestros amigos nos reprocharán y criticarán fuertemente por esta decisión. Espero que algún día entiendan que hicimos lo correcto. Debemos ofrecerles a los que se quieran quedar, además de un techo y comida, un modesto salario. Es lo justo, Diego.

— Estando de acuerdo, querida Josefa, hablemos con los hijos para informarles primero a ellos y luego dejaremos que Manuel Antonio y Paula reúnan a los esclavos y les den la buena nueva. Él y Paula serán quienes lleven de ahora en adelante los negocios de la familia; nosotros ya no podemos seguir al frente de ellos, nos dedicaremos en el futuro a consentir a los nietos.

La libertad

Los hemos reunido hoy —explicó don Diego a la familia— para comunicarles las decisiones que hemos tomado Josefa y yo. Lo vivido en estos últimos meses nos ha dado duras lecciones que nos han hecho sufrir y cambiar a todos. La primera tiene que ver con Paula; hemos decidido darle la libertad lo antes posible para que pueda unirse a Manuel Antonio en matrimonio.

Los presentes aplaudieron la decisión y felicitaron a Paula y a Manuel Antonio.

— Pero esto no sería justo con el resto de los esclavos —continuó don Diego—; por ello, luego de evaluar las posibles consecuencias de este acto en el patrimonio de la familia, decidimos también darle la libertad al resto de nuestros esclavos. Creemos firmemente que es lo correcto.

Todos aplaudieron nuevamente la decisión.

— A quienes deseen quedarse con nosotros, que esperamos sean muchos, les ofreceremos techo, comida y un salario —explicó doña Josefa.

— Don Diego y doña Josefa —respondió Paula—, los anuncios que han hecho hoy son maravillosos, yo estoy muy feliz y nuestros antepasados también. Les agradezco todo lo que están haciendo por mí y por

mis hermanos esclavos, que ya no lo serán más gracias a su generosidad. Cuenten con mi apoyo siempre; es una gran felicidad formar parte de la familia de mi amado Manuel Antonio.

— Queremos que Manuel Antonio y Paula se hagan cargo de administrar nuestras propiedades y haciendas. Ya nosotros no podemos continuar en esta tarea, porque nuestra salud no lo permite. Manuel y Paula serán los encargados de informar a los esclavos de su libertad y de las condiciones que les ofrecemos para que se queden con nosotros.

— Estamos orgullosos de ustedes por las decisiones que han tomado —respondió Manuel Antonio—. Agradecemos la confianza en mí y en Paula; estén seguros de que haremos todo lo necesario para mantener produciendo a El Hato y mantener el bienestar de nuestra familia. Mañana haremos los anuncios aquí en la casa y en unos días lo anunciaremos en El Hato. Propongo un brindis para celebrar estos acontecimientos.

Pedro Alfonso salió de la habitación en busca de Lorenza, para que trajera el vino y las copas para brindar.

Al día siguiente, tal como lo prometieron Manuel Antonio y Paula, reunieron a los esclavos para anunciarles su liberación. Los esclavos, inquietos por la convocatoria, especulaban sobre el motivo de la reunión; les aterraba la idea de que los vendieran.

Cuando llegaron todos los miembros de la familia, dio comienzo la reunión.

— Los hemos reunido aquí hoy para darles una buena noticia —explicó Manuel Antonio—; toda nuestra familia está aquí presente, como muestra de apoyo a lo que será anunciado. Pero voy a dejar que Paula, quien es muy apreciada y respetada por ustedes, les haga el anuncio.

Todos los esclavos miraban con asombro que Paula, una esclava, les hablara en nombre de los amos.

— ¡Estamos juntos! —dijo Paula con voz alegre en su lengua nativa y todos los esclavos respondieron con el mismo saludo—. Así comenzaba siempre las reuniones mi abuelo Siad Canga, Soba de nuestra aldea, Mboma. Eso me lo contaba mi madre. Hoy es un día alegre que recordarán por el resto de sus vidas. Muchos de ustedes recordarán con amargura el día que los esclavizaron y los separaron de sus seres queridos y de nuestra tierra. Otros no lo recordarán porque nacieron aquí, pero lo han escuchado de otros. Pues bien, hoy es el día de la libertad para cada uno de ustedes. Nuestros antiguos amos nos darán la libertad y dejaremos de ser esclavos.

Los que, hasta ese día, eran esclavos, no entendían lo que sucedía y se hablaban unos a otros buscando aclarar lo que habían escuchado.

— Ahora que son libres, pueden irse o pueden quedarse a trabajar aquí y recibir casa, comida y un

salario mensual.

— Paula, ¿quieres decir que somos libres? —preguntó Felipe—. ¿Que podemos irnos cuando nos plazca?

— Sí, Felipe. Esa es ahora su decisión como hombres libres. La familia les ofrece trabajo pagado, casa y comida si se quedan. Quienes prefieran irse recibirán su carta de libertad y, si en el futuro desean regresar a trabajar, las puertas de la casa de los García de Quevedo y Aldama siempre estarán abiertas.

— Paula, tú eres nuestro Simbi, te seguiremos a donde vayas —dijo Lorenza—. ¿Tú te quedas o te vas?

— Yo me quedo —respondió Paula—. Manuel Antonio y yo nos amamos; pronto nos vamos a casar. Manuel Antonio será su patrono; él manejará las propiedades de la familia y dirigirá el trabajo, aquí y en El Hato. Ahora, los dejamos para que piensen en su situación de libertad y tomen la decisión que más les convenga. Manuel Antonio y yo estaremos en el comedor de la casa preparando las cartas de libertad para cada uno de ustedes, sin importar si se quedan con nosotros o no.

Diez esclavos de los doce originales acudieron a buscar su carta de libertad. Siete mujeres y tres hombres. Solo faltaron Emiliana y Telmo, quienes fueron llevados al Tribunal de la Inquisición en Cartagena de Indias junto a Cariñosa Aldama. Únicamente Felipe decidió marcharse; los demás se quedaron con la familia, como trabajadores.

— Felipe, ¿qué decidiste? —preguntó Paula.

— He decidido marcharme, Paula, quiero recorrer el mundo, quiero sentir el aire de la libertad.

— Está bien, Felipe —respondió Paula—. Deseo que te vaya muy bien. Como ya les dije en la reunión, en esta casa estarán siempre abiertas las puertas. Aquí está tu carta de libertad; cuídala mucho.

— Si tienes algún problema, Felipe —explicó Manuel Antonio—, diles a quien te detenga que tu amo es don Diego García de Quevedo, en Coro, y que te escapaste de allí. Diles también que hay una recompensa por traerte de vuelta. Tus captores te traerán de regreso aquí para cobrarla y estarás a salvo con nosotros. Toma estos pesos y mucha suerte, Felipe.

— Muchas gracias a los dos —respondió Felipe—; la verdad, pensé que nunca llegaría este día. No los olvidaré jamás.

Felipe salió de la casa de sus antiguos amos, a un mundo desconocido para él, llevando en una bolsa todas sus pertenencias y el corazón lleno de ilusiones. Sus compañeros lo saludaron y le desearon suerte. Lo miraron irse con envidia. La envidia que produce el no atreverse a tomar la misma decisión e irse a recorrer mundo y enfrentarse a lo desconocido.

Las consecuencias

Los ahora manumisos compartieron la noticia de su libertad en los sitios que frecuentaban para hacer compras y diligencias de la familia. La decisión de los García de Quevedo y Aldama de liberar a los esclavos se regó por la ciudad rápidamente, causando una gran conmoción en la sociedad de Coro.

Los jefes de las familias Chirino, Arcaya, Camejo, Navarrete, Zárraga, de la Colina, Zavala y Tellería se reunieron para enfrentar esta situación que ponía en peligro sus privilegios y estatus económico. Estas eran familias ligadas por repetidas alianzas matrimoniales, que buscaban consolidar su riqueza y su peso político. Eran la aristocracia más cerrada y recalcitrante de la Capitanía General de Venezuela. Un grupo de ellos, encabezados por don Miguel Camejo, decidió, sin previo aviso, ir a la casa de la familia García de Quevedo y Aldama. Su objetivo era tratar de hacer entrar en razón a don Diego y doña Josefa, y así lograr que revirtieran su injustificada y peligrosa decisión de liberar a los esclavos. Paula logró saber, por medio de la Salabanda, la inminente llegada de estos personajes y su propósito. Advirtió a Manuel Antonio de la visita que venía en camino. Lo que les permitió prepararse y organizar el escenario de la reunión.

El domingo, después de misa, los visitantes llegaron a la casa de los García de Quevedo y Aldama y quedaron

sorprendidos por los arreglos que observaban en el sitio de la reunión. Copas y vinos preparados y algunos bocadillos. Entendieron que sabían con anticipación de su llegada. Don Diego, doña Josefa y Manuel Antonio estaban sentados esperándolos y se levantaron al entrar los visitantes, y al lado de Manuel Antonio había una silla vacía.

— Don Diego, doña Josefa y Manuel Antonio, primero nuestras disculpas por presentarnos sin aviso en su casa —explicó Miguel Camejo—. Pero la situación lo requiere.

— Entendemos su inquietud, don Miguel —contestó Manuel Antonio—, estamos dispuestos a escucharlos. Como saben, mi madre ha estado con problemas de salud, al igual que mi padre, debido a la triste historia de doña Cariñosa Aldama y algunos esclavos nuestros, que todos conocen. Por lo que, ahora, yo llevo la responsabilidad principal de los negocios de la familia, con la ayuda de mis padres. Me imagino que están aquí para hablar de la liberación de nuestros antiguos esclavos. Los escuchamos, don Miguel.

En ese momento entró Paula; los visitantes pensaron que ella venía a servirles el vino. Don Diego y Manuel Antonio se pusieron de pie para darle la bienvenida a la reunión. Paula saludó respetuosamente a doña Josefa y se sentó al lado de Manuel Antonio. Los visitantes estaban totalmente desconcertados y no sabían qué hacer o decir. Luego de un incómodo

silencio, don Miguel Camejo entendió el mensaje que les estaban dando.

— Don Diego, ¿qué hace esta esclava en esta reunión? Aquí solo debemos estar presentes personas decentes, personas de calidad y de abolengo, de sangre limpia. Los negros esclavos no tienen cabida en esta reunión.

— Ellos son también seres humanos, tal como ustedes y nosotros —contestó don Diego—, están bautizados y somos iguales ante los ojos de Dios, nuestro Señor. Ellos no son mercancías, ni objetos. Tenían una familia a la que amaban. Padres, hijos, hermanos y esposas: ¿de dónde viene el derecho a esclavizarlos?, ¿de Dios?, ¿del Rey?

— ¿Tienen ustedes la osadía de venir a esta casa a clamar por decencia? —preguntó doña Josefa—. Cuando muchos de los que están hoy aquí, bien casados y con hijos, vinieron hace poco a esta casa pidiendo comprar a Paula para hacerla su barragana y disfrutar de su belleza. ¿Es así o no, don Anselmo Tellería? ¿Dónde estaba la decencia entonces? Muchos de ustedes tienen hijos con sus esclavas. ¿Dónde quedó el abolengo y la limpieza de sangre? Y esos hijos, ¡sus hijos!, ¡su sangre!, los han mantenido ustedes como esclavos. Ustedes son unos hipócritas y no tienen moral para hacer las exigencias que manifiestan.

— Esto ha sido así desde siempre y así debe continuar —contestó molesto don Miguel Camejo—. ¡Es el orden

natural de las cosas!

— Ese argumento aristotélico se ha utilizado por siglos, cuando se ha querido defender una esclavitud natural —respondió Paula—; defender una esclavitud natural es tanto como defender que, dentro de la especie humana, hay un sector de gentes que son auténticos esclavos, que han nacido para ello y no pueden ser otra cosa que esclavos, y otros, como ustedes, que han nacido para ser amos. Pero, como buenos cristianos y seguidores de las enseñanzas del hijo de Dios, es bueno recordarles lo escrito en el Evangelio según San Lucas: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas noticias a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos».

— Ahora bien —continuó Paula—, la pregunta es: ¿siguen ustedes la palabra de Aristóteles, un filósofo griego que nació antes de Cristo, o siguen la palabra de Dios, comunicada a nosotros en el Evangelio según San Lucas?

Los visitantes se quedaron en silencio, totalmente desconcertados. Muchos bajaron la mirada, avergonzados por las palabras escuchadas de boca de don Diego y doña Josefa. Los demoledores argumentos presentados por Paula los tomaron por sorpresa; nunca pensaron que una esclava los pondría en su sitio y los dejaría sin argumentos.

Don Miguel Camejo se levantó de su silla y caminó hacia la puerta sin despedirse, visiblemente contrariado; lo mismo hicieron todos sus acompañantes. En la sala quedaron Paula y la familia García de Quevedo y Aldama, observando cómo se retiraban uno a uno.

Una vez fuera de la casa, caminaron rápidamente y a una distancia prudencial de la casa y se reunieron.

— Esto ha sido una ofensa imperdonable —dijo don Anselmo Tellería, dirigiéndose a Miguel Camejo—. No podemos quedarnos sin hacer algo contra esa esclava; es un peligro; si sus ideas llegan a los esclavos, vamos a tener serios problemas.

— ¡Sabe leer! —espetó Cristóbal Chirino—, y todos voltearon a verlo—. Todos sus argumentos de hoy así lo demuestran. Ha leído mucho y es inteligente. Es muy difícil combatir sus argumentos; hay que arrancar el mal de raíz, y hay que hacerlo antes de que se expanda. Todos sabemos lo que eso significa. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron con un movimiento de cabeza.

— ¿Quién se encarga?

— Yo —dijo sin dudarle don Avelino de la Colina y Aldama, mientras espantaba con su bastón a un lagartijo que los observaba inmóvil—. Tengo una cuenta pendiente que saldar con ellos; será un placer hacerlo.

La venganza

Don Avelino era primo segundo de doña Cariñosa Aldama; su familia se vio muy afectada por lo ocurrido con ella. Don Avelino le tenía especial afecto por los cuidados y muestras de cariño que le dispensó luego de la muerte de su madre; le decía que era el hijo que nunca tuvo. No creyó en ninguna de las acusaciones de las que fue objeto y que la llevaron ante el Tribunal de la Santa Inquisición. Sospechaba que detrás de lo ocurrido se habían movido fuerzas oscuras, y los responsables eran los García de Quevedo y Aldama. Juró vengarse.

Los preparativos para el viaje de Pedro Alfonso a España avanzaban según lo planeado y en cuestión de días sería la partida. Pedro Alfonso buscó a Paula para hablar de la situación que tenía por este viaje.

— Sé por la agonía que estás pasando; no tienes que decírmelo. ¿Qué piensan hacer? —preguntó Paula—.

— Gracias por tu preocupación, amiga, nosotros ya hemos hablado de este asunto. Sabíamos que este día llegaría y estamos preparados. Pasados dos meses, luego de que yo me marche, Marc Pol me seguirá a Bilbao. Así tendré tiempo para encontrar dónde vivir. También le dará tiempo a Manuel Antonio de conocer mejor El Hato y mantener la producción. Ya la próxima semana debo ir a La Vela para viajar a La

Guaira. Voy a ir unos días a El Hato para despedirme de Marc y de nuestros trabajadores. Son muchos años trabajando juntos.

— Me gustaría acompañarte —dijo Paula—, pero debo quedarme aquí. Tengo que estar atenta; quieren hacernos daño. El odio de doña Cariñosa Aldama aún no nos deja en paz. También estamos con los preparativos del matrimonio. Como sabes, debemos ir a Moruy para la ceremonia. Los curas de Coro, Cumarebo y Jadacaquiva se muestran reacios a officiarla; están bajo la presión de don Avelino de la Colina y Aldama, quien representa a las familias más influyentes de Coro. El padre Juan Esteban García, primo de tu padre, accedió a celebrarla en su iglesia, en Moruy, porque aquí en Coro no encontró una iglesia que se lo permitiera. Lamentablemente, tus padres no podrán asistir; su salud no lo permite, y para la fecha que acordamos tú ya te habrás ido. Solo irán tus hermanas, Marc Pol y algunos trabajadores de El Hato.

— Cómo me gustaría estar presente en este momento tan importante y emotivo para la familia —respondió Pedro Alfonso—. Pero hay cosas que no controlamos; ni siquiera tú, con tus poderes místicos, que van más allá de la comprensión ordinaria, has podido controlar los acontecimientos.

— El poseer la responsabilidad de la Salabanda es complicado, Pedro Alfonso. Espero no terminar como Casandra, en la mitología griega, a quien nadie le

creía lo que predecía. Tu fecha de partida es la fecha justa; debes irte en esa fecha, no puedes demorarte más. Se aproximan cambios en España; esos cambios van a trastocar nuestras vidas, como hasta ahora las conocemos en esta capitanía. Viene la guerra, será larga y cruenta; Moisés me lo advirtió hace tiempo. Las palabras que siempre me decía mi madre están más vigentes que nunca: ¡Sobrevivir!, ¡sobrevivir!, eso es lo que cuenta. Te las comparto para que las tengas siempre presentes.

Don Avelino de la Colina y Aldama movió sus influencias y logró permiso para visitar a su prima doña Cariñosa Aldama en Cartagena de Indias, antes de ser ejecutada por sus herejías e intento de asesinato. Ya todos los esclavos habían sido ejecutados sin mayor trámite. Ella, por su posición social y con la ayuda de las influencias de su primo don Avelino, esperaba respuesta a una solicitud de clemencia hecha al obispo de Cartagena de Indias, Custodio Ángel Díaz Merino.

El estado mental de doña Cariñosa se había deteriorado mucho desde su llegada a Cartagena de Indias. Los extenuantes interrogatorios de la Santa Inquisición, más el haber presenciado la horrible ejecución de los esclavos en la hoguera, habían hecho estragos en su mente. Esto se veía reflejado en su marcado deterioro físico: había perdido mucho peso, tenía grandes ojeras y le cortaron el cabello al rape. Su sobrino quedó muy impresionado al encontrarla en

semejante estado.

— ¡Avelino! ¡Avelino!, qué alegría que estés aquí, hijo —exclamó doña Cariñosa Aldama mientras le acariciaba el rostro—. Te agradezco tanto tu visita. Como entenderás, son pocas las alegrías que recibo en este horrendo lugar. Cuéntame.

— Estoy bien, gracias a Dios —respondió don Avelino sonriendo—. Te traje este saquito con algunas frutas y dulces que sé que te gustan. Es lo único que me permitieron traerte. No tengo mucho tiempo y quiero darte noticias, escúchame: de la solicitud de clemencia ante el obispo aún no he tenido noticias, pero me estoy ocupando de eso; confío en que te concedan clemencia. En cuanto a los García de Quevedo y Aldama, acordamos las familias principales darles una lección por haber liberado a sus esclavos y estamos detrás de la negra ladina Paula; queremos agarrarla y enviarla a las islas holandesas o francesas, como esclava, para que nunca más la encuentren. Ella y Manuel Antonio pretendían casarse en Coro y no lo hemos permitido. Tenemos gente siguiéndolos todo el tiempo. Pronto nos vengaremos de ellos, te lo prometo.

Luego de un breve silencio, el rostro de doña Cariñosa comenzó a convertirse en una mueca siniestra.

— ¡Ella! La maldita de Josefa debe pagar, me quitó a Diego, debe sufrir, no desistas hasta que la veas destruida, ¡prométemelo! ¡prométemelo! —gritó doña

Cariñosa mientras agarraba con fuerza inusitada la camisa de don Avelino.

Este reaccionó con temor ante el desquiciamiento de doña Cariñosa. Logró quitarse las manos de encima y retrocedió. Se alejó, poco a poco, en silencio, sin dejar de mirar los brazos de doña Cariñosa que se movían violentamente a través de los barrotes de la celda mientras gritaba insultos y maldiciones. La duda comenzó a entrar en su mente. ¿Será que es verdad lo que dicen que hizo y es culpable? Uno de los guardias que lo acompañaron le dijo:

— Tuvo suerte, don; a mi compadre Requena casi lo ahorca en un descuido, cuando le trajo la comida. ¡Ella es peligrosa!

Dos días después, un mensajero del obispo llegó con una carta para don Avelino. La solicitud de clemencia de doña Cariñosa Aldama había sido denegada. En la carta se exponían, como argumentos centrales, su manifiesta falta de arrepentimiento por los crímenes cometidos y por la práctica de brujería, su negativa a recibir la absolución y los actos violentos contra sacerdotes y guardias. Todo ello corroboraba la influencia demoníaca que pesaba sobre ella, por lo que se dictaminó que debía ser quemada en la hoguera para purificar su alma y salvarla. Solo si mostraba arrepentimiento en la víspera de la ejecución, se le concedería el ahorcamiento como alternativa. La noticia sumió a don Avelino en una profunda tristeza. La sentencia se cumplió al día

siguiente. Doña Cariñosa Aldama no mostró arrepentimiento y fue quemada en la hoguera; sus cenizas fueron arrojadas al mar, ya que a los herejes no se les permitía sepultura en el cementerio de la ciudad.

Don Avelino regresó a Coro con la intención de cumplir la promesa hecha. A tal efecto convocó a los notables de Coro a una reunión en su casa. Las reuniones se realizaban en el amplio patio de la casa, bajo un frondoso árbol de mamón, sembrado por el bisabuelo de don Avelino. En medio del calor de Coro, este árbol daba una refrescante sombra a los visitantes, quienes, a manera de chanza, llamaban a este sitio de reunión el «salón mamón».

En la puerta de la servidumbre, en la casa de los García de Quevedo y Aldama, Jaime, uno de los esclavos de don Avelino, cuyos padres también eran de la tribu de la madre de Paula, Mwimpe, se encontraba con Julio, uno de los esclavos de los García de Quevedo y Aldama. Él conocía quién era Paula y lo que ella representaba para todos ellos.

— Julio —dijo Jaime, mientras miraba con temor en todas direcciones—, no tengo mucho tiempo, dile a Paula que escuché que se van a reunir los señores principales de Coro, para ir contra ella y tus amos. Dile que tenga mucho cuidado, esa gente es mala, Julio, imala! Me voy, me escapé solo para decirte esto; si me ven aquí, me van a matar a palos. ¡Me voy!

— ¿Ya estamos todos? —preguntó don Avelino.

— Sí —contestó don Miguel Camejo—, estamos todos, pero antes de comenzar quiero darle en nombre de todos los presentes nuestras condolencias por la trágica muerte de tu prima doña Cariñosa Aldama, que Dios tenga en su gloria.

— Gracias, don Miguel —respondió don Avelino—, y agradezco a todos esta manifestación de solidaridad. Ahora vayamos al asunto. Ya Nicomedes Chirino habló con la Real Hacienda y van a enviar naves a vigilar en Adícora los negocios de los García de Quevedo y Aldama; todo el contrabando que manejan será decomisado y subastado en Coro. En cuanto a los envíos de caballos y mulas a las islas francesas, inglesas y holandesas, se decomisarán bajo el pretexto de estar ayudando a potencias extranjeras, enemigas del reino de España. Esto los llevará pronto a la ruina. En cuanto a la esclava Paula, la gente de don Anselmo Tellería, encargada de seguirla en sus actividades fuera de la casa de los García de Quevedo y Aldama, ya conocen su rutina y sus costumbres. El plan para agarrarla está preparado. Solo falta confirmar al capitán del barco que se la llevará; él está pidiendo mucho oro y don Miguel Camejo está aún negociando el precio. Si todo va bien, dentro de poco tendremos en la ruina a los García de Quevedo y Aldama.

Los presentes aplaudieron en señal de aprobación y don Avelino ordenó a sus esclavos traer vino para celebrar. Mientras brindaban, don Teodoro Zavala vio a una enorme iguana observándolos tranquilamente

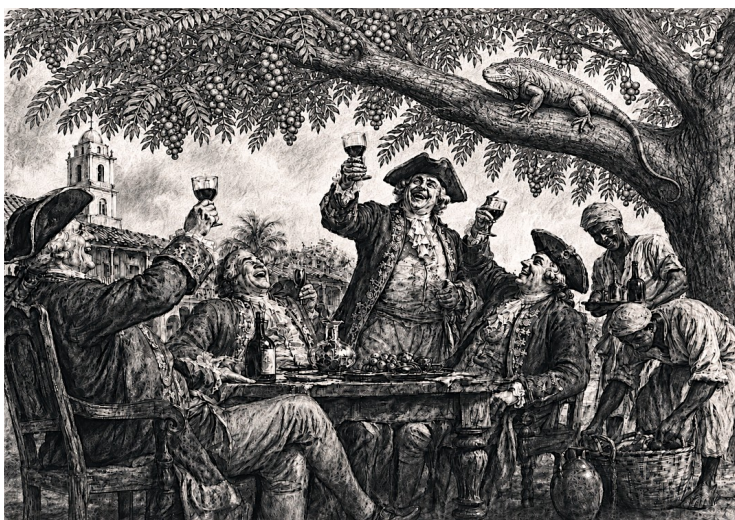
desde una de las ramas del árbol de mamón.

— ¡Miren allí, tenemos una espía! —exclamó don Teodoro, señalando a la iguana, y todos rieron a carcajadas por la ocurrencia.

— ¡Don Teodoro no cambia! —exclamó a viva voz don Miguel Camejo—; siempre con sus ocurrencias. ¡Salud! Por la iguana espía.

— ¡Salud! —exclamaron todos levantando sus copas hacia la iguana.

Nunca se imaginaron cuánta verdad encerraba la ocurrencia de la «iguana espía» de don Teodoro Zavala. Paula había observado toda la reunión y ahora sabía de los planes en contra de la familia García de Quevedo y Aldama y en contra de ella. Era hora de nivelar el juego.



Los Tellería

Paula descansó unas cuantas horas; estas conexiones mentales la agotaban mucho. Al despertar, encontró a Manuel Antonio a su lado, observándola. Acarició su rostro amorosamente.

— ¿Cómo está, mi amor? —dijo suavemente Manuel Antonio—. Aquí tengo unos dátiles o brevas que encontré cuando regresaba de El Hato. Ya los limpié para que te los puedas comer; son deliciosos, yo ya me comí algunos.

— Gracias, Manuel, me encanta esa fruta; cuando pastoreaba a los chivos en El Hato, comí muchas.

Estuvieron conversando un buen rato de las actividades en El Hato y cómo mejorar la producción. Paula le dio un beso a Manuel y se quedó en silencio mirándolo.

— Conozco esa mirada —dijo Manuel—. ¿Qué ocurre?

— Debemos reunirlos a todos —respondió Paula—. Estamos en peligro y hay que prepararse.

— Voy a avisarles. Descansa un rato más y termina de comerte la fruta que te traje; te busco cuando estemos todos.

— Al rato regreso Manuel Antonio. Paula, ya estamos todos, te esperan.

Paula les contó todo lo que vio en la reunión en la casa de don Avelino. Todos rieron por el brindis a la «iguana espía».

— Todo esto es muy grave —dijo don Diego—. Si tienen éxito, estaremos en la ruina dentro de muy poco. Debemos avisar a Marc Pol lo antes posible, para que advierta a las naos que lleguen hasta Adícora en estas próximas semanas que no regresen más, hasta que les avisemos. Debemos avisar a los Fernández de Escorcha en El Tocuyo, para que no nos envíen más mulas ni caballos para vender hasta nuevo aviso. Pedro Alfonso, habla con Matías Velandria para que les haga llegar el mensaje; él pasó por aquí ayer, para arreglar cuentas, y va de regreso a El Tocuyo con la mercancía que trajeron los holandeses desde Aruba por encargo de don Antonio Pérez Hurtado. Debe ir entrando a la Sierra de Coro; va cargado, así que anda despacio, será fácil alcanzarlo.

— Manuel Antonio, debes ir a La Vela con la excusa de los arreglos del viaje de Pedro Alfonso a La Guaira. Allí hablarás con nuestro viejo amigo don Basilio López, a quien tú conoces bien. Él avisará a los capitanes con los que negociamos para que eviten venir para Adícora, hasta nuevo aviso. Todo esto hará que los de la Real Hacienda se molesten al no poder decomisar mercancía alguna, y hará quedar muy mal a don Nicomedes Chirino. Sabes que te seguirán e indagarán qué andas haciendo en La Vela, así que debes hacer saber aquí en Coro que vas a La Vela y tu

propósito. Así, nos aseguramos de que los que te siguen lo sepan, agarren confianza y no sospechen de tus verdaderas intenciones.

— Así lo haré, padre —dijo Manuel Antonio—. Es un excelente plan; don Basilio es un viejo amigo de la familia y siempre nos ha brindado su hospitalidad en su casa de La Vela.

— No solo es nuestro amigo, y esto es bueno que lo sepan, ya que ustedes van a manejar nuestros asuntos —dijo don Diego—. Don Basilio es nuestro socio en estos negocios; viviendo en La Vela, él tiene comunicación con todas las islas vecinas y eso vale oro. Luego les daré más detalles sobre nuestros acuerdos comerciales con don Basilio. Paula, en cuanto a lo que tienen pensado para ti estos miserables, no sé qué decirte.

— Quizás don Basilio pueda averiguar quién es el capitán al que está contratando don Anselmo Tellería —dijo Pedro Alfonso—. Así, podríamos hacerle nosotros una contraoferta: que se lleve a Paula y tome el dinero de don Basilio, pero que lleve a Paula hasta Adícora y allí lo esperaría Manuel Antonio. Ganaría por partida doble el capitán; es un negocio muy tentador y no lo va a dejar pasar. Nuestra parte se la daría Manuel en Adícora, una vez que le entregue a Paula.

— Este plan tuyo es muy osado, Pedro. Pero apela a la ambición de ganar más dinero. Por eso mismo pienso

que puede funcionar —respondió Manuel Antonio—; todo dependerá de don Basilio.

— Si hay alguien que puede saber quién es el capitán que está negociando con don Anselmo Tellería, es don Basilio —comentó don Diego—; tengo gran confianza en sus habilidades. Pero qué otra cosa podemos hacer, si este plan no funciona.

— Luego de escuchar los planes en la casa de don Avelino —comenzó a explicar Paula— y luego de saber que me han seguido, por varios días, y conocen mis costumbres, recordé que hay una esclava, una mulata muy bonita y bien vestida, con la que siempre me tropiezo en los diferentes sitios a los que voy. Ella siempre me busca conversación y pide mi opinión sobre vegetales, sobre la carne de chivo y hasta me ha pedido las recetas de platos que se pueden preparar con esos ingredientes. Me pareció una persona inteligente, agradable e inclusive me inspiró simpatía. Ahora sé que es ella la que me ha vigilado todo este tiempo. ¡Qué decepción! Ella debe ser esclava de don Anselmo Tellería, y ahora que lo pienso, ella tiene un gran parecido con don Anselmo; itiene sus mismos ojos color verde! Debe ser una hija que tuvo con alguna de sus esclavas mulatas.

— Eso que has dicho es muy importante —apuntó doña Josefa—. Don Anselmo no tuvo hijos; su esposa nunca pudo quedar embarazada. Esa joven mulata es la potencial heredera de la fortuna de los Tellería y esa

es la entrada para tratar de ponerla de nuestro lado. ¿Qué opinas, Paula?

— Sí, voy a averiguar si es hija de don Anselmo; lo que usted ha explicado sería un muy buen motivo para que ella se ponga de nuestro lado o, por lo menos, que colabore con nosotros.

— ¿Cómo se llama la joven que te sigue? —preguntó Josefa María.

— Me han dicho que se llama Rosa Cornelia.

Los Tellería eran una de las familias más importantes de Coro para la época. La familia Tellería, de origen vasco, llegó con la Compañía Guipuzcoana. Los Tellería se unieron a las familias pudientes y con poder de Coro, y así amasaron una importante fortuna e influencia política.

Una mulata muy hermosa, llamada Evarista, se convirtió en la obsesión de don Anselmo Tellería. Con ella pasaba horas amancebado. Se enamoró locamente de ella y, como resultado, nació Rosa Cornelia, la única hija de don Anselmo. Evarista no pudo darle más hijos; no obstante, aún continúa siendo su amante. Por eso el trato especial que recibía Rosa Cornelia en la casa de los Tellería.

Don Anselmo le encargó esta tarea de seguir a Paula, por lo delicado del asunto y por la confianza que tenía en ella.

Tal y como fue acordado, Manuel Antonio se dirigió al

Cabildo con la excusa de conocer la deuda que tenía don Diego con la Real Hacienda. Esto le dio la oportunidad de dejar saber a varias personas que iría a La Vela pronto para tratar el asunto del viaje de Pedro Alfonso a La Guaira.



Don Basilio

El Puerto Real de La Vela no tiene fecha cierta de fundación; era el puerto natural de Coro y como tal se desarrolló gradualmente. Se emplazaba frente a una bahía de aguas tranquilas y con la profundidad suficiente para permitir la llegada de balandras, canoas y güairos. Era un lugar de playa abierta y árida, lo cual explica lo fácil que era atacarla por parte de piratas y corsarios.

Fue, durante un buen tiempo, el puerto principal de la provincia de Venezuela. Desde allí se vigilaba la presencia de los piratas franceses, ingleses y holandeses que venían con la intención de saquear a Coro. La pequeña guarnición asentada en el puerto «velaba» para combatir y avisar la amenaza de los piratas; de allí su nombre de «La Vela de Coro» o la vigilancia de Coro. Esta pequeña guarnición fue el núcleo inicial de La Vela; alrededor de él se establecieron de manera desordenada casas y chozas, donde habitaban funcionarios, pescadores, carpinteros, caleteros y comerciantes.

Los personajes cruciales en la consolidación de La Vela como pueblo fueron el sacerdote don Nicolás de Talavera y don Basilio López Vallejo. Don Basilio fue uno de sus primeros pobladores y fue su primer guardamayor. Era natural de San Juan de Albeas, en Galicia, e hijo de don Pedro López de Puga y Estévez y

de doña María Vallejo Montero. Don Basilio presidió el reparto de solares y junto a él actuó el presbítero y doctor don Nicolás de Talavera, su tío político, ya que don Basilio casó con su sobrina, doña Mercedes Talavera Garcés, en 1787. Por todo ello, don Basilio era una persona muy respetada por los pobladores de La Vela. Él era frecuentemente requerido para resolver disputas y ayudar a satisfacer las necesidades de la población de La Vela.



— ¡Bienvenido, Manuel! —dijo don Basilio mientras le daba un abrazo—. ¿Cómo están don Diego y doña Josefa? Pero pasa, sentémonos a conversar aquí en el patio; debes estar acalorado. ¿Quieres una copa de vino o café?

— Sí, vino, por favor —respondió Manuel Antonio— y le agradecería que atendieran a mi caballo.

— Eres igual a tu padre, siempre cuidando a sus caballos —respondió sonriendo don Basilio.

— Gracias —respondió Manuel Antonio—, mis padres están mejorando, gracias a Dios. La herida de mi padre le ha imposibilitado viajar. Mi madre, dedicada a cuidarlo, ha mejorado mucho de sus dolencias. Desde que se descubrió todo el mal que le hacía doña Cariñosa Aldama por medio de nuestros esclavos, su mejoría ha sido notable.

— Esa historia es muy perturbadora: el veneno, la brujería, el tratar de asesinar a tu padre —comentó don Basilio— ¡y el horrendo final! La ejecución de los esclavos y de doña Cariñosa en la hoguera. Sabes, conversé brevemente con su primo don Avelino de la Colina y Aldama, cuando regresó de visitar a su prima en la cárcel de Cartagena de Indias; ese hombre está cargado de odio hacia ustedes. Deben tener mucho cuidado con él.

— En parte por eso es que he venido a visitarlo, don Basilio —respondió Manuel Antonio—. Pero antes de hablar de ese tema, queremos saber, ¿cómo va lo del viaje de Pedro Alfonso a La Guaira?

— Eso va muy bien —respondió don Basilio—. No hay cambios en la fecha de llegada de nuestra balandra, la «Santo Cristo»; con el favor de Dios, estará aquí la próxima semana. Así que Pedro Alfonso puede

venirse a mediados de la próxima semana y, como siempre, lo recibiremos en esta casa por el tiempo que sea necesario.

— Muchas gracias, don Basilio —respondió Manuel Antonio—. No sabía que teníamos una balandra en sociedad con usted; mi padre me dijo que tenía cosas que decirme sobre nuestros negocios, pero esto es sorprendente.

— Poco a poco irás conociendo el negocio, Manuel, poco a poco —respondió don Basilio—. Diego y yo hemos conversado durante mucho tiempo sobre la importancia de la generación de relevo. Tu viaje a España para formarte en Bilbao y ahora el viaje de tu hermano son parte de nuestros planes. También, yo he hecho lo propio con mis hijos. Ahora, con lo que no he estado de acuerdo con tu padre es con ese asunto de la liberación de los esclavos. No entiendo las causas o la motivación de esa decisión. Debo decirte, con franqueza, que eso ha creado un gran malestar entre las familias más poderosas de Coro y eso no es bueno para el negocio.

— Estoy seguro que mi padre le podrá explicar, las razones de nuestra decisión. Pero ahora hay asuntos más urgentes y graves que debemos afrontar. Sabemos que hubo una reunión en casa de don Avelino de la Colina y Aldama; en ella se acordaron las acciones para arruinar a nuestra familia y, por ende, a usted también, don Basilio. Sabemos que Nicomedes Chirino habló con gente de la Real

Hacienda para que vigilen Adícora y decomisen toda la mercancía que nos llegue, así como todas las mulas que intentemos enviar a las islas. Ya mi padre nos dijo qué hacer y cómo hacerlo para evitar que esas acciones tengan éxito. Él le agradece que avise a los capitanes con los que negociamos de la situación en que estamos.

— Tu padre sabe muy bien qué hacer, confío en él plenamente; la experiencia que tuvimos con la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas nos enseñó muchas cosas.

— También quieren secuestrar a mi futura esposa, enviarla como esclava a las islas para que allí desaparezca para siempre.

— ¿Y quién es tu futura esposa? —interrumpió don Basilio.

— Es Paula, la hija de Magdalena o Mwimpe

— ¿La famosa bella esclava que todos los señorones de Coro quieren comprar? ¿Esa Paula?

— Sí, esa Paula, y ya no es esclava.

— ¡Manuel Antonio, hijo! —interrumpió don Basilio, levantándose de la silla—. Eso va a causar una gran conmoción en la sociedad de la provincia de Venezuela. ¡Serán repudiados y despreciados por todos! ¡El primogénito de los García de Quevedo y Aldama, casado con una esclava!

— Sí, ya comenzamos a sufrir las consecuencias; no

podemos casarnos en Coro, lo pedimos a todas las iglesias y no nos dan respuestas. Solo el presbítero Juan Esteban García, primo de mi padre, accedió a realizar el matrimonio, pero en su iglesia, en Moruy; él no pudo conseguir ninguna iglesia en Coro que le permitiera realizar la ceremonia. Pero déjeme contarle quién es Paula y lo que ha hecho por mi familia; a nosotros nos importa mucho que usted lo sepa, para que nos comprenda.

Don Basilio se sentó y dijo:

— Te escucho, Manuel, te escucho.

La conversación fue larga; a medida que avanzaba en la explicación de los hechos, los continuos gestos y expresiones de asombro de don Basilio le indicaban a Manuel Antonio que él estaba comprendiendo lo ocurrido y su dimensión. Don Basilio se quedó en silencio, agarró una copa llena de vino de la mesa y se la tomó completa. Pasó sus manos por la cara y luego miró fijamente a Manuel Antonio.

— Nunca pensé que diría esto, pero luego de escuchar toda esta historia y conociendo, como conozco, todos los hechos y las pruebas que apoyan lo dicho por ti, debo decir que los comprendo totalmente y voy a ayudarlos a salir con bien de toda esta confabulación en contra de ustedes o, mejor dicho, en contra de nosotros. Pero, eso sí, hay una condición: quiero hablar algún día con Paula, quiero conocerla y saber detalles de su historia. Me parece una persona fascinante.

— Claro que sí, don Basilio, ¡cuente con ello!. No sabe la alegría que siento al escuchar sus palabras; todos en mi familia van a estar muy felices. Saber que las personas a las que apreciamos y queremos nos comprenden y nos apoyan es muy importante.

— Ahora, ¿qué quieres que haga, Manuel?

— La gente de don Anselmo Tellería quiere secuestrar a Paula y están en tratos con el capitán de una balandra para llevarse a Paula a las islas y venderla. Aparentemente, el capitán está pidiendo mucho por hacer el trabajo. Queremos saber quién es ese capitán para hacerle una contraoferta: que se lleve a Paula y le cobre a Tellería, pero que la deje en Adícora; allí le pagaríamos nosotros por dejarla ir. Allá en El Hato estaría protegida de las acciones de esa gente y podríamos casarnos en Moruy, ya que estamos más cerca. No queremos que ellos sepan que conocemos sus planes, pues los cambiarían y no podríamos evitar que logaran sus propósitos.

— Ese es un plan muy osado, Manuel. Pero puede que funcione. Yo tengo idea de quién puede ser ese capitán. Déjame eso a mí, yo me encargo de confirmar mis sospechas; de ser ciertas, puedo cerrar el trato que propones con él. En dos días te tendré noticias.

Rosa Cornelia

Entretanto, en Coro, Paula salió como siempre a realizar compras y, tal como lo esperaba, se encontró a Rosa Cornelia.

— Buen día Paula. ¡Qué casualidad, nos encontramos otra vez! —saludó Rosa Cornelia en tono alegre—. ¿Qué verduras están frescas hoy? ¿Qué has visto?

— Buenos días, Rosa Cornelia —respondió Paula con voz firme, mirándola a los ojos y apuntando con su brazo hacia una esquina—. Creo que los aguacates de allá están maduros; pueden ser un buen acompañante para un chivo guisado.

Rosa Cornelia quedó fuera de balance unos segundos al escuchar su nombre pronunciado por Paula.

— ¿Sabes mi nombre? —respondió Rosa Cornelia, tratando de recobrase de la sorpresa.

— Y tú sabes el mío sin que yo te lo dijera —respondió Paula sonriendo y acercándose a Rosa Cornelia, dándole suaves palmaditas en la mejilla.

— Bueno... pero... ¿Quién no conoce a la esclava más bella de Coro? —respondió Rosa Cornelia, titubeante ante el gesto de Paula.

— Agradezco tu opinión sobre mí —respondió Paula

mientras caminaba revisando los vegetales—, pero debo aclararte que no soy esclava, soy una mujer libre. Tú también eres muy bella; tienes los ojos de tu padre.

Rosa Cornelia se quedó petrificada, inmóvil, sin saber qué decir. Luego tomó a Paula por el brazo, la detuvo y le preguntó:

— ¿Conoces a mi padre? ¿Cómo sabes quién es?

— Sí, yo sé quién es —respondió Paula—. Y si tú quieres saber quién es, cuando llegues a la casa de tus amos, mírate al espejo y mira tus ojos. En la casa de los Tellería me imagino que hay un espejo; solamente los hay en las casas de las familias ricas.

Le había dejado la cabeza de Rosa Cornelia revuelta, llena de dudas. Paula esperaba que cuando Rosa encontrase la respuesta, la entendería mejor y se acercaría más a ella. Comenzó a caminar a su casa y Rosa Cornelia se quedó mirándola alejarse, pensando en lo dicho por Paula.

Súbitamente, comenzó a correr hacia la casa de sus amos. Al llegar, con la respiración entrecortada, se detuvo frente al espejo en la sala de la casa de los Tellería. Miró sus ojos y la respuesta explotó frente a ella; las lágrimas comenzaron a brotar incontenibles y colocó las manos en su rostro mientras sollozaba desconsolada.

Desde el corredor que viene de las habitaciones, se escucharon pasos.

Eran doña Mariana y don Anselmo Tellería.

— ¿Por qué lloras Rosa? —Preguntó don Anselmo.

Rosa Cornelia o miró y le espetó entre sollozos una frase cargada de resentimiento:

— Esa pregunta... ¿Es para tu esclava o para tu hija?

Don Anselmo se quedó inmóvil, luego caminó tambaleándose hasta una silla y se sentó pesadamente. Cerró los ojos y volteó su rostro hacia el cielo, como buscando una respuesta. Doña Mariana se quedó en silencio, mirando a su esposo.

— Eres un pobre hombre. Sé que en el fondo de tu corazón no me perdonas el que no te haya dado un heredero, que mi vientre fue un campo yermo, infértil. Lo he lamentado toda mi vida. Pero lo que le has hecho a tu única hija en este mundo no tiene nombre. Bastantes veces te dije que debías hacer algo al respecto, que tarde o temprano se sabría la verdad, que es tu hija, ¡por Dios, es tu sangre! Y aquí estás, sin saber qué decir, ni qué hacer. Tú creaste este desastre, ahora resuélvelo. En cuanto a ti, Rosa Cornelia, no siento ningún rencor, ni tengo malos sentimientos hacia ti y tu madre; los amos siempre se han aprovechado de su poder para acostarse con sus esclavas; es la triste realidad del mundo en que vivimos.

Rosa Cornelia salió de la sala corriendo al cuarto de las esclavas. Allí encontró a Evarista, su madre, quien

al verla en ese estado se apresuró para abrazarla y consolarla.

— ¿Qué le pasa a mi florecita, a mi Rosita? —preguntó Evarista en tono cariñoso.

— Acabo de descubrir quién es mi padre y lo enfrenté allá en la sala. ¿Por qué nunca me dijiste quién era?

— ¿Qué fue lo que hiciste, Rosa? Don Anselmo es el amo; nos va a castigar. Nosotras somos sus esclavas. ¿Qué va a ser de nosotras cuando se entere doña Mariana?

— Ella estaba también allí cuando todo ocurrió.

Evarista comenzó a temblar y repetía sin parar:

— Nos van a dar azotes y nos venderán.

— Tranquilízate, mamá —dijo Rosa Cornelia—. Ella me dijo que no tenía nada que resentir de nosotras. Que ella le dijo muchas veces a don Anselmo que solucionara esta situación y nunca hizo algo al respecto.

La conversación fue interrumpida por la presencia del esclavo Severino en la puerta del cuarto.

— El amo quiere verlas en la sala a las dos, no tiene muy buena cara; no sé qué hicieron ustedes dos, así que cuidado con lo que dicen. A los blancos no les tiembla el pulso para mandar a darnos azotes.

Madre e hija se dirigieron a la sala; caminaban temblorosas y tomadas de las manos. Llegaron a la

sala y allí estaba don Anselmo con una copa de ron jamaiquino en su mano y la botella en la mesa a medio consumir.

— Ustedes dos se han confabulado para arruinarme la vida —dijo don Anselmo iracundo, apuntando con su mano temblorosa a madre e hija—. ¿Qué van a decir en Coro? ¡Que don Anselmo Tellería, el paladín, el enconado defensor de la esclavitud, tiene una hija esclava, su única hija! ¡Eso no puede pasar! —gritó estrellando el vaso contra la pared—. Si alguna de ustedes dos abre la boca, les mandaré a dar cincuenta azotes y luego las venderé en las islas, ¡y separadas!, para que nunca más estén juntas. ¿Entendieron? —preguntó mientras apretaba con su mano el cuello de Rosa Cornelia, quien temblaba y lloraba, al igual que su madre.

— Sí, amo, don Anselmo —respondió susurrando entre sollozos Rosa Cornelia.

Luego de tomar un largo trago de ron, directo de la botella, don Anselmo se dirigió a Evarista y la agarró violentamente por el cabello y acercó su cara a la suya.

— ¿Tú le dijiste que ella es mi hija? ¿Verdad? ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? ¿Fortuna? ¿Libertad? ¡Contesta! ¿Qué?

Aterrorizada por la violenta agresión a la que don Anselmo sometía a su madre, Rosa Cornelia gritó:

— ¡Los ojos!

— ¿Cómo que los ojos? —preguntó don Anselmo, mirando a Rosa Cornelia.

— Fueron los ojos, mientras me miraba al espejo al regreso de vigilar a Paula. Me di cuenta de que son iguales a los suyos, el mismo color. ¡Mírelos!

Don Anselmo soltó a Evarista, se acercó a Rosa Cornelia y observó sus ojos. Luego, caminó hasta la mesa y tomó otro trago de ron.

— Seguirán como esclavas en esta casa, como hasta ahora, y cuidado con abrir la boca. ¿Está claro? Ahora retírense, ¡fuera!

Don Anselmo se quedó solo en medio de la sala, caminó, se desplomó en una silla, colocó sus manos en el rostro y comenzó a llorar.

— ¡Tienes mis ojos! ¡Es mi hija! ¡Mi única hija en este mundo! ¿Qué hago, Dios mío? Ayúdame, ayúdame.



La alianza

A la siguiente mañana, muy temprano, Paula caminaba a comprar carne en la casa de don Rafael, uno de los matarifes de Coro. Le habían informado que tenía carne de res recién sacrificada. Mientras caminaba, escuchó la voz de Rosa Cornelia, llamándola.

— Paula, ven, necesito hablarte —dijo Rosa Cornelia desde un callejón—. Escúchame, no tengo mucho tiempo. Don Anselmo ha contratado a unos conocidos malhechores para secuestrarte. El jefe es un pardo que se llama Juan José; le dicen «el conejo»; el otro es un mulato, José Trinidad; le dicen «la tuna».

— Te van a agarrar el viernes, cuando vayas al cementerio a visitar la tumba de tu mamá. Ya saben que ese día estarás allí porque yo se los dije. Perdóname, Paula; otro día hablamos. Me tengo que ir. Si me ven hablando contigo, me puede ir muy mal; don Anselmo está furioso con nosotras.

— Adiós, Paula —dijo Rosa Cornelia, apretando la mano de Paula—, y buena suerte.

Paula vio cómo Rosa Cornelia aceleraba sus pasos, mirando en todas direcciones. Paula entendió que su comentario había tenido el efecto deseado y ahora tenía una aliada. Lo que no sabía Paula en ese momento fue el terrible costo emocional para Rosa

Cornelia y su madre. Regresó inmediatamente a la casa de los García de Quevedo y Aldama y se reunió con la familia para compartir la información que le dio Rosa Cornelia.

— Ya sabemos dónde lo intentarán y quiénes —dijo Manuel Antonio—. Ahora, ¿qué podemos hacer? Aún no sabemos quién es el capitán que contrató don Anselmo. Sin el conocimiento de esa parte del secuestro, no podemos dejar que se lleven a Paula. Tendremos que ir armados, escondernos y dar cuenta de esos bandidos.

La conversación fue interrumpida por la presencia inesperada de don Basilio López, quien fue anunciado por Julio.

— ¡Buenos días! Diego, hermano, déjame darte un abrazo .

— ¡Qué gran sorpresa, Basilio! —dijo don Diego, levantándose de su silla y dándole un abrazo—. ¡Tú por aquí! ¡Si tú no sales de La Vela!

— Solo por los García de Quevedo y Aldama me someto a la tortura del camino desde La Vela hasta Coro —respondió don Basilio, sonriendo—. Doña Josefa, qué bueno verla con tan buen semblante. ¡Gracias a Dios! Sé que se ha estado ocupando del cuidado de Diego. ¡Un paciente difícil! Pero veo que ha hecho un excelente trabajo.

— Gracias, don Basilio. Sí, he mejorado muchísimo, gracias a Paula, debo decir. En cuanto a Diego, le

confirmando que es un paciente rebelde, en especial cuando busca cómo justificar una copa de vino adicional.

Todos rieron por el comentario de doña Josefa y la cara de don Diego.

— Hablando de vino —exclamó don Diego—, por favor, Julio, tráenos unas copas para celebrar la visita de don Basilio; incluye una para ti; hoy todos celebramos.

— Manuel Antonio, Pedro Alfonso, me alegra que estén aquí, ¡hay mucho de qué hablar! Y tú debes ser Paula. Quizás te vi de niña corriendo por esta casa. Pero ahora eres una hermosa mujer y muy inteligente, según me dijo un pajarito.

— Un placer saludarle, don Basilio; agradezco sus comentarios, pero son algo exagerados. Yo sí lo recuerdo bien a usted y a su esposa, doña Gertrudis; siempre me trataron bien.

— ¡Ven! Ese es uno de los rasgos típicos de las personas inteligentes: la humildad. Luego hablaremos, Paula, quiero conocerte mejor y escuchar tu historia. Pero ahora disfrutemos de esta copa de vino que nos trae Julio antes de compartir la información que logré obtener.

— ¡Salud y larga vida al Rey! —dijo don Basilio, mientras levantaba su copa.

— ¡Salud y larga vida al Rey! —respondieron todos.

— Ahora, vamos al asunto. Estuve investigando, de manera discreta, con quién se ha visto a don Anselmo Tellería en La Vela. Surgió un nombre: capitán Brígido Ollarves, de la balandra «Santa Rita», propiedad de don José Navarro y Verdugo, conocido comerciante de Coro, a quien tú conoces, Diego, y sabes que es un hombre que nunca se prestaría para un acto tan vil. Esto quiere decir que Ollarves anda por su cuenta en este asunto. Esto nos da una gran ventaja cuando hablemos con él, pues Ollarves no querrá que su patrón se entere de este acto tan bajo.

— Ahora, creo que la persona indicada para manejar esta negociación soy yo, pero voy a necesitar el apoyo de Pedro Alfonso para darle veracidad a la oferta que le haremos al capitán. Pedro Alfonso debe ir para La Vela a tomar la balandra que lo llevará a La Guaira. Eso es público y notorio, y no va a levantar sospechas. En cambio, si tú vas a La Vela, Manuel Antonio, estando bajo vigilancia, levantarás sospechas. Tú debes irte para El Hato a esperar la llegada de Paula a la playa de Adícora para pagarle al capitán Ollarves. Deberás tener gente armada oculta que te respalde; Ollarves tiene fama de ser un pícaro.

Todos estuvieron de acuerdo con el plan de don Basilio; se quedaron comentando los detalles y las acciones a realizar. Luego de un buen rato conversando, don Basilio se acercó a Paula.

— Es hora de que conversemos, Paula. Como te dije, quiero conocerte, conocer tu historia.

— Por supuesto que sí, don Basilio. Caminemos por el patio. Conversaron por un buen rato; se sentaron en unas sillas que Paula había colocado allí para este encuentro. Don Basilio estaba sorprendido con la historia de Paula y ahora comprendía mejor las decisiones de los García de Quevedo y Aldama.

— Paula, tu historia es fascinante; que estés aquí es un milagro. El destino te trajo hasta aquí por alguna buena razón, que hasta ahora desconocemos. No me equivoqué al decidir colaborar con ustedes. Agradezco tu confianza al compartir tu historia conmigo. Ahora debo regresar a La Vela; tengo cosas andando que requieren mi atención.

Todo estaba preparado, todos sabían qué hacer y cuándo. Paula se retiró a su habitación y preparó todo para consultar a los caracoles y pedir a los orishas su protección y orientación. El mensaje fue: Oddí.



Oddí

Ese fue el mensaje final de los orishas: Oddí, que quiere decir «Los peces grandes se cogen en el mar con un poco de suerte y buena carnada». Paula reflexionaba sobre el mensaje. ¿Quiénes son los peces grandes? ¿Don Anselmo Tellería?, ¿don Avelino de la Colina y Aldama?, ¿don Miguel Camejo?, ¿soy yo la carnada? Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Manuel Antonio, quien la abrazó y le dio un tierno beso.

— ¿Qué haces? ¿ En qué piensas?

— Tratando de ver el futuro. Es difícil entender el mensaje de los orishas, pero no hay una advertencia de peligro o de muerte. Eso es lo positivo. Me siento más confiada en nuestros planes.

— Si estás tranquila, yo también lo estoy. Vine a despedirme; me voy para El Hato, debo hacer preparativos para cuando llegues. Cuídate mucho, Paula. Recuerda que José y Ubencio estarán cerca, escondidos, por si necesitas ayuda. Yo llevo armas y municiones para El Hato; necesitaré trabajar con Marc Pol para entrenar y armar a los trabajadores, para poder contrarrestar cualquier mala idea del capitán Ollarves. Nos vemos en Adícora.

— No vayas solo, Manuel.

— No te preocupes, mi amor, me llevo a Julio; él me conoce desde niño y me cuida como si fuese mi padre.

El viernes, tal como era su costumbre, muy temprano en la mañana, Paula caminó hasta el cementerio. Ya José y Ubencio habían salido de madrugada a tomar posiciones en el cementerio. Los malhechores contratados, Juan José «el conejo» y José Trinidad «la tuna», seguían a Paula a una distancia prudente, para no levantar sospechas. Paula se detuvo frente a la tumba de su madre, colocando su mano sobre los ojos. Los malhechores se acercaron por detrás de Paula y se colocaron a su lado. Paula fingió sorpresa y les preguntó qué querían.

— Tranquila Paula —dijo Juan José mostrándole un enorme cuchillo—. No queremos lastimarte, pero lo haremos si no haces lo que te pedimos y nos das los pesos que tienes; sabemos que después de aquí te vas a comprar en el mercado.

Paula sacó la bolsita con los pesos y José Trinidad se la arrebató; luego amarró a Paula de las manos y le colocó una capucha. Comenzaron a caminar hacia la entrada del cementerio, llevando a Paula tomada de los brazos. Se detuvieron en la entrada, hicieron una señal alzando sus brazos, esperaron unos momentos. Luego apareció un carruaje y la subieron en él. Paula se sentó en el carruaje y escuchó una voz conocida.

— Aquí tienen sus pesos —dijo el ocupante misterioso del carruaje—. Ahora desaparezcan y no me busquen más o irán a parar a la cárcel. ¿Entendido?

— Entendido, don —respondieron los malhechores— y se marcharon corriendo.

Una vez que el carruaje comenzó a moverse, la voz misteriosa dijo:

— Nos encontramos nuevamente, esclava, pero esta será la última vez. Vas a pagar por todo lo que dijiste, maldita negra.

Paula reconoció la voz; era don Miguel Camejo. Guardó silencio y luego de unos minutos dijo, con voz calmada:

— ¿Cómo está, don Miguel Camejo? Nos volvemos a encontrar. ¿Podría, por favor, quitarme esta capucha? Creo que ya perdió su propósito.

Don Miguel, sorprendido, dudó un momento y luego le quitó la capucha.

— Gracias, don Miguel, ahora, ¿qué quiere usted de mí?

— ¡De ti nada quiero! ¡Nada! Te voy a llevar hasta La Vela y te de allí irás a un largo viaje; ya todo está arreglado —explicó don Miguel, mientras sonreía.

— Creo que es un gran error lo que está haciendo, don Miguel — dijo Paula con voz firme—. Don Diego y Manuel Antonio se enterarán y lo harán pagar por este secuestro.

— Todo esto fue muy bien planeado; ellos nunca se enterarán y les haremos llegar pistas que los llevarán

a pensar que huiste para ser libre. Pronto se olvidarán de ti. Ahora ya me fastidié de escucharte, negra ladina —exclamó don Miguel y procedió a colocarle una mordaza en la boca y le puso nuevamente la capucha.

José y Ubencio observaron todo lo acontecido desde sus escondites, identificaron al carruaje de don Miguel Camejo, ya que ellos conocían al esclavo que conducía el carruaje. Una vez que el carruaje y los malhechores se marcharon, corrieron para avisarle a don Diego de todo lo ocurrido.

— Así que Miguel Camejo está también involucrado en este secuestro —dijo don Diego—. Nunca pensé que llegarían tan lejos. Muchas gracias, José y Ubencio, hicieron un buen trabajo; ahora vayan a comer y a descansar, lo tienen bien ganado. Ahora me voy a conversar con doña Josefa y mis hijas.

El carruaje tomó rumbo a La Vela. Pasaron por el puesto de vigilancia del puente sobre el río Coro y los soldados de guardia saludaron con respeto a don Miguel y le dieron paso libre, sin revisar qué había o quién más venía en el carruaje. Llegaron a La Vela y avanzó el carruaje hasta un lugar apartado en la costa donde lo esperaban el capitán Ollarves y sus hombres, con un bote para llevar a Paula hasta la balandra «Santa Rita».

— ¡Brígido! —exclamó don Miguel, abriendo la puerta y sin descender del carruaje—. Aquí te traigo el encargo y aquí está tu paga, tal como acordamos. Lo que obtengas por la venta de la esclava es tuyo

también. Véndela a una plantación en La Española, y asegúrate de que el que la compre le dé unos buenos azotes para que aprenda a respetar y a obedecer.

Luego tomó a Paula de un brazo y la arrojó del carruaje, cayendo pesadamente al suelo a los pies del capitán Ollarves.

— Así se hará, no se preocupe. ¡Pedrito! —gritó el capitán Ollarves—. Móntala en el bote y prepárense para llevarla a la «Santa Rita».

Don Miguel cerró la puerta del carruaje y, sin despedirse, ordenó al esclavo que conducía el carruaje partir para Coro. El capitán Ollarves se molestó por la manera descortés de don Miguel Camejo. El hecho de llegar y no saludar y luego partir así, sin despedirse de él y delante de sus hombres, no fue de su agrado. Lo sintió como una falta de respeto.

— Estos blancos ricos de mierda, se creen superiores, no respetan —murmuró—. ¡Ala, vamos ya! a la «Santa Rita» y zarpemos.

Una vez a bordo, el capitán Ollarves le quitó la capucha y la mordaza a Paula, luego le quitó las ataduras.

— Vaya, vaya, eres muy hermosa; ahora entiendo a tu dueño —dijo sonriendo el capitán Ollarves.

— Gracias por soltarme, capitán —respondió Paula—. Recibiré su pago como está acordado en Adícora. ¿Me puede dar un poco de agua, por favor?

— Sí, claro, Pedrito, tráele agua a esta mujer —ordenó el capitán—. Así que estás al tanto de todos los acuerdos. Interesante... eso quiere decir que al don Miguel le vieron la cara de tonto —comentó mientras reía a carcajadas—. Lo tiene bien merecido; se cree superior a todos y no tiene respeto por sus semejantes. Yo sé que soy un pícaro, pero nunca pierdo mis maneras y cortesía. Ahora me disculpas, pero debo ocuparme de mis labores de capitán. Pronto llegaremos a la playa de Adícora.

— Gracias, capitán —respondió Paula luego de tomar un trago de agua.

En El Hato, ya Manuel Antonio y Marc Pol habían entrenado a los trabajadores en cómo cargar y disparar las armas que había llevado. No fue una tarea fácil; los trabajadores podían disparar y recargar, pero acertar era otro tema. Se fueron a la playa de Adícora para tomar las posiciones para tener cubierto al capitán Ollarves durante la entrega de Paula. Manuel Antonio les explicó las señales que haría y para indicarles qué debían hacer en cada caso. Ensayaron varias veces y todo quedó listo para la llegada de Paula. Manuel Antonio se sentó a la sombra de un frondoso árbol de yaque, a esperar la balandra.

Ese mismo día, al final de la mañana, en Coro, se reunían don Miguel Camejo, don Nicomedes Chirino y don Anselmo Tellería, en la casa de don Avelino de la Colina y Aldama, bajo la refrescante sombra del «salón mamón».

— Está hecho —dijo don Miguel con satisfacción—. Ya nos deshicimos de la esclava Paula; ya va en camino a La Española. Nunca más la veremos.

— Brindemos por eso —exclamó don Anselmo.

Todos alzaron sus copas y brindaron.

— No se ha podido decomisar nada en Adícora de las mercancías de los García de Quevedo y Aldama —dijo don Nicomedes Chirino con preocupación—. No se ha presentado ninguna balandra con mercancía y no han llegado atajos de caballos y mulas para El Hato. Los oficiales de la Real Hacienda que montaron la vigilancia ya regresaron; casi un mes estuvieron vigilando y nada. He perdido su confianza; debido a que han dejado de percibir ganancias de otras fuentes, no están muy contentos.

— ¿Será que alguien le avisó a don Diego? —exclamó don Anselmo Tellería.

— Sé de buena fuente que sus clientes habituales han recibido sus encargos —dijo don Miguel Camejo—. Quizás están usando otro sitio de desembarco; estemos atentos a ver qué información podemos recolectar, preguntemos a nuestros informantes. Pasando a otro tema —continuó don Miguel—, ya saben que el hijo menor de Diego viaja para España; va a estudiar allá en Bilbao, ya está en La Vela esperando para irse. Uno menos de quien preocuparnos; nos queda el mayor, Manuel Antonio, el enamorado de la esclava Paula. ¡Qué vergüenza!

Estoy seguro de que se derrumbará cuando se entere de que su negra esclava lo dejó para ser libre.

— Esa negra Paula era hermosa —comentó don Anselmo Tellería—. Me hubiera gustado tenerla en mi casa. Yo tuve una como ella; era fogosa esa negra. Bueno, al punto, ya me estaba distrayendo. Tengo a mi gente lista para hacerles llegar a los esclavos de los García de Quevedo y Aldama la información del escape de Paula para ser libre. Les dirán que la vieron camino a La Vela y que allí abordó una balandra con destino desconocido.

— Todo está saliendo como lo planeamos —dijo don Miguel Camejo—. ¡Brindemos por eso!

Paula comenzó a divisar la costa de Adícora; su corazón comenzó a latir con fuerza; sabía que su amado la esperaba allí. Poco a poco la balandra se acercaba a la playa, comenzaron a bajar las velas y se deslizaba suavemente sobre las olas. El capitán ordenó tirar anclas y bajar el chinchorro.

— Pedrito, trae a la mujer y bajen el bote —ordenó el capitán Ollarves—. Vamos a la playa.

Manuel Antonio estaba de pie en la playa, observando ansioso; veía acercarse el pequeño bote y no lograba distinguir a Paula. Al fin la vio y se sintió más tranquilo. Después de unos largos minutos llegó el bote a la playa. Bajaron a Paula los marinos y caminaron por la playa con el capitán Ollarves al frente.

— ¡Manuel Antonio! Es un placer saludarle —exclamó el capitán mientras extendía su mano—. Aquí está Paula sana y salva. ¿Tiene usted lo acordado?

— También es un placer para mí saludarle, capitán Ollarves —respondió mientras estrechaba la mano del capitán—. Aquí tengo lo acordado —y sacó de su bolsillo una bolsa con los pesos de oro y la entregó al capitán Ollarves.

— Es un placer hacer negocios con un caballero tan honorable y de tan buenas maneras como usted, Manuel Antonio. Aquí le dejo a su amada Paula. Ahora debo retirarme, tengo que retomar mi viaje. No creo que nos veamos otra vez; como comprenderá, después de esto no podré regresar a La Vela. Me quedaré en La Española buscando nuevos destinos; con esta bolsa y con lo que me pagó el creído de don Miguel Camejo en La Vela, tengo suficientes recursos para iniciar nuevas empresas. Por cierto, me encantó que le vieran la cara a don Miguel.

— ¡Lo celebro! El mundo da muchas vueltas, capitán, recuerde que aquí en Adícora será siempre bienvenido —respondió Manuel Antonio mientras extendía su mano al capitán.

— Gracias, Manuel Antonio —respondió el capitán, estrechando la mano de Manuel Antonio—. Lo tendré en cuenta; ahora me voy. ¡Adiós, Paula! Fue un placer tenerla de pasajera en la «Santa Rita».

Paula respondió con una sonrisa.

Paula y Manuel Antonio se quedaron en la playa mirando al capitán navegar hacia la «Santa Rita». Súbitamente, Manuel Antonio levantó su brazo derecho y los trabajadores salieron de sus escondites. El capitán Ollarves observó lo que acontecía en la playa, sonrió mientras los saludaba desde el bote, quitándose su sombrero y haciendo un elegante ademán de saludo. Manuel Antonio respondió de la misma manera.



La boda

Luego de unos días, Manuel Antonio y Paula se preparaban para llevar a cabo la ansiada ceremonia de su matrimonio. Ceremonia que les había sido negada por todo el clero de Coro y La Vela. Solo el presbítero Manuel Esteban García, cura interino de la iglesia de San Nicolás de Bari del pueblo de Moruy, aceptó realizar la ceremonia. Él era primo de don Diego y además tenía simpatías por las ideas de la Revolución Francesa: la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Moruy es uno de los pueblos indígenas más antiguos de la península de Paraguaná; está situado a los pies del cerro Santa Ana. Su templo, dedicado a San Nicolás de Bari, ya existía desde el siglo XVII; fue reconstruido hacia 1760, bajo el patrocinio del sargento mayor don Juan de la Colina y Peredo, casualmente tío abuelo de don Avelino de la Colina y Aldama. Originalmente, fue construida con techo de tablas y varas labradas cubiertas de tejas; tiene, además de la capilla mayor, un bautisterio, tres altares, una sacristía y una torre con su campanario.

El día acordado, muy temprano salieron rumbo a Moruy: Manuel Antonio, Paula, Marc Pol y muchos de los trabajadores de El Hato. Pasaron por Baraived, Miraca y Buena Vista; luego tomaron hacia el sur, hacia Moruy. Llegaron a la casa del padre Manuel

para descansar y luego vestirse para la ceremonia en la iglesia.

— Bienvenidos todos a mi casa —dijo el padre Manuel, con mucha alegría.

— Tú debes ser Paula —dijo el padre Manuel Esteban, tomando las manos de Paula—. Dios te bendiga, hija, bienvenida a nuestra familia.

— ¡Amén! Padre Manuel Esteban, es un placer conocerlo. He escuchado muchas cosas buenas de usted.

— Gracias, Paula, yo también he escuchado cosas buenas de ti. Pero pasen, pasen, por favor. Todos, ustedes también. Paula, puedes usar el cuarto del fondo para que te arregles; tú, Manuel Antonio, usa el de la derecha. El resto, acompáñenme, vamos a la parte de atrás de la casa; allí podrán descansar y arreglarse para la ceremonia. Ahora me voy a la iglesia; debo hacer varios arreglos allí; esta es una ceremonia especial y ya voy tarde.

A falta de su padre o algún familiar cercano para acompañar a Paula, Julio, el mayor de todos los antiguos esclavos, fue designado para llevar a Paula al altar. Julio estaba muy nervioso; nunca en su vida había tenido una responsabilidad similar, ni había estado en una iglesia después de su bautismo. Siempre trabajando, sirviendo a sus amos.

— Tranquilo, Julio —le dijo Marc Pol mientras caminaban hacia la iglesia—. Todo va a salir bien.

— Señor Marc Pol, yo no nací en esta tierra, no tengo más familia que la de don Diego y doña Josefa; sus hijos son como mis hijos. Los señoritos y las señoritas siempre nos han tratado bien, con respeto, aun cuando éramos esclavos. Ahora somos libres, y la manera en que nos tratan es la misma, con respeto y cariño. Siento una gran emoción por entregar a Paula a mi señorito Manuel Antonio; ellos dos son muy especiales para mí, son mi familia.

— Allá viene Paula —dijo Marc Pol— y ya Manuel Antonio está en el altar esperando.

Paula llegó a la entrada de la iglesia acompañada de muchos de sus compañeros trabajadores de El Hato. Ellos abrieron la puerta, y Paula y Julio entraron lentamente, mientras Manuel Antonio los observaba con una amplia sonrisa en el rostro.

Paula vestía una hermosa falda de dril azul, una camisa blanca de algodón y unos zapatos de cuero rústicos; todo muy sencillo. Llevaba el cabello recogido y el rostro cubierto por un velo azul que armonizaba con el color de la falda. El blanco y el azul son los colores de Yemayá, madre de todas las criaturas y dueña de las aguas; sus colores son, precisamente, el azul y el blanco. El ramo era de flores rojas del árbol de divi-divi, recolectadas por sus compañeros en El Hato, y representaban el vínculo con la tierra paraguana.

Cuando estaba a punto de comenzar la ceremonia, se abrió la puerta de la iglesia; todos voltearon a ver

quién venía. El rostro de José comenzó a asomarse tímidamente en la puerta; todos los presentes voltearon a mirarlo, al principio en silencio; luego se escucharon varias voces diciendo: ¡Es José! La figura de José desapareció y se abrió completamente la puerta de la iglesia. En medio de la enceguedora luz que entraba desde la calle, se dibujaron dos figuras que caminaban presurosas y luego dos siluetas más aparecieron. Se escuchó una voz familiar.

— ¡Diego, te dije que llegaríamos a tiempo!

— Sí, Josefa, tenías razón, como siempre.

Era don Diego, doña Josefa, con las señoritas Josefa María y Rosa Mercedes. También llegaron muchos de los trabajadores de la casa de los García de Quevedo y Aldama en Coro.

— ¡Doña Josefa, Diego, primo querido! ¡Qué sorpresa, qué alegría que pudieron venir! Josefa María y Rosa Mercedes, Dios las bendiga por haber venido para acompañar a su hermano en este momento tan importante.

— Tú bien lo sabes, primo, que cuando a doña Josefa se le mete algo en la cabeza, no hay quien pueda con ella —comentó don Diego sonriendo.

Todos rieron por la respuesta de don Diego.

El padre Manuel Esteban pidió a todos volver a sus lugares para comenzar la ceremonia:

— Hermanos y hermanas en Cristo, familiares y

amigos. Nos reunimos hoy ante Dios y esta comunidad para unir en santo matrimonio a Manuel Antonio y Paula. Este acto es, ante todo, un sacramento, un signo visible del amor invisible de Cristo por su Iglesia.

Reconocemos ante Dios que este matrimonio se celebra en circunstancias que el mundo considera inusuales. Las injustas normas de la iglesia de proteger la «pureza racial» y evitar «matrimonios desiguales»; el tener que pagar una «dispensa de calidad», conocida como «Gracias al Sacar», es inaceptable y va en contra de los principios cristianos.

Paula ha conocido la condición de esclava. La esclavitud es una institución antigua, que es regulada por las leyes de los hombres y es considerada lícita bajo ciertas condiciones. Para la verdadera iglesia, la esclavitud es una condición totalmente injusta y marca profundamente la vida de la persona sometida a esta atrocidad. Manuel Antonio, nacido libre, ha elegido, movido por el amor y su fe cristiana, unir su destino al de ella.

Más allá de las condiciones terrenales, la palabra de Dios nos ilumina. El apóstol Pablo enseña: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3, 28). Con el bautismo, que ambos han recibido, sus almas fueron lavadas por igual. Ante este altar, no se presenta un hombre libre y una esclava liberada, sino dos almas redimidas por la

misma Sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo; son dos hijos de Dios llamados a la misma libertad gloriosa que tienen todos los hijos de Dios.

El verdadero cautiverio del que Cristo nos redime no es primariamente el del cuerpo, sino el del alma: de la esclavitud del pecado, de las pasiones y del demonio. En ese sentido, todos, señores y siervos, nacemos esclavos y solo en Cristo encontramos la libertad verdadera. Paula, al recibir la fe del bautismo, ya experimentó la liberación más profunda. Su matrimonio es una nueva expresión de esa libertad, ahora ejercida en el amor y el respeto mutuo.

María, la madre de Dios, al aceptar la voluntad divina, se declaró «la esclava del Señor». Este título, lejos de significar indignidad o sumisión opresiva, refleja la máxima dignidad: la de cooperar libremente con el plan de amor de Dios. De su «sí» nació la Iglesia. Del «sí» que hoy pronunciáis nacerá una iglesia doméstica, una célula viva del Cuerpo de Cristo: una familia.

A ti, Manuel Antonio, se te exhorta a tratar a tu esposa no según la costumbre de un amo, sino según la caridad de un hermano en Cristo, «como a hermano muy amado». Recuerda las palabras de San Pablo a los amos: «Amos, tratad con justicia y equidad a vuestros siervos, sabiendo que vosotros también tenéis un Señor en el cielo» (Colosenses 4,1). Tu autoridad en el hogar debe ser un reflejo de la autoridad amorosa y servicial de Cristo.

A ti, Paula, se te anima a servir a tu esposo y a vuestro hogar con la sinceridad del corazón, «como al Señor y no a los hombres», sabiendo que de Dios recibirás la recompensa. Vuestra unión será un testimonio vivo de que en Cristo las barreras que dividen a la humanidad pueden ser superadas por un vínculo más fuerte: el del amor santo.

Que el amor que hoy juráis sea paciente, sea servicial; que no busque su interés, sino el del otro. Que vuestra casa sea un lugar donde se viva la justicia, la equidad y la misericordia. Que, imitando a los primeros cristianos, vuestra vida común sea una demostración de que en la Iglesia de Dios no se hace distinción por condición social. Que la Santísima Virgen María, cuya fe hizo posible que Dios entrara en la historia, cubra con su manto este matrimonio. Que San José, custodio del Redentor, proteja vuestro hogar. Ahora, ante Dios y esta asamblea, procedamos a la celebración de este vínculo sagrado.

Manuel Antonio, ¿recibes a Paula para ser tu esposa, para vivir con ella en santo matrimonio, amándola, honrándola y cuidándola en salud y enfermedad, riqueza o pobreza, por el resto de sus vidas?

— Sí, quiero —respondió Manuel Antonio.

Paula, ¿recibes a Manuel Antonio para ser tu esposo, para vivir con él en santo matrimonio, amándolo, honrándolo y cuidándolo en salud y enfermedad, riqueza o pobreza, por el resto de sus vidas?

— Sí, quiero —respondió Paula.

— Yo, Manuel Antonio, te tomo a ti, Paula, para ser mi esposa. Prometo amarte y cuidarte, en la alegría y en el dolor, mientras ambos vivamos, ante Dios y estos testigos.

— Yo, Paula, te tomo a ti, Manuel Antonio, para ser mi esposo. Prometo amarte y cuidarte, en la alegría y en el dolor, mientras ambos vivamos, ante Dios y estos testigos.

— Paula, recibe este anillo como símbolo de mi amor y fidelidad, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

— Manuel Antonio, recibe este anillo como símbolo de mi amor y fidelidad, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Paula y Manuel Antonio encendieron una vela, simbolizando que se convierten en uno solo con la luz de Cristo.

— Al haberse prometido amor y fidelidad, los declaro marido y mujer. Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre. Señor, bendice a este nuevo hogar. Manuel Antonio, ¡puedes besar a la novia!

Familia y amigos, les presento por primera vez a la pareja: Manuel Antonio y Paula García de Quevedo y Aldama.

Semana Santa

Luego de concluida la ceremonia, se reunieron brevemente en la casa del padre Manuel Esteban y prepararon todo para regresar. No querían llamar la atención sobre su presencia y querían partir lo antes posible.

— Manuel Esteban —dijo don Diego sonriendo—, primo querido, te agradezco mucho que hayas realizado este matrimonio.

— Diego, es muy injusto lo que están haciendo con nuestra familia, ese ensañamiento sin sentido, solo porque Paula es diferente, por su color. Eso no lo puedo permitir. Pero nuevos tiempos están llegando, primo.

— Sí, eso he escuchado —dijo Manuel Antonio, quien presenciaba la conversación—. Conocí a don José María España, que en paz descansa; estoy enterado de lo que le pasó y de sus ideas. Estoy de acuerdo con usted, tiempos de cambios vienen, es inevitable. Tanto Paula como yo estamos muy agradecidos por su apoyo. Cuídese mucho, serán tiempos peligrosos. Recuerde que en nuestras casas en Coro y en El Hato será usted siempre bienvenido.

— Gracias, Manuel Antonio. Aquí tienes una copia de tu acta del matrimonio; es una copia fiel del libro de la iglesia. Así tendrán una prueba irrefutable de su

unión matrimonial. Créeme, lo necesitarán.

Se despidieron todos; don Diego, doña Josefa y los trabajadores que asistieron regresaron a Coro. Entretanto, Paula, Manuel Antonio, Marc Pol y sus trabajadores regresaron a El Hato. Paula tenía presentimientos; debía consultar a la Salabanda o a los caracoles. Pero eso sería luego; ahora quería dedicarse a los placeres del amor con su amado Manuel Antonio. Ya tendría tiempo para consultar a los orishas.

La vida familiar de los García de Quevedo y Aldama continuó tanto en Coro como en El Hato. Josefa María y Rosa Mercedes tenían novios y estaban comprometidas para casarse el próximo diciembre. Rosa Mercedes estaba de novia con Francisco Xavier Irausquín, a quien conocía desde hace años, y Josefa María, comprometida con José Ildefonso Falcón, con quien intercambió mensajes desde niños. Tanto Francisco Xavier como José Ildefonso formaban parte de las Milicias de Blancos de Coro; gran parte de la élite blanca de Coro formó parte de este cuerpo militar. Estas milicias eran la forma que tenía la corona española de tener cuerpos armados sin tener que mantenerlos. Sus miembros, todos de buena posición económica, sostenían a las milicias y sus rangos eran reconocidos por el ejército regular.

En El Hato, Paula y Manuel Antonio seguían su vida de casados; sus ideas mejoraban la producción de El Hato y recibían nuevamente barcos con mercancías

en Adícora. Paula decidió que era el momento de consultar a los orishas o a la Salabanda. Era la hora de saber qué venía para la familia. Se fue a un lugar solitario, lejos de la casa, para lanzar los caracoles y hacer su lectura. Los mensajes fueron: Eyíoco: Flecha entre hermanos. Ananagú: a la isla no llegarán las serpientes. Después de unas horas, regresó a su cuarto a descansar; esas sesiones la agotaban, se quedó dormida. Despertó cuando sintió a Manuel Antonio recostarse a su lado.

— ¿Cómo estás, amor?

— Estaba muy agotada y me dormí —respondió Paula, mientras le daba un beso—. Quiero contarte lo que me revelaron los caracoles. Como ya sabes, viene la guerra entre hermanos; será larga y cruenta.

Los caracoles dijeron Eyíoco: Flecha entre hermanos. Moisés me lo advirtió hace tiempo, ¿recuerdas? Los caracoles dijeron Oggundá: Discusión, tragedia por una cosa. Tendremos que huir de esta tierra; los enemigos del Rey nos van a quitar todo, porque tu familia es fiel a la corona española. También dijeron Ananagú: a la isla no llegarán las serpientes. Creo que nos aconsejan irnos a una isla.

Lo que debemos hacer es decidir a cuál isla nos iremos. Tenemos que reunirnos con toda la familia para contarles y decidir qué hacer. Debemos ir a Coro pronto.

— Ya viene la Semana Santa. Es el momento propicio

para nuestro regreso —afirmó Manuel Antonio.

Manuel Antonio y Paula llegaron entrada la noche a la casa de los García de Quevedo y Aldama en Coro. No querían llamar la atención con su llegada. Todos en la casa se levantaron al sentir la llegada de Manuel y Paula. Se reunieron en la sala a conversar y ponerse al día con los acontecimientos. Pasado un buen rato de conversación, Paula comenzó a explicar el mensaje de los orishas por medio de los caracoles.

— Me dijo don Basilio que Caracas es un mar de rumores —comentó don Diego con preocupación—. Que hay una tal Sociedad Patriótica, integrada por los llamados mantuanos caraqueños, que anda pidiendo la independencia de España. Te puedo asegurar que Coro no aceptará declarar la Independencia. Somos fieles a la Corona española. Muchas provincias de la Capitanía están con Su Majestad el Rey. Esto va a terminar en una guerra. ¡Qué tristeza, hijos míos!

— Si confiamos en lo que nos dice Paula —respondió Manuel Antonio—, el bando de los independentistas va a ir en contra de los que apoyaron a la corona española y les confiscará sus bienes. Debemos prepararnos para este escenario, no deseado, pero posible. ¿A qué lugar nos deberíamos ir?

— Creo que Aruba es el lugar apropiado —dijo con gran seguridad Josefa María—. Está muy cerca de Coro; no está bajo el gobierno del Rey de España, tenemos buenas relaciones comerciales con Aruba,

sería muy fácil adquirir propiedades allí y preparar nuestra casa.

Todos voltearon a ver a Josefa María.

— Hija, no dejas de sorprenderme —dijo Don Diego— Tienes razón, Aruba es ideal; voy a conversarlo con don Basilio.

— ¡Qué orgullosa estoy de nuestros hijos! —exclamó doña Josefa—, incluyéndote, Paula.

— Nuestra familia sobrevivirá a todo este trance amargo que se avecina; permanecer unidos es la clave para sobrevivir. Ahora vámonos a descansar; mañana viernes debemos cumplir con el ayuno y el sábado es el día de silencio y luto. Por la noche celebraremos la Vigilia Pascual. El Domingo de Resurrección es obligatorio ir a misa. ¿Van ustedes a acompañarnos a la misa del Domingo de Resurrección? —preguntó doña Josefa, dirigiéndose a Manuel y Paula.

— Sí, iremos. ¡Ya es hora de presentarnos!

La resucitada

En la vida hay momentos que marcan y cambian la historia de las personas, las sociedades y los países. Esta Semana Santa es uno de esos momentos para la Capitanía General de Venezuela.

En la ciudad de Caracas, jóvenes mantuanos, adolescentes, se movilizan frenéticamente con un objetivo claro. Han escuchado en sus casas comentar a sus mayores la crisis de la monarquía española. Han escuchado de la candidez, por decir lo menos, del Rey de España Fernando VII y la astucia de Napoleón Bonaparte. Saben de la desintegración, en enero de 1810, de la Junta Suprema Central que se autoproclamó sustituta de Fernando VII. Pero la realidad imperante obliga a la sociedad caraqueña a vivir acontecimientos inesperados.

Los asistentes a la misa se sorprenden cuando un grupo de hombres del cabildo de la ciudad gritan a las puertas de la catedral: ¡A cabildo! ¡A cabildo!, obligando al Capitán General, don Vicente Emparan, a acudir por segunda vez en ese día a la sede del ayuntamiento caraqueño. La multitud llenaba la plaza, y una importante fecha religiosa se convierte en una fecha de importancia política, donde los jóvenes mantuanos, que se agrupan en la Sociedad Patriótica, bajo el liderazgo de su fundador Francisco de Miranda, asumen un papel fundamental en el

desenlace de los acontecimientos. El Capitán General don Vicente Emparan renuncia y pronuncia la famosa frase «yo tampoco quiero mando», ante la negativa de los presentes a reconocerlo como autoridad. La rueda del cambio comenzó a girar indetenible. Había llegado el momento para la declaración de independencia de Venezuela. Muchos de los protagonistas de los eventos ocurridos en esa Semana Santa de 1810 nunca imaginaron que lucharían en una de las guerras más sanguinarias de todos los procesos independentistas en América.

Entretanto, se reunían varios de los jefes de familia más importantes de Coro en la casa de don Avelino de la Colina y Aldama, bajo la refrescante sombra del «salón mamón».

— Estoy muy preocupado por los rumores que llegan desde Caracas —dijo don Miguel Camejo—. El traidor Miranda y su Sociedad Patriótica están presionando para desconocer a las autoridades y crear un gobierno propio. Es decir, declarar la independencia de España.

— Coro, les puedo asegurar que seguirá siendo fiel a la corona española —dijo don Nicomedes Chirino.

— Aquí en Coro hay muy pocos partidarios de la Independencia —afirmó don Anselmo Tellería—; solo algunos curitas, como el de Moruy y el padre Talavera, tienen aparente simpatía por este movimiento. Creo que debemos vigilar al padre Talavera para no llevarnos una sorpresa; recordemos

lo que ocurrió con su sobrina Josefa Camejo, que trató de unirse al traidor Miranda.

— ¿Qué saben ustedes de los García de Quevedo y Aldama? —preguntó don Anselmo Tellería.

— La verdad, no sé mucho; están de capa caída, muy callados —afirmó don Miguel Camejo—. Sus esclavos, o sus «trabajadores», como a ellos les gusta llamarlos ahora, no dicen mucho. Creo que la desaparición de la esclava Paula y los rumores que inventamos afectaron mucho a Manuel Antonio; debe estar destruido; no se le ha visto más en Coro. Cuando muera don Diego, se vendrán al suelo; el otro hijo, Pedro Alfonso, está en España; cuando se entere, ya será muy tarde.

Bueno, debemos irnos con nuestras familias; dentro de poco comienza la Vigilia Pascual. Me despido de sus excelencias; nos vemos mañana.

Doña Josefa y sus hijas se dedicaron a confeccionarle el traje que llevaría Paula para ir a la misa del Domingo de Resurrección. Querían que llevara un hermoso vestido, que causara un gran impacto en las damas asistentes y también en sus enemigos.

— ¡Qué problema, Paula! ¡Eres muy alta! —exclamó Rosa Mercedes— y nosotras muy bajitas.

Todas rieron por la ocurrencia de Rosa Mercedes.

— Pero ya casi lo tenemos —dijo Josefa María—, unas puntadas más y listo. Es increíble, con dos vestidos nuestros pudimos hacer uno para ti.

¡Sí somos muy bajitas!

Todas comenzaron a reír a carcajadas nuevamente.

— ¡Niñas, que estamos en Semana Santa! —exclamó doña Josefa.

Todas se quedaron en silencio por un momento y luego comenzaron a reír de nuevo, con más intensidad, incluyendo a doña Josefa.

El domingo en la madrugada todos estaban preparados; la misa estaba pautaada para las siete de la mañana. Se reunieron en la sala de la casa y salieron por la puerta principal, con don Diego y doña Josefa a la cabeza. Le seguían Manuel Antonio y Paula, con un vestido muy hermoso. Luego venían Josefa María y Rosa Mercedes.

Salieron aún en penumbras; como era costumbre, caminaron hasta la iglesia catedral; allí tenían sus asientos con el nombre de la familia, que casualmente estaban ubicados delante de la familia Camejo y detrás de los Tellería. Caminaron despacio, con la mirada al frente, sin hacer caso de los curiosos en las calles, que los observaban y ya comentaban sobre la presencia de Paula en la comitiva. Pasaron por la Plaza Mayor y enfilaron hacia la catedral.

La misa estaba a punto de comenzar; los monaguillos terminaron de preparar todo para la salida del oficiante. Ya casi todos los asientos estaban ocupados. Don Anselmo Tellería volteó a mirar a don Miguel Camejo. Le señaló los asientos vacíos de los García de

Quevedo y Aldama, e hizo un gesto de ¿dónde están? Miguel Camejo respondió con gesto de ¡no sé! Ambos rieron a carcajadas.

Repentinamente, un intenso rumor se apoderó de la iglesia. Todos miraron hacia la puerta. Don Miguel Camejo, don Anselmo Tellería, don Avelino de la Colina y don Nicomedes Chirino no podían creer lo que veían. Los García de Quevedo y Aldama hicieron su entrada a la iglesia catedral con Paula, quien venía tomada del brazo con Manuel Antonio; vestía un traje hermosísimo que resaltaba su belleza natural. A medida que avanzaban por el pasillo central de la iglesia, todos miraban a Paula asombrados. Entraron a sus asientos y se sentaron.

— ¿Cómo está don Miguel Camejo? —dijo Paula, con una leve sonrisa en su rostro.

Volteó y saludó a don Anselmo Tellería y a Rosa Cornelia, quien acompañaba a doña Mariana de Tellería. Rosa Cornelia respondió el saludo con una amplia sonrisa, que mostraba genuina y pícara alegría.

El anuncio de la entrada del oficiante, el vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar, puso fin a los murmullos y reinó nuevamente el silencio. El sacerdote se santiguó y, en latín, dio inicio a la misa proclamando el Introito ad altare Dei («Entraré al altar de Dios»). La ceremonia fue muy hermosa, con cánticos alegres que contrastaban con la austeridad de los días previos y marcaban el comienzo del tiempo

de Pascua. La misa terminó y los cargadores procedieron a alinearse para levantar la imagen del Santo Cristo y sacarla de la iglesia. El vicario se ubicó en la puerta de la iglesia para incensar las andas antes de iniciar la procesión. «El Resucitado» comenzó a transitar por las calles empedradas de Coro, acompañado por música alegre y la participación de buena parte de la población.

En la procesión, todos comentaban la llegada de los García de Quevedo y Aldama, con Paula aferrada al brazo de Manuel Antonio. ¿Están ellos viviendo amancebados, en pecado? ¿Dónde estaba Paula? ¿Por qué desapareció tanto tiempo? Estas y otras fantasiosas hipótesis corrían como pólvora encendida entre la multitud presente. Lo único en que todos estaban de acuerdo es que este era un Domingo de Resurrección inolvidable: ¡apareció «La Resucitada»!

En medio de la procesión, don Anselmo Tellería se abría paso a empujones en busca de Miguel Camejo. Lo encontró y lo tomó fuertemente del brazo:

— ¡Necesitamos una explicación, Miguel! ¿Cómo es posible que haya vuelto esa negra ladina? ¡Ese capitán que contrataste nos traiciono!

— Don Miguel tomó a don Anselmo por la pechera de su traje y respondió iracundo: ¡Aquí no! Luego hablamos, irrespeto!, estoy con mi familia en la procesión.

Don Anselmo Tellería se quedó inmóvil en medio de la multitud, mirando muy molesto a don Miguel, que continuó caminando con su familia en procesión.

Entretanto, don Avelino de la Colina y don Nicomedes Chirino se fueron a buscar al vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar para denunciar una situación de pecado flagrante. Denunciar que Manuel Antonio y Paula vivían juntos sin casarse, amancebados. Ellos debían ser considerados pecadores por la Iglesia Católica, ya que el concubinato es fornicación, lo que es un pecado contra el sexto mandamiento y, además, constituía un delito que debía ser perseguido por la ley civil. El vicario escuchó la denuncia con atención y prometió tomar las acciones necesarias para terminar con esa inaceptable situación.



La inquisición

Cumpliendo con la promesa hecha a sus amigos don Avelino de la Colina y don Nicomedes Chirino, el vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar se reunió con el obispo don Rafael Lasso de la Vega para explicarle la situación de amancebamiento y fornicación de Manuel Antonio y la esclava Paula.

— Voy a convocar al Santo Oficio —respondió el obispo—. Hablaré con el comisario de la Santa Inquisición, el doctor Gregorio Loaiza, para que envíe al alguacil Barrientos a la casa de los García de Quevedo y Aldama y traiga a los denunciados ante el tribunal. Don Diego es un buen amigo, así que espero que la denuncia esté bien fundamentada, señor vicario.

— Claro que sí, señor obispo —respondió el vicario Villamizar—. No consta el matrimonio de esa pareja en los libros parroquiales de ninguna iglesia de Coro, Cumarebo o La Vela; por tanto, viven en pecado público y manifiesto.

— Espero que así sea, señor vicario, espero que así sea —respondió el obispo—. Le avisaré cuando realicemos la audiencia.

El vicario salió de la audiencia preocupado y se fue a la casa de don Avelino de la Colina, para conversar sobre la denuncia que le presentaron el Domingo de

Resurrección.

— Don Avelino, ya el obispo está informado —explicó el vicario Villamizar— y va a ordenar al comisario de la Inquisición que traiga a los acusados al tribunal para escuchar sus declaraciones. Estoy un poco preocupado con este asunto. ¿Están seguros de lo que afirman usted y don Nicomedes Chirino?

— Señor vicario, no se preocupe —respondió don Avelino—. Como usted sabe, hablamos con todos los curas de Coro, Cumarebo y La Vela para que no les permitieran celebrar su matrimonio, así que no hay nada de qué preocuparse, están en pecado y pagarán por eso.

Dos días después, Barrientos, el alguacil de la Inquisición, se presentó a la casa de los García de Quevedo y Aldama y pidió hablar con Manuel Antonio y Paula. Les pidió que le acompañaran a la sede del Santo Oficio para un interrogatorio debido a una denuncia en su contra. Manuel Antonio y Paula accedieron y le acompañaron. Manuel Antonio buscó, antes de salir, la copia del acta de matrimonio que reposaba en la iglesia de Moruy.

Al llegar a la sede del Santo Oficio, estaban presentes el obispo don Rafael Lasso de la Vega y el vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar.

— Buenas tardes —dijo el doctor Gregorio Loaiza—. Don Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama y Paula García, esclava liberada; el motivo por el cual

están aquí es por una grave denuncia presentada en su contra al vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar, por parte de dos distinguidos pobladores. Se les acusa de vivir en pecado, fornicando sin estar casados, en situación de amancebamiento. ¿Están ustedes conscientes de la gravedad de este hecho?

— Sí, doctor Loaiza, estamos conscientes, pero esta denuncia no tiene sustentación alguna; permítame entregarle copia de nuestra acta de matrimonio expedida por el presbítero Manuel Esteban García del pueblo de Moruy.

El doctor Loaiza recibió el documento, lo revisó con cuidado y afirmó:

— Este documento parece válido, tiene la firma del presbítero Manuel Esteban García y de los testigos. Creo que estamos en presencia de una denuncia falsa; no obstante, enviaremos al alguacil a Moruy a verificar el libro de matrimonios, para eliminar definitivamente cualquier duda. Este tribunal ofrece sus disculpas a estos buenos cristianos, debidamente bautizados y casados por la iglesia. ¿Tienen algo que decir?

— Muchas gracias por sus palabras, doctor Loaiza. Ahora quisiéramos conocer la identidad de los denunciantes, pues pensamos emprender acciones legales en su contra. Creo que el vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar debería hacer lo mismo, ya que lo han colocado en una mala posición ante este

tribunal, se han aprovechado de su buena fe y ésto, a mi juicio, es inaceptable.

— Vicario provisor Luis Dionisio de Villamizar —dijo al doctor Gregorio Loaiza—, ¿puede darles los nombres de los denunciantes temerarios a don Manuel Antonio?

El vicario se levantó de su asiento tembloroso y dirigió una mirada al obispo, quien tenía un semblante que transmitía una profunda molestia.

— Las personas que me presentaron la denuncia fueron don Avelino de la Colina y don Nicomedes Chirino. Ellos se acercaron a mí el Domingo de Resurrección a presentar su denuncia; lamento haber confiado en ellos. Me dijeron que ellos habían hablado con todos los sacerdotes de Coro, Cumarebo y La Vela para que no aceptaran realizar el matrimonio de los acusados. Les pido mis disculpas por esta situación.

— Todo lo que se ha dicho aquí ha sido debidamente anotado —explicó el doctor Gregorio Loaiza—. El expediente se mantendrá abierto hasta la verificación por parte del alguacil del acta de matrimonio presentada hoy aquí por don Manuel Antonio. Una vez confirmado, el caso será cerrado, sellado y enviado al tribunal de la Inquisición en Cartagena de Indias para su registro y archivo. Don Manuel Antonio y Paula pueden regresar a su casa; esta denuncia no procede. Se pueden retirar. Agradezco al vicario permanecer aquí; debemos aclarar algunas

cosas que manifestó en su declaración y que son contrarias a los principios cristianos.

Manuel Antonio y Paula salieron de la sede del Santo Oficio y don Diego les esperaba en la entrada. No muy lejos estaban también los espías de don Avelino y don Nicomedes, esperando que se llevaran a Manuel Antonio y a Paula a la prisión. Al verlos salir, se fueron a avisarles a sus amos.

— Manuel Antonio y Paula, qué alegría verlos salir libres —dijo don Diego, mientras los abrazaba—. Josefa está en casa hecha un manojo de nervios, así como las hijas y todos los trabajadores. Ya envié a Julio para avisarles la buena nueva. ¡Qué bueno que todo salió bien! ¿Quiénes son los denunciantes?

— Dos de nuestros enemigos —respondió Manuel Antonio— fueron don Avelino de la Colina y don Nicomedes Chirino. El que quedó muy mal parado fue el vicario Villamizar; se asustó muchísimo y dijo lo que habían hecho don Avelino y don Nicomedes para que los curas de Coro, Cumarebo y La Vela nos negaran el sacramento del matrimonio. Le pidieron que se quedara para revisar lo que afirmó.

— Vicario Villamizar, explíquenos, por favor, su afirmación de que don Avelino y don Nicomedes conspiraron para que les negaran el sacramento del matrimonio a don Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama y a Paula García —preguntó el doctor Loaiza.

El vicario dirigió su mirada al obispo.

— Luego de reunirme con el señor Obispo, me entraron dudas sobre esta denuncia y fui a la casa de don Avelino, y él me dijo lo que habían hecho, eso de hablar con los sacerdotes de Coro, Cumarebo y La Vela para que no realizaran el matrimonio, que no me preocupara, que estaban en pecado.

— Esto es muy grave —declaró el doctor Loaiza—. Va en contra de los fundamentos de la doctrina cristiana; no se puede negar o influir para que se le niegue un sacramento a un semejante. Vamos a citar a los denunciantes temerarios, pues han cometido una falta grave; luego nos encargaremos de los sacerdotes que aceptaron unirse a esta conspiración. Voy a girar las órdenes al alguacil para traer a los involucrados. Terminamos por hoy.

Al día siguiente, muy temprano, la balandra «Santa Rita» llegaba al puerto de La Vela, procedente del puerto de La Guaira. Su propietario, don José Navarro y Verdugo, fue el portador de las novedades de lo ocurrido en Caracas: se había declarado la Independencia de Venezuela.

Don José informó a las autoridades lo ocurrido en Caracas. Convocaron a una reunión urgente de todas las autoridades e invitaron a los notables de la ciudad.

La decisión fue unánime: Coro se mantiene leal a la Corona Española y no reconoce a la Junta Suprema de Caracas.

Matrimonios

La Declaración de Independencia fue de facto para todo el territorio que conformaba la Capitanía General de Venezuela. No obstante, pronto surgieron las disidencias, unos pronunciándose por la unión y la lealtad a España, otros por la separación y la independencia. Las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana no aceptaron la Declaración de Independencia y se mantuvieron leales a España.

Existía mucha desconfianza entre los pardos, que no veían bien a los mantuanos caraqueños liderando la independencia; lo veían como una maniobra de los caraqueños para mantener sus privilegios y hegemonía. Todos estos eventos trastocan la vida de la ciudad de Coro; la prioridad de las autoridades era comenzar los preparativos para combatir a los independentistas.

Enviaron emisarios a Maracaibo para acordar apoyo mutuo de tropas y parque. Todas las demás instituciones de Coro quedaron subordinadas a este objetivo. Nada como un enemigo común externo para que enemigos y rivales se unan y dejen las cuentas pendientes para más tarde. La Santa Inquisición pausó sus actividades y decisiones para momentos más oportunos.

En la casa de los García de Quevedo y Aldama, dos

jóvenes oficiales de las milicias de blancos de Coro esperaban en la sala por la presencia de don Diego y doña Josefa. Eran los prometidos de las hijas: los tenientes Francisco Xavier Irausquín, prometido de Rosa Mercedes, y José Ildefonso Falcón, prometido de Josefa María.

— Buenas tardes, bienvenidos. ¿A qué debemos esta inesperada visita?

— Buenas tardes —exclamaron casi al unísono los jóvenes oficiales—. Agradecemos que nos recibieran sin previo aviso —dijo Francisco Xavier.

— La inminencia de enfrentamientos con la junta de Caracas es casi un hecho. Sabemos que están organizando un contingente que estará al mando del marqués del Toro y pronto vendrán a Coro a tratar de someternos —explicó José Ildefonso Falcón—. Esto nos ha motivado a solicitarles su bendición para realizar nuestros matrimonios la próxima semana en la catedral de Coro.

— Ya hemos pedido permiso a nuestros padres y a nuestros comandantes —continuó Francisco Xavier— y han sido concedidos.

Detrás de la puerta de la sala, estaban inmóviles, escuchando, tomadas de las manos, Rosa Mercedes y Josefa María.

— La verdad, no sé que decirles —dijo don Diego—. Esto es algo precipitado, pero entiendo la urgencia. ¿Qué opinas, Josefa?

— Creo que debemos preguntar a nuestras hijas si están de acuerdo —respondió doña Josefa—. Creo que deben estar detrás de la puerta escuchando la conversación. ¡Salgan, sé que están allí!

Las dos entraron corriendo y se colocaron al lado de sus respectivos prometidos sonriendo.

— Ya seguramente escucharon toda la conversación. ¿Están de acuerdo con la propuesta de matrimonio?

— ¡Sí, estamos de acuerdo! —respondieron las hermanas.

— Estamos de acuerdo todos —dijo don Diego—. Ahora celebremos. ¡Julio, por favor, trae vino para celebrar! Y ustedes pueden darse un beso, ¡pero solo uno!

Todos rieron y celebraron la decisión.

Paula y Manuel Antonio se unieron a la reunión. Al entrar Paula a la sala, los jóvenes oficiales quedaron desconcertados con su presencia; su estatura y belleza los impresionaron, dudaron qué hacer. José Ildefonso Falcón tomó la iniciativa y saludó a Manuel Antonio y a Paula.

— Don Manuel Antonio, ¿cómo está? —Doña Paula, gusto en saludarla —dijo José Ildefonso Falcón.

— Saludos, Manuel Antonio y doña Paula, un gusto conocerla —dijo Francisco Xavier inclinándose ligeramente—. La había visto de lejos; nunca nos habían presentado formalmente. Les confieso que su

entrada a la catedral el Domingo de Resurrección fue algo memorable; todo el mundo quedó impresionado con su elegancia.

— Gracias, don Francisco, agradezco sus palabras, igual para usted, don José Ildefonso Falcón. Me alegra que ustedes hayan tomado esta decisión de contraer matrimonio; con mis cuñadas, Rosa Mercedes y Josefa María, son muy lindas personas; deseo que sean muy felices.

Al terminar la reunión, Rosa Mercedes y Josefa María se llevaron a Paula a su cuarto; querían pedirle algo muy especial.

— Paula, ayúdanos —suplicó Rosa Mercedes.

— ¿Qué ocurre? Hoy es un día tan especial, ¿qué puede estar ocurriendo?

— Queremos saber sobre el futuro de nuestros esposos —respondió Josefa María— por medio de los caracoles o la Salabanda. Ellos son oficiales del ejército del Rey, es muy posible que entren en combate y...

— Entiendo —interrumpió Paula—, pero sin ellos presentes no es posible hacer lo que piden y saben bien que, si lo hago con ellos presentes, quedo expuesta a la Santa Inquisición.

— Tienes razón, Paula, lo lamento —respondió Josefa María.

— Pero puedo hacerlo con ustedes, ¿qué les parece?

Ambas hermanas saltaron de la cama alegres.

— ¡Es una buena idea! —exclamaron casi al unísono.

Estuvieron hasta la madrugada dedicadas a la lectura de los caracoles caurí. Los mensajes de los orishas mostraron para ambas hermanas que tendrían familia: cuatro hijos para Josefa María y tres para Rosa Mercedes, lo que quería decir que sus esposos sobrevivirían a la guerra. Eso las alegró mucho y prometieron no comentar nada de esta sesión de lectura de caracoles.



La batalla de Coro

Tal como se acordó, los matrimonios se realizaron en la catedral de Coro el domingo 17 de junio de 1810. Rosa Mercedes y Josefa María dejaron la casa donde nacieron y se fueron a las casas de sus respectivos esposos.

Doña Josefa y don Diego se sentaron a la mesa para cenar.

— Nos estamos quedando solos, Diego —dijo en tono melancólico doña Josefa.

— Pronto se marcharán Paula y Manuel Antonio para El Hato. Esta casa nos está quedando grande.

— Vendrán los nietos, Josefa. Vendrán los nietos.

Paula y Manuel llegaron al comedor en ese momento.

— Buenas noches, la bendición —exclamó Manuel Antonio.

— Buenas noches, don Diego y doña Josefa —dijo Paula—. Les veo las caras tristes; creo que ya extrañan a las niñas.

— Así es, Paula, me hacen mucha falta.

— Pero véalo así, doña Josefa, ahora tiene dos hijos más.

— ¡Míralo así, Josefa! —recalcó don Diego.

— Hablando de otro tema —dijo don Diego—, hoy el gobernador, José Ceballos, amenazó públicamente a la Junta de Caracas, dijo que los va a meter presos a todos. Nuestros informantes avisan que ya en Caracas está listo un contingente para venir a Coro. Esto se pone peor cada día.

— En dos días nos vamos para El Hato —dijo Manuel Antonio—. Debemos preparar todo para las crisis por venir; vamos a preparar almacenes ocultos y vamos a ir hasta Aruba y Curazao para conocer las oportunidades para establecernos allá. Saldremos desde Adícora. Ya he hablado con don Basilio, para que envíe nuestra balandra para ir hasta las islas. Quisiera que me prometan que, tan pronto tengan noticias sobre la cercanía de los independentistas a Coro, se vengán para El Hato. Sé de buenas fuentes que el gobernador está preparando todo para resistir en las calles de Coro. No me gustaría que estuvieran aquí cuando eso ocurra.

— Así lo haremos, hijo. Es una promesa.

En Caracas, había llegado la noticia sobre el arresto de los comisionados Vicente Tejera, Diego de Jugo y Andrés Moreno, enviados por la junta para negociar el sometimiento de Coro y Maracaibo. También conocieron de la amenaza del gobernador de Coro, coronel José Ceballos, de arrestar a los miembros de la naciente Junta Suprema. Por ello la junta designó a Francisco Rodríguez del Toro, el marqués del Toro, para ir a someter a las provincias disidentes. Un

contingente de casi cinco mil hombres comenzó a movilizarse hacia el occidente para someter a Coro y a Maracaibo. No eran un ejército disciplinado, estaban medianamente equipados y el marqués del Toro no tenía mucha experiencia militar. Estos factores combinados serían la causa del fracaso de esta expedición. Inicialmente, la junta pensaba que la expedición no tuviera que librar acción bélica alguna; pensaban que solo con la presencia del ejército los intimidaría y ayudaría al marqués para imponer condiciones a la hora de negociar su rendición. Cosa que nunca ocurrió.

Don Diego asistió esa mañana al cabildo y allí se informó de la presencia del ejército de la Junta en la ciudad de Carora y que pronto vendría a Coro. Se fue a su casa y conversó con doña Josefa sobre la situación.

— Josefa, vengo del cabildo —dijo don Diego—. Los juntistas están en Carora y pronto vendrán a Coro; creo que debemos irnos para El Hato. Nos llevaremos a todos los trabajadores; pediré un voluntario que quiera quedarse a cuidar la casa.

— Preparemos todo, Diego —respondió doña Josefa—. No quiero presenciar muertes, disparos y gritos. Solo pido a Dios que cuide a nuestras hijas y a sus maridos. Llamemos a nuestros trabajadores para explicarles lo que está pasando y la decisión que hemos tomado.

Tal como acordaron, llamaron a los trabajadores y les explicaron lo que estaba ocurriendo y la decisión de

irse para El Hato. Ubencio decidió quedarse a cuidar la casa.

— Ahora, Josefa, voy a visitar a las hijas —dijo don Diego— para decirles que nos vamos para El Hato y quiero saber si quieren venirse con nosotros o sus maridos tienen otras ideas.

— Qué angustiosa es esta situación, Diego. Antes estábamos todos juntos; ahora cada quien ha tomado su camino. Doña Josefa comenzó a llorar y don Diego la abrazó cariñosamente para consolarla.

Don Diego regresó con noticias de las hijas. Josefa María se iría con los Falcón a su hato llamado Tabe, ubicado cerca de Jadacaquiva. Rosa Mercedes sí se iría con ellos para El Hato; su esposo Francisco Xavier quería que ella estuviera con su familia en estos momentos difíciles de guerra.

La batalla de Coro fue un desastre para las fuerzas de la Junta de Caracas y tuvo serias consecuencias, pues este enfrentamiento, junto con otros, contribuyó a la caída de la Primera República. El combate fue muy intenso y, aunque los juntistas estuvieron a punto de tomar la ciudad de Coro, se retiraron por temor a la llegada de tropas leales al Rey procedentes de Maracaibo.

La retirada fue desorganizada; dejaron parque y cañones abandonados por la premura de evitar quedar entre dos frentes. Desde esta fecha de la batalla el territorio coriano no volvió a ser invadido

por los independentistas hasta 1821, idiez años después! Esto permitió la consolidación de Coro como provincia leal al Rey y creó un ambiente de seguridad y tranquilidad que permitió a los habitantes de Coro llevar sus vidas con relativa normalidad.

En estos años de tranquilidad, la familia García de Quevedo y Aldama tuvo pérdidas de seres queridos y la llegada de nuevos miembros de la familia.



La nueva generación

Luego de la batalla de Coro, los García de Quevedo y Aldama regresaron a la ciudad; las hijas regresaron con sus esposos. Manuel Antonio y Paula visitaron Aruba y Curazao; los acompañó don Basilio, quien también estaba interesado en establecer una sucursal del negocio en Aruba. Había identificado oportunidades de intercambio de frutas y vegetales frescos traídos desde la Sierra de Coro por productos europeos venidos desde Francia, Holanda, Países Bajos del Sur e Italia. También viajó con ellos Marc Pol; dejaba su trabajo en El Hato para irse a Europa y con la secreta intención de encontrarse con Pedro Alfonso, tal como lo habían acordado. Desde Aruba, tomaría un filibote de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales hasta Ámsterdam, donde lo esperaba su amado Pedro Alfonso.

Los nietos llegaron: un varón de Rosa Mercedes, bautizado Eulogio, y una niña, bautizada Mercedes, de Josefa María. Paula y Manuel Antonio estaban en espera de su primer hijo, que Paula decía era un varón y pensaban llamarlo Diego. Una mañana, don Diego se trató de levantar de la cama y le dio un fuerte dolor en el pecho. Doña Josefa y los sirvientes trataron de ayudarlo; Julio fue a buscar al médico don Juan Bautista Oberto a su casa para que lo atendiera. Cuando llegó el doctor Oberto, ya era tarde; don

Diego agonizaba, tomado de la mano de su amada Josefa.

— Dile a mis hijos que los quiero y los bendigo —dijo don Diego antes de fallecer.

Doña Josefa lloró mucho; los sirvientes avisaron a sus hijas, que llegaron desconsoladas acompañadas de sus esposos. Doña Josefa pidió a Julio que se fuera hasta El Hato, para avisar a Manuel Antonio y Paula.

Se realizó el velorio en la casa de los García de Quevedo y Aldama. Manuel Antonio llegó al siguiente día al amanecer, acompañado por Julio. Debido al avanzado estado del embarazo de Paula, decidieron que no era conveniente que hiciera el viaje. Al llegar, corrió a abrazar a su madre y a sus hermanas. Luego se dirigió a ver el cadáver de su padre, se paró frente a él y lo observó incrédulo por unos minutos; luego colocó sus manos en su rostro y comenzó a llorar; después se acercó despacio y le dio un beso en la frente.

Culminada la misa exequial, el cortejo se dirigió al cementerio; allí don Basilio pidió permiso a la familia para decir unas palabras:

— Hoy no tengo la intención de despedirme, sino de expresar mi gratitud. Debo agradecer por cada momento y cada alegría compartida con Diego. Te convertiste en algo más que un amigo y un socio, te convertiste en mi hermano espiritual. Me quedo con la tranquilidad y la felicidad que provocabas. Aunque

hoy mi corazón está roto, la suerte de haberte conocido es un regalo que llevaré siempre conmigo. Ve en paz, amigo mío, porque tu recuerdo seguirá vivo en cada uno de nosotros y yo estaré siempre cuidando de tu familia.

Al siguiente día del sepelio, se reunieron doña Josefa, las hijas, Manuel Antonio, don Basilio y los empleados al servicio de la familia.

— Quiero agradecer a todos —dijo Manuel Antonio— por su apoyo en estos momentos tan dolorosos. Esta tarde, como todos saben, comienzan los novenarios por el descanso eterno del alma de mi querido padre, aquí en nuestra casa. Yo debo volver a El Hato mañana, ya que Paula está en los días del parto y debo estar con ella. Doña Josefa estará a cargo de los preparativos de los novenarios. También debo escribir una carta a nuestro hermano Pedro Alfonso para comunicarle la noticia de la muerte de don Diego. Cuento con usted, don Basilio, para hacerle llegar esta carta a Marc Pol, quien debe estar aún en Aruba esperando por el filibote que lo llevará a Ámsterdam; él se encargará de llevar esta carta a Pedro Alfonso. Mi madre, doña Josefa, seguirá viviendo en esta casa al cuidado de ustedes. Mis hermanas estarán visitándola en la medida de sus posibilidades; ellas tienen ahora cada una su propia familia y deben atenderla. Así que confío en ustedes, nuestros trabajadores de tantos años, para ayudar a mi madre. Les anticipo que las condiciones de su trabajo aquí no

cambian y seguirán recibiendo su pago tal como lo hacía mi padre. Ustedes son parte de nuestra familia, nos vieron crecer y nos cuidaron, siempre estuvieron allí para nosotros; eso es ser familia.

Manuel Antonio regresó a El Hato; lo recibió Bernabé.

— ¿Qué novedades hay, Bernabé?

— Ya doña Paula está con los dolores; Altagracia y Remedios están con ella; todo está preparado.

— Gracias, Bernabé. Por favor, revisa la pata delantera derecha de Bonito; comenzó a cojear, por eso desmonté y lo traje caminando. Revisa el casco a ver si tiene una piedra o una espina clavada que lo esté molestando. Bernabé lo miró y sonriendo le dijo:

— Usted es igualito a su padre, que en paz descanse, siempre cuidando a sus caballos. Ya me ocupo yo, don Manuel Antonio, no se preocupe.

Manuel Antonio corrió a la casa y, al llegar a la puerta, escuchó el llanto fuerte y claro de un bebé. Llegó a la habitación y allí estaba Paula con su hijo en brazos. Paula lo miró con lágrimas de alegría en sus ojos y dijo:

— Hijo, aquí está tu padre.

Manuel Antonio se sentó en la cama al lado de Paula, le dio un beso en la boca y le dijo:

— Gracias por este hijo, amor mío —y luego pasó su mano por la frente del bebé y le dijo—:

Dios te bendiga, Diego Antonio, bienvenido, hijo.

Bernabé llegó a la casa de los García de Quevedo y Aldama, enviado por Manuel Antonio para avisar el nacimiento de su hijo. Doña Josefa se levantó de su silla al ver llegar a Bernabé.

— ¡Un varón, doña Josefa! —exclamó Bernabé— y se va a llamar Diego, como el difunto don Diego, que en paz descanse.

— Qué alegría me has dado, Bernabé —respondió doña Josefa—. ¿Están bien Paula y el niño?



— Sí, doña Josefa —respondió Bernabé—, todo salió bien, están muy felices don Manuel Antonio y Paula.

Doña Josefa se quedó en silencio por un momento,

dudando en hacer la pregunta que rondaba en su mente: ¿de qué color era la piel del nieto? Bernabé observó la angustia de la duda en el rostro de doña Josefa.

— El señorito Diego es pardo —explicó Bernabé sonriendo—, pero tiene los ojos azules de don Diego.

Doña Josefa sonrió y agradeció a Bernabé por su comentario.

— Anda a descansar, Bernabé, lo tienes muy merecido —exclamó doña Josefa.

Doña Josefa se quedó pensando en este asunto.

— ¡Un nieto pardo! —exclamó doña Josefa—. Esto es muy difícil de aceptar, que Dios me perdone. Querido don Diego, ¡cómo te necesito en este momento! Tú me hacías entender mejor las cosas, ¿qué debo hacer? No lo van a aceptar en la escuela. ¡No es blanco! En la iglesia, no anotarán su nacimiento en los libros de blancos, lo anotarán en el libro de los pardos. ¿Cómo lo tratarán sus primos, que son blancos? ¡Esto es una pesadilla! ¡Qué tiempos nos ha tocado vivir!

La confiscación

Luego de la batalla de Coro, esta ciudad se convirtió, junto a Maracaibo, en bastión realista. Pero el estado de guerra intermitente al que estuvieron sometidas estas ciudades pasó factura a su desarrollo social y económico. El reclutamiento de nuevos soldados para el ejército realista redujo la mano de obra disponible, afectando a la producción del campo. Las constantes huidas y regresos a la ciudad de las familias corianas, ante el avance o retirada de los independentistas, crearon una sociedad inestable y dividida, donde había muchos enfrentamientos visibles e invisibles.

El general Simón Bolívar, quien era el comandante del ejército independentista, en 1817 decretó la confiscación de los bienes de los españoles y realistas para repartirlos y adjudicarlos a los jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador. Coro era un bastión de fidelidad a la Corona, por lo que allí la lista de bienes confiscados fue extensa. Entre las familias y figuras prominentes cuyos bienes (casas, esclavos, ganado y haciendas) fueron «secuestrados» o embargados, destacaban los Tellería, los García de Quevedo, los Arcaya, los Aldama, los Garcés, los Chirino y los Irausquín. La familia Urbina fue especialmente afectada, ya que muchos de sus miembros ocupaban importantes cargos civiles y otros eran militares realistas. A los funcionarios

peninsulares se les confiscaron todas las propiedades, así como a otras familias que habían huido hacia las islas de Curazao y Aruba, tras el avance de los patriotas.

Doña Josefa llegó a la casa de don Basilio en La Vela; venía agotada por el calor y el mal estado del camino; entró a la casa ayudada por Joaquina y Lorenza.

— ¡Josefa!, siéntate, te veo agotada. Eliodoro, trae agua para refrescar a doña Josefa —dijo doña Gertrudis, esposa de don Basilio.

— Gracias, Gertrudis, ya me pesan mucho los años, más todo el daño que me causó el veneno que mi prima Cariñosa Aldama ordenaba que me dieran; todo eso me tiene así, en este estado deplorable. Ahora, para colmo, nos quitarán nuestras propiedades por órdenes del traidor de Bolívar y debemos huir de las tierras que nos dio nuestro Rey. Es demasiado, Gertrudis, es demasiado.

— Debemos irnos, Josefa; quedarnos pone en peligro nuestras vidas; recuerda que, con el Decreto de Guerra a Muerte, nos pasarían por las armas de inmediato, sin juicio ni nada. ¿Te trajiste todas las cosas de valor?

— Sí, pero lo más valioso, mi querencia, mi casa, quedó abandonada. Allí nacieron y crecieron mis hijos. No creo que la vuelva a ver jamás.

— En Aruba estarás nuevamente con todos ellos, con tus nietos, en especial con el hijo de Manuel Antonio.

— ¡El pardo! —interrumpió doña Josefa y comenzó a llorar.

Don Basilio llegó en ese momento, miró a Gertrudis, se acercó a doña Josefa y colocó su mano en su hombro.

— Josefa, escuché tus palabras; eso de los blancos peninsulares, blancos de orilla, pardos y esclavos está llegando a su fin, así que deja de pensar en eso. El bando independentista está ganando esta guerra y ellos están terminando con esas diferencias de clases. Al menos eso pregonan y por eso se les han unido tantas personas.

— En Aruba esas diferencias como las tenemos aquí no existen; solo hay ricos, pobres y esclavos. Así que deja la preocupación por el color de la piel de tu nieto. Además, según me cuentan personas que conocen la historia de la familia Bolívar, ¡el general Simón Bolívar parece que es pardo!

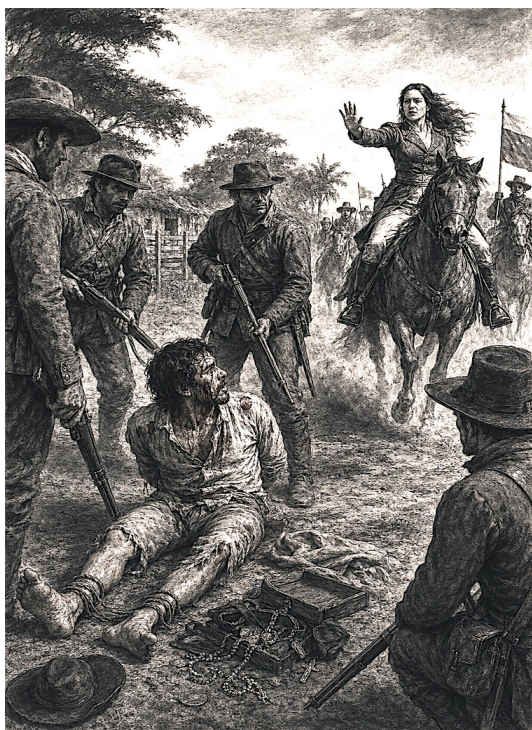
— Ya tus cosas están siendo cargadas en la balandra «Santo Cristo»; mañana, si hay buen tiempo y con el favor de Dios, nos iremos para Aruba. Debemos irnos cuanto antes; hay rumores de que se prepara un ataque de los independentistas.

Manuel Antonio regresaba desde Coro a El Hato a encontrarse con Paula para luego partir para Aruba a reunirse con su madre, hermanas y sobrinos. Estando cerca de llegar, fue detenido y hecho prisionero por soldados del bando independentista; lo golpearon y le

quitaron todo lo que traía de valor y se disponían a ejecutarlo, pero uno de ellos lo reconoció, detuvo el fusilamiento y fue a avisarle a su comandante. Manuel Antonio estaba atado de manos y pies, sentado en el suelo golpeado, sangrando y sin esperanza; conocía el decreto de guerra a muerte de Bolívar y sabía que lo ejecutarían de inmediato; pensaba desesperadamente en la manera de salir de esta situación.

Le extrañó que no lo hubiesen ejecutado ya; no entendía qué los detenía. Escuchó caballos acercándose al sitio. Uno de los soldados dijo:

— ¡Allí viene la comandante!



Manuel Antonio volteó a mirar y quedó sorprendido: ¡era Josefa Camejo! De inmediato ordenó que lo soltaran, lo ayudó a levantarse y dijo sonriendo:

— Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama, ¿cómo estás?

— Estoy bien, gracias a Dios, ¿y cómo está usted, Josefa Venancia de la Encarnación Camejo Talavera y Garcés?

Ambos rieron y se dieron un fuerte abrazo. Luego conversaron animadamente y caminaron juntos mientras hablaban.

— Casi te fusilan, Manuel Antonio; menos mal que uno de los soldados, el cabo Jesús Chirinos, que trabajó en casa de tu prometida Mercedes Irausquín, te reconoció y fue corriendo para avisarme.

— Gracias, Josefa, te debo la vida. ¿Y eres comandante de estos hombres? —preguntó sorprendido Manuel Antonio.

— Sí, y vamos a Baraíved para capturar a la guarnición que comanda el realista Chepito González. Pero, cuéntame de tu vida, Manuel, ¿te casaste con Paula?

— Sí, ya tenemos nuestro primer hijo, se llama Diego Antonio en memoria de mi padre, que en paz descanse. Vivíamos en El Hato, pero, como debes saber, ya lo confiscaron por órdenes de Bolívar. Estaba camino a El Hato para encontrarme con mi

familia y tomar una balandra en Adícora para Aruba, cuando me capturaron tus hombres.

— ¿Qué sabes de Mercedes? —preguntó Manuel Antonio.

— No he sabido nada más de ella —respondió Josefa Camejo—. Estaba en Caracas la última vez que la vi; esta guerra ha cambiado nuestras vidas para bien y para mal.

— ¿Y tú qué has hecho todo este tiempo, Josefa? ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Te casaste? —preguntó Manuel Antonio.

— Luego de la Declaración de Independencia en Caracas, me fui junto con mi madre a Barinas —respondió Josefa—. Estando allí, las tropas del Rey asediaron Barinas y nos tuvimos que ir a San Carlos. Al cruzar el río Santo Domingo, naufragamos y mi madre murió ahogada. Luego me fui a Mérida, donde estaba mi tío, el sacerdote Mariano Talavera y Garcés, quien era rector del Seminario y secretario de la Junta Patriótica de Mérida; a él lo conociste en casa de los Irausquín Chirino, en la fiesta del anuncio de tu compromiso matrimonial con Mercedes.

— Sí, lo recuerdo. Nunca pensé que él era partidario de la Independencia; ahora entiendo de dónde venían tus ideas.

— En Barinas conocí a Juan Nepomuceno Briceño Méndez, hermano del general Pedro Briceño Méndez. Nos casamos y tenemos dos hijos: Wenceslao y

Josefa. El general Urdaneta me encomendó tomar Coro. Llegué disfrazada de mendigo hasta la hacienda de mis padres, ubicada cerca de Curaidebo, y levanté esta partida que me acompaña a cumplir con esta misión.

Me alegra mucho que nos encontráramos a pesar de las circunstancias y agradezco mucho que me hayas salvado la vida. Pero ahora debo continuar para buscar a mi familia; me están esperando.

— ¡Claro que sí! Puedes irte, pero antes debes escuchar algo: Cabo Jesús Chirino, venga, repita lo que me dijo cuando fue a avisarme que habían capturado a don Manuel Antonio.

— Le dije: «Capturamos al señorito Manuel, el que liberó a los esclavos de su familia allá en Coro. Es un buen hombre y le pido que lo salve».

— Como puedes ver, Manuel, las buenas acciones siempre son recompensadas de manera inesperada; Dios escribe derecho con líneas torcidas.

— Gracias, Josefa, te deseo salud y una larga vida.

Se fundieron en un fraternal abrazo; ambos tenían la sensación de que no se verían más. Manuel montó en su caballo, saludó y escuchó la áspera voz del cabo Jesús Chirino gritar:

— ¡Dígale a mi Simbi Paula que estamos juntos!

Manuel Antonio sonrió mientras cabalgaba; comprendió que nunca estuvo solo.

Kunuku house

La nueva vida de la familia García de Quevedo y Aldama en Aruba representó un fuerte cambio en muchos aspectos, comenzando por la lengua. En Aruba hablaban una mezcla de palabras en portugués y español, hablado por los judíos sefarditas que venían huyendo de Brasil por la intolerancia religiosa. Tenía también palabras del lenguaje de los indígenas caquetíos, palabras usadas por los esclavos africanos y su estructura gramatical se basaba en el neerlandés. Esta mezcla se llamaba «Papiamento», que viene de un término de origen portugués: papiar o papear, que puede traducirse como conversar.

La nueva casa de la familia García de Quevedo y Aldama en Aruba era muy diferente a la casa en Coro; era del estilo de casas llamadas cunucu o kunuku house, que significa «casa en el campo» o «casa campestre» en papiamento. El término «cunucu» era de origen indígena taíno y se usaba para identificar un pedazo de tierra dedicado al cultivo para consumo de la familia, y «kunuku» era un vocablo de origen arawako que se refería también a un pedazo de tierra para cultivos de subsistencia. Es decir, son vocablos indígenas asimilados en el papiamento.

El kunuku house era el hogar de la gente común y un testimonio del ingenio de sus pobladores para prosperar en un clima árido. Los primeros pobladores

usaron lo que tenían a mano: piedra caliza (caliche), rocas de coral, barro y madera. Con estos materiales levantaban muros gruesos de adobe que actuaban como aislante térmico natural. Su forma era simple y rectangular, con pequeñas ventanas y puertas para minimizar la exposición al sol. El techo, típicamente a dos aguas y con tejas anaranjadas, permitía que el calor se disipara, manteniendo la casa fresca, y los aleros anchos proporcionaban sombra. Un detalle fascinante era la decoración en las fachadas, que no era meramente estética.

Elementos como ramas y pájaros simbolizaban el deseo de una familia numerosa, mientras que las estrellas tenían la función de alejar a los malos espíritus. El centro de la vida familiar era el porche, una estructura techada que sobresalía de la línea del tejado principal, creando un espacio intermedio entre el interior de la casa y el exterior. Esta área sombreada y ventilada era el lugar perfecto para socializar. La barandilla o balaustrada de madera era un elemento muy común y a menudo se decoraba con tallados ornamentales, añadiendo carácter y belleza a la sencillez de la fachada.

El kunuku house de los García de Quevedo y Aldama se ubicaba en un área conocida como «Paardenbaai», que se traduce en español como Bahía de los Caballos. El panorama allí era bastante simple y rural; además de las kunuku houses de la familia y de don Basilio, había chozas de madera para almacenamiento, un

fuerte llamado Fort Zoutman, donde había una pequeña guarnición de neerlandeses con una batería de cañones para proteger la costa. Don Basilio decía que Paardenbaai tenía mucho potencial comercial y era el mejor puerto de la isla. Sus aguas tenían buena profundidad, lo que permitía la llegada de goletas y bergantines; su fondeadero era mejor que el de Savaneta, donde las aguas eran someras y había una barrera de corales que no permitía la entrada segura de barcos grandes.

En la isla existía solo una pequeña capilla católica en el área rural de Alto Vista, construida alrededor de 1750. Su campana servía para convocar a los fieles, ya que los sacerdotes viajaban desde La Vela. Doña Josefa se quejaba mucho de la distancia desde la casa en Paardenbaai hasta la capilla en Alto Vista; era un viaje de más de dos horas hasta allí. Decía doña Josefa: «En Coro llegaba a la catedral caminando desde mi casa, ¡a una catedral!», y comenzaba a llorar.

La mayoría de los isleños eran indígenas caquetíos, dedicados principalmente a la pesca, la agricultura de subsistencia y al pastoreo. Había también judíos sefarditas y neerlandeses; todos ellos dedicados a la más lucrativa actividad de la isla: el contrabando.

Las balandras que tenían en sociedad don Basilio y Manuel Antonio recalaban siempre en Paardenbaai. Debido a la posición neutral de Aruba en cuanto a la guerra de Independencia en Venezuela y su cercanía a

las costas venezolanas, también llegaban los independentistas en busca de apoyo de agua y provisiones; allí llegaron Miranda y Bolívar en diversas oportunidades. También los partidarios del Rey de España llegaban a esta isla y tenían informantes.

Los judíos sefarditas y los neerlandeses le dieron un gran impulso al comercio; ellos tenían los vínculos con Europa y traían mercancías de interés para los habitantes de la Capitanía General de Venezuela. Las colonias españolas, como Venezuela, solo podían comerciar legalmente con la metrópoli. Esto generaba un desabastecimiento crónico de bienes esenciales (herramientas, telas e incluso alimentos) y la Corona controlaba los precios del cacao, su producto estrella. Ante esta situación, los colonos venezolanos recurrieron al intercambio directo. Vendían su codiciado cacao, junto con cueros, mulas y tabaco, a cambio de las mercancías europeas traídas hasta Aruba y Curazao.

Los comerciantes de ascendencia sefardita, asentados en Curazao, hallaron en Aruba un sitio idóneo para acumular capital sin las presiones del gran centro comercial, financiando y administrando gran parte de esta red ilícita. Las autoridades, lejos de perseguirlos, lo fomentaron activamente. Para ellos, el contrabando representaba una política estatal que cuestionaba la hegemonía española, dando lugar a la generación de riqueza y desarrollo.

La sociedad de don Basilio y Manuel Antonio formaba parte de esa cadena de suministros; ellos llevaban las mercancías llegadas desde Europa hasta Paardenbaai, hacia las costas de Venezuela, y traían de regreso desde tierra firme cacao, tabaco y otros productos de interés en Europa. Ellos eran contrabandistas.

— Manuel Antonio, creo fue una oportuna decisión mudarnos para Aruba —dijo don Basilio mientras caminaban desde Paardenbaai a la casa de Manuel Antonio—. En este punto debo reconocer que Paula nos ayudó mucho; su visión de lo que venía ha sido invaluable. Nuestros negocios van muy bien. Ya tenemos cinco balandras con buenos capitanes y tripulación. El único lado negativo es que muchos de nuestros negocios son con los insurgentes, pero gracias a eso el Almirante Brión nos brinda protección. Junto a una de nuestras balandras estaba anclada una goleta de los insurgentes, la «Espartana», se llama ¿la viste?

— Sí, la vi y reconocí la bandera —respondió Manuel Antonio—. Entiendo que el almirante Brión es curazoleño, que es un hombre rico y tiene varios navíos.

— Así es, y la familia viene de los Países Bajos del Sur —respondió don Basilio—. Al igual que su padre, don Pedro Luis, de quien heredó los negocios, él siempre ha tenido buen olfato para el comercio; cuando vio que Bolívar estaba ganando la guerra, éste se acercó a él, y lo nombró almirante, resultando ser un brillante

estratega; ha tenido muchas victorias con la armada de los insurgentes y muchas ganancias también.

— Según Paula ha visto en los caracoles —respondió Manuel Antonio—, esta guerra la ganan los insurgentes, y pronto vendrá una batalla decisiva. Así que debemos aceptar la realidad de lo que viene y prepararnos para ver, una vez que se establezca el nuevo gobierno, cómo recuperamos nuestras propiedades en Coro y La Vela. Mi madre y mis hermanas no están muy felices aquí.

Al llegar, estaba doña Josefa sentada en el porche de la casa, con su nieto Diego en brazos; también estaban sus hermanas y sus hijos correteando en el porche. Estos, al ver llegar a Manuel Antonio, bajaron tambaleantes por las escaleras y corrieron hacia él, y cada uno abrazó una pierna del tío. Manuel los tomó en brazos y preguntó:

— ¿No hay un beso para su tío favorito?

Ambos sobrinos le dieron un beso apretado. Luego se dirigió a donde estaban sus hermanas y les entregó a sus hijos.

— Hermanitas, ¿cómo están?

— Bien, gracias a Dios, Manuel —respondió Rosa Mercedes—. ¿Cómo te fue en este viaje?

— Todo salió bien, regresamos cargados de cacao de Chuao; ese cargamento vale una fortuna, es el cacao más apreciado en Europa.

Las hermanas se quedaron en silencio, mirándolo ansiosas.

— No tengo noticias de Francisco Xavier ni de José Ildefonso. Seguimos en la búsqueda; tengo gente ocupándose de eso.

Luego se dirigió a donde estaba doña Josefa.

— La bendición madre, ¿Cómo se ha portado Diego?

— Muy bien, es un amor este hijo tuyo —respondió doña Josefa—. Don Basilio, pase y siéntese con nosotros un rato.

— Gracias, doña Josefa, este calor es agobiante.

— ¿Dónde está Paula? —preguntó Manuel Antonio.

— Tu mujer es un tesoro —respondió doña Josefa—; está pendiente de todo en la casa, acaba de entrar a ver cómo va el almuerzo; como sabía que llegabas hoy, te están preparando tu plato favorito: talkarí de chivo.

En ese momento Paula llegó acompañada de dos de los empleados con jarras y vasos.

— Aquí les traigo aloja para que se refresquen —dijo alegre Paula.

Vio a don Basilio en el porche y de inmediato volteó a buscar a Manuel Antonio. Al verlo, corrió hacia él, lo abrazó y le dio un largo beso.

— Bienvenido, amor, qué bueno que estés de nuevo en

casa —dijo Paula.

No veía la hora de volver a tus brazos —respondió Manuel Antonio.

— ¿Vamos a tomar el aloja o no? —dijo don Basilio en tono jocoso, levantando sus brazos.

Todos comenzaron a reír por la oportuna pregunta de don Basilio. Paula reaccionó sonriendo y le dijo a Julio que sirviera el aloja. Se refrescaron con la bebida y hacían comentarios alegres sobre lo enamorados que estaban Paula y Manuel. Luego Manuel tomó en sus brazos a su hijo Diego y lo sentó en su regazo mientras tomaba el vaso con aloja.

De pronto, todos quedaron en silencio al ver que se acercaba caminando en dirección a la casa un hombre vistiendo uniforme militar, con un reluciente sable en su cintura. Paula lo vio y dijo:

—Así que ahí viene el viejo conocido: el que trae noticias, el que me mostró la Salabanda.

Manuel Antonio la escuchó y la miró con gesto de duda. Paula comprendió su desconcierto, asintió con la cabeza y, sonriendo, dijo:

—Es el mensajero. Trae buenas noticias.

El mensajero

Al llegar a la entrada de la casa, el oficial se detuvo, se quitó su sombrero y saludó con un respetuoso gesto a los presentes y dijo:

— Capitán Brígido Ollarves de la goleta «Espartana», al servicio de la Flota Sutil del Lago de Maracaibo y del almirante José Prudencio Padilla.

Manuel Antonio miró a don Basilio sorprendido, luego bajó del porche y se detuvo frente al capitán Ollarves, quedó en silencio por unos momentos; luego extendió su mano y le dijo:

— Bienvenido a mi casa, Brígido.

— Gracias, Manuel. Mis respetos a su esposa Paula; veo que ya tienen familia, felicidades.

Don Basilio se acercó a la conversación.

— Brígido, me has sorprendido —dijo don Basilio mientras le saludaba estrechando su mano—. Nunca pensé verte como un oficial de la Armada, un sagaz hombre de negocios como tú, ¿y qué es eso de la Flota Sutil?

— Fue una idea del general Manuel Piar —respondió el capitán Ollarves—. La marina del ejército libertador no puede competir con la flota gruesa de galeones y bergantines de los realistas en el mar. Pero en ríos y

lagos nuestras embarcaciones rápidas, maniobrables, de movimientos sutiles y ágiles, nos han dado la supremacía en el río Orinoco y en el lago de Maracaibo. Ahora, a lo que vine, estoy transportando unos prisioneros realistas a las bóvedas de La Guaira; los capitanes Francisco Irausquín y José Falcón están entre ellos y me indicaron que podía conseguir a su familia en Aruba. En vista de la buena experiencia de negocios con ustedes en el pasado, decidí tomar el riesgo y hacer una parada para reabastecerme. Pienso que podríamos llegar a un acuerdo que contribuya, generosamente, a la causa de la libertad, que en estos momentos se encuentra muy necesitada de recursos. ¡Las guerras son costosas!

Manuel Antonio tomó a Brígido del brazo y le invitó a conversar lejos de la casa, para no sobresaltar a sus hermanas. Don Basilio también se unió a la conversación.

— Te agradezco mucho, Brígido, el haber venido con esta buena noticia —dijo Manuel Antonio—. No quiero que mis hermanas se enteren en este momento de esto, por eso debemos alejarnos un poco para así poder conversar libremente. Ellas son sus esposas. ¿En qué condiciones están?

— El capitán Irausquín está herido en la cara, perdió un ojo, sufre de una gran inquietud, y el capitán Falcón perdió la parte de brazo derecho; le quedó destrozado por un disparo de artillería y se lo cortó el cirujano español para salvarle la vida y así fue

capturado. Cuando los realistas huyeron, lo dejaron abandonado junto a otros heridos; tuvo suerte, a los heridos que no podían caminar los ejecutaron.

— ¡Santo Dios!, ¡qué atroz! Brígido, ¿y de cuánto es la contribución que debemos hacer?

— Quiero doscientos pesos por los dos —respondió el capitán Ollarves. Una parte la repartiré entre la tripulación, para mantenerlos contentos; el resto lo entregaré al almirante Padilla, y hay algo más: esta guerra no durará para siempre, su fin ya está cerca. Al terminar, no pienso seguir en la armada; quiero tu palabra de que me darás el mando de una balandra para cuando me retire de la armada patriota, si sobrevivo, claro está.

— Tienes mi palabra, Brígido, y la mía también —dijo don Basilio—; estrecharon sus manos y el pacto quedó sellado.

— Dadme un momento para hablar con mis hermanas y buscar los pesos —dijo Manuel Antonio.

Caminó al porche, reunió a sus hermanas y les explicó lo que estaba ocurriendo; ellas comenzaron a llorar al escuchar sus palabras y lo abrazaron. Luego, caminaron a donde el capitán Ollarves y le agradecieron su gesto. Manuel Antonio entró a la casa a buscar los pesos y don Basilio también se dirigió a su casa a buscar los pesos necesarios para completar la suma acordada. Al salir con el dinero, se dirigió a donde estaba Paula, le dio un beso y le dijo:

— Me voy a buscarlos.

— Sí, ve a buscarlos, Manuel. Yo desde ayer comencé a preparar todo para recibirlos; ya tengo las hierbas necesarias, varias pociones preparadas, nuestros trabajadores están listos y saben qué hacer. Manuel, debemos atender sus heridas y ayudarlos con sus sufrimientos.

Manuel se unió a don Basilio y al capitán Ollarves y juntos se dirigieron a Paardenbaai. Al llegar allí, don Basilio pidió al capitán de la balandra donde habían llegado horas antes y que descargaba el cacao que trajeron de Chuao, que les enviara a algunos tripulantes para ayudar a recibir a los prisioneros. Una vez en el muelle, el capitán Ollarves hizo una señal a la goleta con su sombrero, y de inmediato los marinos llevaron a dos personas a empujones al bote que estaba amarrado a la goleta.



— Una disculpa por el descortés comportamiento de mis marinos —dijo el capitán Ollarves—. La guerra vuelve a las personas insensibles; ver tanta muerte hace que el alma se ponga negra y eso ocurre por igual en ambos bandos. El decreto de guerra a muerte desató una carnicería de lado y lado. Sus familiares tuvieron suerte de no ser ejecutados en el sitio, pero los enviaron a las bóvedas de La Guaira, donde no durarían un mes; allí no caben más prisioneros, es un sitio horrendo. Por suerte, la providencia me puso en su camino y es posible que se salven.

El bote llegó al muelle. Lo amarraron y, en él, yacían dos cuerpos cubiertos de harapos, desnutridos, ensangrentados, desorientados y malolientes. Manuel Antonio no los reconoció a primera vista. Se trataron de levantar y no pudieron, no tenían fuerzas. Los marinos los ayudaron a bajarse del bote y los dejaron sentados en el muelle. Manuel Antonio le dio lo acordado al capitán Ollarves; este se despidió y abordó el mismo bote que trajo a los prisioneros para regresar a su goleta; desde el bote saludó con el mismo ademán que hizo cuando se despidió de Manuel y Paula en Adícora. Don Basilio llamó a sus hombres para que lo ayudaran. Luego de varios intentos para ponerlos de pie, se detuvieron.

— ¡Necesitamos una carreta para poder llevarlos a la casa! —dijo don Basilio angustiado—; ellos no pueden caminar. Voy a pedir que traigan agua para que tomen mientras llega la carreta. Ese olor a sangre seca, orina

y excremento es insoportable.

— Voy a enviar a uno de nuestros marineros a la casa para que me traiga dos de mis pantalones, camisas y jabón —respondió Manuel Antonio—. Vamos a tratar de asearlos lo más que podamos aquí, así no pueden llegar a la casa. Esta situación me parte el alma.

— Francisco Xavier, ¿sabes quién soy? —preguntó Manuel Antonio arrodillándose frente a él.

Francisco lo miró, volteando con dificultad su cara para poder verlo con el ojo que le quedaba. Tardó un momento en reconocerlo.

— Manuel Antonio, tu eres Manuel Antonio —dijo balbuceante, y comenzó a llorar.

— Estás en casa, tranquilo, toma esta agua.

Luego fue a donde estaba José Ildefonso, quien lo reconoció enseguida.—Qué bueno verte, Manuel Antonio. Aquí está lo que queda de mí, un inútil, sin mi mano derecha. No podre escribir, como mantendré a mi familia.

— Lo importante es que estás en casa. Vamos a comenzar por asearlos un poco; tu familia te espera, aquí tienes agua.

Manuel se acercó a don Basilio; estaba realmente conmovido con la situación de sus cuñados.

— En las guerras no gana nadie, todos pierden. Estos jóvenes prometedores están casi destruidos; ahora

son otras personas, muy diferentes a las que conocí en Coro. Vamos a necesitar mucha dedicación y paciencia para rescatarlos, para poder traer de vuelta sus espíritus.

Llegó el marinero con lo solicitado y emprendieron la dura tarea de quitar los harapos que los cubrían y ayudarlos a remover la mugre que teñía sus cuerpos. Todos los marineros presentes estaban impresionados con el estado de los cuerpos de Francisco Xavier y José Ildefonso; guardaban un respetuoso silencio, no se escuchó ningún comentario, ni una queja. Una vez terminada la tarea, los ayudaron a subir a la carreta y los observaron recorrer lentamente el camino de regreso a la vida, a una resurrección espiritual. Se quedaron en el muelle, en silencio, afectados por presenciar de primera mano los destrozos que hace la guerra en el ser humano y, por otro lado, tenían la bonita sensación de haber hecho algo bueno ese día por un semejante.



De vuelta a la vida

El regreso de Francisco Xavier y José Ildefonso fue motivo de alegrías y tristezas. Alegría, por haber sobrevivido a la cruenta guerra, y tristeza por los horrores vividos y sus consecuencias. Fueron días y noches de cuidados para superar los daños irreparables a sus cuerpos. En este aspecto, el uso de hierbas por parte de Paula fue fundamental para una rápida sanación de las heridas.

Manuel Antonio fue a buscar a su casa, ubicada en Bubali, al único médico de la isla de Aruba, el doctor Horacio Oduber, para que viniera a revisar una vez más el estado de la salud de sus cuñados.

— Don Manuel y doña Paula, sus familiares ya están fuera de peligro, sus heridas han sanado muy bien y ya no hay sangrado ni inflamación —afirmó el doctor Oduber—. Ya no puedo hacer más por ellos, aunque, para ser honestos, realmente yo he hecho muy poco; las curas que ha realizado su esposa, doña Paula, han sido muy efectivas. Su conocimiento y manejo de la medicina natural es notable; quisiera poder hacerle consultas con usted, de vez en cuando, para tratar a mis pacientes más difíciles, si está de acuerdo.

— Claro que sí, doctor Oduber. Agradezco mucho su confianza.

— Gracias, doña Paula, ahora quisiera hacerles una

recomendación. Si bien las heridas físicas están bien, las del espíritu aún no se recuperan del todo. Creo que sería bueno hacer algo para mejorar la apariencia de ambos. En el caso de Francisco Xavier, recomiendo que le hagan un parche ocular, a fin de mejorar su imagen y proteger la cavidad vacía del ojo de cuerpos extraños. Conozco a la persona indicada para eso, se llama Eduard Lazarus Kusmus, es un sastre, pero trabaja muy bien el cuero; ya ha hecho varios de esos parches, con buenos resultados; él vive en Canashito.

Él tendría que venir a realizar las mediciones y ajustar el parche; eso lo hace aquí en su casa con el paciente para ir ajustándolo hasta que quede bien y el paciente lo sienta cómodo. En cuanto a José Ildefonso, hay un buen carpintero que puede hacer un anebrazo y mano de madera con correas que permitan unirla a lo que queda del brazo; es un esclavo que se llama Ferdinand Lomp y vive en la plantación de aloe vera llamada Mom Plaisir, que está aquí cerca. Hable con el francés Louis Bazin; él es el dueño de la plantación, para que le preste a su esclavo carpintero.

Tal como afirmó el doctor Oduber, la parte más complicada era la emocional; Francisco Xavier al principio se hundía en horas de silencio, no hablaba, muy retraído. En las noches se despertaba con pesadillas. No quería que lo viesen así, con la cicatriz en su rostro y la falta del ojo; en especial evitaba a su hijo Eulogio, quien lo miraba con la natural curiosidad de los niños, lo cual perturbaba mucho a

Francisco Xavier. Gracias al amor y dedicación de su mujer, comenzó a conversar más y abrió su corazón de nuevo. Por su parte, José Ildefonso era presa de una gran amargura; aunque se sentía mal por haber perdido la mano, un día reveló a su esposa la verdadera razón de ese sentimiento de amargura.

— En verdad, no sé cómo pude equivocarme tanto, Josefa —afirmó José Ildefonso—. Yo me sentía tan orgulloso de ser un oficial al servicio de su majestad el Rey; aunque me destaqué en batalla, el trato hacia mí por parte de los oficiales nacidos en España era diferente; en el fondo sentían desprecio por mí y por los otros oficiales nacidos en Coro. Nos llamaban los criollos o los pardos en sus conversaciones. Luego que el cirujano me amputó la mano, la fiebre me debilitó tanto que no podía sostenerme en pie y a menudo perdía el conocimiento; recuerdo, con decepción y rabia, haber escuchado en un momento de lucidez al comandante decir: «Dejen a los heridos criollos, no podemos llevarlos en la retirada, solo a los oficiales españoles nos llevaremos».

Nos dejaron, sabiendo que nos ejecutarían sin piedad; a mí no me ejecutaron por ser el oficial de más alto rango del grupo de prisioneros y pensaron poder intercambiarme por oficiales de los insurgentes que estaban prisioneros. A los demás, los pasaron a cuchillo; muchos de ellos eran mis soldados. Ellos confiaron en mí como su líder y me siguieron en la batalla sin dudar; y no pude hacer nada por ellos; los

llevaré en mi corazón hasta el fin de mis días. —Para los insurgentes soy un realista y, para el ejército del Rey, un oficial de segunda que no vale nada. Entonces, ¿a dónde pertenezco? Un bando me desprecia por criollo o por pardo, y el otro quiere matarme por realista.



— Entiendo tus sentimientos —dijo Josefa—. Nosotros hemos pasado por algo parecido, pero nunca tan doloroso como tu caso, en el que casi pierdes la vida. Nosotros escapamos y dejamos nuestras tierras y propiedades por ser fieles a nuestro Rey; lo perdimos todo, al igual que muchas familias en Coro. El Rey ha hecho muy poco por nosotros; solo hemos escuchado de pensiones que ha concedido a algunas personas. Me contó don Basilio que el Rey concedió una pensión

de dos mil pesos al año a la hermana del general Bolívar, María Antonia; ella se mantuvo fiel a la corona y por eso le confiscaron sus bienes; es el único caso que conocemos. A los demás nos abandonaron.

Manuel siguió las recomendaciones del doctor Oduber. Una mañana muy temprano llegó don Basilio con dos acompañantes, un negro que traía una caja de herramientas al hombro y otro cargando una pequeña maleta y pedazos de cuero. Don Basilio saludó a doña Josefa y presentó a sus acompañantes.

— Doña Josefa, buen día, espero se encuentre bien; permítame presentarle a Eduard Lazarus Kusmus, él es lo que aquí llaman un «taylor», para nosotros un sastre; él también trabaja el cuero muy bien. Y él es Ferdinand Lomp, él es un «timmerman», para nosotros un carpintero. Me pidió Manuel Antonio que los trajera para que le hagan un trabajo a Francisco Xavier y a José Ildefonso. Manuel no pudo venir; está reunido con unos conocidos que llegaron de Coro y traen noticias. ¡Parece que la guerra terminó!

— Buenos días —respondió doña Josefa—. Que Dios tenga misericordia de nosotros y que esta guerra termine pronto. Pero, por favor, pasen y acomódense; ya ellos están terminando de desayunar; voy a buscarlos. Luego de horas de trabajo, los artesanos se retiraron habiendo cumplido su labor satisfactoriamente.

Casi entrada la noche, llegó Manuel Antonio; todos lo

esperaban ansiosos de conocer las noticias. Se sentó en el porche, pidió un café y comenzó a contarles las noticias que le había dado un capitán, amigo de don Basilio y que, por encargo de este, estuvo preguntando en La Vela.

— La guerra terminó, el ejército de Su Majestad se rindió en Puerto Cabello, el general Morales firmó la capitulación y fueron evacuados a Cuba. En Coro hay una Junta de Secuestros, que está recibiendo denuncias de realistas por parte de los vecinos patriotas o identificando propiedades de realistas notorios. Luego las evalúan, las adjudican a oficiales patriotas como recompensa por sus servicios o las rematan.

En nuestro caso, que dejamos nuestras propiedades en manos de empleados, la casa de Coro fue confiscada y asignada a un oficial patriota y ahora es de su propiedad; en cuanto a El Hato, no supo darme razón.

Al escuchar esta última parte, doña Josefa comenzó a llorar desconsolada; le daba mucha tristeza el hecho de haber perdido la casa que construyó con su amado Diego y donde nacieron y crecieron sus hijos.

— El próximo paso es ir a Coro. Sé que involucra mucho riesgo, por eso voy a ir solo; voy a investigar qué es lo más conveniente para nosotros. Creo que es la única manera de saber en dónde estamos parados y nuestros próximos pasos. Al final de cuentas, Venezuela también es nuestra tierra; allí nacimos.

El dueño

Transcurridas unas semanas, los cambios comenzaron a notarse; Francisco Xavier comenzó a acercarse a su hijo, jugaba con él y poco a poco volvió a mejorar su comportamiento, se integró a la familia y comenzó a trabajar con Manuel Antonio en Paardenbaai. Lo mismo ocurrió con José Ildefonso, quien resultó ser un excelente administrador; comenzó a llevar las cuentas del negocio y aprendió a escribir con su mano izquierda. Ante este nuevo panorama, Manuel Antonio decidió preparar su partida a Coro, tal como lo habían acordado.

— Vamos a ver qué dicen los orishas sobre tu viaje a Coro —dijo Paula mientras colocaba los caracoles en las manos de Manuel.

Los arrojó y buena parte de los caracoles cayeron en el cuadrante superior izquierdo de la Dikenga, el cuadrante de Legba, el señor de las encrucijadas, el oro y los viajes, todos los caracoles con las aberturas hacia arriba: el viaje era favorable. Continuaron el ciclo de lanzamientos de los caracoles: Obatacuaní: el pasado regresa a salvarte. Iré-Obiní: bien por una mujer. Otros cayeron con la abertura hacia abajo en el cuadrante inferior derecho, representado por Barón Samedi, señor de la rivalidad, las enfermedades, los daños y los enemigos. Osá, Oreguaní: Su amigo es su peor enemigo. Poco a poco, lanzada tras lanzada, se

fue configurando el mensaje de los orishas.

— El viaje será favorable, alguien del pasado te va a ayudar, encuentro importante con una mujer.

Manuel quedó satisfecho con el mensaje que interpretó Paula. Le dio un beso y se fue a prepararse para partir. Paula se quedó inmóvil, en silencio, lo vio irse y algunas lágrimas recorrieron su rostro. No le dijo a Manuel Antonio todos los mensajes que los orishas le compartieron. El encuentro importante con una mujer sería apasionado, y un hijo sería el fruto de ese encuentro. Recordó las palabras de Moisés: «la Salabanda y los caracoles te dan el poder de saber, mas no te dan el poder para controlar lo que puede pasar. Olorum no quiere controlar todo, no desea quitarle al hombre el libre albedrío y, por ende, aquella parte de la gloria y de la tragedia que les corresponde».

Manuel Antonio llegó a La Vela; se veía muy cambiada desde la última vez que estuvo allí. Encontró varios barcos destruidos a medio hundir cerca de la orilla, restos de casas quemadas y con signos de disparos. La guerra había dejado sus huellas. Las personas que estaban sentadas en las rancherías tenían un aspecto que indicaba pobreza, necesidad; muchos de ellos mostraban heridas que revelaban que sirvieron a alguno de los bandos durante la guerra, y eso de los bandos ya no era importante; la miseria se había encargado de eliminar esas diferencias; todos pasaban hambre por igual,

tenían esa mirada perdida; era una mirada de desesperanza, de cansancio. Estaban sentados, a la espera de algún navío para descargarlo y ganar su sustento; al ver descender el chinchorro de la balandra donde venía Manuel Antonio, comenzaron a correr hacia el mar, entraron al agua y luchaban por llegar de primeros al pequeño bote para pedir trabajo. El capitán volteó a mirar al segundo de a bordo: Medrano, encárgate, elige diez hombres para bajar la mercancía que traemos.

— Don Manuel, usted y yo vamos a encontrarnos con aquellos que están allá esperando con los caballos; una de las bestias es para usted y uno de ellos lo acompañará hasta Coro. Es gente de don Basilio, son de confianza.

Desembarcaron y caminaron a la choza, en donde los esperaban. El capitán hizo las presentaciones correspondientes; se refrescaron con agua.

— Cupertino, encárgate de que don Manuel llegue bien a Coro —ordenó el capitán Galíndez, dirigiéndose al más viejo de los presentes.

— Muchas gracias, capitán —dijo Manuel Antonio, extendiendo su mano al capitán—. Dele mis saludos a don Basilio y que por favor le avise a mi familia que ya llegué con bien a La Vela.

— Con gusto, así lo haré. Ahora lo dejo; debo ocuparme de la descarga de la mercancía.

Manuel Antonio y Cupertino emprendieron el camino

a Coro. Cupertino era un hombre de pocas palabras; lo que quedaba de su roída vestimenta revelaba que había sido un soldado durante la guerra.

— ¿Estuviste en la guerra, Cupertino?

— Sí, estuve, pero no quiero hablar de eso —respondió cortante Cupertino—. Quiero olvidarlo.

Manuel Antonio comprendió que había mucho dolor en el alma de este hombre.

— ¿Eres de la provincia de Coro?

— Soy nativo de Cumarebo; vengo de una familia de pescadores y contrabandistas —respondió Cupertino, sonriendo. Durante la batalla de Cumarebo, mi familia perdió la casa y los botes de pesca; los destruyeron durante la batalla. Terminó la guerra, me dieron la baja y me vine a tratar de reponer lo perdido; mi amigo don Basilio me está ayudando, le estoy muy agradecido.

Manuel sonrió y continuaron el camino en silencio; ya la noche llegaba y un hermoso y colorido atardecer se desplegaba en el horizonte. Con las últimas luces del día, llegaron a la casa del primo de su madre, Sebastián Irausquín. Manuel Antonio tocó la puerta varias veces hasta que por fin abrió uno de los esclavos de la familia con un candil en su mano.

— ¿Qué se le ofrece, don? —preguntó el esclavo.

— Dígale a don Sebastián que Manuel Antonio García de Quevedo y Aldama está aquí para hablar con él.

— Don Sebastián se murió el mes pasado, y ya le celebraron la misa del mes —respondió el esclavo—. Avisaré a doña Angustias; espere aquí, don.

Manuel se quedó tristemente sorprendido por la muerte de don Sebastián; lo recordaba abatido en una silla en su casa por la sorpresiva partida de su hija Mercedes para unirse al general Miranda. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de un piquete de caballería que se detuvo al verlo frente a la casa de los Irausquín; dos de los lanceros lo rodearon con sus cabalgaduras. Manuel retrocedió y quedó con la espalda pegada a la pared junto a la puerta de la casa.

En ese momento, el esclavo de los Irausquín abrió la puerta para buscar a Manuel Antonio y con el candil alumbró su rostro. Uno de los lanceros descendió de su caballo, se acercó y desde la penumbra dijo:

— ¡Qué bueno verlo otra vez, don Manuel Antonio!

La voz le resultó familiar; repentinamente, un nombre surgió del recuerdo:

— ¿Felipe? ¿Eres tú?

— ¡Tiene muy buena memoria don Manuel Antonio!
—respondió Felipe, mientras se acercaba y le extendía su mano.

— ¡Felipe, no lo puedo creer, hombre!. Eres un oficial de caballería, ¿qué grado tienes?

— Soy el teniente Felipe García. ¡Deja que le cuente a

Paula, a mi madre, a mis hermanas y a tus compañeros trabajadores que siguen con nosotros, no me lo van a creer! ¡El teniente Felipe García!

— Disculpe el comportamiento de mis hombres, pero andamos en la búsqueda de guerrilleros realistas de la «Columna Volante» comandada por el coronel Manuel Carrera y Colina, que andan escondidos por aquí y, al verlo parado solo, pensamos que usted era uno de ellos. Ahora debo seguir persiguiendo a los guerrilleros. Búsqueme para conversar, Manuel; le será fácil encontrarme; mis hombres y yo estamos alojados en su antigua casa; Ubencio todavía está allí, cuidándola.

Manuel Antonio y el esclavo se quedaron mirando cómo se alejaba el piquete de caballería. Luego de unos instantes de silencio mirando a los soldados alejarse, el esclavo le dijo a Manuel:

— Doña Angustias dice que pase y lo espere en la sala, que ella ya viene.

Se sentó en la sala a esperar y el esclavo le preguntó si quería agua. Manuel Antonio aceptó el agua; el polvo del camino le tenía la garganta seca. Al llegar doña Angustias, le dio un abrazo y lloró mucho en el hombro de Manuel Antonio.

— Disculpa tanto llanto —dijo doña Angustias—, pero han pasado tantas cosas tristes, tantas muertes, que el saber que estás aquí, que algo bueno pasa, me ha emocionado mucho. Déjame verte, Manuel Antonio.

¿Cómo estás, hijo? ¿Cómo está la familia?, Josefa, ¿cómo está? Pero siéntate, conversemos, ¿quieres más agua? Disculpa, pero es lo único que tenemos para ofrecerte, ni para un guarapo tenemos. Son tiempos difíciles y todo escasea.

— Gracias a Dios estamos todos bien —respondió Manuel Antonio—. Ha sido duro el cambio, en especial para mi madre; extraña mucho su casa. Sin embargo, quisiera darle una buena noticia: su sobrino Francisco Xavier está vivo, sobrevivió a sus heridas y está con nosotros en Aruba.

Doña Angustias se levantó emocionada y abrazó de nuevo a Manuel Antonio mientras decía:

— ¡Qué alegría! ¡Está vivo Francisco Xavier! Todos lo dábamos por muerto; no tuvimos más noticias de él.

— También está vivo José Ildefonso Falcón; está también en Aruba con nosotros.

— Bendito sea el creador —exclamó doña Angustias—. Sus padres lo han llorado mucho; mañana iré hasta allá a darles la buena nueva. En medio de esta tragedia de la guerra, donde hemos perdido tanto, les va a reconfortar mucho esta noticia. Te quedas aquí esta noche, Manuel, sin discusión —dijo doña Angustias—. Voy a pedir que te preparen de cenar y que arreglen la habitación de huéspedes. ¡No acepto excusas! ¡Tenemos mucho de qué hablar, Manuel!

— Quería preguntarle por su hija Mercedes.

Doña Angustias quedó en silencio y bajó la mirada, se sentó pesadamente y luego miró a Manuel Antonio.

— Mercedes ha sido una gran decepción para esta familia; mi difunto esposo sufrió mucho con su decisión de unirse a la causa independentista. Nunca se lo perdonó. Ella está aquí en Coro, forma parte de la junta de secuestros de Coro; ellos le han quitado propiedades a muchos de nuestros amigos y vecinos. ¡Qué vergüenza! Ella viene de vez en cuando a visitarme. Sé que Mercedes se siente culpable de la muerte de su padre; lo ha llorado mucho en mi presencia.

— Mercedes es una mujer de firmes creencias — respondió Manuel Antonio— y cree profundamente en las ideas de la Independencia. Ella me dijo una vez que ustedes no lo entenderían, pero un día, cuando vean estas ideas hechas realidad, cuando seamos una nación libre y exista igualdad entre hombres y mujeres, entenderán.

Pasaron buena parte de la noche hablando. Manuel Antonio le contó los detalles de la vida de la familia en Aruba, de las heridas de Francisco Xavier y José Ildefonso.

A la mañana siguiente, luego de desayunar, Manuel Antonio se dirigió a su antigua casa. Coro mostraba huellas de la guerra, paredes con agujeros de disparos, paredes derribadas por la artillería; la gente caminaba rápido y evitaba contacto visual con otras personas, había mucha desconfianza y miedo. Llegó a

la puerta de su casa, se detuvo un momento antes de tocar, lo invadió un sentimiento de nostalgia. Se decidió y golpeó la puerta. Pasados unos momentos, se abrió la puerta y una cara familiar se asomó tímidamente. ¡Era Ubencio!

— ¡Señorito Manuel Antonio! —exclamó Ubencio alegre—, regresó, está aquí, gracias a Dios que vino; la casa es un desastre, está invadida por soldados y no sabe quién los comanda.

— ¿Recuerda a Felipe, el que cuidaba los caballos de don Diego?

— ¡Felipe! ¡Felipe, señorito Manuel!

— Me alegra mucho verte y que estés bien, Ubencio. Si claro que lo recuerdo. Ahora llévame a ver a Felipe. Necesito hablar con él.

— Venga conmigo señorito —respondió Ubencio—. Ese sinvergüenza está durmiendo en el cuarto de sus padres.

Llegaron al cuarto y allí estaba el teniente Felipe, colocándose su uniforme militar. Al ver a Ubencio y a Manuel Antonio en la puerta, Felipe hizo el saludo militar y exclamó:

— ¡Bienvenidos a mi casa!

Él era el dueño.

La casa del sol

Felipe invitó a Manuel a conversar en la sala; Manuel estaba sorprendido del buen estado de la casa; no faltaba nada, no había algo roto o dañado. Se sentaron y Felipe pidió a Ubencio que trajera un guarapo de café. Ubencio miró a Manuel Antonio, esperando su aprobación; Manuel asintió con la cabeza y Ubencio se fue a preparar el café.

— Ubencio es un hombre difícil —dijo Felipe mientras lo observaba irse a la cocina— y es muy fiel a su familia, Manuel. Aquí nos vive pidiendo que tengamos cuidado con esto, con aquello, que a doña Josefa esto no le va a gustar. Mis hombres lo respetan mucho. Quiero que sepas que me dieron esta casa como recompensa por mis servicios a la república en combate. ¿Sabes quién me la asignó? Doña Mercedes Irausquín Chirino.

— ¿Y qué piensas hacer con esta casa? —preguntó Manuel Antonio—. ¿Vas a vivir aquí o piensas venderla?

En ese momento llegó Ubencio con el café.

— Disfrutemos del café, Manuel, y así damos tiempo a que llegue la persona que puede responder a tus preguntas.

Manuel se quedó en silencio mirando a Felipe; estaba

sorprendido por las respuestas, tomó un sorbo de café y al rato llegó uno de los hombres de Felipe.

— Mi teniente, con permiso, llegó la doña.

Felipe se levantó y colocó su café en la mesa; Manuel se levantó también, tomó otro sorbo del café y luego colocó la taza en la mesa. Entró Mercedes Irausquín Chirino; sonrió feliz al ver a Manuel Antonio, se acercó a él, lo abrazó y le dio un beso.

— Qué bueno verte, Manuel Antonio, llegaste en el momento justo.

— Qué bueno verte de nuevo, Mercedes; ya he escuchado de ti, pero déjame verte; te has convertido en una hermosa mujer, ya dejaste de ser la niña que no quería casarse conmigo.

Ambos sonrieron y Mercedes lo abrazó de nuevo; Manuel sintió que este abrazo era diferente, sintió algo distinto.

— ¿Quiere un guarapo de café? Está recién preparado
— preguntó Felipe.

Mercedes sentía que su corazón palpitaba muy fuerte; estaba sorprendida de lo que sentía, se arregló el cabello para tratar de controlar sus emociones y aceptó el café que le ofrecía Felipe. Mercedes se sentó y lo mismo hicieron Felipe y Manuel Antonio. Ubencio se fue a buscar el guarapo de café para Mercedes.

— Don Manuel Antonio me preguntaba por la casa de sus padres —dijo Felipe— y le dije que usted era la persona adecuada para responderle.

— Gracias, teniente García, es cierto —respondió Mercedes—. Ha sido muy difícil para mí desempeñarme como parte de la junta de secuestros de Coro; tener que secuestrar propiedades de mis vecinos y amigos de mi familia ha sido una pesadilla. Me han dejado de hablar, me ignoran, mi madre me vive recriminando.

Un día, regresando del secuestro de las propiedades de la familia Garcés, pasamos frente a tu casa y el teniente García me dijo que fue esclavo de tu familia y que luego le dieron la libertad; me comentó lo agradecido que estaba por eso. Eso me dio la idea para tratar de salvar tu casa; logré que se la entregaran al teniente como recompensa por sus servicios y así mantenerla para tu familia, si algún día regresaban, y aquí estás, Manuel, qué alegría que esto resultara bien.

— Mercedes y Felipe, no encuentro palabras para agradecerles lo que han hecho por mi familia —dijo Manuel Antonio, visiblemente conmovido—. Mi madre ha llorado muchísimo por esta casa; la extraña, aquí crecieron sus hijos y nietos, murió mi padre, en fin, tantos recuerdos que albergan estas paredes.

Ahora debemos acordar cuándo y cómo traspasar la casa de manos del teniente Felipe García a tus manos; debemos hacerlo con cuidado, con discreción; hay

muchas personas tratando de aprovecharse de las confiscaciones para enriquecerse. Haremos un documento privado, donde el teniente García vende a Manuel Antonio la propiedad; no lo registraremos en Pueblo Nuevo hasta que vea que existen las condiciones apropiadas. ¿Estamos de acuerdo?

— Sí —respondieron Felipe y Manuel.

— ¿Cuánto pesos aspiras recibir por la propiedad, Felipe? —preguntó Manuel Antonio.

— En realidad no quiero dinero —respondió Felipe—. No pienso estar toda mi vida en la caballería, combatiendo; si sobrevivo, deseo poder regresar a tu casa y trabajar allí hasta el fin de mis días. ¿Estás de acuerdo, Manuel?

— Claro, eso fue lo que te ofrecimos cuando te dimos la libertad; somos gente de palabra.

Manuel y Felipe estrecharon sus manos para sellar el acuerdo. Mercedes preparó el documento, y lo firmaron; Felipe firmó con una equis, ya que no sabía escribir; Mercedes firmó como testigo.

Luego que todo quedó arreglado, el teniente Felipe se fue con sus hombres a cumplir sus tareas habituales y se quedaron Mercedes y Manuel Antonio conversando. Pasado el mediodía, Mercedes le propuso a Manuel ir a su casa para almorzar; ella ocupaba la llamada «Casa del Sol» por tener un singular relieve en forma de sol de rostro humano que corona la entrada principal de la casa.

Esta casa fue propiedad de la familia Garcés, quienes fueron influyentes realistas en Coro, y la casa fue ocupada por la junta de secuestros de Coro.

Llegaron a la «Casa del Sol» y Mercedes ordenó a los esclavos preparar el almuerzo. Manuel tomó un refrescante baño, al igual que Mercedes. El almuerzo se sirvió en el corredor que rodeaba al hermoso patio central de la casa. Tomaron vino de la bodega de los Garcés y luego compartieron un almuerzo sencillo pero muy bien preparado.

Se pusieron al día con lo ocurrido en sus vidas y sus familias en los últimos años. Comenzó a anochecer y Manuel se preparó para regresar a la casa de los Irausquín, donde estaba alojado. Mercedes lo acompañó a la puerta para despedirlo.

Mercedes se quedó mirándolo sin decir palabra; sentía su corazón latir fuerte, el deseo hacía temblar su alma y su cuerpo. Manuel sintió ganas de besarla y, luego de un momento de duda, la tomó por la cintura y la acercó. Mercedes cerró los ojos y no opuso resistencia alguna. Manuel la besó, despacio, sintió el temblor de sus labios. Súbitamente, Mercedes retrocedió, respiraba agitadamente, lo miró a los ojos unos instantes, lo abrazó y le dio un largo beso y le susurró al oído:

— Quédate esta noche conmigo.

Tomó a Manuel de la mano y lo llevó a su cuarto. Allí se amaron apasionadamente. Unos deliciosos y

tiernos besos cerraron aquel maravilloso viaje del amor, y sus cuerpos descansaron entrelazados, acumulando fuerzas para el próximo encuentro.

— Recuerdo cuando nos vimos por primera vez en mi casa —dijo Mercedes, mientras estaba acurrucada en los brazos de Manuel Antonio— durante la fiesta para anunciar nuestro matrimonio. ¿Lo recuerdas?

— Sí lo recuerdo. Tú eras como un barril de pólvora a punto de estallar; te tuve que sacar de allí antes de que explotaras y arruinaras la fiesta. Nos fuimos a caminar por el patio hasta la pequeña capilla, donde estaba tu escondite favorito.

— En realidad, estaba asustada de lo que sentí al verte por primera vez. Mi cuerpo temblaba cuando estaba cerca de ti; pensar que serías mi amante, mi esposo, me perturbaba. La única manera que encontré para tranquilizarme en esa fiesta fue disgustarme con lo que ocurría, mostrarme contrariada, agresiva. Todo estuvo bien en mi vida, hasta que nos encontramos hoy nuevamente y ya no pude más. Cuando te vi de nuevo fue como la primera vez, un deseo loco de tenerte entre mis brazos. Ahora que estamos juntos, no te voy a dejar ir sin tenerte otra vez, así que ven, comencemos de nuevo.

Manuel se quedó casi cuatro meses en Coro; el asunto de la propiedad de la casa se solucionó y Manuel entró en posesión de la casa luego de pagar el impuesto de alcabala que decretó Simón Bolívar en 1818, que requería a los oficiales que habían recibido bienes

pagar un impuesto por el dinero recibido por la venta. Ubencio estaba que no cabía de la felicidad por el pronto regreso de la familia y de sus compañeros de trabajo.

Lo que estaba más complicado era el rescate de El Hato. Había varias personas interesadas, por lo que la Junta de Secuestros decidió sacarlo a subasta en seis meses. Manuel Antonio visitaba la Casa del Sol casi todos los días; la pasión fluía como un torrente en esas noches. Un día llegó Manuel Antonio a la Casa del Sol para decirle a Mercedes que regresaba a Aruba, para buscar a su familia. Al llegar, Mercedes lo miró y sonrió de una manera diferente; lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Manuel Antonio se acercó y enjugó sus lágrimas y la abrazó con ternura.

— ¿Qué ocurre Mercedes? Esa hermosa sonrisa y esas lágrimas, ¿a qué se deben?

— He tenido tres faltas. Estoy embarazada; esperamos un hijo.



Volver

Manuel Antonio navegaba hacia Aruba en la balandra «Santo Cristo»; venía pensativo, estaba preocupado por enfrentar a Paula; seguramente ella sabía lo que había ocurrido en Coro; él sabía de los poderes de Paula. Sentía que debía enfrentar la situación con honestidad; llegado el momento, debía decirle todo. Luego de unas horas, llegaron a Paardenbaai y comenzó a caminar hacia la casa; tenía un nudo en el estómago; lo que había pensado decirle a Paula ya no se veía tan fácil. Comenzó a divisar la casa. Doña Josefa estaba con los nietos en el porche; al verlo venir, les dijo a los nietos que venía su tío Manuel Antonio; estos comenzaron a correr a su encuentro. Estuvo detenido un rato, dándoles besos y cariño a sus sobrinos. Llegó al porche y abrazó a su madre.

— Bienvenido, hijo —dijo doña Josefa emocionada.

— ¡La bendición, madre!

— Dios te bendiga, hijo; te extrañamos mucho. Aquí está Diego, está muy travieso este niño; qué bueno que estés en casa de nuevo.

— No por mucho tiempo.

Doña Josefa se quedó sorprendida, sin palabras, por unos momentos.

— ¿Qué dices, hijo? ¿Te vas nuevamente? ¿Qué pasó?

— ¡Regresamos a Coro, recuperaré la casa!

Doña Josefa se desplomó en la silla de la conmoción que le causó la noticia.

— ¿Te sientes mal, madre? —preguntó angustiado Manuel Antonio—. Voy a llamar a Paula para que te ayude.

— Espera, hijo, ya estoy mejor, fue la emoción de la noticia —dijo doña Josefa más tranquila—. De todas maneras, Paula no está; la llamó el médico, el doctor Horacio Oduber, para una consulta sobre un paciente con culebrilla. No sabes cómo me alegra esta noticia, hijo, ¡recuperaste mi casa!

— Y está en perfectas condiciones —respondió Manuel Antonio—. Ubencio está todavía cuidando la casa; me sorprendió descubrir que aún estaba allí.

— ¿Ubencio está aún en la casa? —dijo doña Josefa conmovida—. ¡Qué buen trabajador resultó!

— Voy a mi cuarto, madre, me voy a dar un baño y luego regreso para estar un rato con Diego.

Manuel Antonio regresó al porche para estar con su hijo Diego, lo tomó en sus brazos y se sentó a conversar con su madre y sus hermanas, que lo esperaban ansiosas. Luego llegaron Francisco Xavier y José Ildefonso. Manuel Antonio trataba de responder todas sus preguntas y contarles todo lo ocurrido durante su estancia en Coro. Estaban esperanzados por el cambio de situación, por el fin de

la guerra, la posibilidad de retomar sus vidas en el lugar donde nacieron y reencontrarse con sus familias. Cuando Manuel Antonio mencionó el nombre de Mercedes Irausquín Chirino como la persona que le ayudó con lo de la casa, doña Josefa tuvo un mal presentimiento. Algo en la voz de su hijo, algo en su mirada, le indicó que había algo más que no entendía. Continuaron hablando de El Hato y la próxima subasta; José Ildefonso comentó que los negocios habían generado recursos suficientes para participar en la subasta y tratar de recuperar El Hato. En medio de la conversación, Francisco Xavier le dijo a Manuel Antonio que Paula ya venía en camino.

— Aún tienes buena vista —dijo Manuel Antonio.

— Sí, le eché un ojo —respondió Francisco Xavier.

Todos rieron por la ocurrencia.

Manuel Antonio dejó a Diego con doña Josefa y se fue a encontrarla. La saludó, le dio un abrazo y un beso, luego puso su mano en su vientre, el cual había crecido durante su ausencia.

— Ha crecido mucho —le dijo amoroso Manuel—. ¿Ya sabes qué es?

— Sí, es una niña —respondió Paula sonriendo—. Me gustaría llamarle Magdalena, ¿te gusta ese nombre?

— Si, es el nombre que le dio mi madre a Mwimpe.

Manuel la acompañó hasta el porche; Paula se sentó a descansar y cargó a su hijo Diego.

— Buenas noticias, Paula, Manuel ha recuperado la casa en Coro —exclamó doña Josefa—, pronto podremos regresar. ¡Qué alegría me has dado, Manuel! Mis nietos podrán crecer en la casa de los García de Quevedo y Aldama.

Todos contaban a Paula las novedades que trajo Manuel desde Coro.

— Tu viaje ha sido un éxito —respondió Paula sonriendo—. Las cosas han cambiado mucho, para bien. ¿Quién te ayudó con lo del rescate de la casa?

Doña Josefa miró el rostro de su hijo mientras respondía y luego el rostro de Paula. Confirmó lo que temía: algo pasó con Mercedes y Paula lo sabía.

— Fue Mercedes Irausquín, ella fue mi prometida, ¿recuerdas?

Luego siguieron conversando; Francisco Xavier y José Ildefonso preguntaban por sus familias y sus amigos. Algunas noticias eran buenas y otras no tan buenas, pero todos comenzaban a reencontrarse con su nuevo país.

Luego de la cena, comenzaron todos a retirarse a sus habitaciones. Paula se ocupó de dormir a Diego. Manuel Antonio se fue al porche para disfrutar de la espléndida y despejada noche; se veían las estrellas en todo su esplendor y la suave brisa de los alisios del noreste refrescaba el ambiente. Paula llegó y se paró al lado de Manuel.

— Qué bueno que estás de regreso, te extrañamos mucho —dijo Paula mientras tomaba su mano y recostaba su cabeza en su hombro—. Los caracoles no se equivocaron al indicar que tu viaje sería bueno y que una mujer te ayudaría; pero nunca imaginé que sería Mercedes.

— Con respecto a Mercedes Irausquín, tengo que decirte algo —comenzó a explicar Manuel Antonio—, pero no sé por dónde empezar.

Paula colocó su mano en la boca de Manuel.

— No tienes que decirme nada, ya sé que ocurrió, lo sabía antes de que partieras a Coro, pero no podía decírtelo; todo tiene una razón, hay cosas que no se pueden cambiar, hay que dejarlo en manos del libre albedrío. Lo importante es que estás de nuevo aquí con tu esposa y tu hijo. Ahora debemos prepararnos para regresar a Coro y volver a nuestra casa.

Manuel Antonio quedó en silencio por unos momentos, tomó la mano de Paula y la besó; solo atinó a decir que lo perdonara.

Don Basilio llegó casi amaneciendo a la kunuku house de los García de Quevedo y Aldama, y se sentó en el porche a esperar que alguien saliera de la casa. Salió doña Josefa con una taza de café.

— ¡Don Basilio! —exclamó doña Josefa—, por Dios, ¿por qué no tocó la puerta? Esta es su casa.

— Gracias, doña Josefa, no quería molestar tan

temprano. Vengo llegando de Martinica esta madrugada; me dijeron en Paardenbaai que llegó Manuel Antonio.

— Sí, llegó ayer y con buenas noticias —dijo doña Josefa—. Manuel recuperó nuestra casa en Coro. Le ayudó Mercedes Irausquín Chirino, lo cual agradezco, pero me preocupa que entre ella y Manuel Antonio ocurriera algo; mi instinto de madre me lo dice, lo noté en sus palabras, en sus gestos cuando contaba lo de la ayuda para recuperar la casa. No sé, me dio esa impresión. Espero estar equivocada, don Basilio, por Dios que espero estar equivocada.

— Espero estés equivocada, Josefa.

En ese momento salió Francisco Xavier, quien salía para atender los negocios en Paardenbaai.

— Don Basilio, buenos días, ¿cómo le fue en Martinica?

— Buenos días, Francisco Xavier —respondió don Basilio—. Me fue muy bien; ya negocié con los franceses cargamentos regulares de azúcar y ron, y traje algo de café para ustedes; ya dejé órdenes para que se los traigan. Mañana quiero reunirme con José Ildefonso para hacer las cuentas y preparar los pagos a las tripulaciones.

— ¡Pero dónde tengo la cabeza! —dijo doña Josefa. No le he ofrecido algo de tomar o de comer. ¿Qué desea, don Basilio?

— No te preocupes, Josefa, un café estaría bien; luego de hablar con Manuel Antonio, me voy a casa a desayunar con mi mujer.

Llegó Manuel Antonio y abrazó a don Basilio.

— Qué bueno verte, amigo.

Ya me contó tu madre que recuperaste la casa; me alegra mucho. ¿Cuándo piensan regresar?

— Pronto, don Basilio, aún no hemos acordado fecha; apenas llegué ayer en la tarde, pero esa es la intención.

— Nosotros no pensamos regresar —afirmó don Basilio—; nuestra casa en La Vela fue destruida en la guerra y los negocios no van bien allá; estoy considerando seriamente establecerme aquí.

Hay buenas perspectivas de negocios en Aruba; he cultivado una buena amistad con el gobernador Johann Lauffer. Él tiene la idea de fundar una ciudad en este sitio; me dijo que piensa llamarla Oranjestad, en honor al primer Rey de los Países Bajos de la casa de Orange-Nassau, Guillermo I. También he sabido que trasladarán el puerto de Savaneta hasta aquí, a Paardenbaai. Además, hay noticias de hallazgos de oro en las colinas ubicadas al noreste de la isla; todo esto va a cambiar la vida en Aruba.

Debemos comprar más tierra en esta área; van a subir de precio cuando funden la ciudad. En cuanto a nuestro negocio, yo recibiría la mercancía desde

Europa; aquí en Aruba podemos recibir mercancías de cualquier parte del mundo sin problemas. Aquí sería nuestro almacén y desde aquí las enviaríamos para Adícora y otros puertos que indiquen nuestros clientes.

— Don Basilio, usted no deja de sorprenderme —dijo Manuel Antonio asombrado—. Su visión de negocios es extraordinaria y encuentra la manera de relacionarse con las personas correctas.

— Aprendí mucho de tu padre —afirmó don Basilio—. Que en paz descanse, fue mi maestro en estos asuntos de negocios.

Iniciaron los preparativos para el regreso a Coro; comenzaron a enviar sus cosas en varios viajes con las balandras de la familia, todos estaban emocionados. Tal como quedó acordado, los García de Quevedo y Aldama regresaron a Coro; habían pasado más de cuatro meses desde que Manuel Antonio había vuelto de Coro.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Ubencio no lo podía creer; se alegró mucho de verlos a todos. Doña Josefa le agradeció por su dedicación al cuidado de la casa; Paula se detuvo frente a él y le dijo:

— ¡Estamos juntos!

Ubencio le tomó la mano y le respondió:

— ¡Estamos juntos, mi Simbi!

Clara Josefa

Francisco Xavier y José Ildefonso dejaron a sus esposas en la casa con doña Josefa y se fueron a casa de sus familias para reencontrarse con ellos después de tanto tiempo. Fueron encuentros llenos de alegría y felicidad, aun con las tristes realidades de las heridas de guerra que marcaban los cuerpos de los recién llegados. Todos en Coro comentaban el regreso de los García de Quevedo y Aldama a su casa; era la noticia del día.

Viejas amistades comenzaron a visitar a doña Josefa, para saludarla y enterarse de los detalles de sus vidas en Aruba. A los pocos días llegó una visita para Paula, algo sorpresiva; era Rosa Cornelia.

— Rosa Cornelia, qué sorpresa, bienvenida —dijo Paula—. ¿Qué te trae por aquí?

— Vine a saludarte y saber cómo estás. La última vez que nos vimos fue aquella Semana Santa, cuando entraste con toda la familia a la iglesia catedral; ese día fue inolvidable, la gente te llamaba «La Resucitada». Don Anselmo, que en paz descanse, estaba furioso, no podía entender cómo estabas aún viva y en Coro; decía que sus amigos le habían fallado.

— Sí, fue un día muy emocionante, en la iglesia fue la última vez que nos vimos. Quería aprovechar para darte las gracias, Rosa Cornelia; sin tu ayuda no

hubiese podido escapar de todas las emboscadas que me prepararon. Entiendo por tus palabras que don Anselmo falleció.

— Sí, cuando entendió que la guerra terminó y se conformó la Junta de Secuestros de Coro —respondió Rosa Cornelia—. Se enteró de que vendrían por sus propiedades al ser un declarado realista, se deprimió mucho y un día no pudo más; amaneció muerto sentado en la sala de la casa con un vaso de ron en la mano. Doña Mariana logró conservar la casa, debido a que el decreto de Simón Bolívar decía que las viudas de los realistas conservaban sus propiedades.

— Aunque me hizo mucho daño —respondió Paula—, lamento que haya muerto de esa manera. Ahora cuéntame, ¿qué es de tu vida? ¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

— Estoy comprometida con un italiano, se llama Hermann Mangiacapre, vino a Coro con la idea de seguir para El Tocuyo. Nos conocimos por casualidad en el mercado. Así fue como lo conocí. Aquí en Coro todos se burlan de él, por su apellido que traduce más o menos «come cabras»; dicen que con ese apellido vino al mejor sitio; aquí en Coro hay cabras de sobra. Pero es un hombre maravilloso, gentil, amable; ya tenemos fecha para el matrimonio; quería pedirte que sean mis padrinos tú y don Manuel Antonio.

— Rosa, esto no me lo esperaba, te felicito. ¡Claro que sí! Seremos tus padrinos, agradezco mucho este gesto de tu parte.

¿Cuándo conoceremos a don Mangiacapre?

— Pronto, voy a organizar un almuerzo en la casa; les aviso la fecha; tengo que pedir permiso a doña Mariana.

— Allí estaremos —respondió Paula—. Veo que ustedes están en buenos términos; digo tú y doña Mariana.

— Así es, desde que murieron mi madre y don Anselmo hemos estado muy unidas; dice que mis ojos le recuerdan a don Anselmo.

— ¡Qué bueno! Eso me alegra; te mereces cosas buenas. Espero tus noticias.

Manuel Antonio fue a la sede de la Junta de Secuestros de Coro para conocer la fecha y condiciones de la subasta de El Hato. Al llegar, solicitó la información de la subasta y le hicieron pasar a una sala de espera. Estaba algo inquieto y preocupado por un posible encuentro con Mercedes. Luego de unos minutos llegó el general Jacobo Yépez Daza, miembro de la Junta, y le informó la fecha y las condiciones de la subasta. Al final de la conversación hizo la pregunta que tenía atascada en la garganta.

— ¿Dónde está doña Mercedes Irausquín?

El general Yépez Daza le informó que no había podido venir más a la junta por el embarazo y que estaba de reposo en casa de su madre. Esto preocupó a Manuel Antonio, quien, al terminar su diligencia en la sede de

la Junta de Secuestros, se dirigió a la casa de los Irausquín para saber más sobre la salud de Mercedes.

Manuel Antonio llegó a la casa de los Irausquín y solicitó ver a la madre de Mercedes. Le hicieron pasar a la sala. Doña Angustias llegó a la sala y, sin mediar palabra, le dio una fuerte cachetada a Manuel Antonio.

— ¿Cómo pudiste aprovecharte así de mi hija Manuel Antonio? —espetó iracunda doña Angustias—. Te dimos toda nuestra confianza, te abrimos las puertas de esta casa y te aprovechaste de las circunstancias, eres un hombre casado, ¿cómo vas a responder?

Manuel Antonio se quedó en silencio, sorprendido por esta reacción de doña Angustias.

— Mis disculpas, doña Angustias, pero las cosas no son como usted piensa.

— ¿No? Entonces ¿Cómo fueron las cosas según usted?—exclamó doña Angustias mientras golpeaba el pecho de Manuel Antonio—. Allí adentro está mi Mercedes sufriendo, sola, su reputación destruida y en boca de todos, ¿a qué viniste?

— Estoy preocupado —respondió Manuel Antonio—. No sabía de la situación de Mercedes; yo estaba en Aruba, me enteré hace unos momentos y por eso vine inmediatamente para saber qué le ocurre. Ahora, me gustaría pasar a verla.

Doña Angustias dudó un momento; aceptó, pero de

mala gana, extendió su brazo en dirección a las habitaciones, indicando que podía ir a verla, y le dio la espalda. Manuel Antonio entró a la habitación de Mercedes. La encontró durmiendo. Se quedó parado contemplándola, sin despertarla.

Luego de un buen rato, Mercedes abrió los ojos y sonrió al verlo.

— Regresaste, Manuel Antonio —dijo Mercedes con voz apagada, extendiendo su brazo hacia él—. Qué bueno verte, amor mío.

— ¿Cómo estás, Mercedes? ¿Qué te ocurre?

— Tengo una gran debilidad; ya estoy en los días del parto y me he sentido muy mal, pero ahora ya todo está mejor; estás aquí, Manuel, viniste a verme. Ayúdame a levantarme.

Manuel Antonio accedió, la ayudó y la levantó lentamente. Una vez que Mercedes estuvo de pie, Manuel Antonio sonrió y colocó sus manos en la barriga.

— Está muy grande —dijo Manuel Antonio.

— ¡Sí! Será un hermoso bebé —respondió Mercedes sonriendo y luego lo abrazó—. Mi corazón late muy fuerte, me siento algo mareada; ayúdame a sentarme, Manuel.

— ¿Quieres agua? —preguntó Manuel Antonio.

No había llegado a la cama cuando se detuvo.

— Ya viene nuestro hijo, sentí que algo se rompió dentro de mí —dijo Mercedes, mientras apretaba fuertemente con sus manos las de Manuel Antonio.

Comenzó a caer agua al suelo; había roto fuentes, el hijo pujaba por nacer. Manuel Antonio la sentó en la orilla de la cama y corrió a la sala para avisar. Doña Angustias se sorprendió al verlo llegar corriendo.

— ¡Ya viene! —gritó, desesperado—. Hay que llamar a la partera.

Doña Angustias comenzó a dar gritos llamando a los esclavos y dando órdenes para que salieran a buscar a Ana Semeco, la partera, a su casa.

Las parteras eran mujeres de la comunidad, generalmente mayores; eran recipientes de saberes transmitidos oralmente por generaciones. Gozaban de gran respeto y autoridad en la ciudad. Eran el principal recurso para las embarazadas, y eran los pilares invisibles de la sociedad de Coro. La partera no solo asistía en el nacimiento, sino que también apoyaba emocionalmente a la madre, involucraba a otras mujeres de la familia y se encargaba de los cuidados antes y después del parto. Tenían gran conocimiento del uso de plantas locales para inducir el parto, aliviar dolores; aplicaban masajes para posicionar correctamente a la criatura, detener hemorragias o preparar baños de asiento. Plantas medicinales como la ruda, el romero, la verbena y la linaza eran fundamentales. Combinaban todos estos conocimientos con elementos espirituales, como los

rezos de oraciones, el uso de amuletos y la protección contra el «mal de ojo».

Ana Semeco era una indígena de la tribu de los caquetíos; ellos eran los ancestrales habitantes de Coro y sus alrededores. Ana era muy respetada y querida al igual que su esposo, don Temístocles Rojas. Había traído al mundo a muchos de los habitantes de las principales familias de Coro, incluyendo a Mercedes. Doña Angustias le solicitó que atendiera a su hija desde el momento en que se enteró del embarazo y notó sus complicaciones de salud. Ana le había dedicado mucho tiempo y cuidados a Mercedes, pero no lograba mejorar su condición.

Manuel Antonio regresó al cuarto y encontró a Mercedes sentada donde la dejó; su rostro revelaba dolor.

— Nuestro hijo te estaba esperando para llegar —dijo Mercedes mientras se quejaba de dolor.

Manuel le tomó las manos para ayudarla con los dolores de parto. Llegaron los esclavos y colocaron una esterilla en el suelo, trajeron sábanas y dos recipientes con agua. Uno de los esclavos trajo una taza con linaza.

— Ama Mercedes —dijo el esclavo—. La partera dijo que debía tomarse una taza de linaza completa al comenzar los dolores.

Al rato llegó doña Angustias con la partera.

— Aquí estoy, Mercedes —dijo Ana Semeco—. Vamos a trabajar como hemos hablado. Vamos a colocarnos aquí en la esterilla. Acomoda tus pies aquí, sepáralos, sepáralos más y ahora agáchate.

Ana Semeco miró a Manuel Antonio al fondo de la habitación.

— Ahora respira. Doña Angustias, busque a dos esclavas para que me ayuden a sostener a Mercedes tomándola por sus brazos, una por cada lado.

La partera se dirigió a donde estaba Manuel Antonio, se acercó a él y en voz baja preguntó:

— Eres el padre, ¿verdad?

— Sí, yo soy el padre.

— Debes salir de la habitación, pero quédate cerca; deberás cortar el cordón que une a madre e hija. No sé si Mercedes sobreviva al parto; está muy débil; yo me encargaré de la llegada de tu hija. Ahora le voy a dar un brebaje con verbena para estimular las contracciones y acelerar el parto. Mercedes no está en condiciones de tener un trabajo de parto prolongado; debe ser corto.

La partera sacó una botella con el brebaje de verbena y se lo dio a tomar a Mercedes. Pronto la verbena hizo efecto; las contracciones comenzaron a ser más seguidas; Mercedes gritaba y decía que no podía más. Manuel Antonio esperaba fuera de la habitación, tal como se lo pidió la partera; no sabía qué hacer,

caminaba en círculos y se detenía cada vez que escuchaba los gritos de Mercedes. Fueron momentos muy largos de espera; de pronto cesaron los gritos. El silencio preocupó a Manuel Antonio, hasta que el llanto de un bebé le trajo tranquilidad. Ana Semeco salió de la habitación y le pidió a Manuel Antonio que entrara para cortar el cordón que las unía.

— Vas a entrar para realizar un acto de gran significado: vas a cortar el hilo de oro que ha unido a madre e hija desde que ustedes la concibieron en un acto de amor. La hija se separa de la madre y su espíritu independiente se afirma en su cuerpo; ahora comienza a ser ella, ya no hay más nosotros. Tú, como su padre, las ayudarás en ese tránsito, cortarás el cordón, lo tomarás en tus manos, lo enterrarás en el patio y encima encenderás una hoguera. El fuego servirá para darle calor tanto al espíritu de la madre como al de la hija y así ayudarlas a superar el dolor de la separación. ¿Entendiste lo que te dije? —preguntó la partera mientras miraba a los ojos a Manuel Antonio.

Manuel Antonio se quedó inmóvil por unos momentos pensando en lo dicho por la partera. Asintió con la cabeza; no le salían las palabras. Entró a la habitación y se encontró una escena que le rompió el corazón. Mercedes yacía en la estera agotada, empapada en sudor y había mucha sangre. Una de las esclavas sostenía a la bebé, esperando por el padre para la ceremonia de corte del cordón. Ana

Semeco le entregó un cuchillo ceremonial cuyo mango era un cuerno de chivo. Miró a Mercedes; ella no apartaba la mirada de la hija; al ver a Manuel Antonio, a duras penas le sonrió. Manuel Antonio se arrodilló, tomó el cordón con una mano y con la otra lo cortó. Ana Semeco tomó rápidamente el cuchillo y completó la operación de corte y se lo entregó. Manuel salió al patio para completar la ceremonia; ya un esclavo había preparado el hoyo para enterrarlo, lo metió al fondo del hoyo y lo tapó con tierra.

Luego tomó la madera de yaque y encendió el fuego; se quedó con la mirada perdida en las llamas. Un esclavo lo interrumpió, diciéndole que la partera le llamaba. Regresó y encontró a Mercedes en la cama con la bebé reposando en su pecho, doña Angustias de pie al lado de la cama, hecha un mar de lágrimas, con Ana Semeco a su lado. Manuel Antonio miró a la partera, quien bajó triste la mirada; comprendió que Mercedes agonizaba. Se acercó a ella y le tomó la mano.

— Cuida de nuestra hija, Manuel —susurró—. Quiero llamarla Clara Josefa.

— Así será, Mercedes: Clara Josefa García de Quevedo Irausquín.

Mercedes no pudo más y soltó suavemente la mano de Manuel Antonio. Ana Semeco retiró a la bebé del pecho de Mercedes y se la entregó a su padre, quien la besó en la frente y dijo:

— Bienvenida, Clara Josefa, que Dios te bendiga.

Doña Angustias se le acercó y Manuel Antonio le entregó a su nieta.

— Tengo que salir a buscar una nodriza para que la amamante —dijo Ana Semeco—; se la llevaré a su casa, don Manuel Antonio.

— No —respondió Manuel Antonio—, la niña se queda con su abuela; traiga la nodriza aquí, le dejo estos pesos de adelanto para que pague por sus servicios.

— Gracias, Manuel Antonio —dijo doña Angustias—. Es lo único que me queda de mi familia, mi nieta; aquí tendrá todo mi amor y más. Puedes venir cuando quieras a visitarla; ahora debo ocuparme del entierro de Mercedes.

— No se preocupe, doña Angustias, yo me encargo del entierro; quédese con Clara Josefa y envíe a su servidumbre a notificar a su familia de lo ocurrido. Me voy a la iglesia para que anoten en el libro el fallecimiento de Mercedes y también para acordar el día del bautismo de Clara Josefa; regresaré con las novedades.

Manuel Antonio pasó por la iglesia y notificó de la muerte de Mercedes y pagó el arancel de la fábrica a la iglesia; este pago era para que se le concedieran los ritos funerarios completos. También acordó la fecha para el bautismo de Clara Josefa. Ahora se dirigía a su casa; tenía que contarles lo ocurrido y asumir las consecuencias. Su cabeza era una tormenta de

pensamientos, que le producían mucha preocupación e incertidumbre. Al entrar a la casa, se encontró a Paula esperándolo en la sala. Se quedaron de pie frente a frente, sin decir palabra.

— Lamento la partida de Mercedes —dijo Paula—. ¿Cómo están la niña y doña Angustias?

— Están bien —respondió Manuel Antonio—. Doña Angustias muy triste por la muerte de Mercedes; voy a dejar a la niña con ella, para que la críe y le ayude a sobrellevar su dolor.

— Me parece bien la decisión que has tomado; doña Angustias la necesita y a nuestra casa no puede venir. Ella es la prueba de tu traición; sé que ella no es culpable por las traiciones de sus padres, pero no la puedo aceptar aquí.

— Pero Paula, tú sabías que esto pasaría, ¡lo viste en los caracoles! —respondió Manuel Antonio—. No me dijiste, no me advertiste.

— Tú tomaste tus decisiones, Manuel Antonio. Ahora te dejo, debo atender a nuestros hijos. ¿Quieres que le avise a tu madre que quieres hablar con ella?

— Sí, por favor, avísale; debo regresar a la casa de los Irausquín a ocuparme del entierro de Mercedes.

Manuel se sentó a esperar a su madre; Julio llegó a la sala y saludó a Manuel Antonio.

— Señorito Manuel, ¿quiere tomar algo? —preguntó Julio.

— Si hay café de olla preparado, tráeme un pocillo, por favor —respondió Manuel Antonio.

— Sí hay, ya regreso con el café.

Doña Josefa llegó cuando Julio se retiraba a buscar el café.

— Doña Josefa, voy a traerle café al señorito Manuel. ¿Quiere usted que le traiga un pocillo también?

— Sí, Julio, por favor —respondió doña Josefa—. ¿Cómo estás, hijo? —preguntó doña Josefa mientras se sentaba—. Paula no tenía buena cara cuando apareció en mi cuarto. ¿Qué ocurre?

— Falleció Mercedes Irausquín hace unos momentos; no resistió el trabajo de parto. La bebé nació bien y está con doña Angustias.

— Y tú eres el padre, ¿verdad? —respondió doña Josefa poniéndose de pie—. Cuando llegaste a nuestra casa en Aruba y mencionaste a Mercedes, noté algo en tu rostro, no sé, un gesto; algo me dijo que había ocurrido algo entre tú y Mercedes, creo que eso fue lo que llaman intuición de madre. ¿Qué nombre le vas a dar?

— Mercedes me pidió en su lecho de muerte que la bautizara como Clara Josefa.

— Clara Josefa García de Quevedo Irausquín, mi nieta —respondió doña Josefa—; así debe ser anotada en el libro de bautismos de la catedral; asegúrate de que así sea, Manuel Antonio. Ahora entiendo la cara de Paula

cuando fue a mi habitación para avisarme que querías hablar conmigo. ¿Cómo está Angustias? Ahora la pobre quedó sin marido y sin hija; solo le queda su nieta. Creo que deberías dejarle a Clara Josefa para que la críe; además, no creo prudente que la traigas a esta casa en este momento. Ya llegará su tiempo de venir a vivir a esta casa; hay que esperar que sanen las heridas creadas por este desatino tuyo.

Julio llegó con los pocillos de café; doña Josefa y Manuel Antonio comenzaron a tomar el café, sumidos en sus pensamientos.

— ¿Ya decidiste quiénes serán los padrinos de Clara Josefa? —interrumpió doña Josefa.

— Aún no he pensado en eso; debo ocuparme de los arreglos del entierro de Mercedes y el bautizo de Clara Josefa. Ahora debo ir a hablar con doña Angustias, para informarle las novedades.

— ¡Espera hijo! —exclamó doña Josefa—. Voy contigo para acompañar a Angustias en estos duros momentos y para conocer a mi nieta Clara Josefa. Dame un momento para arreglarme e irme contigo.

Caminaron en silencio hasta la casa de Mercedes.

Al llegar estaban varios familiares, entre ellos Francisco Xavier Irausquín.

— Doña Josefa, Manuel Antonio, qué bueno verlos, ¿cómo están? —exclamó Francisco Xavier—. No nos veíamos desde que llegamos y nos fuimos a la casa de

mis padres.

— ¿Cómo están Rosa Mercedes y mi nieto Eulogio? — preguntó doña Josefa.

— Todos bien, gracias a Dios; Eulogio está muy travieso. Manuel Antonio, lamento mucho toda esta situación —dijo Francisco Xavier—. Nadie puede juzgar lo que pasó entre tú y Mercedes; ahora toca darle cristiana sepultura y ocuparnos de cuidar a vuestra hija; cuenta con nuestro apoyo y comprensión.

— ¡Gracias! Me gustaría que tú y Rosa Mercedes fueran sus padrinos de bautismo.

— Claro que sí, Manuel Antonio —exclamó Francisco Xavier—. Rosa estará feliz de ser su madrina y yo de ser su padrino; es un gran honor para nosotros.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Ana Semeco con la nodriza para amamantar a Clara Josefa. La nodriza era una esclava negra, llamada Timotea, y pertenecía a la familia Sierraalta; había parido recientemente, tenía abundante leche para su hijo y para Clara Josefa.

— Con su permiso la voy a llevar para que amamante a la niña —dijo Ana Semeco—; luego me ocuparé de amortajar a la niña Mercedes; yo la traje al mundo y ahora me toca prepararla para su tránsito al descanso eterno.

Al entrar la partera al cuarto donde estaba la niña,

doña Angustias salió; al verla salir del cuarto, doña Josefa se apresuró a ir a su encuentro y le dio un fuerte abrazo.

— Lo lamento mucho, Angustias —dijo muy triste doña Josefa—. ¿Cómo está nuestra nieta?

— Es muy linda, Josefa, tiene la misma carita de Mercedes cuando nació —respondió doña Angustias emocionada—. Es mi consuelo ante la pérdida de mi amada hija, que con todos sus defectos y locuras iera mi niña!... y se ha ido.

— Lo que son las cosas de la vida —dijo doña Josefa—. Tanto que luchamos para que Manuel y Mercedes se casaran; todo iba tan bien, fiesta preparada, invitaciones enviadas y hasta el obispo de Mérida, don Santiago Hernández Milanés, oficiaría la boda y, de la noche a la mañana, todo se destruyó por la llegada de Miranda. Ahora, años después, resulta que ellos se juntaron y tuvieron una hija; se cuenta y no se cree.

Entretanto, Manuel Antonio se quedó en la puerta de la habitación donde estaba su hija, esperando a Ana Semeco, para acompañarla en el amortajamiento de Mercedes; quería verla por última vez.

— La niña está comiendo bien —dijo la partera—.

Ya dejó de llorar; ya acordé con Timotea para que se venga con su hijo para amamantarlos a ambos. Ahora la va a dejar dormida y regresa con todo lo necesario para quedarse aquí y atender a la niña.

— Le estoy muy agradecido, doña Ana —dijo Manuel Antonio.

Ahora vamos por Mercedes; quiero verla por última vez antes de enterrarla.

Se fueron juntos hasta la habitación de Mercedes; al entrar y luego de cerrar la puerta, Ana Semeco se detuvo y con su brazo detuvo a Manuel Antonio, comenzó a mirar despacio todos los rincones de la habitación. Manuel tuvo un presentimiento de lo que estaba ocurriendo.

— Nos están mirando, don Manuel Antonio, hay alguien presente con poderes.

Vio un tuqueque en una pared y se acercó despacio hasta el tuqueque, que al estar poseído no obedeció a sus instintos. Ana Semeco lo agarró, lo llevó fuera de la habitación y lo soltó. Regresó a la habitación y dijo:

— Ahora estamos bien.

Se acercaron a la cama donde yacía Mercedes. Ana Semeco sacó de su mapire una botella con agua bendita, pedazos de tela y comenzó a limpiar su rostro, mientras rezaba. Manuel observaba el rostro de Mercedes, recordando todo lo que vivieron juntos. Ana Semeco le pidió ayuda para colocar la mortaja debajo del cuerpo; una vez que la acomodaron, Ana sacó aguja e hilo y comenzó a coser la mortaja. Súbitamente se detuvo y miró a Manuel Antonio.

— ¿Usted sabe quién estaba aquí mirando? ¿verdad?

—preguntó inquisitiva Ana Semeco.

— Sí —respondió lacónico Manuel Antonio.

— Me lo imaginé; debe tener cuidado con lo que hace o dice, don Manuel Antonio; quien tenga ese poder es alguien muy peligroso.

— Sí, lo sé, gracias por ayudarme. Estoy viviendo una situación muy complicada con mi esposa.

Ana Semeco lo miró y continuó cerrando la mortaja; cuando llegó al rostro, Manuel Antonio se acercó, la detuvo y le dio un beso en la frente.

— Descansa en paz, Mercedes. Yo cuidaré bien de nuestra hija Clara Josefa, es una promesa.

Ana Semeco terminó de cerrar la mortaja y colocó un racimo de flores de cocuy de un vibrante color amarillo sobre la mortaja; se quedaron en silencio y fueron interrumpidos por la llegada de los esclavos de los Irausquín, quienes traían dos velones grandes que colocaron a los lados y un crucifijo que colocaron detrás de la cabecera de la cama.

Comenzaron a entrar los familiares para comenzar a rezar los rosarios y realizar la vigilia. Una vez concluidos los rezos de la vigilia, Manuel Antonio y doña Josefa regresaron a su casa. Manuel Antonio llegó a su cuarto y Paula no estaba. Luego de tomar un baño, fue al cuarto de los niños y allí la encontró durmiendo con la pequeña Magdalena a su lado. No quiso despertarla y se retiró a su habitación; se

acostó, pero no podía conciliar el sueño; todos los eventos ocurridos lo atormentaban, daban vueltas en su cabeza. El cansancio lo llevó a dormirse profundamente.

Al siguiente día se realizó el entierro de Mercedes; llevaron su cuerpo en procesión hasta la iglesia catedral para las exequias. Durante la misa se cantaron cánticos responsoriales por el descanso eterno de su alma. Desde allí partieron al cementerio; el sacerdote roció el cuerpo con agua bendita y se rezaron las oraciones finales. Al terminar, los familiares y amigos arrojaron flores, esperaron a que se sepultara el cuerpo y se retiraron en silencio.

Días después, tal como acordaron, Rosa Mercedes y Francisco Xavier llegaron a la iglesia para el bautismo de Clara Josefa. Allí estaban esperándolos doña Angustias, Manuel Antonio, doña Josefa, José Ildefonso y Josefa María.

El bautismo era una ceremonia de suma importancia, ya que no solo era la puerta de entrada a la vida cristiana, sino que también establecía y reflejaba el orden social de castas que aún persistía a pesar del triunfo de los patriotas. La ceremonia en la iglesia se realizó tal como estaba pautado y luego los padrinos, el padre y los testigos firmaron el acta de bautismo. Se retiraron a la casa de Rosa Mercedes y Francisco Xavier, los padrinos, que ofrecieron un almuerzo para celebrar la incorporación de Clara Josefa a la fe cristiana. Fue algo modesto, debido a la muerte tan

reciente de Mercedes; durante la reunión, la ausencia de Paula rondaba el ambiente.

— Lamento que Paula no haya podido venir —dijo Francisco Xavier—. Le debo mucho a Paula; me ayudó tanto con mis heridas y con mis pesadillas.

— Está en casa con Diego y Magdalena —respondió Manuel Antonio—, les dedica mucho tiempo a ellos.

— ¡Lamento haber llegado tarde! —Exclamó Paula al llegar a la reunión.

Todos voltearon a verla; Rosa Mercedes y Josefa María se levantaron a recibirla, la abrazaron y la condujeron a la mesa. Francisco Xavier la saludó y le abrió un espacio en la mesa para que tomara asiento.

— Estuve muy ocupada con los niños, por eso no pude asistir a la ceremonia del bautizo en la iglesia, pero aquí estoy —y miró a Manuel Antonio y sonrió.

Manuel Antonio le respondió con una sonrisa también; sintió que había una posibilidad de reconciliación. La reunión continuó y Rosa Mercedes trajo a Clara Josefa para que conociera a su tía Paula.

— Ella es tu tía Paula —dijo Rosa Mercedes mientras entregaba a la bebé en los brazos de Paula.

Todos observaban esperando la reacción de Paula.

— Es muy hermosa mi sobrina —dijo Paula— y me está sonriendo.

Todos celebraron el encuentro entre tía y sobrina.

Al final de la tarde regresaron a la casa; Paula y Manuel caminaron juntos en silencio por un buen rato. Casi llegando a la casa, Manuel Antonio comentó sobre la buena salud de Clara Josefa.

— Sí, me alegra.

Entraron a la casa y Manuel, luego de dar las buenas noches a doña Josefa, se retiró a su habitación; al llegar a la puerta, Paula le dio las buenas noches a Manuel y se fue al cuarto de los hijos. Manuel Antonio se quedó mirándola. Al llegar a la puerta, Paula volteó, lo miró y entró sin hacer gesto alguno. Manuel Antonio entendió que el perdón y la reconciliación estaban lejos.



Mangiacapre

Antes de la Independencia de Venezuela, el matrimonio entre una mulata libre y un italiano en el Coro colonial no era un simple trámite, sino un proceso jurídico y socialmente complejo. Debido a la «desigualdad de calidades», estos enlaces estaban prohibidos por la Real Pragmática de 1776, una ley que buscaba preservar la pureza de sangre y el orden social. Para casarse, una persona de «calidad» (blanca) con una «casta» (mulata), era indispensable obtener un permiso especial de la Corona, lo que hacía del matrimonio un acto político y económico.

La unión no podía celebrarse sin la obtención previa de costosas dispensas reales, reflejando así la rígida jerarquía del sistema de castas. La mulata, aunque libre y bautizada, su origen «manchaba» su linaje y debía ser legalmente «blanqueada». Debía solicitar una «dispensa real de calidad», conocida como «Gracias al Sacar». El costo era altísimo: quinientos reales de vellón para un pardo, ochocientos reales para un quinterón, una suma prohibitiva para la mayoría.

En esencia, la viabilidad del matrimonio dependía de dos factores clave: la capacidad económica de la mulata para costear su «blanqueamiento» y la voluntad de la familia del blanco de no ejercer el «disenso». Si se superaban todos estos obstáculos y se

obtenía la dispensa real, la ceremonia seguiría el protocolo católico habitual.

Tal como lo prometió, Rosa Cornelia regresó a visitar a Paula con la fecha para el matrimonio con el italiano Hermann Mangiacapre.

— Bienvenida, Rosa Cornelia —dijo Paula—. ¿Cómo estás?

— Todos bien, Paula, gracias a Dios, ¿y ustedes cómo están? Escuché lo de la muerte de Mercedes Irausquín, ¡qué tragedia! ¿Cómo está la niña?

— Está bien, con buena salud; su abuela doña Angustias la va a criar y, antes que me lo preguntes, sí, es hija de Manuel Antonio.

Rosa Cornelia se quedó sin saber qué decir por la sorpresiva respuesta de Paula.

— Pero ¿aún van a ser los padrinos de nuestro matrimonio? —preguntó con preocupación Rosa Cornelia.

— Sí, seremos tus padrinos, estaremos allí con ustedes.

— ¡Qué bueno! —respondió alegre Rosa Cornelia—. Ustedes están invitados este domingo a un almuerzo en la casa, para que conozcan a Hermann, y el matrimonio será en dos domingos, en la casa de los Tellería; doña Mariana me dio permiso. Te confieso que no ha sido fácil, aunque después de la independencia ya no es necesario todo aquello de la

«limpieza de sangre» y el pago de «gracias al sacar» para obtener la «dispensa real» que pedía la iglesia; nos pidieron otros requisitos que tuvimos que cumplir. Lo más complicado fue obtener mi partida de bautismo, luego la fe de soltería y una carta de domicilio o residencia para probar que yo estoy bajo la jurisdicción de este obispado. A Hermann, gracias a Dios, lo eximieron de muchos requisitos, ya que, por suerte, él trajo su partida de bautismo desde Italia. Tuvimos que asistir a las pláticas prematrimoniales para asegurar que conocemos los principios cristianos. Luego, y a pesar de haber cumplido con todos los requisitos solicitados, no nos permitieron casarnos en una iglesia; por eso lo vamos a realizar en la casa de los Tellería.

— Las cosas no han cambiado mucho luego de la Independencia —dijo Paula—; la esclavitud aun está permitida y muchos de nuestros hermanos sufren por esta injusticia.

El domingo llegaron a la casa de los Tellería Paula y Manuel Antonio. Uno de los esclavos de la familia les abrió la puerta y los condujo al patio de la casa; allí les esperaban doña Mariana y Rosa Cornelia. Se sentaron a conversar animadamente; entonces, por el pasillo se escucharon unos pasos firmes, la silueta de un hombre pequeño y de contextura fuerte. Su rostro tostado por el sol del Mediterráneo, con facciones marcadas y una mandíbula cuadrada que contrastaba con la viveza de sus ojos oscuros. Se acercó al grupo y

se colocó al lado de Rosa Cornelia.

— Les presento a Hermann Mangiacapre.

— *¡Piacere di conoscerla!* —respondió Mangiacapre, sonriendo—. Disculpen, ¡es un placer conocerlos!



— Cuando me emociono, hablo en italiano y saludó a cada uno dándoles la mano. Intercambiaron saludos y comentarios.

— ¿Cómo un italiano vino a vivir a Coro? —preguntó Manuel Antonio.

— La colpa è di mio nonno, mi abuelo; era marinero siciliano y conoció en Florencia a Galeotto Cei; en uno de sus viajes, Cei vivió unos años en el pueblo de El Tocuyo y escribió un libro, que se llama «Viaggio e

Relazione delle Indie 1539-1553». Él le habló a mi nonno de estas tierras y eso se volvió una obsesión para él. Mi padre también fue marinero, mi madre murió cuando yo nací y mi padre me dejaba con mi nonno cuando se iba a navegar. El nonno pasaba horas hablándome de estas tierras; me decía que su sueño era venir a conocerlas, por eso vine a Coro. Mi nonno me decía que desde aquí salía el camino para El Tocuyo. Quiero realizar el sueño que mi nonno no pudo cumplir. Estando aquí en Coro, mientras me preparaba para ir a El Tocuyo, conocí a Rosa Cornelia. Nos encontramos en el mercado cuando yo hacía compras para preparar mi comida. ¡Me gusta cocinar! Rosa me ayudó con los nombres locales de los vegetales y frutas, las conversaciones se extendieron y así comenzó este amor que pronto nos reunirá en matrimonio.

— Es una bella historia, don Mangiacapre —comentó Paula—. Me alegra que Rosa Cornelia lo haya conocido; ella merece ser feliz, ha pasado por mucho.

— Gracias, Paula —dijo Rosa Cornelia, tomando la mano de su prometido.

— Su historia es fascinante —dijo Manuel Antonio.

— Los invitaremos a nuestra casa para que nos cuente más sobre Italia.

— He preparado varios platos tradicionales sicilianos para ustedes —comentó Mangiacapre— la capponata, como entrada, pasta alla sarde como plato fuerte y un

final especial.

Ha sido difficile trovare la farina per farla, espero les guste.

Se sentaron a la mesa. Mangiacapre les sirvió un vino italiano traído de contrabando desde La Vela, mientras les explicaba los platos que había preparado.

— De primer plato tenemos *capponata*: un guiso agridulce de berenjena y otras verduras, cocinado con azúcar y vinagre. Lleva aceitunas, pero aquí en Coro no las conseguimos, así que *mi scuso*, me disculpan.

Todos elogiaron la *capponata*; nunca habían probado algo semejante. Luego Mangiacapre comenzó a servir la *pasta alla sarde*.

— Esto son espaguetis —explicó mientras tomaba uno con el tenedor—. La sardina la trajeron desde La Vela, y el resto de los ingredientes los improvisé con la ayuda de mi amada Rosa. Para comer este plato, tomen unos pocos espaguetis con el tenedor, enróllenlos así y cómanlos.

Todos intentaron seguir las instrucciones de Mangiacapre. Fue muy divertido; muchos se mancharon la cara y la ropa, pero a todos les encantaron los espaguetis, tanto que repitieron la *pasta alla sarde*.

— Ahora, como prometí, para terminar, tenemos algo especial: chocolate traído desde Caracas.

Los esclavos de los Tellería entraron entonces con la

jarra de chocolate y los pocillos para servirlo caliente.

— Este chocolate está condimentado con canela y clavo de olor —explicó Mangiacapre—. Spero che ti piaccia tanto quanto piace a me; espero les guste tanto como a mí.

Todos quedaron complacidos con esta comida tan diferente a la habitual, y elogiaron a Mangiacapre por sus excelentes habilidades de cocinero.

Al final de la tarde, Paula y Manuel Antonio regresaron a su casa; por el camino conversaron de lo sabrosa que era la cocina de Sicilia. Luego de unos momentos de incómodo silencio, Manuel Antonio tomó del brazo a Paula.

— ¿Hasta cuándo estaremos así, Paula? —preguntó Manuel Antonio.

— Sabes bien que lo que hiciste fue una traición muy grande —exclamó Paula, mientras le retiraba la mano de su brazo—. Quizás con el tiempo cambie la situación; por los momentos no lo veo posible.

Llegaron a la casa. Al entrar, encontraron a todos los trabajadores esperándolos en el patio, frente a la entrada del cuarto de doña Josefa, todos en silencio, con los hijos de Paula y Manuel Antonio en brazos.

— Doña Josefa se murió —dijo Julio con un dejo de tristeza—. Lorenza entró a su cuarto a ver si se le ofrecía algo para merendar; notó que no respiraba, la tocó y no despertó, se murió dormida.

Manuel Antonio entró al cuarto y la encontró tal como Julio había dicho: su rostro no mostraba señales de dolor ni malestar, sino una apacible serenidad. Paula entró tras él y posó su mano sobre la frente de Josefa.

— Murió hace poco. Aún está tibia. No sufrió; se quedó dormida y simplemente no despertó. Lo siento mucho, Manuel Antonio —dijo Paula, abrazándolo—. Hay que avisar a tus hermanas; yo me encargo de enviar a alguien.

Manuel Antonio permaneció inmóvil frente al cuerpo de su madre. Secó sus lágrimas con la manga de la camisa, se acercó y depositó un beso en su frente.

— Gracias por todo el amor que me diste —susurró—. Ahora volverás a estar con tu adorado Diego.

Salió de la habitación, tomó en sus brazos a sus dos hijos y se sentó con ellos; los abrazó y los besó.

Dieguito le tocó el rostro, le limpió las lágrimas con su pequeña mano y le dijo: Papá no llore.

Manuel Antonio lo miró, sonrió y le dio un beso.



Pedro Alfonso

Después de la muerte de doña Josefa, Paula se encargó del manejo de la casa de los García de Quevedo y Aldama. Manuel Antonio siguió con el manejo de los negocios de la familia junto a Francisco Xavier Irausquín y José Ildefonso Falcón. Habían participado en la subasta de El Hato y la habían ganado, por lo que reanudó sus viajes hasta El Hato para reorganizar la producción y el contrabando desde Aruba con la ayuda de su socio don Basilio.

Una mañana, muy temprano, mientras disfrutaba de un café en la puerta de la casa, antes del desayuno, Manuel Antonio observó a lo lejos a una persona que se acercaba caminando hacia la hacienda. La persona avanzaba con mucha dificultad, pero con gran determinación, apoyada en un bastón. Conforme se acercaba, Manuel Antonio intentaba distinguir quién era aquel misterioso caminante. De pronto, arrojó el pocillo con café al suelo y echó a correr hacia él. A cada paso, su corazón latía con más fuerza y las lágrimas comenzaron a brotar en sus ojos. ¡Era Pedro Alfonso! Se fundieron en un fuerte abrazo, ambos llorando de emoción por el reencuentro.

— ¡Hermano! Tanto tiempo sin saber de ti. ¡Pensamos que habías muerto! ¡Qué alegría verte! No puedo creer que estés aquí. Pero ¿cómo llegaste hasta aquí? ¿Qué te pasó?

— Vamos hasta la casa y te cuento todo —dijo Pedro Alfonso—; no puedo estar mucho tiempo de pie.

Caminaron despacio hasta la casa; Pedro Alfonso caminaba con dificultad y Manuel Antonio lo ayudaba. Llegaron y Pedro Alfonso se sentó pesadamente.

— ¿Quieres tomar algo, hermano? ¿Un café? ¿Agua?

— Un café estaría bien. Ya me enteré de que nuestro padre falleció. ¿Cómo está doña Josefa?

Manuel Antonio se detuvo en la entrada de la cocina, dio media vuelta y se agachó frente a su hermano.

— Papá murió después de la batalla de Coro, cuando regresábamos de El Hato, adonde habíamos huido por la llegada inminente de los independentistas. Una mañana se sintió mal y falleció en su cama. Mamá, hace unas tres semanas, se acostó a dormir la siesta y ya no despertó.

Pedro Alfonso comenzó a llorar desconsolado; Manuel Antonio fue a la cocina, le trajo el café y luego lo dejó solo por un buen rato.

— Pero no todo es tristeza —dijo Manuel Antonio al regresar—. Paula y yo logramos casarnos por la iglesia, gracias a la ayuda del primo de nuestro padre, Manuel Esteban Aldama, en la iglesia de Moruy. Nuestras hermanas también se casaron: Rosa Mercedes con su eterno amor, Francisco Xavier Irausquín, y Josefa María con José Ildefonso Falcón.

Tienes varios sobrinos; ya los conocerás. Son encantadores, cada uno con su propia personalidad.

— ¿Cuántos hijos tienes? —preguntó Pedro Alfonso.

— Tenemos dos: Diego y Magdalena, y tuve una hija con Mercedes Irausquín, que nació hace poco; se llama Clara Josefa.

— ¿Una hija con Mercedes Irausquín? Luego me cuentas los detalles; la cabeza me da vueltas de tantas cosas. Déjame descansar un poco y más tarde seguimos hablando.

— ¿Quieres recostarte un rato hermano? —preguntó preocupado Manuel Antonio.

— Sí, es buena idea, no pude dormir anoche. ¿Puedo usar la cama de siempre?

— Sí —respondió Manuel Antonio— y le voy a pedir a Matilde que te prepare algo de comer para cuando te levantes.

— ¡Un hijo con Mercedes Irausquín! —exclamó otra vez Pedro Alfonso, mientras lo miraba a los ojos— y ya casado con Paula, vaya locura, Manuel, perdóname, pero... ¡Vaya locura!

Luego de unas horas durmiendo, Pedro Alfonso se despertó y fue a la cocina a comer.

— Matilde, cocinas muy bien —dijo Pedro Alfonso—; tienes buena sazón.

— Gracias, señorito Pedro —respondió Matilde.

Me enseñó a cocinar su difunta madre, doña Josefa, que en paz descanse.

— ¡Ahora comprendo Matilde! —exclamó Pedro Alfonso sonriendo—. ¿Sabes dónde está Manuel Antonio?

— Salió a revisar cómo va la preparación de la tierra para la siembra de pastura para los burros, mulas y chivos, la excavación de las lagunas para almacenar agua de lluvia y los escondites para lo que usted ya sabe. Todo eso se perdió cuando confiscaron la hacienda y se quedó todo abandonado. Ya el señorito Manuel Antonio debe venir por ahí a comer; solo desayunó un café.

En ese momento, entró Bernabé.

— Señorito Pedro Alfonso, me acabo de enterar de que está aquí y vengo a saludarlo.

— ¡Bernabé! —exclamó Pedro Alfonso—. Qué alegría verte y que aún estés trabajando con mi familia. Me cuesta mucho levantarme; por favor, acércate, déjame saludarte como es debido.

Estrecharon sus manos efusivamente, en un fraternal saludo; en ese momento llegó Manuel Antonio.

— Déjame decirte, Pedro Alfonso —dijo Manuel Antonio sonriendo— que apenas Bernabé se enteró de que estabas aquí, dejó lo que estaba haciendo y se vino corriendo a saludarte. Pero vamos a sentarnos para almorzar; Bernabé es ahora el encargado de la

administración de El Hato. ¡Nadie conoce estas tierras mejor que él! Nuestra madre se alegró mucho con esta decisión de encargar a Bernabé.

Luego del almuerzo, Bernabé se retiró al campo, no sin antes darle nuevamente la mano a Pedro Alfonso. Manuel Antonio y Pedro Alfonso se quedaron solos.

— Ahora, hermano, cuéntame, ¿qué te pasó? ¿Por qué apenas puedes caminar?

— Como sabes, Napoleón Bonaparte invadió España y nombró a su hermano rey. Los ingleses, aliados con los portugueses, le declararon la guerra a Napoleón, por lo que necesitaban cruzar España para poder llegar a Francia y acabar con su imperio. Nos habían hablado mucho de San Sebastián, por lo que Marc Pol y yo decidimos ir a conocerlo y pasar una temporada allí.

Ya instalados allí, nos llegaron rumores de que se acercaban tropas anglo-portuguesas para tomar la ciudad. No pudimos salir a tiempo y quedamos sitiados en San Sebastián. La guarnición francesa resistió el primer asalto e infligió grandes bajas a los sitiadores. Pero el segundo ataque fue brutal, arrollador; buscaban venganza y lograron penetrar en la ciudad. Fue una carnicería: no solo acabaron con todos los soldados franceses, sino que también masacraron a civiles, violaron a las mujeres y saquearon las casas. ¡Una masacre!

Nos escondimos, pero nos encontraron. Intentamos

huir, y a mi amado Marc Pol lo acribillaron a disparos; luego lo remataron en el suelo a punta de bayoneta. ¡Fue horrible! A mí me hirieron de gravedad y me dieron por muerto. Estuve a punto de perder la pierna derecha; querían amputármela, pero me negué, prefería morir antes que vivir mutilado. Me abandonaron para que muriera, pero, contra todo pronóstico, me recuperé. Eso sí, como ves, la pierna quedó muy mal; apenas puedo caminar y no soporto estar mucho tiempo de pie.

La ciudad de San Sebastián quedó prácticamente arrasada por los incendios que provocaron las tropas anglo-portuguesas. Las llamas ardieron durante varios días; de toda la ciudad, solo una calle conservó sus casas en pie. Hubo más de dos mil muertos entre la población civil y un número incalculable de heridos.

Después sobrevino la hambruna, agravada por la escasez de alimentos, y las enfermedades, originadas por los cadáveres putrefactos que yacían en las calles. Las tropas inglesas y portuguesas reanudaron su avance hacia Francia casi de inmediato, con el propósito de cruzar la frontera y dar caza a las tropas francesas. Gracias a Dios, nuestro primo Oswaldo Lorenzo llegó desde Bilbao a buscarme; me encontró y logró sacarme de allí. Ya en Bilbao, los médicos me atendieron y conseguí recuperarme bastante, aunque las secuelas en mis piernas son irreversibles y nunca podré caminar sin bastón.

El hermano de nuestra madre, nuestro tío Miguel Alexandro de Aldama y Vildosola, además de cuidarme durante mi convalecencia, organizó mi viaje de regreso: primero a Ámsterdam y desde allí, en un filibote, hasta Aruba.

Ya en Aruba, mientras buscaba la manera de llegar a La Vela, me hablaron de don Basilio, quien en ese momento se encontraba en Granada. Me alegró mucho saberlo; fui directamente a su casa y, al verme, doña Gertrudis casi se desmaya de la emoción. Me quedé con ellos varios días. Cuando don Basilio regresó de la isla de Granada, me abrazó como si fuera su propio hijo; incluso lloró de alegría.

— ¡Te creíamos muerto! Después de tu partida, nunca más supimos de ti —me dijo, con la voz quebrada—. Doña Josefa te ha llorado mucho.

Él me contó lo de la muerte de nuestro padre y el profundo dolor que le causó su partida. Pero ahora caigo en cuenta de que, en ese entonces, él todavía no sabía que nuestra madre también había fallecido.

— ¿Qué quieres hacer ahora, hermano? —dijo Manuel Antonio.

— Necesito descansar unos días aquí y luego ir a Coro —respondió Pedro Alfonso—. Quiero ver a mis hermanas, a Paula y conocer a mis sobrinos. Después visitaré la tumba de nuestros padres.

Los hermanos conversaron mucho en los días que estuvieron juntos en El Hato. Pedro Alfonso,

recordando y llorando siempre a su amado Marc Pol. En El Hato comenzaron su idilio y había muchas cosas que le hacían recordarlo. Manuel Antonio, por su parte, le contó de la emigración de la familia hasta Aruba, el rescate de los cuñados y el deplorable estado en que estaban, cómo mejoraron y como se reincorporaron a la familia. Como recuperó la casa de la familia en Coro y la subasta de El Hato. Trató de justificar lo ocurrido con Mercedes Irausquín, pero Pedro Alfonso no podía perdonarle la infidelidad hacia su gran amiga Paula.

La noticia de la llegada de Pedro Alfonso a Coro se esparció rápidamente; todos lo daban por muerto. Llegaron a la ciudad en pleno día, y los viejos amigos que lo vieron pasar, al reconocerlo, no dudaron en acercarse a saludarlo.

Cuando arribó a la casa de los García de Quevedo y Aldama, la servidumbre entera salió a recibirlo con alegría; al principio, incrédulos, se acercaban con cautela, le tendían las manos y lo miraban fijamente, como si necesitaran tocarlo para creer que era realmente el señorito Pedro Alfonso. Entonces apareció Paula, con sus dos pequeños en brazos. Se acercó lentamente y se detuvo frente a él.

— Hijos, les presento a su tío y mi mejor amigo, Pedro Alfonso.

Manuel Antonio se acercó a Paula y tomó a los niños en brazos para que ella pudiera abrazar a Pedro Alfonso. Paula lo miró a los ojos, lo besó y le dio las

gracias. Manuel Antonio quedó desconcertado por aquel gesto; hacía muchos meses que Paula no le mostraba un atisbo de afecto. Entonces, ella se volvió hacia Pedro Alfonso y se fundieron en un largo abrazo. Cuando se separaron, Paula le tomó el rostro entre las manos, le enjugó las lágrimas con suavidad y le dijo:

— Bienvenido a casa, querido amigo.

Habían transcurrido varias semanas. Una tarde, Pedro Alfonso, Paula y Manuel Antonio estaban sentados en el patio de la casa conversando serenamente sobre los caminos que la vida los había obligado a recorrer. Mientras evocaban alegrías, pérdidas y sacrificios, Diego y Magdalena jugaban despreocupados alrededor de ellos.

Después de un largo silencio, Paula sonrió con nostalgia.

— Mi madre, cada vez que enfrentábamos una situación difícil, repetía las palabras que Crispina Pérez le dijo en la isla de Goreia: «¡Sobrevivir! ¡Sobrevivir! Eso es lo que cuenta». Y ahora comprendo cuánto significaban. Al final, eso es lo que todos hemos hecho durante nuestro paso por este mundo: sobrevivir. También solía recordarme las palabras de Mambelé: «Somos las hojas del árbol de la humanidad».

No alcanzó a decir nada más. Su mirada quedó fija en Diego.

El niño estaba arrodillado en medio del patio, inmóvil, contemplando a una gran iguana que permanecía frente a él con la misma quietud. Durante unos instantes, el tiempo pareció detenerse. Diego levantó lentamente una mano y la agitó con la naturalidad de quien saluda a un viejo amigo. La iguana no huyó. Permaneció allí, mirándolo. Entonces el niño soltó una alegre carcajada.

Pedro Alfonso y Manuel Antonio siguieron la escena en absoluto silencio.

Después intercambiaron una mirada cargada de emoción y una leve sonrisa apareció en sus rostros. No necesitaban pronunciar una sola palabra. Ambos comprendieron que estaban siendo testigos de algo extraordinario.

La sangre de Mambelé volvía a manifestarse.

El legado seguía vivo.

Ya sabían quién sería el próximo heredero de la Salabanda.

El fin



Agradecimientos

Para los correctores, por su dedicación y paciencia.

Marla Zea Bello y Rafael Zea Ramos.

Acerca del autor

Roberto Efrén García Zea nació en Caracas, Venezuela, en el seno de una familia donde la tradición oral y el respeto por las raíces culturales eran el pan de cada día. Desde niño sintió una profunda fascinación por las historias que viajaban de boca en boca, aquellas que tejían la memoria familiar y mantenían viva la llama de la identidad.

Es egresado de la Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela en 1979, ha dedicado gran parte de su vida a explorar los vínculos entre la historia, la espiritualidad y la condición humana. Su interés por las culturas indígenas, la época colonial y los conflictos entre la luz y la oscuridad —tan presentes en el imaginario colectivo— se refleja en sus novelas.

La historia de Paula es su segunda obra. **El lugar de los helechos** fue su primera novela. Su estilo narrativo entrelaza la historia de Venezuela con la historia familiar e invita al lector a habitar los paisajes, los silencios, las venturas y las desventuras de sus personajes.

Email: harrypotex@gmail.com



Arrancada de su hogar en el Reino del Congo, Mwimpe sobrevive a la travesía del Atlántico y es vendida como esclava en el puerto de La Guaira. Su hija, Paula, nace en la esclavitud, pero crece escuchando las historias de sus antepasados, la dikenga, los caracoles cauri y la Salabanda, el manto mágico de su familia.

Durante la lucha por la Independencia de Venezuela, Paula deberá navegar entre el amor prohibido, la guerra, la Inquisición y sus propios poderes espirituales para sobrevivir y mantener viva la memoria de su pueblo.

La Historia de Paula

es una novela sobre la esclavitud, la libertad,
la guerra y la resiliencia,
enmarcada en hechos históricos.

“Somos las hojas del
árbol de la humanidad”



ISBN: 978-980-18-9181-9



9 789801 891819